
EL
AJUSTE
de Cuentas Italiano
AVA GRAY
UN IMPERIO CRIMINAL DE NUEVA YORK

EL AJUSTE DE CUENTAS ITALIANO

AVA GRAY

Copyright © 2026 by Ava Gray

Todos los derechos reservados.

No se puede reproducir ninguna parte de este libro en ningún formato ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin permiso escrito de la autora, excepto en el caso de citas breves en una reseña de libro.

Formateado con Vellum

ÍNDICE

Sinopsis

1. Sarah
2. Sarah
3. Rocky
4. Sarah
5. Rocky
6. Sarah
7. Rocky
8. Sarah
9. Rocky
10. Sarah
11. Rocky
12. Sarah
13. Rocky
14. Sarah
15. Rocky
16. Sarah
17. Sarah
18. Rocky
19. Sarah
20. Rocky
21. Sarah
22. Rocky
23. Sarah
24. Sarah
25. Rocky
26. Sarah
27. Rocky
28. Sarah
29. Rocky
30. Sarah

31. Sarah
32. Rocky
33. Rocky
34. Sarah
35. Rocky
36. Sarah
37. Rocky
38. Sarah
39. Rocky

Epílogo

También por Ava Gray

SINOPSIS

Solía creer en la placa.

Que la justicia era limpia.

Que los criminales pertenecían tras las rejas.

Entonces *El Pintor* me mató.

Me envolvió en plástico. Pintó mi rostro como su obra maestra final.

Pero sobreviví. Apenas.

Ahora ha vuelto…

Y esta vez, su ajuste de cuentas es personal.

Mi capitán dice que estoy imaginando cosas.

Mi comisaría me quiere fuera del caso.

Creen que estoy obsesionada.

Pero reconozco el olor de un monstruo cuando respira en mi nuca.

Entonces un motero me salva—

Tatuado. Violento. Un misterio del que debería haber huido.

En cambio, quería más.

Y lo conseguí.

Rocky Barati.

El príncipe de la mafia.

El hijo de **Don Matteo**—el hombre que acaba de ordenar mi ejecución.

Rocky me secuestra para mantenerme con vida.

Me miente.

Me refugia en el imperio criminal que me enseñaron a desmantelar.

Y cuando descubro que es el mismo motero que me salvó en la oscuridad…

Todo dentro de mí se rompe.

Debería arrestarlo.

En cambio, dejo que me reclame.

Cuerpo. Alma. Cada fragmento destrozado de mi lealtad.

El Pintor está observando.

El Don me quiere muerta.

¿Y Rocky? Él me quiere toda—

Incluso si significa quemar el reino de su padre para protegerme.

Juré que nunca me enamoraría de un criminal.

Pero ahora estoy mirando de frente a la verdad—

¿Es él mi salvación… o el fin de todo lo que soy?

Cuando llegue el ajuste de cuentas, ¿de qué lado moriré?

Nota de la autora: Este romance oscuro y prohibido de la mafia presenta a una detective moralmente desgarrada, un peligroso heredero mafioso, suspense de asesino en serie, pasión de enemigos a amantes, proximidad forzada, secuestro y un despiadado Don que quiere eliminarla. *Pecaminoso, lleno de suspense y deliciosamente retorcido.* No apto para personas sensibles.

1

SARAH

Amo bailar.

Son las once de la noche, relativamente fresca para mediados de abril, y al otro lado de la calle, tres pisos más abajo, una pareja de ancianos se abraza con una conexión perfeccionada a lo largo de las décadas que han estado juntos. Se mecen y balancean en los brazos del otro, deslizándose de un lado a otro de su balcón al ritmo de una música que flota en la brisa por encima del murmullo del tráfico aún más abajo. Bailan en su propio mundo, bloqueando los sonidos de la ciudad y concentrándose únicamente el uno en el otro.

La hermosa escena hace que el resto de la ciudad se desvanezca en el fondo. El murmullo del tráfico se convierte en un subyacente de la música y los aromas mezclados de los gases de escape, los restaurantes y la vida urbana se llevan en la siguiente ráfaga de viento.

La manera en que el anciano mira a su pareja con una adoración total en los ojos me hace doler el corazón.

Amo bailar.

Lo echo de menos.

Tener a alguien que me abrace así y baile conmigo en cualquier momento, en cualquier lugar, sin una preocupación en el mundo, sería un sueño. Tristemente, mi única compañía es medio vaso de vino de caja y unos trozos polvorientos caídos del pico de un pájaro que pasó volando.

El tejado de mi edificio es donde vengo a pensar, generalmente pasando horas desmenuzando los entresijos de un caso en el que estoy estancada o intentando descifrar el proceso mental del último indeseable que tengo encerrado. Aunque en esta ciudad no se quedan allí mucho tiempo. Puedo tener una placa y un arma en la cadera, pero la policía no es el verdadero poder en Nueva York. Lo aprendí no mucho después de llegar aquí desde Montana.

La Mafia lleva las riendas.

Cada criminal que llevo a comisaría con cargos sólidos suele salir caminando en menos de veinticuatro horas. Yo pregunto nombres, fechas de nacimiento y direcciones, mientras que mis colegas preguntan de qué familia son para saber a quién llamar. Cuando la Mafia llena los bolsillos gordos de los policías corruptos que patrullan las calles, ¿hay alguna justicia real que se pueda obtener en esta maldita ciudad?

El vino no sabe tan bien como hace veinte minutos, cuando mi vaso estaba lleno, lo que agria aún más mi ánimo.

La vida era más simple cuando todo lo que quería era bailar con alguien, comprar una casita en algún lugar y centrarme en ayudar a la gente. Ahora, llevo las cicatrices de la gala anual de la ciudad después de que fuera reducida a escombros por el mismo hombre al que intentaba arrestar. Si los irlandeses no están destrozando la ciudad en busca de un asesino, los rusos la están volando intentando matarse entre ellos. En cualquier otra ciudad, el lugar de la explosión seguiría siendo un montón de escombros humeantes durante al menos otros dos años, pero los rusos se mudaron casi tan pronto como se apagó el fuego y reconstruyeron ese desastre.

Todavía estaba en el hospital recuperándome de las quemaduras cuando recibí una invitación para la reinauguración del hotel. Se sintió como un insulto el año pasado y todavía lo siento así ahora.

Me niego a ser comprada, así que me manipulan en su lugar.

No me mudé de Montana, dejando atrás a toda una banda de delincuentes merecedores de castigo, para terminar en los bolsillos gordos de cualquier indeseable de la Mafia que quiera pagarme más.

Aunque en noches como estas, cuando mi mente está tranquila y la ciudad zumba con la música de la compañía y el baile, siento la tentación.

Qué vida podría tener con dinero sucio.

Mi realidad es diferente. Mi única compañía estos días es mi vino y mi gata.

—¿Miau? —Justo en ese momento, Iris salta al borde del tejado junto a mí y envuelve su cola gruesa y esponjosa alrededor de su cuerpo, mirándome con unos ojos tan grandes como la luna sobre nosotros.

—Iris, no deberías estar aquí —Su pelaje grueso es cálido al tacto, y en cuanto empieza a ronronear profundamente, mi alma se calma.

Llevo seis meses intentando averiguar cómo se escapa de mi apartamento y llega hasta aquí, pero parece que no soy una muy buena detective porque no tengo ni idea. Por suerte, es demasiado perezosa para hacer parkour entre los tejados y solo viene aquí para verme a mí.

Iris se estira, mostrando brevemente el cuerpo esbelto oculto bajo todo ese pelaje grueso, luego se sube a mi regazo y de inmediato me alerta de lo frío que me he vuelto mientras estoy sentado aquí arriba, mirando melancólicamente a la pareja al otro lado de la calle.

—¿Estás tratando de decirme algo? —Su ronroneo se intensifica mientras le rasco detrás de la oreja. Mi atención se desvía hacia la

ciudad brillante debajo, un mar de ruido y caos que nunca duerme.

Inicialmente, me había opuesto a mi traslado forzado aquí, pero se ha convertido en el lugar perfecto para esconderme. En cierto modo, estoy agradecido de haberme convertido en otro detective anónimo luchando contra las olas de criminales que tienen más probabilidades de enfrentarse a la justicia a manos de la Mafia que dentro de un tribunal.

Eso no me detendrá de intentarlo, sin embargo. Eventualmente, atraparé a uno de los peces gordos y no lo soltaré hasta que las puertas de la celda se cierren tras ellos. Ya he tenido suficiente de que los criminales se salgan con la suya.

El zumbido de mi móvil de repente eclipsa el ronroneo de Iris. Respondo en dos timbrazos. —¿Hola?

—¿Detective Gogs?

—Al aparato.

—Tenemos un cadáver.

Estar de guardia es un asco.



—Explícame todo.

El edificio en ruinas se ilumina con el flash repetitivo de azul y rojo de los coches patrulla estacionados al frente, entrando por varias ventanas rotas. La misma brisa de la azotea de mi apartamento me sigue aquí, moviendo plásticos desechados en el suelo y haciendo rodar una lata vacía por el suelo. El eco del ruido es suficiente para que me sobresalte, así que me concentro en ponerme los guantes protectores en las manos.

—El dueño del perro lo soltó de la correa —explica el agente que camina a mi lado—. Su perro entró corriendo en este edificio

abandonado persiguiendo algo, probablemente una rata. Lo sigue y logra ponerle de nuevo la correa cuando encuentra esto en su boca. —Sostiene una bolsa de plástico frente a su cara como si comprobara que es la correcta y luego me la pasa—. Está en tan buenas condiciones que pensó que su perro había tropezado con algún tipo de alijo, así que le pidió que buscara y lo llevó directamente al cadáver.

Dentro de la bolsa hay una pulsera plateada brillante con el nombre *Belle* grabado en oro en una cuenta rosa larga. —Esto parece caro —devuelvo la bolsa—. ¿Estamos trabajando con la suposición de que pertenece a nuestra víctima?

—O se la quitó al asesino —se encoge de hombros, guiándome a través del suelo vacío y ancho hacia un nicho al otro extremo—. Una vez que regresen las huellas dactilares sobre ella, lo sabremos con seguridad.

—Hola, Sarah —Amelia, la forense, gime mientras se pone de pie y me sonríe—. Es tarde.

—Siempre lo es cuando estoy de guardia —mi atención se desvía hacia el cuerpo de la joven que yace muerta en el suelo, descartada sobre un montón de ladrillos desmoronados y tierra—. Mierda. No puede tener más de veintiún años.

—Esa es mi suposición —suspira Amelia—. No descarto nada hasta que la lleve a mi laboratorio, pero mi diagnóstico inicial es que murió por asfixia. Hay muchas heridas defensivas en sus manos y antebrazos, pero algunas parecen tener un par de días como máximo. También tiene marcas de restricción alrededor de las muñecas y los tobillos y una contusión en la parte posterior del cráneo.

Absorbo cada detalle de la investigación de Amelia mientras estudio el cuerpo, con el corazón latiendo con fuerza en mi pecho. No importa cuántos cadáveres haya visto a lo largo de los años, no puedo acostumbrarme. Ese cuerpo alguna vez fue una persona

completa que hablaba, reía y lloraba. ¿Cómo alguien puede simplemente apagar eso y tirarla aquí como basura?

Mi pecho se oprime mientras la ira se calienta bajo mi piel. —¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—La temperatura del hígado estaba baja, así que unas doce horas, más o menos —Amelia se frota la nuca y gime suavemente—. Como dije, sabré más cuando la lleve a mi laboratorio.

—Doce horas —murmuro—. Más las restricciones y la… —Me agacho junto al cuerpo y estudio cada centímetro de ella en busca de alguna pista que salte a la vista. Es esbelta y está completamente vestida, excepto por los zapatos. Los moretones en sus antebrazos parecen débiles bajo las luces instaladas por los primeros en llegar al lugar, pero sus uñas rotas y rasgadas cuentan una historia clara.

Luchó por su vida.

Las marcas de ligadura alrededor de sus muñecas y tobillos son profundas, lo que sugiere que estuvo atada durante bastante tiempo. Aparte de eso, parece intacta, excepto por el borrón de su maquillaje pesado.

Eso me hace detenerme.

La incómoda familiaridad de su pintalabios grueso deshecho, las pestañas postizas descansando en su mejilla, el delineador corrido y el colorete excesivo sobre su piel enfermizamente pálida… He visto esto antes.

Mi estómago se retuerce y me levanto abruptamente, creando distancia entre mí y el cuerpo. La dolorosa familiaridad seguramente es una coincidencia, pero solo pensarlo hace que se me hiele la sangre.

—¿Estás bien? —Amelia inclina la cabeza mientras me mira de arriba abajo.

—Bien. Es tarde, ¿sabes? —Al volverme, miro directamente al policía —. Compara sus huellas dactilares primero con la base de datos de personas desaparecidas. Es joven pero va vestida como si hubiera estado de fiesta, y como hoy es solo jueves, no me imagino dónde debería haber estado. Pero las marcas de ligadura sugieren que estuvo atada, así que quizá estamos ante un secuestro que salió mal.

—Entendido —apunta rápidamente en su cuaderno—. Aunque ya sabes cómo funciona esto. Algo así probablemente sea venganza familiar o un rencor que había que resolver.

Ahí está. Bajo sus palabras casuales se esconde la verdad. Cada persona que ha entrado aquí probablemente le ha echado un vistazo y ha pensado lo mismo.

Esto es cosa de la Mafia.

—No me importa —espeto, incapaz de contenerme. Me aferro a esa irritación y la inundo con cada gota de ansiedad que zumba bajo mi piel—. Mafia o no, esta mujer ha muerto y sin duda no se lo merecía. Así que vamos a hacer todo lo posible para descubrir quién era y quién la dejó aquí. Y luego vamos a meterlos entre rejas.

El policía se burla y finalmente levanta la vista de sus notas. —No lo dices en serio, ¿verdad? Sabes cómo funciona esta ciudad.

Mi frustración crece como una ola y me cuesta no arrancarle el cuaderno de las manos. No me importa cómo funcionan las cosas ni cómo debemos seguir las reglas no escritas de la Mafia.

—La ley es la ley —digo con firmeza—. ¿O necesito encontrar a alguien más competente para hacer una búsqueda en la base de datos de personas desaparecidas?

—No, señora —el agente empieza a poner los ojos en blanco, pero se lo piensa mejor y se aleja rápidamente de mí. Sin su presencia, el aire parece más ligero y respiro hondo, aunque me arrepiento al

instante cuando mis pulmones se llenan del olor a tierra, polvo y orina vieja.

—¿Segura que estás bien? —pregunta Amelia desde donde está arrodillada junto al cuerpo.

—Estoy bien.

—Tiene razón, ¿sabes?

—No me importa.

—Sarah —me lanza una mirada significativa por encima del hombro —. Alterar el orden no beneficia a nadie. Mira lo que pasó en la gala. Si alguna vez hubo una demostración de quién está realmente a cargo de esta ciudad, fue esa. Si esto resulta estar relacionado con la Mafia—

—¡Entonces no me importa! —Amelia, por desgracia, se convierte en el nuevo objetivo de mi frustración—. Quienquiera que sea, merece que haga todo lo posible para descubrir quién le hizo esto. Merece lo mejor de mí, y ninguna familia mafiosa lo impedirá.

—No digo que no debas hacer tu trabajo —Amelia vuelve al cuerpo —. Pero sabes hacia dónde lleva este camino. Si esto tiene aunque sea un ápice de presencia mafiosa, no seremos nosotros quienes impartamos justicia.

Odio que tenga razón. Odio haberme encontrado en un mundo donde los criminales mandan y yo, una agente con más de nueve años de servicio, parezco la irrazonable por cumplir la ley.

Me alejo del cuerpo, escaneando el entorno en busca de algo que parezca fuera de lugar mientras el resto del equipo forense sigue terminando su investigación.

Esta pobre chica ha sido secuestrada, asesinada y tirada como basura en los límites de la ciudad. Aquí apenas hay civilización, ya que la mayoría de estos edificios están condenados o ya se están derrumbando.

Supongo que ninguna de estas familias poderosas tiene terrenos por aquí, o seguramente sería una zona próspera, viendo lo rápido que reconstruyeron aquel hotel.

—¡Señora! —una voz al otro lado de la habitación me llama—. Creemos que hemos encontrado algo.

—¿Qué es? —Atravieso ladrillos desechados, bolsas de basura viejas y periódicos antiguos rotos para llegar a la investigadora forense que está tomando varias fotos de algo tirado cerca de la pared, justo debajo de una ventana rota que da hacia el resto de Nueva York.

—Difícil de decir —dice, tomando unas cuantas fotos más—. Pero creo que hemos encontrado nuestro arma homicida. ¿Qué es eso… ¿Film transparente o algo así?

Mi tobillo flaquea y me detengo tambaleándome junto a ella, mientras mi sangre se hiela. —¿Qué?

—Justo ahí, mira —se arrodilla, saca una bolsa de pruebas de su kit y despeja mi línea de visión hacia su descubrimiento.

A medio metro de nosotras hay un trozo de film transparente cuidadosamente colocado sobre un tablón de madera. Film transparente cubierto de maquillaje.

Oh, no.

2

SARAH

—No has dormido —mi capitán coloca una taza de plástico llena de café tibio frente a mí, haciendo que las burbujas de la superficie giren frenéticas.

El sol de media mañana se cuela por las rendijas de las persianas, creando una serie de rayas doradas sobre su abarrotado escritorio. Han pasado horas desde que encontramos ese cuerpo y todavía siento como si estuviera en aquel edificio frío y lleno de corrientes, mirando fijamente su cadáver.

—¿Es tan evidente? — Mi cabello está áspero bajo las yemas de mis dedos, pero eso no me impide enrollar otro mechón alrededor de mis dedos.

Necesito ducharme.

Dormir.

—No te lo tomes a mal. Normalmente pareces lista para despedazar a alguien todos los días, pero hoy te ves... desgastada —Se mueve alrededor de su escritorio y se deja caer en una silla que cruje fuerte ante el peso de su cuerpo. Se reclina y toma varios sorbos grandes de su propio café, dejando que el silencio se prolongue.

¿Cómo puedo dormir? El descubrimiento de anoche me devolvió directamente a una oscuridad que he estado intentando dejar atrás durante cinco años. No puede ser verdad. Esto tiene que ser alguna clase de coincidencia.

Pero después de diez horas de repetirme exactamente eso, conozco la verdad.

En el mejor de los casos, tenemos un imitador. En el peor... Es realmente él.

Después de todos estos años.

El café salpica los bordes de mi taza cuando intento beberlo, delatando lo alterados que están mis nervios después de unas pocas horas. Intento calmarme mirando la inscripción dorada garabateada en la placa del capitán.

Capitán Brant Docherty.

—Vas a llamarlos, ¿verdad?

Brant baja su taza. —¿Llamar a quién?

Mi corazón da un brinco. —Al FBI. A Montana. A quien todavía esté involucrado en esto.

—Sarah...

—¡No! No puedes mirar esto y no ver lo que yo veo. No puedes decirme que esto no es lo mismo.

—Sarah, lo que pasó en Montana fue terrible. Sé que cargas con mucho sentimiento de culpa por eso y venir aquí fue un nuevo comienzo.

—No fue mi elección —espeto, hundiéndome en mi asiento.

—Lo sé. Todos hicieron lo que creyeron que era mejor en ese momento y tu traslado aquí se suponía que era un nuevo comienzo. Un nuevo comienzo lejos de todo... aquello. Después de lo que pasó,

te mereces una nueva oportunidad en la vida —Brant mueve una mano en lugar de decir lo que ambos estamos pensando.

Montana fue un desastre. Y todo fue culpa mía. Ver el plástico de cocina cubierto de maquillaje trajo recuerdos viejos y terribles que he intentado enterrar durante cinco años porque ninguno de ellos ha sido útil jamás. Cualquier cosa útil que exista en mi mente ha sido sepultada tan profundamente que no soy de ayuda para nadie, y ninguna cantidad de terapia ha podido desenterrar lo que he reprimido.

Esos mismos terapeutas me dijeron que era normal que las víctimas enterraran cosas profundamente, pero eso nunca fue útil.

Un asesino en serie estaría tras las rejas si no fuera por mí.

—Has visto las pruebas —Dejo mi taza y me inclino hacia adelante en la silla—. No podemos ignorar esto.

—Sarah, no voy a quedarme de brazos cruzados y permitir que vuelvas a caer en viejos hábitos persiguiendo fantasmas que simplemente ya no existen. Es muy probable que el asesinato de anoche sea obra de la mafia.

—¡Pero el plástico de cocina! La colocación del cuerpo, incluso las marcas de ligaduras alrededor de sus muñecas...

—¡Sarah! —Brant grita mi nombre—. Basta. Estás viendo conexiones donde no las hay. ¿No fue también tu sugerencia que era una víctima de secuestro y por eso pediste que se cotejaran sus huellas en la base de datos de personas desaparecidas?

—Eso fue antes de ver el plástico. Capitán, sabes todo sobre El Pintor. Cómo selecciona a mujeres jóvenes y las mantiene prisioneras durante días, jugando con ellas hasta que decide matarlas. Maquilla sus rostros de manera extrema para que dejen una huella en el plástico de cocina que utiliza para asesinarlas, ¡y eso es exactamente lo que encontramos anoche!

Mi voz sube de tono por sí sola mientras hablo, años de angustia saliendo a la luz. Que el que se escapó podría estar de vuelta y operando en Nueva York.

—¡Necesitamos investigar esto! Busca muertes similares en los últimos seis meses, vuelve a contactar con Montana para conseguir los archivos antiguos y avisa a la gente de que ha vuelto.

Brant suspira profundamente mientras vuelvo a sentarme, tras haberme levantado de manera inesperada.

—Sarah. Te lo digo como amigo. Estás viendo conexiones donde no las hay.

—Pero, señor—

—No. El film transparente es una herramienta común en los asesinatos. Lo vemos casi todos los días porque lo cogen directamente de la estantería. Y la víctima es una mujer joven, probablemente estaba de fiesta cuando la secuestraron. Claro que llevaba maquillaje. —Suspira de nuevo, pero esta vez es más suave —. Entiendo que esto te afecta, pero si quieres hacer lo correcto por esta chica, necesitas investigar su caso y no perderte en casos fríos.

No lo entiende.

Está justo delante de él y simplemente no lo ve. La huella perfecta del maquillaje en el film transparente es la mayor pista, porque el método clave de El Pintor para matar era paralizar a sus víctimas para obtener la transferencia perfecta del maquillaje al plástico. Quería que sus últimos momentos quedaran inmortalizados junto a sus cuerpos.

—Señor, ¿podemos al menos investigar esto? Todo lo que he dicho encaja y si pudiera dejarme—

—Sarah. Como tu capitán, no puedo permitir que sigas por este camino, pero si necesitas más pruebas de que esto está solo en tu cabeza por una mala noche... —Desliza una carpeta y la golpea con

los dedos—. No se encontraron relajantes musculares en su sistema. ¿No es cierto que El Pintor inmoviliza a sus víctimas?

—Bueno, sí, pero... —El papel está frío bajo mis dedos, pero no tan escalofriante como la verdad escrita en negro sobre blanco. No hay evidencia de sedantes ni relajantes musculares. No es su modus operandi—. Yo... —Las palabras me fallan y mi pecho se oprime mientras devuelvo la carpeta al escritorio.

—¿Necesitas tomarte un par de días? —Brant inclina la cabeza mientras me mira.

—No, e-estoy bien. Es solo que... —Las similitudes eran escalofriantes, pero ¿realmente todo esto está solo en mi cabeza? ¿Acabo de ver una conexión y me lancé sin parar a pensar?— Lo siento.

—No hace falta que te disculpes. Tómate la mañana, al menos. ¿Y, Sarah?

Me detengo a mitad de camino hacia la puerta, mi mente acelerada por la incredulidad. —¿Hmm?

—Duerme un poco.

Me siento entumecida todo el camino hasta el baño, atrapada en esa única línea de texto que afirma que la sangre de mi víctima estaba libre de las drogas características utilizadas por El Pintor. De todos los lugares donde esperaba que me recordaran a ese cabrón, no era aquí.

Pensé que lo había dejado todo atrás en Montana, junto con mi fracaso.

Con un ligero golpe en cada puerta, me aseguro de que el baño está vacío, luego abro uno de los grifos al máximo hasta que el agua está helada. Recojo puñados en mis manos y me los echo en la cara para sacar a mi sistema de una espiral ansiosa.

He estado al cien por cien desde que vi el film transparente, completamente convencida de que ese cabrón había llegado de alguna manera a Nueva York. Pero Brant tiene razón. No es él. Hay similitudes, claro, pero podrían encontrarse en innumerables casos que no tienen nada que ver con el asesino serial de Montana.

—Joder. —Mirándome en el espejo, sigo varias gotas mientras ruedan por mi mejilla y caen de mi barbilla, empapando mi camisa —. Recupérate, Sarah.

Sobrevivir en una ciudad gobernada por criminales no es fácil para alguien que permitió que uno de los hombres más peligrosos del país escapara.

Ha estado callado durante cinco años, y en el fondo sé que nunca volverá a aparecer. Pero en una sola noche, siento que estoy justo donde estaba hace cinco años, cargando con el peso aplastante de recordar un solo detalle de la cara de ese cabrón.

Pero lo he enterrado tan profundamente que ni siquiera puedo alcanzarlo, y por eso escapó de la justicia, y las familias de sus víctimas nunca obtuvieron el cierre.

Me quedo en el baño durante diez minutos, repitiendo ejercicios de respiración que me enseñó una terapeuta que pasó seis semanas intentando desenterrar mis recuerdos ocultos. Ella fracasó, pero sus ejercicios de respiración eran increíbles.

Brant tiene razón. Necesito dormir un poco y ajustar mi perspectiva. Estoy en Nueva York. Mis fantasmas están en Montana.

Secándome las manos con una toalla de papel áspera, salgo del baño y me encuentro con el policía de anoche.

—¿Me estabas esperando? —pregunto, casi rozándole con el codo.

—Estaba a punto de mandar a alguien a ver si estabas bien. —Resopla mientras me entrega una hoja de papel.

—¿Qué es esto?

—Nuestra víctima. Una mujer desaparecida llamada Belle Marino. Su tío la reportó como desaparecida hace cinco días. Y no te va a gustar esto.

Nos detenemos fuera de mi oficina, y la expresión en su rostro me hace sentir un nudo en el estómago. Ya sé la respuesta, pero pregunto de todos modos. —¿Por qué no me va a gustar esto?

—¿Su tío? Es Gio Marino. Y está metido hasta el cuello en la mafia italiana.

3

ROCKY

—Escucha, necesito esas piezas antes de que termine el día. Si esta mierda se cae, soy una multa ambulante para la policía. —Equilibrando el teléfono entre mi hombro y la oreja, me agacho y me inclino sobre mi rodilla para alcanzar debajo del chasis de mi motocicleta y seguir el cable problemático hasta la fuente.

—¿Desde cuándo te importa la policía? —dice con su acento sureño mi mecánico.

—No me importa. Pero cuantas menos razones les dé para detenerme, mejor. No estoy *activamente* buscando que me encierren toda la noche.

—Conduces una Kawasaki Ninja H2R. —Resopla—. Ya estás en su lista.

—Tío, es una Kawasaki Ninja H2R *modificada*. —Esa corrección es importante. Mi cuidado meticuloso y las modificaciones en mi querida Kawasaki son la única razón por la que mi bebé es legal para circular, y no estoy dispuesto a perder eso por un espejo roto.

—Da igual. Las piezas no llegarán hasta mañana. ¿Crees que puedes aguantar hasta entonces?

—Claro. —¿Qué otra opción tengo?— Me llamarás en cuanto lleguen, ¿no?

—Sí.

—Gracias. —La llamada termina cuando unos pasos fuertes atraviesan el garaje hacia mí, anunciando la llegada de uno de los guardias de Barati. Unas botas marrones aparecen al otro lado de mi moto, golpeando una puntera mientras esperan a que me desenrede de mi vehículo y les salude.

Quizá debería hacerles esperar simplemente porque no tengo ganas de hablar con ellos. Al final, la curiosidad se apodera de mí y salgo de debajo de la moto para mirar al hombre trajeado de gris que me observa desde arriba.

—Más te vale tener una buena razón para interrumpir mi tiempo de calidad con mi bebé.

—Belle Marino ha muerto.

Un frío recorre mi cráneo hasta la nuca mientras mi estómago se tensa y mi buen humor se esfuma en un instante.

Belle. La sobrina de uno de mis amigos más cercanos —prácticamente su hija.

—¿Cuándo?

—La policía la encontró anoche.

Me pongo de pie, mi mente se pierde preocupándome por Gio mientras intento limpiar distraídamente el aceite y la grasa negra de mis dedos con el trapo que llevo en el bolsillo del pantalón. —¿Lo sabe Gio?

—Se lo estamos comunicando ahora mismo.

—Joder. Supongo que estás aquí porque no murió por causas naturales, ¿verdad?

El guardia niega con la cabeza. —El jefe quiere que mantengas esto en secreto hasta que sepamos más.

Por supuesto que sí. Mi padre ha estado *manteniendo todo bajo control* desde que Noah, una rata de una de las familias más pequeñas bajo nuestro mando, se volvió loco el año pasado y casi provoca una guerra catastrófica entre nosotros y los irlandeses. Cualquier líder decente usaría eso para construir alianzas fuertes con algunas de las familias cercanas, pero en lugar de eso, mi padre elige cerrarnos. No le importa Gio de verdad. Solo necesita que me asegure de que no será un problema.

—Me ocuparé de ello.

—Rocky, tu padre quiere asegurarse de que entiendas que solo debes mantener las cosas bajo control. Las peleas de las familias más pequeñas no son asunto nuestro—

—Ya *dije* que me ocuparé de ello. —El calor impregna mis palabras mientras lanzo una mirada penetrante al guardia—. Y dile a mi *padre* que cuando uno de los nuestros aparece muerto, necesitamos investigarlo sin importar de qué familia sea. Ahora lárgate e informa, buen *perro*.



Mi padre y yo no siempre hemos estado de acuerdo, pero esta es una instancia en la que diferimos mucho. Si sigo sus reglas, ocuparme de Gio significará enviarlo a algún lugar apartado donde no cause problemas para la familia y luego olvidarnos discretamente de Belle. Así no es como yo veo las cosas. Cuando Noah estaba causando problemas con los irlandeses, fue mi enfoque práctico lo que evitó una guerra entre nuestras dos facciones.

Todo lo que mi padre ve es que soy una molestia y meto las narices donde no debería.

Donde él ve interferencia, yo veo conexión. No podemos sobrevivir en esta vida tratando a todos como una mercancía. Las amistades son difíciles de conseguir, pero más gratificantes cuando se cultivan.

La casa de Gio está a oscuras cuando llego esa tarde. Vive cerca, así que caminar me dio tiempo para planear cómo abordar esto. Mientras camino por el sendero de piedra bordeado de pensamientos multicolores y narcisos hasta la puerta principal descascarada, mis últimos intentos de planificación se desmoronan en mi mente. ¿Cómo consuelo a alguien que acaba de perder a un ser querido?

He tenido conversaciones similares en el pasado, pero es distinto cuando tienes que dar la noticia de que alguien ha sido abatido a tiros en un enfrentamiento. Es parte de esta vida y todos lo esperan. Algunos incluso lo consideran la forma perfecta de morir.

¿Pero Belle? Ella era joven.

Inocente.

Mi estómago se retuerce en nudos cuando levanto la mano y llamo suavemente a la puerta principal. La pintura azul desconchada se adhiere a mis nudillos, así que me concentro en limpiarla mientras escucho atentamente cualquier signo de movimiento al otro lado. Conozco a Gio desde hace años. Bebemos y jugamos a las cartas casi todas las semanas en The Black Ox, y él habla de Belle como si fuera su única razón para vivir.

Cien posibilidades pasan por mi mente mientras el silencio se alarga, pero justo cuando levanto la mano para llamar de nuevo, se oye movimiento tras la puerta. El pesado arrastrar de pasos precede el chasquido de una cadena metálica y el deslizamiento de una cerradura que se abre.

—¿Gio?

Su rostro cansado y demacrado asoma por una rendija de una pulgada en la puerta. La oscuridad se cierne bajo sus ojos, donde la

piel está enrojecida por lágrimas que nunca admitirá haber derramado.

Mi corazón se aprieta inmediatamente al verlo y un peso sombrío y pesado se instala en mi frente. Aprieto los labios, ofreciendo un silencioso gesto de simpatía con solo una mirada. Gio tarda unos segundos en realmente mirarme, pero cuando lo hace, su rostro se relaja ligeramente.

—Rocky —su voz es áspera por la emoción y sigue así incluso después de aclararse la garganta—. ¿Qué haces aquí?

—Me enteré de lo de Belle. ¿Qué necesitas?

Gio mantiene mi mirada durante unos largos segundos, luego retrocede de la puerta y desaparece en la penumbra de su casa. Tomo esto como una invitación y entro, cerrando la puerta tras de mí.

La casa está fría a pesar del calor que irradia fuera. Con las cortinas cerradas y todas las luces apagadas, la oscuridad se adhiere a los rincones de cada habitación y acecha en cada puerta que no está completamente cerrada. Una alfombra raída se mueve y resbala bajo mis pies mientras sigo a Gio hasta la cocina, intentando no enfocarme en los débiles y dolorosos sollozos que llegan desde una puerta cerrada al final del pasillo.

—¿Café? —Gio ya está en proceso de prepararlo cuando entro, así que simplemente gruño en señal de aprobación.

—¿Cómo está Mia?

—Devastada —Gio se ocupa de los granos de café y el agua caliente mientras yo mantengo mi distancia—. Belle estaba… iba a la universidad. Iba a ser mejor que todos nosotros. Todo su futuro estaba ahí afuera, esperándola, y ahora solo… —el clater de su cuchara cayendo de sus dedos rígidos lo interrumpe y se queda allí, medio encorvado.

No necesito ver su rostro para saber que está luchando contra su propia devastación.

—Gio, si hubiera sabido que ella había desaparecido…

—¿Qué? —se vuelve hacia mí, la ira ardiendo en sus ojos hundidos y llenos de lágrimas—. ¿Habrías salido a buscarla? ¿La habrías traído de vuelta a casa sana y salva? ¡Como si le hubieras dedicado el maldito tiempo!

Mi corazón duele aún más y, mientras Gio me fulmina con la mirada, mi ansiedad aumenta, pero no me tomo sus palabras a pecho. Necesita sacar algo y yo estoy aquí para él. Me decido a juguetear con un hilo suelto que cuelga de mis vaqueros y asiento lentamente. —Lo habría intentado, sí.

—Intentado —escupió Gio, luego se volvió hacia la encimera y golpeó las manos contra ella—. Todos lo intentamos y yo… yo fallé. Ni siquiera… —mueve la cabeza y vuelve al café, echando varias cucharadas en dos tazas.

—¿Para qué iba a la universidad?

Gio no responde. Se queda de espaldas a mí y mira la tetera durante lo que parece una eternidad. Cuando habla, su voz es más suave.

—Agricultura. Quería revitalizar la agricultura. Tenía todas estas ideas brillantes sobre cultivos y producción de alimentos y cómo podía salvar el mundo y asegurarse de que nadie pasara hambre nunca más. Ya sabes cómo son los jóvenes. Grandes ideas.

Gio se vuelve hacia mí y señala las frágiles sillas que rodean la única mesa blanca de la cocina. Me siento por cortesía, canalizando toda mi energía nerviosa en mover la rodilla. —Era brillante.

—Tan brillante —por un momento, los ojos de Gio se iluminan—. Después de que sus padres murieron, Mia se negó a dejarla ir a cualquier otro lugar que no fuera aquí, y vimos de inmediato lo inteligente que era. No estaba hecha para esta vida y no la

queríamos para ella. El crimen mató a sus padres. Estaba destinada a cosas mejores y trabajó tan duro. Ella… —la emoción bloquea su voz. Guarda silencio hasta que ambos cafés están sobre la mesa y se sienta frente a mí—. La policía dice que la encontraron cerca de la antigua fábrica textil. Pensé… Cuando no volvió a casa, pensé que estaba de fiesta. Tenía veintiún años… *Tenía* veintiún años. Había salido durante días antes, así que no le di importancia.

—Gio, esto no es tu culpa.

—Pero si la hubiera buscado antes, quizás habría sido diferente —me mira con seriedad, como si la verdad de sus indecisiones estuviera escondida en mis ojos—. Si Mia hubiera reportado su desaparición antes, entonces quizás la policía…

—Que se joda la policía —murmuro—. Sabes cómo se sienten con las cosas que tienen que ver con nosotros. Te habrían exprimido antes de buscarla. Un desafortunado inconveniente del deseo de mi padre de tener tantos policías en esta ciudad como fuera posible. Tantos de ellos han sido testigos o causantes de corrupción que se han vuelto arrogantes y vaciarán la cuenta bancaria de alguien antes de ayudarlo.

—Aún así —los hombros de Gio se desploman como si se desinflaran y pasa una mano por su cabello ralo—. Solo supe que estaba desaparecida cuando su amiga Mary llamó esperando encontrarla aquí. Ese sentimiento… —se toca el pecho a través de su camisa ligeramente abotonada—. Es como si ya supiera que algo había pasado, como si de repente me hubieran arrancado un pedazo.

—Gio. Esto no es tu culpa, ¿entiendes? Quienquiera que haya hecho esto, lo encontraré y haré que pague. Te prometo que esto no quedará sin respuesta. Y no te preocupes por nada. Enviaré a alguien con comida, me encargaré de tus facturas y los costos del funeral, ¿de acuerdo?

—No puedo pedirte que hagas eso —la derrota en los ojos de mi amigo es casi tan dolorosa como el desconsuelo en su voz.

—No me lo estás pidiendo —respondo suavemente—. Te lo estoy diciendo. Déjame ocuparme de esto, ¿vale? Tú necesitas cuidar de ti mismo y de tu esposa.

Gio asiente finalmente, y rememora a Belle durante el tiempo que tardamos en terminar el café malísimo. Bebo rápido, luchando contra el reflejo nauseabundo que me produce el sabor horrible de cuatro cucharadas colmadas. Gio confía en que me ocuparé de las cosas, así que, tras un largo abrazo y otra repetición de la promesa, salgo de su casa convencido de que no será un problema. No es que le culpe, pero no necesito que mi padre cause más dolor aquí.

La puerta se cierra detrás de mí y cierro los ojos durante unos segundos, volviendo mi cara hacia el sol caliente en el cielo. Los pájaros cantan por encima, los insectos zumban en las flores alrededor del jardín, y el mundo sigue su curso a mi alrededor, completamente ajeno a la familia destrozada que he dejado en esa casa.

Quienquiera que le haya hecho esto a Belle no recibirá ni una gota de misericordia.

—¿Qué diablos haces aquí? —unas palabras cortantes me sacan de mis pensamientos, pronunciadas por una voz familiar que nunca esperé escuchar.

Abriendo los ojos, entrecierro ligeramente por el sol para ver a la detective Sarah Gogs avanzar por el camino hacia mí. Su cabello rubio claro parece brevemente blanco por cómo refleja el sol, y es lo más cálido que tiene cuando sus ojos grises acerados me miran furiosamente a través de unas gafas cuadradas azules que enmarcan su rostro.

No la había visto desde que me salvó la vida en la gala rusa el año pasado. Dos balas en la espalda casi acabaron con mi vida después de hacer todo lo posible por salvar a Anastasia Remizova de su celoso y tiránico asesor. Mi recompensa por hacer una buena acción fue pasar varios minutos muriendo solo en un pasillo, seguro de que

mi hora había llegado. Hasta que Sarah me encontró. Entonces, todo el odio que nos teníamos por nuestras respectivas profesiones se esfumó cuando ella me salvó la vida. Más tarde dejó claro que *solo* me había salvado por obligación a su deber y por nada más.

Es una pena que ese odio haya tenido que regresar.

—Una cálida bienvenida, como siempre, Sarah.

—Para ti es detective Gogs —replica, mirando más allá de mí hacia la puerta cerrada—. ¿Aquí para intimidar, eh?

Pongo una mano en mi pecho y sonrío con complicidad. —¿De verdad piensas tan poco de mí?

—Sí. ¿Necesitas que te lo explique más claramente?

—No estaría de más.

—Quítate de mi camino.

—No estoy en tu camino. Además, ¿no es deber de un policía pisotear todo en su intento por llegar a su versión de la verdad? —Levanto una ceja y miro juguetonamente las flores que tendrá que pisar si quiere rodearme.

—No sabría decirte. La mayoría de los policías hacen lo que diablos les pagas para hacer —replica con dureza.

Hay un fuego tan delicioso en sus ojos que todos los pensamientos de dolor y venganza se desvanecen momentáneamente. Sarah me ha fascinado durante mucho tiempo, sobre todo por sus increíblemente fuertes principios morales que hacen imposible comprarla. Admiro eso de ella porque las personas como ella siempre terminan cayendo.

O son expulsadas.

Hasta ahora, ninguna de las dos cosas le ha ocurrido, y es bastante encantador ver cómo otros navegan a su alrededor. —Sarah,

deberías conocerme mejor que eso. Yo no pago a los policías para que hagan nada.

—Mentiras.

—Sí pago mis impuestos, sin embargo —continuo caminando lentamente hacia ella—. ¿Es eso lo que quieres decir?

—¿Tú? ¿Pagar impuestos? —se burla con disgusto—. Me haces reír.

—Lo que daría por ver eso exactamente —mi cálida sonrisa es recibida con una mirada igualmente gélida—. Estamos tan íntimamente relacionados que me duele no haberte escuchado reír nunca.

—Me reiré —responde con rigidez—, cuando las puertas de la celda se cierren detrás de ti.

—¿Yo? —me toco el pecho de nuevo—. ¿Qué he hecho?

—¿Ahora mismo? Parece que vienes de intimidar a personas involucradas en mi caso.

—¿Tu caso? —mi deseo alegre de molestarla se desvanece instantáneamente—. ¿Estás trabajando en el caso de Belle?

El desliz del nombre de la víctima hace que los ojos de Sarah se estrechen y sus labios se frunzan en una línea recta. —No estoy autorizada a revelarte nada —su mandíbula sobresale ligeramente mientras levanta la barbilla y pasa junto a mí, evitando cuidadosamente pisar ninguna de las flores.

Atrapo un breve indicio de su perfume especiado y algo más, algo dulce que hace que mi pulso se acelere.

—Pero si descubro que tienes algo que ver con esto… —Sarah se da la vuelta y me señala con un dedo elegante con esmalte azul brillante—, no descansaré hasta que enfrentes todo el peso de la ley.

—¿Encerrarías a este pobre viejo entre rejas? —sonrío, manteniendo una máscara sobre las emociones complicadas que revuelven en mi

pecho.

—Sí. Porque criminales como tú actúan como si pudieran salirse con la suya y estoy harta de ello.

—¡Ah! —levanto la mano y hago una reverencia burlona—. No soy un criminal.

—Mentiras.

—Un lenguaje tan soez de parte de la ley. Debería presentar una queja.

Para mi deleite, Sarah parece furiosa y sus labios se separan con algo seguramente insultante en la punta de la lengua. Se ve bastante hermosa, toda enardecida con el rubor en sus mejillas y sus ojos abiertos. El insulto no llega, para mi decepción.

—No quiero verte aquí de nuevo —ordena Sarah, ajustándose las gafas—. Aléjate de mí. Y si sabes lo que te conviene, también te mantendrás alejado del caso. ¿Entendido?

Ella gira sobre sí misma y camina hacia la puerta mientras yo retrocedo lentamente por el camino, admirando el trasero ajustado y hermoso que se esconde bajo sus pantalones pero se resalta con cada paso que da.

Oh, lo entiendo, perfectamente. Si ella está trabajando en este caso, Sarah y yo vamos a vernos *mucho* más.

Qué divertido.

4

SARAH

Hoy es mi cumpleaños.

Y celebrarlo no podría estar más lejos de mi mente.

Este caso está muerto antes de siquiera comenzar. El estrés se acumula detrás de mis ojos, creando un dolor de cabeza que tira de mi frente como una banda elástica. Con un suave gemido, dejo caer mi cabeza en el hueco de mi brazo mientras mi teclado protesta ligeramente al ser empujado a un lado.

Gio se negó a hablar conmigo la semana pasada, probablemente porque soy policía, pero no puedo quitarme la sensación de que Rocky Barati tuvo algo que ver. Verlo salir de la casa de Gio fue una sorpresa, dado que las grandes familias rara vez tienen algo que ver con lo que ocurre en las familias más pequeñas. ¿No fue así como Noah pudo aterrorizar a los irlandeses durante tanto tiempo cuando Brenden Gifford fue asesinado?

Pero por alguna razón, Rocky está hablando con Gio y Gio no está hablando conmigo—excepto para decirme que no confía en los policías y que haremos más daño que bien. Irónico, ya que es un secreto a voces que la mafia italiana tiene a la mayoría de los

policías de esta comisaría en su bolsillo. ¿No deberían estar haciendo todo lo posible para ayudar a encontrar al asesino de Belle?

Quizás el pago no es suficiente.

Sin embargo, debajo de la presencia de Rocky y Gio, yace mi verdadero problema. No puedo quitarme de la cabeza lo similar que es este caso a cualquier otro que involucre a El Pintor. Mi capitán tiene razón. Mi culpa por ese caso está fuera de control y no puedo permitir que arruine el caso de Belle. Un solo error y el asesino queda libre.

No tengo derecho a llamarme policía si eso vuelve a ocurrir.

Cuando Gio resultó ser un callejón sin salida, intenté hablar con los amigos de Belle. Muchos de su clase universitaria fueron abiertos, pero me dijeron cosas que ya sabía. Ella era una chica inteligente, le gustaba salir de fiesta y se graduó como la mejor de su clase. No tenía pareja, pero localicé a su ex. Está fuera del estado, así que le dejé un mensaje pidiéndole que me llamara tan pronto como regresara a Nueva York.

Y la única amiga que estaba con ella esa noche está *indisponible*.

Es decir, es la hija de alguien que trabaja para Matteo Barati y está fuera de los límites.

Aunque apuesto a que hablará con Rocky, y él se enterará de todo lo que me están ocultando, y luego lo utilizará en mi contra con esa estúpida y presumida sonrisa suya. Actúa como si lo supiera todo, como si el mundo fuera increíblemente fácil, y para alguien como él, probablemente lo sea.

Mi mente divaga. La única vez que Rocky pareció una persona auténtica fue cuando estaba desangrándose en ese pasillo con dos balas incrustadas en su espalda. Estaba asustado, y yo hice todo lo que pude para hacerle sentir seguro y apoyado. No supe mucho después de que lo llevaron en la ambulancia, solo que estuvo al filo de la navaja por un tiempo. Cuando me llegó la noticia de que había

sobrevivido, me sentí bien por un momento. Fue lo único positivo que salió de todo aquel lío ruso.

De repente, levanto la cabeza.

Los rusos.

Todo el mundo en Nueva York sabe que los rusos tienen un control férreo sobre los clubes nocturnos. El último lugar donde se vio a Belle fue en uno de esos clubes. ¿Coincidencia o causa? Después de lo ocurrido en la gala, he estado esperando algún desacuerdo creciente entre esas dos facciones. Muchos italianos resultaron heridos cuando la gala rusa explotó, y si hay un deseo latente de venganza que aún no ha salido a la superficie, la muerte de Belle podría ser la primera piedra.

Una teoría mucho más plausible para presentarle a mi capitán que el fantasma de un asesino en serie.

Sin nada más que añadir al informe del caso, cierro todo lo que tengo sobre Belle y arrastro mi cuerpo cansado de mi oficina a la sala de descanso, donde un café malo y donuts rancios se convierten en mi almuerzo. Empecé este año con la intención de preparar comidas y buenos propósitos, pero ¿quién tiene tiempo de verdad para mantener la preparación de dieciséis comidas con anticipación? Duré dos meses y luego me fui quedando con una comida a la semana.

Mi congelador estaba lleno de comidas microondas para mi próximo día de pago.

Masticando decididamente un donut seco que quizás tenga tres días pasado de fecha, repaso la línea de tiempo de la desaparición de Belle hasta su descubrimiento, intentando situar a todos según las declaraciones que pude recopilar de sus otros amigos. Belle se mantenía en buena forma, y debido a su costumbre de hacer largas caminatas, nadie pensó que fuera extraño que no contestara los mensajes durante uno o dos días.

Extraño en estos tiempos, pero no juzgo.

Si tan solo Gio hablara conmigo, entonces…

—Sarah, ¿verdad?

Sacada de mis pensamientos, miro al otro lado de la sala hacia otro detective mientras él coge con cuidado uno de los donuts restantes.

—Yo no lo haría si fuera tú—digo, dejando mi donut a medias con una mueca y quitándome el azúcar rancio de los dedos—. Realmente no valen la pena.

—¿En serio?—Levanta el donut hacia su nariz y hace una mueca—. Echo de menos los días en que ahogábamos estas cosas en productos químicos para que nunca se pudrieran.

—Yo también. Aunque estoy segura de que nuestros corazones nos lo agradecen.

—Tal vez—Deja el donut y se acerca a mi mesa con una taza de café en la mano—. Pero tú eres Sarah, ¿verdad? ¿Estás trabajando en el caso del asesinato textil?

—¿Y qué pasa con eso?—Mis ojos se estrechan por costumbre.

—No hay ningún motivo. Estoy intentando resolver mi propio caso y a veces, concentrarme en algo completamente diferente ayuda a mi mente a volver y encontrar cosas que pasé por alto, eso es todo.

—Entonces, ¿mi asesinato textil es tu cura?

—Claro —dice mientras se deja caer en la silla frente a mí, apoyando un brazo en el respaldo y abriendo las piernas al relajarse—. He oído que no tienes sospechosos.

—No —admito sin razón para mentir—. Sus amigos apenas la vieron después de una discoteca. La familia no quiere hablar conmigo. Ya sabes cómo es.

—¿La familia no quiere hablar? —Levanta una ceja—. ¿Crees que tienen algo que ver?

—No quieren hablar porque llevo una placa —digo mientras me reclino y doy un toque en mi cadera—. Así que no puedo acercarme lo suficiente como para averiguar si lo hicieron o no.

—¿Porque eres poli? ¿Desde cuándo es eso un problema? —Se ríe brevemente y toma un gran sorbo.

—Los criminales no hablan con los policías.

—Claro que sí.

—No los buenos.

Su rostro se tensa brevemente, y algo hace clic en mi mente mientras nos miramos. Solo aquellos en la nómina corrupta tienen la libertad de ignorar la placa que se supone que los mantiene fieles a su juramento. La mitad de los imbéciles por aquí a veces lo olvidan.

—Oh —baja su vaso—. ¿Estás segura en la vida?

—¿Qué quieres decir?

—¿Demasiado buena para aceptar un poco de dinero extra?

—Si estás sugiriendo que puedo vender mis principios y esta placa por una bolsa de monedas que hará que cualquier familia hable conmigo, entonces déjame dejar una cosa clara —me inclino hacia adelante, apoyando una mano sobre la mesa y levantándome—. No hay cantidad de dinero en este mundo que me convierta en ti.

—Oye —resopla y estrecha los ojos—. Más te vale cuidar de qué me estás acusando. Solo estoy ofreciendo un consejo amistoso. El dinero puede abrir puertas —se queda sentado, con la oferta disfrazada tan clara como el día en su plato. Si estuviera en la nómina italiana, esa familia hablaría conmigo.

Porque entonces sería como ellos.

Un criminal.

—Aléjate de mí, joder —refunfuño—. Deberías avergonzarte.

—¿De qué? —se reclina aún más mientras salgo de la habitación—. ¡Todo el mundo tiene un precio, Sarah! Y un punto de quiebra.

Mi estado de ánimo está tan rancio como esos donuts cuando vuelvo a mi escritorio, y por mucho que reordene mis bolígrafos y material de oficina, no logro calmarme.

¿De dónde cojones saca el descaro de preguntarme algo así? Fisgoneando como si recibiera alguna comisión por llevar a otros policías al lado oscuro. ¿Debería ir al capitán?

No. No tengo nada concreto. Nunca lo he tenido.

Desde que supe de la corrupción aquí, he intentado conseguir pruebas concretas, pero el problema con los policías corruptos es que saben exactamente cómo mantener las cosas en secreto. Conocen el sistema y lo manipulan como expertos. Entre ellos y mi caso actual, no hay luz en el horizonte.

Cuando llega el final del día, estoy aún más desilusionada con el futuro del caso. He llamado a todas las discotecas que se me ocurrieron y me dieron la misma respuesta: llama más tarde a una hora no especificada para hablar con alguien de más alto rango que puede o no estar allí cuando llame. Recojo mis cosas y salgo de la oficina, decidida a emborracharme tanto como sea posible con la única caja de vino que tengo en mi apartamento. Eso e Iris como compañía serían el final perfecto para un día terrible.

—¡Sarah!

Una voz me llama justo cuando llego al ascensor y, al girarme, Jade, de la recepción, enlaza su brazo con el mío.

—¿Jade?

—Vamos —tira de mi brazo y me sonríe.

—¿Adónde?

—¡A salir, por supuesto! —Su sonrisa brillante ilumina su rostro—. Sé qué día es hoy. ¿De verdad pensaste que iba a dejarte escapar sin una copa de cumpleaños?

—¡Chist! —susurro desesperada, sin querer que otras personas lo sepan—. No hice ruido porque estoy cansada. De verdad solo quiero irme a casa.

—¡No! —Jade me arrastra al ascensor y se niega a soltar mi brazo mientras más personas entran—. Te llevamos de copas y tienes que quedarte para al menos dos, ¿vale?

Quiero rechazarlo y lo intento durante todo el trayecto en ascensor, pero al final, el alcohol real de un bar suena mucho más atractivo que el vino de caja. Tampoco tengo que preocuparme por Iris, ya que su comida está programada y es una gata muy independiente.

No pasa mucho tiempo antes de que Jade me arrastre al bar local con varios de nuestros colegas y las copas empiezan a fluir. Por suerte, el imbécil de antes no está aquí, o finalmente me atrevería a decirle lo que pienso. Empiezo con un ron con Coca-Cola, pero Jade rápidamente me pone en la mano cócteles bonitos pero fuertes y afrutados, y la noche se convierte en una bruma cálida y colorida.

Bebo y bailo, dejando que el estrés del día y la falta de conclusión en el caso se desvanezcan en el fondo. El trabajo no es nada. Beber y bailar lo son todo. No es lo mismo que el baile que romanticizo en mi mente cada vez que veo a la pareja en el edificio de enfrente bailando con todo su corazón, pero es lo suficientemente cercano. Durante unas horas, mis preocupaciones dejan de existir.

Cuatro copas son mi límite. Nunca he sido una gran bebedora y el agotamiento del día me está alcanzando ahora que mi sangre se calienta con el alcohol, así que después de besar a Jade en la mejilla, me despido de todos los que vinieron, la mitad de los cuales ni siquiera sabían que era mi cumpleaños, pero los dejo pasar.

Afuera, el aire fresco es un cambio bienvenido respecto al calor del club.

Necesito encontrar un taxi.

Con una copa afectando la estabilidad de mi memoria, recordar el lugar más fácil para encontrar un taxi me lleva algo de trabajo. Camino por la calle y recuerdo vagamente un atajo que me lleva a través de un aparcamiento hasta la otra cuadra, donde varios taxis suelen estar alineados, esperando a los bebedores nocturnos que salen tambaleándose con indicaciones lo suficientemente pobres como para ganar una buena cantidad de dinero.

El mundo está en silencio más allá del zumbido distante del tráfico y el ritmo de la música que se vuelve más tenue con cada paso. Tropiezo brevemente con algunas piedras pequeñas, evito un bache y avanzo por el aparcamiento con mis pensamientos flotando hacia la tentación de pedir algo de comida para llevar cuando llegue a casa.

De repente, algo sólido choca contra mi espalda y pierdo el equilibrio, tambaleándome mientras mi peso se inclina peligrosamente hacia la derecha. Cuando intento estabilizarme, una presión baja por mi brazo y mi bolso es arrancado de mis manos por algún matón que pasa corriendo.

El tirón de mi brazo me hace caer al suelo, aterrizando con fuerza sobre mis manos y rodillas con un grito, pero no me quedo allí.

—¡Eh! —grito mientras me levanto de un salto—. ¡Eh, qué mierda! ¡Vuelve aquí!

5

ROCKY

Otro callejón sin salida.

En una ciudad llena de criminales, no debería ser tan difícil encontrar solo a uno, pero resulta que nadie está dispuesto a asumir la responsabilidad de la muerte de Belle. No es la primera vez que sucede algo así, y por lo general, una familia se presenta en el día para reclamar la muerte, junto con la razón detrás de ella.

Esta vez no.

El cuerpo de Belle permanece bajo custodia policial mientras el mundo guarda silencio sobre el culpable. O este golpe fue personal o alguien cercano a ella tiene algo que ocultar.

Manejo de vuelta de otro callejón sin salida y me abro paso entre el tráfico de la noche mientras mi mente repite cada detalle que he aprendido sobre Belle hasta ahora. Gio hizo un muy buen trabajo al mantenerla alejada de una vida de crimen, hasta el punto de que ni siquiera estoy seguro de que supiera que su tío era un criminal profesional. No sería la primera vez que un tío trabaja duro para mantener a su sobrina fuera de este tipo de vida. Por lo que se sabe, su educación fue tan común como la de cualquier otra persona.

Tengo que considerar la posibilidad de que su muerte también fuera común. No relacionada con la mafia, solo un acto aleatorio de violencia terrible.

No es que su asesino recibirá un castigo menor una vez que lo tenga en mis manos.

Solo necesito asegurarme de encontrarlo antes que Sarah. Gio nunca me perdonará si el asesino de Belle termina seguro tras las rejas.

Al detenerme en un semáforo, apoyo un pie en el suelo mientras me recuesto en mi moto, y mi mente vuelve a Sarah. Ha estado presente por aquí durante algunos años y a menudo se la menciona como la policía a evitar, ya que no puede ser comprada.

Tiene una moral bastante estricta, esa.

Pero ha tenido tratos con Cormac Gifford, el capitán irlandés. Y estaba en la gala. Por mucho que intente alejarse de esta vida, algo la sigue arrastrando de vuelta. Y ahora está asignada al caso de Belle. Llamé a uno de mis contactos en la comisaría para intentar que el caso fuera reasignado a alguien de nuestra nómina, pero nadie mordió el anzuelo. Aparentemente, nadie quiere lidiar con la ira de Sarah Gogs cuando pierde un caso.

Así que estoy atrapado con ella.

No es que me moleste. Es toda una pólvora, y aunque su aversión a todo lo relacionado con la mafia es bien conocida, su odio hacia mí parece personal.

Quizás es porque está enamorada de mí.

Quizás *yo* estoy enamorado de ella y por eso no puedo dejar de pensar en ella.

Riéndome para mí mismo cuando cambian las luces, continúo conduciendo hasta que los tentadores aromas de comida para llevar que atraviesan la ciudad invaden mi casco y mi estómago da un vuelco.

Necesito comer.

Al estacionarme al lado de la carretera, Sarah sigue ocupando mis pensamientos mientras me quito los guantes de cuero uno por uno. Después de que salvó mi vida en la gala, mi padre estaba seguro de que sería una puerta para conseguirla en nuestro bolsillo y terminar con el cuidado que tenemos que tener alrededor de ella. Pero Sarah se aferró a sus principios más que nadie que haya conocido antes.

No puede ser influenciada y ciertamente no puede ser comprada.

¿Es por eso que me odia tanto? ¿Porque salvó mi vida y para agradecerle, intenté comprarla?

Las cosas que hago por mi padre.

Guardando mis guantes bajo el asiento, la correa de mi casco casi se suelta, pero antes de poder quitármelo, un grito femenino flota en el aire desde cerca.

—¡Suéltame, hijo de puta! —Un escalofrío recorre mi espina dorsal. Girando sobre el lugar, escaneo mi entorno a través del visor oscuro en busca de la fuente del grito cuando otro llama mi atención. Me lanzo a correr por el aparcamiento hacia la entrada del callejón al otro extremo, llegando justo a tiempo para ver a dos personas peleando en el suelo.

Un hombre y una mujer.

—¡Eh! —grito, corriendo a toda velocidad por el callejón hacia la pareja—. ¿Qué diablos están haciendo?

La mujer lanza su puño hacia arriba y golpea al hombre en plena cara, haciéndolo caer hacia atrás con un gruñido. Su bolso está bien agarrado en una de sus manos y al caer, finalmente me nota. Mientras sus ojos se abren, retrocede, se levanta y corre hacia el otro extremo del callejón.

—¡Mi bolso, cabrón! —grita la mujer—que reconozco como Sarah mientras salto por encima de su cuerpo caído y sigo corriendo hacia

su agresor. Las preguntas sobre por qué está aquí y cómo está se apartan a un lado. Necesito recuperarle el bolso.

El ladrón no llega muy lejos. Tan pronto como alcanza el otro extremo del callejón, salto hacia adelante y golpeo su pecho con mi hombro, derribándolo al suelo. Él grita y caemos en un montón, rodando el uno sobre el otro mientras forcejeamos por el control de la situación.

—¡Quítate de encima! —gruñe, retorciéndose y forcejeando en mi agarre como si fuera un felino salvaje. Rodamos hacia la calle, donde varios coches pitan y se desvían para evitar atropellarnos.

—¿Atacando a mujeres en la calle? —grito mientras apoyo una rodilla en el suelo y me mantengo sobre él—. ¿Crees que eso te hace un hombre grande, eh? ¡Maldito!

Le doy dos puñetazos en la cara, haciendo que su cabeza se gire hacia un lado y salpicando sangre sobre el asfalto oscuro. Él intenta alcanzarme con ambas manos, pero mi casco protege mi cara y cuello de cada uno de sus golpes. Al darle otro puñetazo, lo aturdo, así que lo agarro por la solapa y lo levanto mientras me pongo de pie. Cuando su cabeza cae hacia atrás, su capucha se desprende, revelando el rostro de un adolescente.

Mierda. Es solo un crío.

—¡Es solo un bolso, tío! —chilla el chico, sus lágrimas reflejando el resplandor naranja de la farola sobre nosotros—. ¡No es para tanto!

Joder.

—Dame el bolso.

Obedece, temblando mientras lo hace. En cuanto tengo su bolso en la mano, lo suelto y lo aparto—. Lárgate de aquí.

—¿Qué? —El adolescente tropieza mientras retrocede, pero la sorpresa es evidente en su rostro ensangrentado.

—He dicho que te largues de aquí, crío.

No necesita que se lo repitan. El ladrón corre hacia el otro lado de la calle, esquivando coches por los pelos y desapareciendo en la oscuridad del callejón frente a mí. Solo cuando desaparece de vista me vuelvo hacia Sarah y mi corazón se dispara hacia la garganta.

Sigue en el suelo.

Mierda.

—¡Eh! —Con el bolso en la mano, corro de vuelta al callejón hacia su cuerpo tendido mientras mi pulso se acelera.

Por favor, no me digas que tomé la decisión equivocada. Si dejé escapar a ese cabrón y ha herido seriamente a Sarah, entonces yo—

—Ay. —Un gemido largo y bajo surge de Sarah en cuanto llego a su lado, y el alivio me inunda como el agua que rompe una presa.

—¿Estás bien?

Está tumbada en el suelo, en un charco, con el pelo extendido como una enredadera. Unos puntos de sangre aparecen en la comisura de su boca junto a una hinchazón en su labio inferior, y sus párpados parpadean antes de mirarme. De un vistazo, noto que está borracha.

—Me quitó el bolso —se queja suavemente. Mi corazón da un brinco. Nunca en todas mis interacciones con ella había escuchado a Sarah sonar tan vulnerable. Siempre parece estar a un segundo de arrancarme la cabeza.

—No —digo mientras me inclino sobre ella, frunciendo el ceño—. Aquí está. Lo recuperé.

En cuanto ve su bolso colgando de mi puño, sus ojos se abren y una gran sonrisa se extiende por sus labios hasta que el movimiento de su labio inferior aumenta la hinchazón dolorosa. Inmediatamente hace una mueca y gime.

—Déjame ayudarte a levantarte.

Sarah no se resiste cuando tomo su mano, luego su codo, y la levanto hasta ponerla de pie. De pie, se tambalea insegura, así que mi brazo rodea automáticamente su cintura para evitar que vuelva a caer al suelo. Sus ojos se cierran brevemente, una mano apoyada en mi brazo cubierto de cuero mientras la otra presiona su frente—. Ay.

—¿Estás bien? ¿Debería llevarte al hospital?

Ella se muerde suavemente el labio inferior mientras niega con la cabeza, emitiendo un sonido negativo en la garganta.

—No es molestia.

—No, no, yo—yo estoy bien. —Mueve brevemente la cabeza y luego abre los ojos, mirándome directamente. Bueno, tan directamente como puede, ya que no me he quitado el casco de la moto.

Tan cerca, las sombras a nuestro alrededor hacen que sus ojos parezcan tan oscuros como las nubes tormentosas que pasan por Nueva York cada verano cuando hay tormenta. Su cuerpo se inclina hacia el mío aunque ha recuperado el equilibrio, y su mano sigue agarrando mi bícepo.

—Odiaría irme y luego leer en las noticias mañana que has muerto detrás de unos contenedores de basura.

Sarah resopla suavemente, una sonrisa divertida curvándose en sus labios—. Estoy bien. Solo me pilló por sorpresa, eso es todo. Aunque supongo que ese es su truco, ¿no? ¿Qué ladrón quiere anunciarse?

Su cabeza se inclina suavemente hacia un lado, parecida a un cachorro estudiando algo por curiosidad. Mientras sus ojos recorren mi casco, de repente me doy cuenta de que no me reconoce. Si lo hiciera, seguro que no me dejaría sostenerla, y mucho menos hacer pequeñas conversaciones. Con el casco ocultando mi rostro y amortiguando mi voz, no es sorprendente.

—Deberías hacerte mirar eso. Parece feo. —Es como si mi cuerpo tuviera mente propia porque, de repente, estoy sujetando su cuello

e inclinando su cabeza hacia atrás para ver mejor la hinchazón en su labio, junto con el inicio de un moratón justo debajo.

—He pasado por cosas peores —dice, agitando una mano hacia mí pero sin apartar la cabeza. Al hacerlo, veo el rozón en la palma de su mano y rápidamente atrapo su muñeca con mi otra mano. Su palma está en carne viva y salpicada de sangre, con pequeñas piedras y gravilla incrustadas.

—Mierda.

—¿Qué, nunca te has hecho un rozón? —Finalmente se libera de mi agarre, con las mejillas sonrojadas por el ataque—. Estaré bien. Aunque gracias. Por intervenir. Y por recuperar mi bolso. Hay un montón de cosas importantes ahí dentro, no tienes ni idea.

—Es lo mínimo que podía hacer —respondo, observándola intentar sacudirse la tierra de la ropa. Cada movimiento de sus manos acentúa la inestabilidad de su postura, que estoy seguro se debe a la bebida y no al ataque—. Ven conmigo.

Sarah me sigue como un cachorro obediente, y la conduzco hasta donde aparqué mi moto sin miramientos. La Sarah que conozco me amenazaría con una multa o alguna estúpida normativa, pero la Sarah borracha se apoya feliz contra mi moto y me sonríe mientras destapo la botella de agua y la vierto con cuidado sobre sus palmas llenas de gravilla.

—Ay —susurra entre dientes.

—Lo siento —intento ser lo más delicado posible con el agua y mis dedos, retirando la gravilla con lentos y cuidadosos movimientos del pulgar—. Esta mierda se puede infectar muy rápido, así que cuando llegues a casa, asegúrate de curártelo, ¿vale?

—¿Qué eres, médico?

—Ya ves lo que conduzco —esbozo una sonrisa bajo el casco—. He tenido mi buena ración de rozones.

—Tiene sentido. ¿Y acostumbras a salvar a mujeres al azar por la noche?

—Apenas necesitabas que te salvara —bufo—. Si no hubieras bebido, apuesto a que ese tío habría estado de rodillas en cuanto intentó quitarte el bolso.

—¿Cómo sabes que he bebido? —Los ojos de Sarah se abren como platos y sus labios se separan, como si la sugerencia la hubiera dejado genuinamente pasmada. Luego se tambalea levemente y suelta la risita más dulce que he escuchado en mi vida—. Bueno, uno o dos tragos. Es mi cumpleaños. Joder. —De pronto se serena—. Me han atracado en mi cumpleaños. ¿Qué mierda es esta?

—Al menos no has perdido nada —señalo su bolso, apoyado en mi moto—. Eso es algo positivo.

—Mmm —cierra los ojos un instante.

Es tarde. No puedo dejarla aquí.

—Déjame llevarte a casa.

Los ojos de Sarah se abren de golpe. Bajo la luz de la farola, sus iris adquieren un tono más caramelo y no puedo apartar la mirada de ella. Son preciosos.

Es preciosa, especialmente cuando ríe.

—¿Dar mi dirección a un desconocido?

—A un *salvador* —corrijo con una risa suave—. O déjame llamarte un Uber.

Echa un vistazo a mi moto, pasando una de sus manos, ahora limpias y sin gravilla, por el asiento. —Nunca me he montado en una moto.

—Es *tu cumpleaños* —le sugiero con dulzura.

Sus ojos se iluminan y, cuando vuelve a mirarme, sonríe de oreja a oreja, con el labio hinchado y todo. —Vale. Llévame a casa, chico motero.

Sarah suelta su dirección, aunque ya la sé. La he sabido desde que ella me salvó la vida. Luego se sienta en la parte trasera de mi moto con los brazos fuertemente envueltos alrededor de mi cuerpo, y necesito toda mi concentración para mantener la atención en la carretera y no en lo bien que se siente tenerla pegada a mí. Es tarde y no tengo tiempo para enseñarle el protocolo adecuado en moto, así que conduzco más despacio para asegurarme de que no se caiga.

Aunque mi concentración casi flaquea cuando apoya la mejilla entre mis omóplatos y me aprieta con los brazos.

Permanecemos así hasta que me detengo frente a su apartamento y ella se baja con un suspiro de satisfacción. Camina delante de mí, con el pelo revuelto por el viaje, los ojos brillantes como gemas y una sonrisa aún más amplia.

—Guau —murmura—. Eso ha sido emocionante.

—Palabra complicada para una borracha.

—¡Que te den! —Se ríe y se inclina hacia adelante, posando sus labios en el borde de mi casco en un beso repentino y sorprendente —. Gracias por el viaje, chico motero. Y por recuperar mi bolso. — Mientras lo levanta, se echa hacia atrás y frunce el ceño—. Oh — dice suavemente, acariciando mi casco—. Te he dejado marca. Lo siento.

Dicho esto, se da la vuelta y sube tambaleándose los escalones hacia su edificio.

La miro fijamente, clavado en la moto, aturdido. En el retrovisor, una mancha de carmín adorna el borde de mi casco donde me besó.

—Feliz cumpleaños —murmuro para mis adentros.

Si supiera quién soy, sé con certeza que eso nunca habría pasado.

¿Debería habérselo dicho?

Nah. Ver a Sarah así es revelador. Es como ver por primera vez quién es realmente, sin la placa y las tonterías.

Me quedo allí hasta que entra y desaparece en el edificio con la puerta firmemente cerrada tras ella.

Sí. Definitivamente estoy colado.

Y no veo el momento en que sepa que fui yo, Rocky Barati, quien la salvó esta noche.

6

SARAH

Su espalda es sólida y cálida contra mi mejilla. Cada vez que aprieto mis brazos, su abdomen se tensa bajo mi palma y lo que parecen músculos infinitos ondulan con cada respiro que toma. Huele a madera y almizcle empapado en aceite, seguramente por todo el tiempo que pasa trabajando en esa preciosa moto.

¿Lo hace sin camiseta?

Puedo imaginármelo de pie junto a su moto, con el sudor cayendo por sus hermosos y perfectos abdominales, la grasa manchando su mejilla y su pecho subiendo y bajando después de haber levantado algo pesado relacionado con esa motocicleta. Esos músculos gruesos y firmes que sentí en su bíceps se flexionan mientras se pasa una mano por el pelo y luego levanta esa gloriosa y musculosa pierna sobre la moto para acelerar y comprobar que todo esté en orden.

Así es como un hombre como él revisa su moto, y sé que sería igual de atento en otros aspectos de su vida.

Se mueve contra mí, enderezándose y protegiéndome de la próxima ráfaga de viento que nos azota mientras corremos hacia lugares desconocidos. No me importa adónde. Podría llevarme a donde quisiera y yo iría de buena gana solo para sentirle contra mí un

momento más. Pronto, la moto se detiene y mi guapo y misterioso motorista se gira en el asiento y me atrae hacia sus brazos musculosos y fuertes. Mi corazón se acelera, mi piel se enrojece de deseo y levanto la mano para sujetar su casco. Solo me veo a mí misma reflejada en la visera, pero sus manos agarran mi cintura y me aprietan contra su ancho torso.

Estudiando mi reflejo, paso el pulgar por el reborde rojo que bordea su visera y justo cuando llego al cierre para levantarla y descubrir el rostro de mi salvador—

Me despierto.

Una gaviota grazna tan fuerte que el sonido resuena en mi habitación, y un rayo de luz solar se extiende por el techo hasta donde mi puerta ha sido empujada por una Iris hambrienta y bastante impaciente. Me mira desde el borde de la cama, con la cabeza inclinada hacia la izquierda, y tan pronto como nuestros ojos se encuentran, maúlla y sale disparada de la habitación en un revuelo de pelo y uñas raspando el suelo.

—Mierda —gruño, cerrando los ojos y frotándolos con los dedos.

Era solo un sueño. Un buen sueño, sin embargo, porque un familiar y palpitante dolor persiste entre mis piernas y ni siquiera la necesidad de cuidar de mi mascota puede distraerme. Con la mente todavía nublada por el sueño y el alcohol que aún permanece en mi sistema, me giro y me envuelvo como un burrito en las mantas para calentarme. Cierro los ojos y finjo que es mi misterioso motorista quien me abraza y me tienta a volver a dormir con palabras tiernas susurradas suavemente en mis oídos.

Dios. Estaba *buenísimo*.

Un brazo se desliza fuera de mi capa protectora de mantas y hurga en el cajón de mi mesilla hasta que encuentro mi juguete favorito, apodado Jerry. Nunca me ha fallado y es el hombre perfecto: solo se centra en mi placer y *nunca* replica. Jerry cobra vida con un clic de

un botón, y lo arrastro bajo las sábanas mientras me giro boca abajo.

En cuanto mi juguete entra en contacto con mi clítoris, todo el placer latente de mi sueño resurge en mi mente. Arqueo las caderas con un fuerte gemido y entierro la cara en la almohada mientras mi interior se tensa y el placer recorre mi abdomen. El calor se acumula entre mis piernas en cuestión de segundos y destellos de mi guapo motorista irrumpen en mi mente.

La forma en que derribó al atracador fue como algo sacado de una película de acción, y luego cómo lo inmovilizó y le golpeó fue tan emocionante. Lo repito una y otra vez hasta que se funde en el recuerdo de él ayudándome a levantarme y acariciándome la cara como si ya fuéramos íntimos. Solo ese pensamiento hace que mi pulso se acelere más y más. Su toque gentil en mi cara se convierte en su cuidado tierno de mis manos y la preocupación en su voz cuando me sostuvo contra su cuerpo para asegurarse de que estaba bien.

Tal vez estoy un poco necesitada de contacto. Tal vez es porque es la primera vez en cinco años que alguien me abraza.

Tal vez es porque me rescató.

No lo sé, pero es fácil que mis recuerdos se entrelacen en una fantasía donde él me acaricia la cara y me atrae hacia él con amor en sus oscuros ojos. Su apariencia no importa. Sus acciones fueron tan ardientes que es un milagro que incluso bajara de su moto entera.

Me vengo pensando en él besándome mientras su moto vibra entre mis muslos, igualando la fuerza y el ritmo del juguete que rocea contra mi clítoris, mis gemidos ahogados en la almohada. El placer me mantiene en suspenso durante unos segundos, luego respiro hondo y me giro de lado mientras los deliciosos escalofríos del deseo comienzan a desvanecerse.

Vaya *hombre*.

La realidad me golpea mientras echo pienso en el comedero de Iris y me pongo al día con las notificaciones de mi móvil. Un profundo sentimiento de estupidez brota en mi pecho, arrastrando mi corazón hasta el estómago.

¿Qué *diablos* estaba pensando al aceptar un ride de un desconocido y darle mi dirección sin pensarlo dos veces? No importa que fuera guapo o amable. Algunas de las personas más terribles del mundo pueden actuar así para conseguir lo que quieren.

¿No aprendí nada hace cinco años? De todas las personas, yo debería haberlo sabido mejor.

—Qué lío —murmuro, hundiendo mis dedos en el denso pelaje de Iris mientras ronronea profundamente entre cada bocado de comida —. No voy a beber cócteles sin nombre por el resto de mi vida. —La paranoia me lleva a mirar por todas mis ventanas, pero no hay rastro de la moto ni del atractivo motero.

Tal vez esto fue solo un acto de bondad al azar. No todo está motivado, pero en esta ciudad, no puedo estar segura. Justo cuando me alejo de la ventana, veo a la pareja mayor del otro lado bailando un tango tempranero. Esta vez están bailando dentro, así que no hay música que flote en el viento, y a pesar de lo lento que se mueven, sus sonrisas son radiantes.

Están felices.

Me pregunto si al tipo de la moto le gusta bailar.



Él permanece en mis pensamientos hasta llegar a mi cafetería local. Es el único lugar en un radio de cinco manzanas que obtiene sus granos de manera ética y, por lo tanto, es el único lugar donde me siento cómoda gastando una cantidad obscena en jugo de grano.

Comparado con el brebaje que me espera en la comisaría, esto es como oro líquido.

—¿Lo de siempre? —Bobby, el barista, me dirige una sonrisa radiante antes de que la puerta se cierre detrás de mí.

—Me haces sonar predecible —me río, acercándome al mostrador—. No es una buena cualidad en una policía.

—Si la caída del departamento de policía está relacionada con un pedido básico de café, entonces no estoy seguro de cuánta fe tengo en el sistema.

—¿He destruido la ilusión?

Bobby pone una cara agria. —Inexplicablemente.

—Culpa mía.

—La próxima vez que tenga problemas, llamaré a los bomberos.

—¿Los tipos que siempre piden los *mismos* donuts?

—Tienes razón —Bobby suspira dramáticamente—. La simplicidad es el fin de la civilización.

—Solo soy un heraldo de malas noticias.

—Debería prohibirte la entrada —Bobby se ríe suavemente mientras se pone a trabajar, pero se detiene y sus ojos se fijan en mi labio—. Ay. ¿Estás bien?

—¿Oh, esto? —Tocarme el mentón me lleva de vuelta al tipo de la moto y reprimo un escalofrío—. Cosas del trabajo. —No tiene sentido contarle a Bobby la verdad, especialmente cuando preferiría olvidar el hecho de que yo, una detective, fui atracada y tuve que ser rescatada por un civil.

—Maldición —la cara de Bobby se tuerce con simpatía—. Olvido lo complicado que puede ser tu trabajo.

—El precio de mantener a la gente segura —apoyándome en el mostrador, estudio la variedad de pasteles en exhibición, luego echo un vistazo alrededor de la tranquila cafetería—. No suelo llegar tan tarde al trabajo, pero Bobby recuerda mi pedido sin importar la hora a la que llegue aquí. —Debería llegar tarde al trabajo más a menudo. Este lugar es agradable cuando está tranquilo.

—Es mi momento favorito —Bobby deja una taza de café frente a mí —. Le añadí una bomba extra de vainilla, por el… —Hace un gesto hacia su cara y luego hacia la mía—. Es lo menos que puedo hacer.

—Gracias, Bobby —mi sonrisa hacia él se vuelve más genuina. —¿Qué me dan si vengo aquí después de recibir un disparo?

Bobby aprieta los labios mientras se ríe. —Podría estirarme a un pastel gratis.

—Eres un regateador duro.

—Eh, un hombre tiene que mantener su negocio a flote de alguna manera.

—Cierto, cierto —dejo un puñado de billetes en el mostrador para pagar el café, luego toco el vidrio de la vitrina justo cuando mi móvil vibra en mi bolsillo—. ¿Me puedes dar el strudel de manzana también?

—Por supuesto.

—¿Hola? —Mi móvil se apoya en mi hombro cuando inclino la cabeza, liberando mi mano para el café y para sacar el resto del pago de mi bolsillo.

—¿Detective Gogs?

—Al habla.

—Hola. Llamo para informarle que hemos logrado localizar al ex de Belle.

La tensión me aprieta el pecho, haciendo que mi siguiente respiro sea más corto. —¿Lo encontramos?

—Sí, señora. Lo están trayendo ahora.

—¡Lo siento, Bobby! —Cojo mi café y le lanzo una sonrisa—. ¡Tengo que irme!

7

ROCKY

No todos los días me encuentro sentado frente a la comisaría observando el desfile de gente que entra y sale por esas puertas. Hay una mezcla variada de policías que conozco por nuestros registros de nómina, policías demasiado mayores para preocuparse y delincuentes con los que he tenido trato directo o de los que sé por reputación.

Recostado en el banco, cruzo el tobillo sobre la rodilla y agito la pierna mientras la puerta se abre por cuarta vez y varios hombres salen. Ninguno es a quien estoy buscando, sin embargo.

Hay un hombre en particular al que quiero encontrar, alguien que ha estado fuera del estado hasta esta tarde. Hace unas horas, recibí una llamada informándome de que la policía había detenido al ex de Belle, y aunque me duele que sean ellos quienes lo interroguen primero, sé que no sacarán nada de él. A pesar del dinero que llena los bolsillos de cada policía corrupto de esa comisaría, no harán más que interrogarlo con la misma falta de interés con la que interrogarían a un carterista. No habrá verdadero ímpetu detrás de eso, y saldrá libre para caer directamente en mis brazos.

Y, si la situación lo requiere, también con un martillo.

Es el único que conocía íntimamente a Belle, y voy a descubrir *todo* lo que sabe.

Las horas pasan dolorosamente despacio.

Observo a una mujer forcejeando con su hijo arrogante que se niega a ponerse el abrigo, aunque no puedo culparle, ya que el sol calienta la ciudad con una temperatura inusual para esta época del año. Un perro pasa corriendo y lame brevemente mis dedos después de que lo acaricie, y su dueña me lanza una sonrisa coqueta antes de seguir su camino. Y buena parte de mi tiempo la dedico a observar a un hombre sin hogar que busca en la basura como si estuviera seguro de que hay oro en el fondo. Le doy cincuenta dólares y lo despido.

Entre todas las distracciones y el lento transcurrir del tiempo, mi mente repasa todo lo que sé sobre Belle y su asesinato hasta ahora. Mi padre quiere este caso resuelto lo antes posible porque ya está furioso de que esté dedicando tiempo a ello. No le importa que tengamos a una familia afligida bajo nuestro cuidado. Lo único que le preocupa es asegurarse de que la policía cierre el caso y todos sigamos adelante. Aunque tiene a la policía en su bolsillo, no confía en la ley. No confía en nadie.

Ni siquiera en mí.

Soy demasiado imprudente para su gusto, al parecer. Mientras él se sienta en su oficina aislado del mundo, yo estoy aquí haciendo amigos. Conexiones. Hace un año, nadie habría imaginado que un italiano y un irlandés se llamaran amigos, pero tengo a Cormac en marcación rápida. Pensarías que mi padre me habría recompensado por hacer una conexión así, pero en su lugar se dedicó a reprenderme por una traición que nunca ocurrió.

No mentiré, estuve tentado. Cormac es un gran tipo.

La puerta se abre de nuevo, cegándome brevemente con el reflejo del sol de la tarde en el cristal, y un hombre que coincide con la descripción del ex de Belle comienza a bajar las escaleras a toda

prisa. El jet lag se aferra a sus párpados y bosteza ampliamente al llegar al pie de las escaleras, luego gira a la derecha. Me levanto del banco, aliso las arrugas de mi chaqueta y lo sigo.

Doy cuatro pasos antes de que una mano me agarre del codo y me tire hacia atrás. —¿Qué demonios haces aquí?

—¡Sarah! —La cara encantadora y soñadora de anoche ha desaparecido, reemplazada por la mirada dura y molesta con la que estoy más acostumbrado a verla—. Qué agradable sorpresa.

—Te he preguntado qué demonios haces aquí. —Suelta mi codo y cruza los brazos sobre el pecho, mirándome con ojos entrecerrados —. ¿Vas a entregarte finalmente por toda la mierda que has hecho?

—¿Yo? —Su labio no parece tan hinchado como anoche, pero el moretón es más oscuro, y una extraña molestia fluye por mi pecho. Lo dejé demasiado fácil a ese chico—. Solo estoy aquí disfrutando del paisaje.—

—Mentira. Sé por qué estás aquí.

Mi pulso se acelera. ¿Me reconoció anoche, después de todo?

—Estás aquí supervisando el caso, ¿verdad? Incluso después de que te dije que te alejaras.—

Resulta que Sarah sigue en la oscuridad. Una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios y miro deliberadamente su boca. —¿Te hiciste *eso* por hacer suposiciones sin fundamento?—

Sus ojos se abren y un destello de rosa tiñe sus mejillas, luego saca el mentón mientras su mandíbula se tensa. —Hago predicciones educadas —responde con firmeza—. Y te conozco. Merodeando por aquí esperando que liberen al ex de Belle.—

Es astuta, eso le concedo.

—Sabes que puedo sacarle más información que tú.

—Mentira. Ustedes no lo dejarán vivo el tiempo suficiente como para que diga la verdad.—

—¿De verdad piensas eso? —Coloco una mano sobre mi pecho en falso asombro—. Me hieres los sentimientos.

—Como si los tuvieras.— Sus palabras son tan afiladas como cuchillas, y por un momento, un verdadero torrente de descontento fluye por mí.

—Da igual —doy un paso atrás—. Tengo cosas que hacer.

—No si implican a él —responde.

—Mira, ahí es donde tú y yo nos diferenciamos, Sarah. Estás tan metida en tus normas y reglamentos que apuesto a que los verdaderos cabrones del mundo se te escapan de las manos. ¿A cuánta gente has dejado libre por un tecnicismo, eh? —Me inclino hacia ella y equiparo la ira en sus ojos con el fuego en mis palabras —. En *mi* mundo, puedo asegurarme de que la gente realmente malvada reciba lo que se merece, mientras que tú les concedes la libertad porque alguien no cruzó una T o no puso un punto sobre una I. Eres incapaz de hacer justicia, pero yo... El padre de Belle me agradecerá el resto de su vida... ¡Oye!

Apenas salen las palabras de mi boca cuando Sarah se abalanza sobre mí, me hace tropezar al patearme el tobillo y me tira al suelo, con una rodilla firmemente clavada en mi espalda.

—Ya has hablado suficiente —escupe, tirando de mi muñeca—. ¡Estás arrestado por obstrucción!

~

—No puedes mantenerme aquí para siempre —digo, mientras las frías esposas de mi muñeca chocan contra el gancho de metal que me mantiene atado a la mesa—. A menos que quieras, en cuyo caso no

tengo quejas, pero realmente deberíamos discutir una palabra de seguridad antes.

—Cállate —Sarah se sienta frente a mí con los brazos cruzados. Me lanza miradas asesinas, pero hay un leve atisbo de incertidumbre detrás de su furia. Reaccionó y me arrestó porque pulsé sus botones, claramente algunos sensibles, pero ahora me tiene aquí y ambos sabemos que no puede mantenerme por mucho tiempo.

No solo porque tengo a un abogado realmente bueno en nómina.

—Solo digo... —Apoyo las palmas de mis manos sobre la mesa de metal, me inclino hacia atrás con un suspiro y muevo la rodilla izquierda—. Tú estarás en más problemas que yo cuando esto termine.

—Estabas acosando a un testigo—

—¿Acosar? —Una carcajada sale de mí—. No sé si estoy más impresionado porque crees que puedes vender eso o porque eres lo suficientemente estúpida para pensar que eso era lo que estaba haciendo.

—Sé lo que estabas haciendo —responde—. *Básicamente* lo admitiste.

—Pero en tu mundo, requieres *pruebas*, y ambos sabemos que no tienes nada.

—Estás bastante preocupado por la carga de la prueba para ser un criminal.

—Soy solo un tipo normal —mi pierna se mueve con más fuerza—. Quién sabe por qué pierdes el tiempo conmigo en lugar de perseguir al verdadero villano.

—¿Cómo sé que no eres tú, eh? —Se inclina hacia adelante y junta sus manos sobre la mesa mientras sus gafas se deslizan un poco por su nariz—. Dices que buscamos lo mismo, pero tal vez todo lo que

veo es a un criminal haciendo todo lo posible para encubrir su crimen.

—¿Crees que yo maté a Belle? Estás completamente delirante.

—¿Lo estoy? —Inclina la cabeza como lo hizo anoche, pero ahora me recuerda a una serpiente más que a un cachorro—. De alguna manera, estás en todas partes donde me dirijo.

—Oh, no tienes ni idea —murmuro entre dientes.

—Me parece que estás más conectado de lo que quieres que piense.

—Era la hija de un *amigo*.

—¿Es eso todo? —Sus cejas se elevan—. ¿Tal vez fue una amenaza? Venganza. Intimidación. Quizás Gio no hizo lo que querías y mataste a su sobrina para castigarlo.

—Estás muy lejos de la maldita verdad.

—¿Lo estoy? —Su voz se eleva—. Porque ambos sabemos que nadie en la calla ha reclamado este asesinato, lo que significa que es un trabajo interno o que Gio lo hizo él mismo. Entonces, ¿a quién estás protegiendo?

—¿Por qué te importa? —La irritación calienta mi sangre hasta el punto de que mi camisa se me pega cuando me muevo en mi asiento—. ¿Cuántos cadáveres cruzan tu camino cada día, eh? ¿Por qué te importa tanto Belle?

—¿Por qué a ti? —Me desafía de inmediato—. La vida que llevas, la que lleva tu familia. Las *cientos* de muertes en tus manos. ¿Por qué te importa Belle cuando es probable que seas responsable de la muerte de diez chicas como ella?

—Mi familia y yo somos ciudadanos respetables —digo entre dientes, recitando líneas que me enseñaron desde pequeño—. Y *algunos* de nosotros hacemos un esfuerzo extra por hacer el bien y ayudar a la gente. Además, ella es familia. Yo cuido de mis amigos. La lealtad

familiar es la *única* cosa en la que puedes confiar en este mundo. Desde luego, no en los malditos policías.

—¿Así que la lealtad familiar te lleva a interferir en mi investigación e intentar intimidar a mis testigos?

—Ambos sabemos que tu investigación no va a ninguna parte —me desplomo hacia atrás y sonrío con suficiencia—. El asesino de Belle recibirá lo que se merece.

—Matarlo no lo llevará a la justicia —responde tajantemente—. La única manera de obtener cierre para su familia es hacer esto correctamente. Siguiendo las reglas. ¿No lo ves? —Su agarre sobre sus propias manos se endurece mientras se inclina hacia adelante—. Déjame hacer mi trabajo, Rocky. Déjame encontrarlo y llevarlo ante la ley. Déjalo sufrir tras las rejas, donde pertenece.

Lentamente, me inclino hacia adelante, encontrando su mirada tan calmadamente como puedo, a pesar de que su visión idealista de la ley me irrita como una erupción febril—. Si lo encuentro primero —digo lentamente—, lo mataré—

—¡Ni una palabra más! —grita una voz grave cuando la puerta de la sala de interrogatorios se abre de golpe. Mi padre, Matteo, entra con su bastón resonando fuerte en el suelo de piedra. El capitán de la comisaría lo sigue y Sarah se levanta de inmediato.

—Capitán, yo—

—Rocky —dice el capitán, ignorándola—, eres libre de irte. Por favor, acepta nuestras más sinceras disculpas.

8

SARAH

Matteo Barati está frente a mí, envuelto en un traje de tres piezas a rayas con un bigote oscuro y grueso que abraza su labio superior y un bastón negro y plateado descansando bajo su mano derecha. Nunca lo he visto en persona, aunque su foto circula constantemente por las numerosas órdenes de arresto que pesan sobre él por actividades criminales.

Órdenes de arresto que nunca se llevarán a cabo porque nadie por aquí tiene las agallas, o los medios, para arrestarlo. Paga a tantos policías que puede entrar como si nada en el interrogatorio y rescatar a su hijo como si no estuviera metiéndose en una investigación de asesinato.

—¡Señor! —intento hablar, pero Brant me silencia con una sola mirada que amenaza toda mi carrera.

Mi terquedad aumenta. Estaba *tan* cerca de sacarle algo a Rocky, algo que habría sido lo suficientemente concreto como para mantenerlo aquí por mucho más tiempo, pero parece que el destino no está de mi parte.

—He dicho que está libre —repite Brant, arqueando una ceja—. Suéltalo.

Me toma un segundo moverme mientras cada fibra de mi ser grita en silencio sobre lo injusto que es esto. Hombres poderosos ayudando a otros hombres poderosos a salir de situaciones desagradables. Me hace hervir la sangre.

La sonrisa burlona en el rostro de Rocky cuando le quito las esposas se siente como una amenaza, y si no estuviera bajo la atenta mirada de mi capitán, le borraría esa sonrisa de un puñetazo. Por desgracia, todo esto está fuera de mis manos y no tengo más opción que quitarle las esposas y verlo levantarse como si fuera un pavo real arrogante.

—Gracias, cariño —sonríe Rocky, frotándose una de sus muñecas como si las esposas estuvieran demasiado apretadas—. Eres un encanto.

Dios, lo odio.

Doy un paso atrás, pero Rocky decide rodear el extremo más alejado de la mesa para pasar junto a mí hacia la puerta. Su padre gruñe y sale rápidamente de la habitación, seguido por mi capitán, y las disculpas apresuradas de Brant se desvanecen con sus pasos.

—Hasta la próxima —sus ojos brillan brevemente, y se inclina lo suficiente como para que el aroma especiado de su loción después del afeitado invada mis pulmones y el más leve indicio de su calor corporal caliente mis brazos cruzados.

—Aléjate de mi caso —le susurro entre dientes apretados.

Rocky me guiña un ojo y desaparece, dejándome en el frío silencio de la sala de interrogatorios.

Joder.

Todo lo que he hecho es comprarle tiempo al ex de Belle y conseguirme un montón de problemas.

En el fondo, sé que no debería haberlo arrestado, pero estaba diciendo las peores cosas posibles. Acusarme de dejar que los

criminales se salgan con la suya por tecnicismos me llegó demasiado cerca, y reaccioné sin pensar en las consecuencias. Pero si Matteo hubiera llegado un segundo más tarde, habría tenido la amenaza de Rocky grabada, y habría tenido peso para mantenerme firme en cuanto a su liberación.

Si tan solo.

Mi camino hacia la oficina del capitán está plagado de miradas burlonas de aquellos que aceptan cheques de Barati y miradas preocupadas de los pocos que son demasiado viejos o inútiles para serle interesantes a la mafia. Mi capitán está en pie de guerra y uno de los mayores criminales de la ciudad acaba de pasear por nuestras puertas para recoger a su hijo.

Seré afortunada si logro conservar mi placa.

—Cierra la puerta —dice Brant con voz tensa cuando entro en su oficina. Está de espaldas a mí, mirando por la ventana hacia la ciudad, en dirección al parque que alberga su buena parte de eventos policiales. La última vez que estuve allí fue en la venta de dulces navideña. Es un buen distractor de la línea tensa y rígida de los hombros de mi capitán.

En cuanto la puerta hace clic, Brant estalla.

—Sarah, ¿qué diablos estabas pensando? —se da la vuelta para enfrentarme con furia ardiendo en sus ojos—. ¿Arrestar a Rocky Barati? ¿Estás jodidamente loca?

—Tenía motivos —replico, luchando por mantener la ira fuera de mi voz. No voy a perder mi trabajo por ese imbécil.

—¿Motivos? ¿Qué diablos motivos? Lo arrestaste en la calle por hacer un comentario de mierda, un comentario que tenemos que escuchar a diario del público en general. Son insultos tontos, eso es todo. ¿Qué clase de comisaría seríamos si arrestáramos a la gente por algo tan estúpido como eso?

—Amenazó a mi testigo—

—¿Tu testigo? ¿Tienes algún registro de eso? ¿Prueba? ¿Salieron las palabras de su boca o simplemente hiciste una suposición porque no te gustó su actitud?

—No, él—

—¿Dijo las palabras? —Brant arremete alrededor de su escritorio—. ¿Dijo las malditas palabras que justifican que arrastraras a Rocky Barati a un jodido interrogatorio?

—No, señor.

—¡No! —Brant levanta una mano al aire, luego se pellizca el puente de la nariz como si estuviera contando para mantener la calma—. No. Él no lo hizo. Y ustedes lo arrestaron y tuvimos que traer al maldito Matteo aquí… ¿Tienes idea de lo mal que se ve esto?

Brant abre los ojos y me señala.

—No solo tu trabajo parece un desastre, sino que tuvimos a Matteo Barati en nuestro edificio liberando a su hijo. No tienes idea de la cantidad de munición que le acabas de dar a cada criminal de esta ciudad por tu imprudencia. ¿No piensas, Sarah? ¿No miras dos, incluso tres pasos adelante?

Mi corazón late como un tambor cerca de su límite y las lágrimas calientan detrás de mis ojos cada vez que Brant me grita. Reaccioné exageradamente, pero eso no cambia el hecho de que en realidad estoy *intentando* proteger a la gente.

—Con el debido respeto, señor —digo, luchando contra el temblor que se filtra en mi voz debido a lo fuerte que late mi corazón—, tenía dudas razonables. Él estaba afuera esperando a que mi testigo se fuera. Incluso afirmó que iba a sacarle respuestas, y todos sabemos que Rocky es de la Mafia—

—¡Ni una palabra más! —El rostro de Brant se torna un tono alarmante de morado mientras su dedo índice se cierra en un puño

—. Ni una maldita palabra más.

—¡Pero señor! Belle merece—

—¡No! —Da un paso adelante, su cuello enrojece mientras sus labios se aprietan en una línea delgada—. Basta. Te he dado más que suficiente tiempo en ese caso y quiero que lo cierres de inmediato. Belle fue una desafortunada víctima en una guerra de pandillas en curso. Eso es todo. Nada más. —Otro argumento surge en mi lengua, pero Brant me da la espalda—. Acábalo, Sarah.



—*Acábalo, Sarah*,— murmuro burlonamente unas horas después, sentada en un taburete en The Black Ox—. ¿Quién coño se cree que es?

—¿Tu capitán? —Hazel, la mujer que dirige el bar, coloca un ron con cola frente a mí y luego apoya los codos en la barra—. Lo siento, cariño.

—Mi *capitán* —Ruedo los ojos, tomo un largo trago y me concentro en el leve ardor del alcohol al bajar por mi garganta. Luego dejo mi vaso y miro fijamente a Hazel—. Es una auténtica mierda, eso es lo que es. ¿Cómo puedo, en conciencia, cerrar este caso cuando su asesino sigue libre?

—¿Hay alguna posibilidad de que tenga razón? ¿De que ella realmente fue solo daño colateral?

Mis pensamientos vuelven al film transparente y al maquillaje perfectamente manchado, y un escalofrío recorre mi espalda provocando que se me erice el brazo—. No. Fue demasiado… —Mi boca se tuerce mientras busco las palabras adecuadas—. Fue demasiado planeado. Y se sintió personal. Familiar.

—¿Familiar respecto a otro caso?

Asiento lentamente, sin querer entrar en detalles.

—Bueno, por aquí, los asesinatos familiares suelen ser resultado de guerras de pandillas. Lamento decirlo, cariño, pero tu capitán podría tener razón.

—Pero mi instinto me dice que hay algo más, como si estuviera pasando algo por alto, y no puedo quitarme esa sensación. Hablé con mi capitán sobre el caso anterior que pensé que podría estar relacionado, y me acusó de perseguir fantasmas del pasado.

—¿Tiene razón?

—Entrecierro los ojos—. ¿De qué lado estás?

—Eres mi cliente —se ríe—. Así que tienes razón, es un imbécil y hay una conexión.

A pesar de sus intentos por animarme, mis hombros se encorvan—. Tal vez. Honestamente, tenía algo de razón. Lo que pensé que era una conexión con algo antiguo solo era yo persiguiendo sombras. Como el recuerdo de un ex del que lamentas haber dejado escapar.

—Oh, yo no tengo remordimientos.

—Claro que no.

Hazel estalla en carcajadas y se endereza—. Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Encojo un hombro y bajo la mirada hacia mi vaso—. No tengo elección, pero voy a retrasar el cierre del caso tanto como pueda. Exprimiré hasta la última gota de oportunidad que pueda conseguir. Si tan solo ese maldito tipo no hubiera arruinado las cosas.

—¿Rocky? —Hazel comienza a limpiar un vaso cercano.

—Mmm. Casi lo tenía. Siento que estoy en una competencia con él para demostrar la competencia del trabajo policial porque está *tan* seguro de que su forma es mejor.

—Cariño, no es que no me encante tenerte aquí, pero dado tu profesión y tu intenso odio hacia la Mafia y Rocky Barati, ¿por qué bebes aquí? —Eleva una mano y señala alrededor del bar vacío—. Sabes lo que es este lugar. ¿Esperas encontrarte con un italiano particularmente atractivo?

—Puaj, no. —Hago un gesto de asco, rodando los ojos ante la sola idea de encontrarme con el engreído, arrogante y frustrantemente guapo Rocky Barati—. ¿Honestamente?

—Por favor.

—Este es el único lugar donde, irónicamente, no seré molestada por criminales. Ya sea por tu acuerdo de paz o porque a nadie le importa molestarme, aquí puedo ser *yo misma*. Joder, anoche me llevaron a un bar nuevo para celebrar un cumpleaños y me *robaron* de camino a casa.

—¿Qué? —Hazel deja inmediatamente la toalla.

—Estoy bien —le aseguro rápidamente, señalándome el labio—. Nada que no pueda manejar. Mi punto es que aquí nunca pasa nada parecido y no tengo que preocuparme por eso. Así que me gusta un poco. ¿Es eso raro?

—No siempre podemos elegir dónde nos sentimos seguros —Hazel sonríe suavemente—. Así que no, no creo que sea raro. Solo me quejaría si tu presencia afectara a mi negocio, pero no eres el primer policía que viene a tomar aquí ni serás el último. ¿Segura que estás bien?

El misterioso hombre de la moto se desliza en mi mente y mi sonrisa se suaviza. —Sí. Estaba bien.

—Bueno, feliz cumpleaños atrasado.

—Gracias.

—La próxima bebida va por mi cuenta.

—Oh, no, con una basta después de lo que bebí anoche. Pero apunto la oferta para la próxima.

—Trato hecho —Hazel suspira profundamente y se inclina de nuevo junto a mí, sus ojos recorriendo mi rostro—. Escucha. No puedo decirte qué hacer. Al final del día, eres policía y tienes tus propias normas, pero puedo decirte algo. De buena fe y extraoficialmente, claro.

Mi curiosidad se dispara. —¿Oh?

—Creo que vas por el camino correcto. Nadie en mi mundo piensa que esto fue un asesinato de pandillas. Nadie lo ha reclamado, y por lo que entiendo, Belle era la chica menos problemática que haya salido de este mundo de mierda. Así que Rocky piensa que fue un acto de violencia al azar.

Odio que me alegre el corazón escuchar que no me equivoco y que Rocky, con todas sus mañas criminales, llegó a la misma conclusión que yo. —¿Así que él piensa que fue al azar?

Hazel asiente y se levanta. —Así que ahí fuera hay algún cabrón cuyos días están contados porque cuando alguien de fuera de estos círculos comete un crimen así, no hay nada que lo proteja. Cuando Rocky encuentre al bastardo, será como un lobo salvaje en el gallinero.

—No —digo mientras la frustración crece—. Quien sea debería enfrentarse a la justicia. Deberían ser castigados como corresponde y encerrados de por vida para que la familia de Belle obtenga justicia.

—Obtendrán justicia, cariño —Hazel me da una palmadita en el dorso de la mano—. Justicia italiana.

—Pero eso no está bien.

—¿Por qué? —Me mira con tanta preocupación que me duele el corazón.

—¡Los criminales no deberían tener carta blanca para hacer lo que les dé la gana! No deberían poder elegir qué le pasa a la gente y salirse sin consecuencias. Merecen ser atrapados y exhibidos ante todo el mundo para que sus víctimas sepan que no están locas.

La mirada de preocupación de Hazel se transforma en inquietud mientras mi voz sube de tono. —Cariño, eso no es—

—Olvídalo. Lo siento. Gracias por la bebida.

Repaso esa conversación en mi mente durante todo el viaje de Uber de vuelta a mi apartamento. Hazel no merecía que le hablara así, pero es un tema delicado. Hombres que creen estar por encima de la ley, que pueden hacer lo que quieran con la gente y escabullirse sin un ápice de justicia simplemente porque ignoran la ley—eso me toca demasiado cerca.

Mi conductor de Uber intenta charlar, pero no estoy de humor, así que escucho distraídamente mientras habla de sus próximas vacaciones familiares hasta que finalmente llegamos a mi apartamento. Le doy las gracias y espero a que se marche antes de acercarme al edificio. Justo cuando llego a la puerta, una caja colocada en lo alto de los escalones llama mi atención.

Está dirigida a mí.

—Oh, Dios —murmuro suavemente—. No me digas que he estado comprando por internet borracha otra vez.

Sujetando el paquete bajo un brazo, entro al edificio y subo hasta mi apartamento. Llego un poco sin aliento cuando introduzco la llave en la cerradura y entro, recibida por una emocionada Iris, que salta sobre todos los muebles en su desesperación por saludarme.

—¡Hola, bebé, hola! ¡Hola! ¿Qué tal tu día? —¡Uf! —Salta desde el suelo, con las uñas extendidas, y aterriza en mis brazos, dándome una cara llena de pelo. Ronronea tan profundamente que el estrés desaparece de mis hombros al instante y me dirijo a la cocina para dejar el paquete. Iris sigue en mis brazos, trepando a mis hombros y

metiéndome su enorme cola peluda bajo la nariz, luego salta a la parte superior de la nevera mientras paso.

—¿Te comiste toda la cena? ¡Oh, sí! Buena chica, buena chica. Siento llegar tan tarde. Mal día. Ya sabes cómo es.

Iris responde con un maullido y ronronea más fuerte cuando saco algunos de sus premios del armario de abajo. Mientras ella come su ración en lo alto de la nevera, clavo un cuchillo afilado en el paquete y lo abro de un tirón. Si he pedido otra caja de DVD, estoy en problemas. No tengo espacio para otra copia de la décima tercera temporada de NCIS—mi favorita. El cartón y la cinta se deshacen bajo mis manos, pero cuando abro la tapa, mi corazón se detiene en seco.

Dentro, envuelta en plástico de burbujas y papel, hay una paleta de maquillaje sin abrir y un trozo de film transparente muy bien doblado.

Oh, no. ¡Oh, no, no, no!

La habitación comienza a girar mientras respiraciones débiles intentan pasar la tensión abrumadora que inunda mi pecho.

No puedo respirar.

Mierda.

Pierdo el equilibrio y tropiezo contra la nevera, provocando las quejas de Iris, y mi mundo entero se nubla de oscuridad. Nada existe excepto esa caja y su contenido, que me mira como un faro en la luz tenue de mi cocina.

Tenía razón.

Es él.

El Pintor.

Ha *vuelto*.

9

ROCKY

—Pensé que te dije que cerraras esta mierda —dice mi padre mientras entra en el gimnasio con un papel arrugado en una mano y una expresión furiosa en el rostro. Para un hombre que normalmente necesita bastón para caminar, se mueve bastante rápido sin él.

Gruño, cerrando los ojos mientras concentro toda mi atención en asegurarme de poner la barra de nuevo en los soportes antes de que mi padre me haga perder la concentración por completo. El metal choca contra el metal mientras mis hombros y brazos arden por la espera. Matteo me da unos segundos para recuperar el aliento, y cuando me incorporo, lanza el papel sobre mi sudoroso regazo.

—¿Qué es esto?

—¿Qué crees que es? —responde Matteo bruscamente, señalando el papel como si tuviera algún tipo de habilidad que lo hiciera desplegarse de la bola que ha creado—. Te dije que te encargaras de este lío y ahora ¡mira esto!

Al secarme el sudor de la frente con la toalla, el papel se abre para revelar una solicitud de orden de arresto para Gio. Mi corazón

acelerado se salta un latido. —¿Para Gio?

No. No hay manera de que él haya tenido algo que ver con la muerte de Belle. —¿Quién...?

—Sarah Gogs, esa es quién —dice mi padre mientras comienza a caminar de un lado a otro frente a mí, flexionando los dedos contra su mandíbula como si intentara aliviar algún dolor invisible—. Le dijeron que cerrara este caso la semana pasada, después de que te arrestara. ¡Se lo *ordenaron*! Y tú me aseguraste que se encargaría de ello.

—¡Pensé que lo estaba! Llamé a su capitán y me aseguró que el caso se cerraría en unos días. No tenía motivos para no creerle.

—Me estás haciendo quedar como si hubiera perdido el control —los ojos de Matteo brillan de irritación—. Rocky, se supone que estás de mi lado. Cuando te digo que te encargues de algo, espero que lo hagas.

—Y lo he hecho.

—Entonces ¿por qué diablos está solicitando órdenes de arresto? —Matteo arrebata el papel de mis manos—. Esto ha durado demasiado. Belle murió. Estamos siguiendo adelante. No tengo tiempo que perder preocupándome por esto o por una policía insolente que no sabe cuál es su lugar. Es demasiado estúpida para entender cómo funcionan realmente las cosas aquí.

Un inesperado pulso de irritación calienta mi sangre mientras me levanto del banco de ejercicios. —Papá, no es así. Ella solo tiene una moral bastante fuerte. Además, no es como si pagáramos a todos los policías de esa comisaría.

—No, pagamos a los que meten la nariz donde no deben, y eso es lo que ella está haciendo. Confié en ti para que te encargaras de esto, Rocky.

—Y lo estoy...

—Tonterías —detiene su marcha y entrecierra los ojos—. Ha tenido su oportunidad. Quiero que desaparezca.

—Podría hablar con el capitán sobre un traslado, tal vez enviarla de vuelta a Montana.

—No —se endereza y sus labios se convierten en una línea fina—. ¿Qué clase de mensaje envía eso? ¿Que puedes pisar *mi* territorio, causar un montón de problemas y luego ser enviado de vuelta a casa? No. Quiero que desaparezca.

Para un hombre al que le importa tan poco la muerte de Belle, se preocupa demasiado por asegurarse de que Sarah sufra. Su ira parece desubicada, pero considerando lo mucho que se esfuerza por olvidar que Noah existió, no debería sorprenderme.

—Quieres que *muera* —las palabras saben amargas en mi lengua, y algo en la idea de que le pase algo a Sarah hace que mi estómago se retuerza como serpientes agitadas. Si pienso en Sarah, esa mujer arrogante y enojada que lanza miradas asesinas cada vez que habla, entonces sí, tal vez podríamos prescindir de ella.

Pero eso no es todo lo que ella es.

No he podido sacarme de la cabeza su sonrisa feliz y borracha ni su risa desde aquella noche en el aparcamiento. Esa es la Sarah que mi padre quiere muerta y no creo que pueda hacerlo.

—¿Necesitas que te lo explique con dibujitos? Pensarías que la zorra habría aprendido la lección después de lidiar con Cormac —Matteo resopla—. O lo que pasó en la gala, al menos.

—Ella me salvó la vida, ¿recuerdas? —digo, doblando distraídamente mi toalla sudada en un cuadrado—. ¿No merece eso una reubicación?

—Te salvó de una situación en la que nunca deberías haber estado con esos malditos rusos —mi padre le da la espalda y se aleja—. Un

policía husmeando es malo para los negocios. Quiero que desaparezca.



Las flores que bordean el camino hasta la puerta principal de Gio carecen del color vibrante que tenían en marzo, la última vez que estuve aquí. A pesar de que el sol de mayo golpea con una intensidad alarmante, hojas secas y pétalos marrones cubren el que una vez fue un jardín bien cuidado. Es una imagen triste y un latido de tristeza calienta mi pecho. Gio no ha estado respondiendo a mis llamadas, pero he intentado no presionar. No puedo imaginar el dolor que él y su esposa deben estar pasando, pero la orden de arresto es un desarrollo que requiere que hable con él en persona.

Apenas he llamado a la puerta cuando se abre de golpe y Gio se planta frente a mí, jadeando. Sus ojos están desorbitados y salvajes, y una camisa raída cuelga de sus hombros delgados. —Oh —comenta con frialdad—. Eres tú.

—¿Esperabas a alguien?

Gio se encoge de hombros. —¿Qué quieres?

—Estoy aquí para verte, Gio. Ver cómo estás.

—Bueno, mi sobrina sigue jodidamente muerta, Rocky. ¿Cómo coño crees que estoy? —Me lanza una mirada furiosa, luego se deja caer hacia atrás en su casa, dejando la puerta abierta para que yo entre.

Entrar es como entrar en una cápsula del tiempo. Las cortinas siguen corridas, las puertas siguen cerradas y la casa está envuelta en la misma oscuridad que la cubría hace semanas. Solo que esta vez, hay un olor agudo de comida pasada y basura en el aire. Cerrándome la puerta, encuentro a Gio en la sala de estar, donde una nube de humo se aferra al techo y varios cientos de colillas de cigarrillo se derraman fuera de un cenicero junto a la silla de Gio.

Mierda. Debería haber venido antes.

—Gio—

—Las próximas palabras que salgan de tu boca mejor que sean *he encontrado al asesino de Belle* —murmura, encendiendo otro cigarrillo. El destello de la llama amplía sus hundidas cuencas de los ojos y mi corazón se aprieta como si un puño atravesara mi pecho. Se ve terrible.

He sido un pésimo amigo.

—Lo siento —me siento en la silla frente a él, balanceo una pierna y entrelazo mis manos en mi regazo—. Todavía no tengo esa respuesta.

—Entonces, ¿por qué coño estás aquí?

—Eres mi amigo. Estoy preocupado por ti y por Mia.

—Mia se fue a casa de su madre —Gio inhala largo y profundo su cigarrillo—. No podía soportar estar tan cerca de la habitación de Belle.

Mi corazón se parte por él. En mis intentos de encontrar al asesino y perseguir a Sarah, Gio se ha quedado completamente solo en su duelo. Entonces, ¿por qué diablos Sarah quiere una orden de arresto contra él?

—Gio, ¿hay algo que quieras decirme?

Sus ojos vacíos se levantan hacia mí. —¿Qué coño se supone que significa eso?

La honestidad es lo mejor, ¿no? —La policía solicitó una orden de arresto contra ti. Mi padre la detuvo tan pronto como llegó a un juez, pero ¿por qué harían eso?

Gio no parece sorprendido. —Supongo que es porque no quiero hablar con ellos. Una mujer sigue llamando.

Tiene que ser Sarah.

—Pero no respondo. Y cuando lo hago, le digo que se vaya a la mierda.

Así que Sarah quiere llevar a Gio a la comisaría para obligarlo a hablar con ella. Parece que está llegando al mismo callejón sin salida que yo.

—Se lo digo —continúa Gio— porque tú me *dijiste* que encontrarías a su asesino, pero ya ha pasado más de un mes, cabrón. ¿Dónde está el bastardo?

—Mira… aún no tengo nada. Sé que Belle fue secuestrada en un club y que mi buena relación con los rusos me permitió conseguir las imágenes de las cámaras de seguridad, pero no había nada claro. Quienquiera que la tomó sabía exactamente dónde evitar las cámaras.

—¿Entonces era un ruso? —Sus ojos brillan con vida.

—No puedo decirlo con seguridad.

Ese brillo se apaga. —Oh.

—Según lo que sabemos, parece que fue algún matón o bruto al azar que vio una oportunidad y la aprovechó. He estado siguiendo y consultando con todos los taxistas y conductores de autobús alrededor de donde la encontraron porque no había evidencia de que el asesino condujera. Espero que alguien haya visto algo o haya recogido al asesino.

—Eso es mucha *esperanza* —murmura Gio con amargura.

—Lo sé. Pero si esto fue un gilipollas al azar, entonces sabes tan bien como yo que no están sujetos a ningún tipo de reglas familiares o lealtad. Eso lo hace más difícil. —Ojalá tuviera mejores noticias para él. Ojalá pudiera tomar su mano y llevarlo al asesino y dejar que él descargue cada gota de dolor y pena que nubla su rostro.

Ojalá mi amigo todavía estuviera profundizando sus arrugas de risa en lugar de fruncir el ceño en una habitación llena de humo, fumando hasta quedar aturdido. Al menos no está bebiendo.

—Tal vez debería hablar con ese policía, entonces. —Gio tose con aspereza—. ¿No son ellos los que podrían rastrear a algún loco?

—Nosotros controlamos a la policía, Gio. No hay nada que ellos puedan hacer que yo no pueda.

—¡Entonces haz algo, joder! —grita de repente—. ¡Descubre quién es! ¡Haz algo para que pueda ir a mi esposa y decirle que está bien porque hemos puesto al bastardo bajo tierra! ¡Déjame visitar la tumba de Belle con la noticia de que su asesino arderá en el infierno por toda la eternidad! ¿Por qué estás sentado sin hacer nada?

Para Gio, probablemente parece así, y no tiene sentido decirle cuánto tiempo me está llevando rastrear a más conductores de autobús, taxistas y asistentes a clubes de los que me importa contar. Como mi padre no me permite ninguna ayuda, he estado haciendo esto solo, pero eso no significa que esté poniendo menos esfuerzo.

—Gio…

—¡No! ¡Quiero a ese cabrón! ¡Quiero su cabeza en una pica, me oyes? ¡Quiero dormir escuchando sus gritos de dolor en lugar de los sollozos de Mia! Quiero… quiero que vuelva. Quiero que Belle vuelva. Nunca debería haberla dejado ir, nunca…

Gio se derrumba en sollozos ahogados y furiosos mientras el dolor lo abruma, y mi corazón se parte en el pecho. Me levanto, me siento junto a él y lo abrazo. Él se resiste al principio, pero en unos segundos se desmorona en mis brazos y llora desconsoladamente.

Lo sostengo con fuerza y miro un rayo de luz que se filtra por las cortinas mientras lucho contra el aguijón de las lágrimas detrás de mis ojos. Escuchar su dolor es difícil, pero no es nada comparado con lo que él está sintiendo, así que me quedo a su lado y lo sostengo mientras pasa.

Tiene razón.

Se merece respuestas. Se merece justicia.

Y si mi padre no me da ningún margen, entonces tal vez necesite cambiar la forma en que estoy abordando esto.

Lo sostengo hasta que se queda en silencio, luego lo ayudo a arrastrar su cuerpo agotado por la casa hasta su cama. No dice una palabra. Simplemente se acuesta y se gira de lado, dándome la espalda.

—Si me necesitas, Gio, solo llama —digo suavemente—. Vendré a visitarte pronto.

El sol abrasador es como entrar en un mundo completamente diferente y un escalofrío recorre mi espalda a pesar del calor. Estoy avanzando demasiado lento en este caso por mi cuenta.

Necesito ayuda.

Al llegar al final del camino, las vibraciones en mi cadera me hacen mirar hacia abajo y un mensaje de texto codificado aparece en mi pantalla.

*[**PADRE**] Los pájaros están en busca. Te tomaste demasiado tiempo.*

Joder.

Mi padre no estaba bromeando sobre Sarah. ¡Ya tiene a un asesino tras ella!

Necesito encontrarla, y rápido.

10

SARAH

—Denegado —murmuro, mirando furiosamente mi teléfono—. Por supuesto que ha sido jodidamente denegado.

A pesar de las órdenes de mi capitán de cerrar el caso y catalogar la muerte de Belle como un crimen de pandillas, he estado haciendo todo lo posible para evitar que eso ocurra. El paquete que dejaron en mi escalera es una clara señal de que esto no tiene nada que ver con la Mafia que tiene a Nueva York bajo su control. Lo único que no logro descifrar es si esto es el verdadero Painter o si alguien está simplemente imitándolo.

Mis terapeutas en Montana me ordenarían entregar este caso a otra persona y no pensar en ello, pero no puedo hacerlo.

No puedo dejar que se escape *de nuevo*.

Como resultado de pasar una noche entera de pánico en la azotea de mi edificio, he redoblado mis esfuerzos en la investigación, lo que incluye intentar conseguir una orden de registro para el padre de Belle. Se niega a hablar conmigo voluntariamente, y es el único que tiene un conocimiento íntimo de su vida. Podría estar sentado sobre una pista de quién hizo esto y ni siquiera saberlo. Si tan solo hablara conmigo.

Pero el último correo electrónico que ha llegado a mi bandeja de entrada es una negación de mi solicitud de orden, poniéndome de vuelta en el punto de partida.

—¿Mal día? —Bobby, el dueño del café, se detiene en mi mesa con varias tazas vacías colgando de sus dedos.

—No me creerías aunque te lo contara.

—Sé a qué te dedicas. Estaría dispuesto a creerte.

Lo miro fijamente, estudiando la espesa barba que rodea su mandíbula durante un largo momento. —No querría incomodarte.

Bobby se reclina y se apoya en la mesa vacía frente a mí. —Pruébame.

—De acuerdo —respiro hondo, calmándome—. Estoy trabajando en un caso de asesinato. En la superficie, parece bastante claro y, dada la ciudad en la que vivimos, la mayoría lo atribuiría a daño colateral. Una muerte accidental de alguien atrapado en el fuego cruzado.

—¿Pero tú piensas de otra manera?

—Lo *sé* de otra manera. Demasiados aspectos del caso son sospechosos, así que no creo que tenga nada que ver con pandillas. Creo que hay un psicópata vagando por las calles y lo estamos pasando por alto porque tanto crimen se atribuye a guerras de pandillas.

—¿Es una corazonada o tienes pruebas?

Mi corazón salta brevemente hacia mi garganta cuando la imagen del film transparente y la paleta de maquillaje aparecen en mi mente. —Pruebas circunstanciales —admito, recordando las palabras de mi capitán sobre lo común que es usar film transparente para matar—. Pero inquietantemente similares a un caso antiguo.

—¿Ah? —Las cejas de Bobby se elevan y una chispa de interés aparece en sus ojos.

—Solo… nada importante. Es simplemente familiar, ¿sabes? —No puedo contarle la verdad. En el momento en que la palabra *asesino en serie* sale a la luz, la gente se vuelve loca y hay suficientes adictos al true crime en esta ciudad como para que terminen haciendo más daño que bien.

—Así que es principalmente corazonada —murmura Bobby, tocándose la barba—. Bueno, no sería yo quien te diga cómo hacer tu trabajo, pero seguramente, si tu instinto te dice que algo no cuadra, es mejor seguir eso, ¿no? No querrías terminar arrestando a la persona equivocada.

O a nadie en absoluto.

La visión inocente de Bobby sobre cómo podría terminar este caso es bastante reconfortante. Ni siquiera considera la posibilidad de que el caso se cierre y se archive sin respuestas reales. Si tan solo eso fuera cierto.

—Tienes razón —le sonrío—. Gracias por dejarme desahogarme.

—Cuando quieras. Además, este tipo de atención al cliente es lo que te hace volver, ¿no? —Me guiña un ojo y rápidamente es atraído por otro cliente en la barra, dejándome con mi desorden de pensamientos.

Por un lado, tiene razón. No puedo conformarme hasta que haya seguido esta corazonada hasta el final. El único problema es que cualquiera a quien le hable sobre The Painter simplemente me mirará como si estuviera loca. Mi capitán fue claro sobre lo que pensaba acerca de la conexión, pero aunque no puedo negar la *posibilidad* de que sea solo una coincidencia, el paquete enviado a mi dirección hace que esto sea personal.

Están jugando conmigo. Lo sé, así que tengo que sopesar mis opciones.

O bien ha vuelto, en cuyo caso tengo que hacer todo lo posible por no reducirme a un ovillo de terror y dejar que vuelva a escabullirse,

o hay un imitador con suficiente conocimiento para conocer mi historial con el asesino.

Ambas opciones son terribles.

Hay una tercera opción. Alguien está intentando asustarme para que abandone el caso mandándome mierda a mi dirección, pensando que me haría echarme atrás por miedo a ser la próxima. Seguir esa pista probablemente me llevaría más rápido al asesino y me devolvería a las dos primeras opciones.

Mierda.

Mis pensamientos dan vueltas y vueltas sin un final a la vista. Así no puedo ayudar a Belle.

Bebiendo mi café frío, dejo unos dólares extra en la mesa como agradecimiento a Bobby y salgo al exterior con el portátil metido hasta el fondo de mi bolso. Necesito ir a casa y dormir un poco antes de que este caso me consuma.

A pesar del calor del sol durante el día, las tardes de mayo aún son frías, así que me arrebujo en mi abrigo mientras mi teléfono suena bruscamente. El nombre de Brant parpadea en la pantalla y el corazón se me hunde. Tomé el camino más largo y molesto conocido por el hombre para intentar conseguir esa orden de arresto con la esperanza de que no llegara a oídos de mi capitán, pero dado que ahora me está llamando a las ocho de la noche, creo que fallé.

—¿Hola?

—Sarah, ¿qué te dije? Eres como un perro con un hueso. Simplemente no sabes cuándo dejar las cosas.

—Difícilmente. Sabes, si no supiera más, pensaría que hay una razón por la que no quieres que investigue este caso.

—¿Estás tratando de acusarme de algo?

—No directamente —murmuro, mirando arriba y abajo de la calle mientras cruzo—. Pero ¿qué pasó con el buen capitán conocido por apoyar a sus oficiales? Una chica murió, Brant. No voy a abandonar esto así como así.

—¿Se te ha ocurrido alguna vez que estoy tratando de cuidarte, Sarah? Quizás estoy intentando evitar que termines en la mira equivocada.

—¿Qué demonios se supone que significa eso?

—Sabes quién es Belle. A quién está relacionada. Sabes que ellos manejan las cosas internamente.

—¿Y qué? Son criminales, Brant. Y no deberías doblegarte a sus caprichos. O a su dinero.

—Elige tus próximas palabras con mucho cuidado —advierte Brant, pero a pesar de la amenaza en su voz, no me afecta.

—Mira, puedes pintarlo como si estuvieras cuidándome, pero ¡los dos sabemos la verdad!

Un impacto sólido en mi espalda hace que el teléfono salga volando de mi mano mientras algo duro y pesado me tira de lleno al suelo y un dolor ardiente explota en mi oído. Un grito de sorpresa se escapa de mis labios y tengo solo el tiempo suficiente para extender mis manos y proteger mi cara antes de golpear el suelo con un golpe sordo. Todo el aire es expulsado de mis pulmones al impactar y, durante un largo momento, estoy aturdida.

Me duele la cabeza, mi corazón late con fuerza y siento como si una banda apretada y caliente se estuviera envolviendo alrededor de mi pecho mientras más tiempo paso tirada. Lo que parece una eternidad resulta ser solo unos segundos cuando me doy cuenta de que alguien está encima de mí. El pánico me invade como un vómito creciente y de inmediato comienzo a luchar. Pateo con las piernas, golpeo con los codos y la cabeza, me retuerzo y me revuelvo con todas mis fuerzas a pesar de la falta de aire.

—¡Oye! —llama una voz apagada detrás de mí, y mi codo choca con algo sólido.

—¡Quítate de encima! —gruño—. ¡Quítate de encima! ¡Quítate de una maldita vez!

El peso se mueve hacia un lado y jadeo bruscamente, inhalando aire a través de mis labios secos. Tan pronto como me libero, me empujo hacia arriba y me pongo de pie de nuevo justo cuando otra bala pasa zumbando junto a mí. Me roza por poco mientras la persona a mi lado agarra mi muñeca y me tira bruscamente hacia la izquierda.

—¡Suéltame, maldito... ¡oh!

Me encuentro mirando mi reflejo en el brillante visor negro de un casco de moto. La persona que me derribó es instantáneamente reconocible como el motero que me ayudó cuando me asaltaron en mi cumpleaños. Verlo me deja sin palabras y su agarre se aprieta en mi muñeca.

—Ven conmigo —su voz grave, un poco apagada, hace que mi corazón acelerado pierda un latido y una oleada de calor me recorre de pies a cabeza.

Apenas tengo tiempo para responder cuando me arrastra por un callejón, lejos de quienquiera que esté disparándome. Se mueve tan rápido que apenas puedo seguirle el ritmo. Mi cabeza todavía está dando vueltas y un dolor ardiente irradia desde el costado de mi cabeza, mientras que mi pecho aún siente como si algo lo estuviera apretando fuertemente. Corremos juntos y salimos de la boca del callejón, donde la moto del desconocido está aparcada torpemente en la acera.

—¡Súbete! —lanza la orden, y algo dentro de mí me hace obedecer sin pensarlo dos veces.

¿Qué demonios está pasando? ¿Por qué está él aquí? ¿Y por qué diablos alguien me está disparando?

El tipo de la moto se sube a la moto y me arrastra medio cuerpo detrás de él, luego acelera el motor en el momento en que mis brazos se deslizan alrededor de su cintura. Mi pie apenas se separa del suelo cuando la moto cobra vida y salimos disparados por la calle a una velocidad que ningún ser humano debería poder alcanzar.

Agárrate, Sarah. Solo agárrate.

El mundo pasa demasiado rápido para que pueda registrar hacia dónde vamos. Mi corazón late como un tambor, y cuando apoyo la cabeza entre los omóplatos del desconocido, el dolor en mi oído palpita fuerte. Aprieto mi agarre y cierro los ojos, apoyándome en el hombre de modo que cada movimiento de su cuerpo en cada giro y esquivada del tráfico se refleja en el mío.

¿Quién coño es este tío?

Apúntalo como otra decisión terrible que he tomado: subirme a la moto de este desconocido sin pensarlo y—

Ah, mierda.

Mi bolso.

Se me cayó del hombro cuando me derribaron al suelo y no tuve la oportunidad de cogerlo.

Necesito cambiarme a uno de esos riñoneros.

No está claro cuánto tiempo hemos estado conduciendo, pero cuando la moto finalmente comienza a reducir la velocidad, abro los ojos y escaneo nuestros alrededores. Todos los edificios me resultan vagamente familiares, pero no termino de ubicarme hasta que por fin paramos en un pequeño aparcamiento escondido entre unos árboles. En realidad, no estamos tan lejos de mi apartamento, porque reconozco el camino cercano y el banco azul donde he pasado varias tardes de verano disfrutando de comida para llevar del restaurante coreano de por aquí.

Unos dumplings excelentes.

Mi mente divaga hasta que el desconocido apaga la moto y se reclina hacia mí. Con su movimiento llega una sacudida de realidad y de inmediato retiro mis brazos de su cintura y bajo de la moto, quedándome sobre unas piernas temblorosas.

—Joder.

—¿Estás bien? —El tipo de la moto inclina la cabeza mientras me mira, pero todo lo que puedo ver es mi propio reflejo iluminado por la única farola que brilla sobre nosotros. Pero definitivamente es el mismo tipo. El ribete rojo de su casco es exactamente como el de mi sueño, y mientras sigo esa línea con mis ojos, descubro la mancha de labial rojo donde lo besé.

Dios mío, olvidé que hice eso.

¿Por qué no se lo limpió?

—He dicho —repite la voz profunda y apagada—, ¿estás bien?

Asiento rápidamente mientras mis rodillas chocan entre sí y mi corazón acelerado late no por la adrenalina, sino por la realización de que alguien me disparó.

Alguien intentó *matarme*.

—Estoy bien —mi voz temblorosa no transmite mucha confianza.

El hombre baja de su moto y, de repente, su mano enfundada en cuero me agarra la mejilla y obliga mi cabeza a girarse hacia un lado. —Estás sangrando.

—¿Qué? No, estoy bien, solo es que—¡ay! —Decidida a corregirlo, llevo mi mano a la oreja, pero un dolor ardiente surge de inmediato al tocarla y mis dedos se manchan de sangre. —Ay.

El tipo de la moto permanece en silencio, aparentemente satisfecho ahora que ha señalado mi herida.

—Ni siquiera lo sentí. —Toco suavemente la zona de nuevo y hago una mueca de dolor justo cuando su mano se aparta de mi cara. La

herida parece pequeña, solo un pequeño corte en el borde exterior de la oreja, pero mientras espero una respuesta de mi salvador, de repente él vuelve a subirse a su moto.

—Espera, ¿te vas?

Acciona el encendido y la moto ruge de vida.

—¡Espera! —Me aferro a su brazo sin pensar, y los músculos gruesos se tensan bajo mi agarre. —¿Qué fue eso? ¿Por qué estabas siquiera allí?

Silencio.

—¿Por qué me salvaste? ¿Quién me estaba disparando?

De nuevo, no dice nada, pero esta vez gira la cabeza para mirarme, obligándome a contemplar desesperadamente mi propio reflejo. Todas las demás preguntas mueren porque hay algo en la forma en que inclina la cabeza que me resulta dolorosamente familiar. ¿Es porque me salvó en mi cumpleaños?

—¿Quién… quién *eres*? —pregunto suavemente, apretando mi agarre en su brazo como si eso pudiera evitar que se vaya.

No responde. Miro hacia donde supongo que deben estar sus ojos e intento ver más allá de mi reflejo y del resplandor. Aceptaría una pista, incluso la más mínima indicación sobre quién es este hombre, solo para poder agradecerle como es debido, pero no hay nada. Sigue siendo alguien sin rostro y sin voz.

Debería irme. Debería alejarme y denunciar el intento de acabar con mi vida, pero algo me mantiene clavada en el sitio.

¿Cómo es posible que el mismo hombre me haya salvado dos veces? ¿Es terrible que desearía haberlo conocido antes? Si hubiera estado aquí hace cinco años, entonces tal vez…

El tipo de la moto se mueve de repente cuando una mano desaparece detrás de su cadera, y luego saca una pistola negra que

brilla peligrosamente bajo la luz. A pesar de que todos los pensamientos sensatos en mi mente gritan lo peligroso que es esto, no lo *siento*. Mi corazón se está calmando, aunque muy lentamente, e incluso la presión en mi cabeza por la caída está disminuyendo. No siento que esté en peligro a pesar de estar en un parque apartado con un hombre y su pistola.

El seguro se desactiva con un chasquido, y los nervios en mis hombros saltan en anticipación.

Levanta el arma y mi corazón se dispara hacia la garganta.

El tipo de la moto apunta el arma hacia el cielo y dispara a la farola que está sobre nosotros, sumiendo al mundo en una oscuridad total, excepto por las luces intermitentes de su moto. Su casco cae al suelo cerca de mis pies y, de repente, un brazo fuerte me rodea la cintura.

Ocultos bajo un manto de oscuridad, unos labios cálidos y suaves chocan contra los míos mientras el Tipo de la Moto me besa.

11

ROCKY

Es un riesgo. Un riesgo estúpido, impulsivo, desesperado, mitad para distraerla y evitar que hable y mitad para satisfacer mi curiosidad sobre cómo sabe. Es un golpe de suerte que no intentara arrestarme en el momento en que saqué mi pistola.

Pero lo he hecho.

La he besado.

Se queda inmóvil en mis brazos durante medio segundo, y justo cuando estoy considerando que esto podría ser un paso demasiado lejos, Sarah me devuelve el beso. No tiene ni idea de quién soy, y aun así se queda conmigo en este aparcamiento oscuro, con chispas de luz cayendo de la lámpara que disparé, y me besa.

Por primera vez en mucho tiempo, mi mente se queda en silencio.

No hay ruido, no hay pensamientos descontrolados, no hay energía nerviosa escapando a través del movimiento repetitivo de mi pierna o de mis dedos golpeándose entre sí.

Solo hay… silencio.

Mi pulso se acelera cuando Sarah se ajusta contra mí, pero solo está inclinando su cabeza para alinear mejor nuestros labios. Su aliento suave fluye sobre mi mejilla mientras nuestros labios se separan por un instante, y luego volvemos a unirnos y esa profunda sensación de paz silenciosa se extiende por mi cuerpo como un hilo de agua de lluvia.

Ella es más baja que yo, así que es casi demasiado fácil inclinarme sobre ella y usar el beso para inclinar su cabeza hacia atrás, pero no se resiste. Sus suaves yemas de los dedos acarician mi mandíbula, luego se deslizan hacia atrás para hundirse en mi pelo. Su otra mano descansa en el pliegue de mi codo, y cuando la inclino ligeramente hacia atrás, ella se acerca a mí colocando una pierna entre las mías.

Aprieto mi brazo alrededor de su cintura hasta que estamos perfectamente alineados y profundizo el beso, deslizando mi lengua por la línea de sus labios. Ella gime suavemente, un sonido que apenas llega a mis oídos a través del pulso que recorre todo mi cuerpo. Aplicando la más mínima presión, sus labios se abren para mí, y me adentro lentamente en el calor de su boca. Acariciando su rostro, evito tocar su oreja lesionada y mimo su mejilla mientras mi lengua se adentra cada vez más en su boca.

Sarah se ajusta contra mí y su agarre se intensifica en mi pelo, enviando una oleada de calor que atraviesa mi torso y se asienta en mi vientre bajo.

Joder.

En este momento, nada más importa.

Mi mente y mi mundo están en paz con ella en mis brazos.

La beso hasta que no queda aire en mis pulmones, hasta que no me queda nada más que dar salvo un tierno y jadeante presionar de mis labios y una caricia en su espalda baja.

Nos separamos y ella jadea, llevando una mano a sus labios. Luego la dejo allí, de pie en el aparcamiento, y me alejo corriendo con el

casco en la mano antes de que sus ojos se adapten a la oscuridad y le muestren quién soy en realidad.

Si supiera que soy Rocky Barati, nunca me tocaría, y mucho menos me daría un beso así.

Maldita sea.

Para cuando llego a casa, el ruido ha vuelto y es peor que nunca.

El extraño y pacífico silencio que Sarah me concedió con un simple toque parece haber amplificado el estruendo mental con el que lidio a diario. Siempre estoy alerta, siempre pasando escenarios por mi cabeza para mantener a salvo a mi familia y a mi gente, calculando el próximo movimiento comercial que mi padre nunca me dejará hacer, evaluando nuestras relaciones con otras familias, incluidas las que están fuera de los círculos italianos. Y, además de todo eso, mi mente está constantemente atormentada por la cosa *correcta* que hacer para mantener el favor de mi padre, y ya estoy llevando eso al límite con Sarah.

El puño de Matteo golpea mi mandíbula en el momento en que entro en el estudio, con más fuerza de la que un hombre de su edad debería tener. Me derriba por completo e irónicamente silencia el torrente de pensamientos ansiosos que inundaban mi mente.

—*Ay*.

—¿En qué demonios estabas pensando? —grita, parado sobre mí y golpeando el suelo con su bastón a pocos centímetros de mi cabeza —. Un disparo, Rocky. ¡Un maldito disparo y nuestros problemas habrían terminado!

—No habrían terminado —respondo débilmente, tocando con cuidado mis dientes con la punta de la lengua mientras la sangre llena mi boca—. Matar a un policía no acaba con nuestros problemas.

—¡Matar a *este* policía sí! —Vuelve a golpear el suelo con su bastón —. Interrumpiste un asesinato que yo ordené. ¿Tienes alguna idea de lo débil que eso me hace quedar? Parece que no puedo controlar a mis propios hombres, a mi maldito *hijo*.

Aprendí desde pequeño a no levantarme hasta que dejara de gritar, así que me quedo allí tumbado, tragando mi propia sangre y mirándolo a través de un ligero mareo. —Papá, tienes que dejar de preocuparte tanto por lo que piensen los demás. Si hablas con ellos, si realmente te muestras y les das respuestas, no estarías en esta posición.

—No me digas qué es lo mejor. *Yo* sé qué es lo mejor. Tú no ves lo que yo veo. No ves a los tiburones dando vueltas ni a las serpientes en la hierba con esos malditos bastardos irlandeses o los rusos.

—Son nuestros amigos—

—¡Competencia! —Golpea el suelo con el bastón y se aleja de mí con disgusto—. Te acercas demasiado a nuestros enemigos y ahora salvas a un policía. ¿A un maldito cerdo por encima de *mis órdenes*?

—Sarah me salvó la vida —digo con delicadeza mientras me levanto del suelo—. Le debo algo. Era una deuda que tenía que pagar.

—¿A mis espaldas? —Se gira hacia mí, con el bastón levantado—. ¿Quieres que parezca débil? ¿Indefenso? ¿Como si estuviera listo para que me derroquen? ¿Quieres que algún maldito ambicioso me corte el cuello mientras duermo?

—¡Por supuesto que no! —Es difícil no gritarle, pero cada vez que me grita en la cara, mi columna se tensa como un resorte—. Papá, esto no es lo que piensas. Estás paranoico después de lo de Noah, lo entiendo—

—¡No me menciones a ese maldito!

—Lo siento. Pero cerrarte así no nos ha ayudado en nada. Ves a todos como enemigos, ni siquiera reconoces que, si te hubieras

centrado en nuestras familias más pequeñas, lo de Noah no habría pasado. Y ahora Gio se está desmoronando y, en lugar de apoyarlo, le das la espalda y lo barres bajo la alfombra como si no estuviera sucediendo.

Podría esquivar su puño la segunda vez, pero la experiencia me ha enseñado que solo empeora. Este golpe no me derriba, pero sí me hace tambalear mientras los dientes chocan en mi boca.

—Escúchame bien, Rocky, y escucha atentamente. No tienes ni idea de lo que estás hablando. Pasas todo el tiempo corriendo por ahí, sin asumir ninguna responsabilidad real, y lo permito porque le prometí a tu madre que no sería demasiado duro contigo. Pero *me* mostrarás el respeto que merezco y que me he ganado, ¿entiendes? Tu lealtad es hacia mí, ¿me oyes? Hacia mí y hacia esta familia. No hacia los policías. Ni los irlandeses. Ni ninguna otra familia. *Hacia mí*. Y el único policía bueno es el que está comprado. Si no lo aceptan, ¡quiero que estén muertos! Has desperdiciado más que suficiente tiempo con Belle. ¡Quiero que esto termine!

—Papá —no puedo evitar presionarlo. Tal vez sea mi naturaleza contradecirlo, pero ¿realmente puedo llamarme una persona decente si al menos no lo intento?

—¡No! Te di una pulgada porque Gio es tu amigo, y te tomaste una maldita milla.

—Pero estas amistades nos mantienen en el poder. Es lo que suavizó nuestra alianza con los irlandeses y lo que hizo que los rusos estuvieran felices de ayudarnos. ¿No lo ves? Matar a Sarah no hará más que llevar la muerte de una policía a los titulares de toda la ciudad.

—Ella muere —la furia arde en los ojos de mi padre—. Me desobedeciste al salvarla y ahora parezco incapaz. No permitiré que eso vuelva a suceder, ¿me entiendes? Ella muere y abandonarás esta búsqueda tonta. De hecho, te voy a enviar lejos.

—¿Qué?

—Necesito que alguien supervise unos problemas en el casino y es la manera perfecta de mantenerte fuera de mi camino. Pero si la cagas de nuevo, Rocky, no seré tan indulgente.

12

SARAH

No le dije a nadie que alguien intentó matarme hace dos días. De haber estado en cualquier otro estado, quizás en cualquier otra comisaría, lo habría pensado. ¿Pero aquí? Lo último que necesito es que la persona equivocada informe de mi reacción a quien esté detrás del intento.

Apuesto a que fue Rocky. Ese imbécil arrogante salió del interrogatorio con una sonrisa tan engreída que no me sorprendería que fuera él quien apretó el gatillo, intentando silenciarme, ya sea por la investigación o simplemente porque es un idiota.

Lo aparto de mis pensamientos y vuelvo a intentar concentrarme en los archivos esparcidos sobre mi escritorio. He desenterrado todo lo que pude encontrar sobre El Pintor sin llamar la atención sobre lo que estaba haciendo. A pesar de conocer casi todos los detalles de este caso de memoria, rezo para que algo que me haya pasado por alto salte a la vista y todo esto tenga sentido. Una pista o un indicio de que El Pintor tenía algún tipo de aprendiz intentando recrear su obra, o un detalle que de repente avive los recuerdos importantes y olvidados enterrados en mi mente dañada.

Nada salta a la vista. Sin Gio con quien hablar y sin una orden para obligarlo, esta es mi única pista, la única manera de mantener el caso abierto y ayudar a Belle.

Miro hasta que las palabras se desdibujan y nada tiene sentido. Luego, cuando cierro los ojos, froto con fuerza el puente de mi nariz y suspiro. En la oscuridad, mi mente cansada se aferra a mi única fuente sorprendente de consuelo. Mi misterioso motero. Me ha salvado dos veces ahora, como una especie de ángel vestido de cuero vigilándome. El instinto me dice que debería desconfiar, pero en este caso, decido ignorarlo.

Me gusta. Me gusta cómo me hace sentir. Cómo mi corazón se acelera y mi cuerpo se calienta de maneras que no he sentido en mucho tiempo. La terapia me diría que estoy creando un vínculo poco saludable con una figura de salvador debido a los traumas de mi pasado.

Le diría a la terapia que se fuera al diablo después de aquel beso en el aparcamiento. Se reproduce perfectamente en mi mente con el disparo, el cristal que se rompe y el cálido y repentino contacto de sus labios contra los míos. Me derretí como plastilina en sus manos y lo haría de nuevo sin dudarlo.

—Un paquete para ti —. El golpe del paquete contra el escritorio me saca de mi ensoñación y mis mejillas se calientan como si el empleado de la recepción hubiera sido testigo de mis ardientes pensamientos. Les lanzo una sonrisa mientras salen de mi oficina sin mirar atrás y abro rápidamente el paquete con mi abrecartas.

Apenas he revisado tres secciones de cinta cuando el contenido se derrama sobre mi escritorio al haberse soltado, probablemente durante el envío.

Todo el calor me abandona en un solo latido cuando otra paleta de maquillaje, exactamente igual a la que ya recibí, cae sobre mi escritorio con un golpe sordo.

No.

Esto no puede ser real. Esto no puede ser jodidamente real.

La miro hasta que mis ojos se nublan por las lágrimas. La tensión se aprieta alrededor de mi pecho, haciendo que mis próximas respiraciones sean entrecortadas, y los dedos helados del miedo acarician mi nuca, enviando innumerables escalofríos por mi espalda.

Tienen que creerme ahora. Tienen que hacerlo.

—¿Ahora crees que estoy diciendo la verdad? —La paleta de maquillaje cae sobre el escritorio de Brant con un estruendo, sacándolo de lo que estaba tecleando con atención en el ordenador. —¡Mira esto! Esto es una amenaza. Demonios, probablemente es algún tipo de broma. El asesino nos está provocando, Brant. ¡Se están burlando de mí porque saben que no me estás dejando hacer esto como es debido!

Brant observa la paleta, luego me mira con el ceño fruncido. —Sarah, ¿de qué diablos estás hablando?

—¡Esto! —doy unos golpes furiosos en su escritorio—. Me enviaron uno a casa con film transparente hace unas semanas, luego, hace unos días, alguien intentó matarme, y ahora recibo otro. ¿No lo ves?

Su expresión vacía no cambia.

—¡Es El Pintor! O alguien increíblemente familiarizado con sus métodos. Es la misma marca de maquillaje que usaba en Montana y ahora está aquí. Después de lo que le pasó a Belle, ¿no lo ves?

—Sarah, no estás pensando con lógica.

—No me vengas con esa tontería. Sabes que conozco este caso mejor que nadie. Sé exactamente qué buscar.

—En ese caso, ¿El Pintor alguna vez envió regalos como estos antes?

Dudo, las palabras se atascan en mi garganta. —No.

—Entonces, ¿por qué ahora?

—Porque está aburrido. Estamos tardando demasiado en comenzar la cacería y me está provocando.

—O alguien que conoces te está regalando una marca de maquillaje muy popular. —Brant huele profundamente y toma la paleta, examinándola, luego sus ojos se clavan en los míos—. ¿Qué quieres decir con que alguien intentó *matarte*?

—Yo… —Mierda. Eso se me escapó—. Hace unos días, alguien intentó dispararme.

—Esto es Nueva York. ¿Estás segura de que te apuntaban a ti?

—¡Sí, estoy segura!

—Entonces, ¿por qué sólo me entero ahora?

De nuevo, las palabras se atascan en mi garganta y mi razonamiento de repente no parece justificable enfrentando a mi capitán. Mis labios se separan, pero mi mente da vueltas alrededor de El Pintor, y que me dispararan parece un incidente tan pequeño en comparación. —No importa.

—Que alguien intente matar a uno de mis detectives definitivamente importa.

—Ni siquiera estoy segura de que esté relacionado con este caso, solo creo… Mira. Esto significa algo. —Vuelvo a golpear su escritorio —. O tenemos a ese imbécil correteando por Nueva York o tenemos a un imitador, y los cuerpos comenzarán a acumularse bastante rápido si no le damos la atención que ansía.

—Sarah, no voy a poner a todos en alerta máxima por el fantasma de un asesino en serie solo porque alguien te envió maquillaje por correo.

Me muero de ganas de alcanzar el escritorio y estrangular a Brant, sacudiéndolo hasta que empiece a escuchar lo que intento decirle.

—Esto es una *amenaza*.

—Si te hará sentir mejor, haré que los forenses echen un vistazo a esto, ¿de acuerdo? Pero, Sarah… —Su tono baja un poco, suavizándose con las notas características de apaciguamiento—. ¿Has estado durmiendo? Pareces un poco desgastada.

—¿Me harías esa pregunta si fuera un hombre?

Los ojos de Brant se estrechan. —Creo que deberías tomarte un tiempo libre.

—¿Qué?

—¿Cuándo fue la última vez que te tomaste unas vacaciones? Tómate unos días libres, Sarah. Ve a un spa, hazte algún tratamiento o algo. Necesitas dejar de perseguir fantasmas. ¿Quieres que llame al terapeuta de la estación?

Todo el fuego para discutir se apaga dentro de mí en unos segundos. ¿Cómo puede Brant ser tan ciego ante algo que para mí es tan obvio? ¿Cómo no ve que nos están provocando y que solo es cuestión de tiempo antes de que aparezca otro cuerpo con el mismo modus operandi que Belle?

—Señor…

—Tómate unos días libres, Sarah —suspira Brant, volviendo a su trabajo—. Es una orden.



—Y ME MIRÓ COMO si yo fuera el problema —me quejo una hora después con Bobby mientras él prepara rápidamente mi café—. Y para colmo, tuve que caminar hasta aquí desde la estación porque me pincharon los malditos neumáticos. ¿Quién hace eso? ¿Quién pincha los neumáticos de un coche aparcado fuera de la maldita comisaría?

Un suave chasquido llega a mis oídos mientras una anciana me lanza miradas asesinas y luego sale rápidamente de la cafetería.

Mierda.

—Lo siento —suspiro profundamente, como si me desinflara, bajo la voz y me apoyo en la barra—. Ha sido un día de locos. Una semana. Lo que sea.

—Para eso estoy aquí —responde Bobby, colocando el vaso de papel frente a mí—. No puedo opinar mucho sobre tu trabajo, claro, pero ¿no hay nada más que puedas hacer para que te escuche?

—No —cierro la mano alrededor del vaso y cierro los ojos brevemente, absorbiendo el calor que desprende el café—. Siento que me estoy volviendo loca. No me escucharán hasta que la próxima persona salga herida, y entonces será todo un ¿por qué no hiciste algo antes? ¿Cómo haces que los demás se centren en algo que te parece increíblemente obvio?

—Bueno, si fuera tú —Bobby se apoya en el otro lado de la barra y me lanza una sonrisa—, intentaría centrarme en el por qué me parece obvio. Volvería al principio y trataría el problema como algo nuevo, solo para ver si obtengo el mismo resultado la segunda vez.

—Pero ¿cómo evitas que los pensamientos de la primera vez influyan en la segunda...? —Espera.

Fuera de la ventana, justo más allá de la cabeza de uno de los clientes de Bobby, hay una moto. Está aparcada al otro lado de la calle, y un vistazo de ella hace que mi corazón se salte un latido.

Conozco esa moto.

Y conozco la figura sentada en ella con una franja roja alrededor de la visera.

Ese es mi motero.

Sin decir una palabra, dejando a Bobby gritar sorprendido por mi café abandonado, salgo del café y cruzo la calle corriendo mientras una mezcla de emociones chocan en mi pecho.

Rabia porque mi día ha sido una mierda y parece que nadie me cree. Pánico porque mis días están contados y terminaré con una bala en la cabeza pronto. Frustración porque mi misterioso motero se niega a decirme quién es y ahora está aparcado fuera de mi cafetería.

Estoy cansada de estar a oscuras.

—¡Eh!

Levanta la cabeza del móvil que sostiene en sus manos y me observa acercarme a toda velocidad.

—¿Qué haces aquí?

No dice una palabra.

—He venido aquí todos los días durante más de un año y nunca te he visto, ¿y ahora estás aparcado fuera como si fuera un sitio habitual? Eso es una mierda. ¿Quién demonios eres y por qué siempre estás rondando?

De nuevo, no dice nada. Inclina ligeramente la cabeza hacia la izquierda y mi corazón se salta un latido. Es exasperante que solo vea mi propio reflejo en su estúpida visera. Estoy harta de esto. Necesito respuestas.

En el momento en que extiendo la mano para arrancarle el casco de la cabeza, él me agarra la muñeca y me gira rápidamente mientras se baja de la moto. En el instante en que me doy la vuelta, me empuja suavemente para crear distancia, pero me mantengo firme y me vuelvo hacia él. Extiendo de nuevo la mano hacia su casco y logro agarrar los lados. Antes de que pueda levantarlo, él rodea mi cintura con un brazo y me levanta del suelo, colocándome al otro lado de la moto y creando distancia de nuevo.

—¡Muéstrame quién eres! Estoy harta de esto. Harta de que me sigas como una sombra oscura, harta de que no hables o me digas quién diablos eres.

Me lanzo sobre su moto, agarro el cuello de su chaqueta de cuero y lo acerco hacia mí hasta que casi se dobla sobre el asiento, luego agarro su casco y tiro. Esta vez, él se lanza hacia adelante y se desliza sobre la moto hacia mis brazos. No puedo sostenernos a los dos, así que caemos al suelo con un gruñido, pero me niego a soltar su casco. Tiro, él se retuerce, me tira de los brazos hacia abajo, y lo empujo y me volteo con las manos en su casco. Él rueda conmigo y agarra mis muñecas, inmovilizándolas en el suelo mientras se cierne sobre mí.

—Basta —dice con voz ronca, y los tonos amortiguados pero ásperos de su voz envían una excitación inesperada directamente a través de mí. De repente, mi corazón ya no late por la frustración o la rabia. El calor recorre mi cuerpo en oleadas y mis mejillas se sonrojan tanto que puedo verlas enrojecerse en el reflejo oscuro de su visera.

—Entonces dime quién coño eres —suplico sin aliento, con el pecho palpitante.

No responde y mi frustración aumenta de nuevo.

Entonces, sin nada más que hacer y sin otra forma de expresar las emociones que bullen en mi pecho, levanto la cabeza del suelo y apoyo mis labios en la mancha de lápiz labial que todavía adorna su casco.

13

ROCKY

—¿Sabes qué? —Sarah se aparta después de rozar con un beso el borde de mi casco—. Al carajo. No me importa quién seas.

¿Lo dice en serio? Sus ojos brillan de fastidio, pero una dulce sonrisa se dibuja en sus labios y cuando vuelve a besarme el casco, intento estar de acuerdo con ella. No importa quién soy. Lo que sea que la tenga tan alterada debe ser importante, pero mientras esté conmigo, nadie más podrá hacerle daño.

Todavía no tengo un plan claro sobre cómo mantenerla a salvo, pero haré todo lo posible para evitar que los hombres de mi padre se acerquen a ella. Incluso si eso significa recibir un par de balas por ella. Decirle a mi padre que le salvé la vida para pagar una deuda es solo parcialmente cierto, porque esa deuda no parece saldada. Sin embargo, no es una obligación lo que me trae de vuelta a ella. Es su tacto. Anhelo el silencio que se apoderó de mi mente durante nuestro beso hace unas noches, y esa clase de paz no es algo que pueda devolverle jamás. Así que haré lo que pueda para mantenerla con vida.

Retrocediendo, me pongo de pie, pero Sarah está justo ahí conmigo y sigue presionándome con besos prolongados contra el casco. En contra de mi propio juicio, me inclino hacia ella y sigo su contacto mientras mete la mano en mi chaqueta de cuero y me arrastra por el callejón cercano, envuelto en una luz tenue y aislado del mundo.

No es el lugar más romántico, pero todo pensamiento racional me abandona cuando abre la cremallera de mi chaqueta y aprieta sus suaves manos contra mi cuerpo. El calor de sus palmas atraviesa la fina tela de mi camiseta y mi pulso se acelera cuando agarra la prenda y me tira hacia ella.

Debería decir algo. Si quiere quitarme el casco, entonces descubrirá exactamente quién soy, y nunca estaría de acuerdo con esto si lo supiera.

¿Es egoísta por mi parte no querer decírselo? No quiero perder lo que sea esto, porque en el momento en que mete la mano bajo mi camiseta y acaricia mis abdominales, mi mente se queda en silencio.

Es como sumergirse en el océano y perder todo sentido del mundo que te rodea. Quiero ahogarme en ella por la paz que me brinda, aunque en el fondo sé que odia al verdadero yo. Sin embargo, los pensamientos contradictorios no duran mucho, porque Sarah de repente da un paso atrás y se quita la chaqueta.

—Estoy harta de esta vida de mierda —murmura, lanzándola sobre la tapa de un contenedor cercano—. Harta de que la gente no me escuche, de que me digan que necesito tomarme un descanso o de que estoy viendo fantasmas que no existen. Estoy harta de los días de mierda y de la gente que guarda secretos, tú incluido.

Me acerco a ella, pero usa ambas manos para empujarme contra la pared de ladrillos.

—No te quites el casco, no me importa —me mira con una sonrisa coqueta—. No necesito tu cara.

Antes de que tenga la oportunidad de responder, Sarah se arrodilla justo frente a mí y abre su blusa blanca, dejando al descubierto sus espléndidos senos sujetos por un sujetador de encaje melocotón con un pequeño lazo rosa anidado en su escote. Sus manos están en mi cinturón antes de que pueda registrar lo que está haciendo, y una oleada de puro *deseo* me recorre como el estiramiento cálido de un músculo.

Soy suyo.

Lo que sea que quiera, lo que sea que necesite, se lo daré porque cada vez que toca mi piel caliente, encuentro una paz beatífica que me ha sido negada desde que era un adolescente.

Palabras incoherentes burbujean en la parte trasera de mi garganta en un último intento por decir algo —lo que sea, en realidad— que pueda alterar lo que está a punto de suceder, pero no logran salir de mis labios. No quiero que se detenga. Si ella quiere esto de mí, entonces quiero dárselo.

Quiero tocarla. Quiero acariciar su rostro y enredar los largos mechones de su cabello rubio alrededor de mi puño para mantenerla en su sitio mientras adoro su garganta.

Pero ella tiene el control. Se quita las gafas y las deja a un lado, luego agarra mi cinturón con ambas manos y desliza el cuero de la hebilla con una velocidad impresionante. Emito otro sonido, y ella me mira con una advertencia intensa en sus ojos.

—No hables —escupe—. Estoy harta de hablar. Solo quiero sentir algo.

Mi corazón late como un tambor, haciendo que mi pulso retumbe en mis oídos. Entonces su cálida palma cierra alrededor de mi polla, sacándola del confinamiento de mis calzoncillos de algodón, y el mundo desaparece. No existe nada más que Sarah y su firme agarre en mi polla, llevándome a la máxima erección en solo unos cuantos golpes. Me pone tan duro tan rápido que es casi vergonzoso, pero

parece que no le importa. Apenas mi polla está en su palma, sus labios besan la punta y una sensación de placer cálida y ajustada calienta mi bajo vientre.

Mis muslos tiemblan, el sudor brota en mi línea del cabello y mis huevos arden con cada presión de sus suaves y mullidos labios contra mi polla. Su mano va y viene a lo largo de mi palo, extrayendo oleada tras oleada de placer hacia mi vientre. Cerrar los ojos parece un insulto, así que la miro fijamente y me concentro en cada aleteo de sus pestañas, cada suave suspiro cuando se inclina hacia arriba y cada tono de carmesí que tiñe sus mejillas mientras me mete en su ardiente boca y me *chupa*.

Instintivamente, la alcanzo y deslizo una mano por su cabello, satisfaciendo mi necesidad de agarrarme a algo. Ella emite un sonido que vibra a través de mi polla, y mis rodillas casi ceden ante el rápido torrente de placer.

Entonces introduce más mi polla en su boca, hundiendo sus mejillas con cada succión enérgica. Es como si intentara vaciarme solo con el poder de su boca, y me cuesta una enormidad no empujar hacia adelante y hundirme en el calor acogedor de su garganta. Mantiene una mano alrededor de los centímetros de mi polla que no mete en su boca, y con la otra se apoya en mi cadera para mantenerme contra la pared.

Joder. *Mierda*.

Voy a correrme, y entonces esto habrá terminado. No lo soporto. De repente, toda la ropa me parece demasiado pesada y pegada a la piel. Quiero arrancármela y tirar a Sarah al suelo para follármela como se merece, pero ella merece algo mejor que este callejón. Aunque no parece estar de acuerdo, por la forma en que me está chupando la polla. Su camisa se desliza de sus hombros con sus movimientos y rápidamente se la quita, como si no le importara que alguien nos descubriera.

Quiero esconderla del mundo y conservarla como si fuera mía y solo mía.

—Espera—. Una sola palabra, y se aparta de mi polla con un *pop*, dejando un fino hilo de saliva conectando mi glande con su labio inferior. Me mira con ojos oscuros vidriosos por el deseo y luego se lame lentamente el labio inferior.

—¿No está bien? —pregunta jadeante.

Me duele el corazón. ¿Cómo puede pensar que no lo está haciendo bien?

La agarro por los hombros, la levanto del suelo e intercambiamos posiciones. Mis dedos se enroscan en la cintura de sus pantalones y los empujan hacia abajo. Sarah lo entiende un segundo después y, en cuanto sus pantalones están en el suelo junto a sus zapatos, está en mis brazos con las piernas alrededor de mi cintura y mi polla presionando contra el suave algodón de sus bragas.

—Joder —jadea, echando la cabeza hacia atrás contra la pared de ladrillo. Su garganta es larga y desnuda, tentándome con toda la piel que podría besar y marcar con mis dientes si este maldito casco no estuviera en medio. Me conformo golpeando ligeramente su barbilla con el casco. Ella baja la cabeza y aprieta sus labios contra mi visor mientras aparto sus bragas con una mano y me introduzco en el estrecho y empapado calor de su coño.

Sarah se arquea contra la pared y se tapa la boca con una mano para ahogar el grito de placer que estalla en su garganta. Está tan mojada que el orgullo me hincha el pecho—nunca había estado con una chica que se excitara tanto por chuparme la polla. Otro empujón y otros dos centímetros se deslizan dentro de ella, arrancándome un largo gemido desde lo más profundo de mi garganta.

Con un brazo alrededor de mi cuello y la otra mano sobre su boca, Sarah se aferra como si su vida dependiera de ello mientras la follo. Mis caderas embisten con fuerza y rapidez, clavando mi polla en su

cálida seda. Quiero hacerla sentir tan bien como me siento yo. Quiero llevarla a las alturas a las que ella me ha llevado con solo unos toques, y cada gota de energía irritada la invierto en lo fuerte que la follo. Cada embestida arranca sonidos que escapan entre sus dedos, cada movimiento de mis caderas la hace gemir, y pronto está tan sonrojada y sudorosa como yo.

Araña mi pecho y me quita la camisa de los hombros, luego me agarra con tanta fuerza que un dolor ardiente recorre mi espalda.

—¡Joder, joder! —gime Sarah, metiéndose los dedos profundamente en la boca para intentar silenciarse aún más. Casi me corro en el acto al verlo, y me mata no poder besarla alrededor de esos dedos. La follo más fuerte, más profundo. La rodeo con mis brazos para protegerla del ladrillo lo más que puedo, y cuando alcanza el orgasmo alrededor de mi polla, sigo follándola para que saboree cada segundo delicioso de placer.

Me corro poco después, con su coño apretando y ondulando alrededor de mi polla, extrayendo hasta la última gota de mi semen de mis doloridos huevos.

Mi mente está en silencio. Mi cuerpo está feliz, vibrando con los espasmos y cosquilleos del placer que perduran mientras la neblina postorgásmica se asienta.

—Hostia... puta —jadea Sarah, empañando mi visor cuando finalmente se quita los dedos de la boca.

Quiero hablar, pero algo me dice que arruinaría el momento, así que, en su lugar, la bajo suavemente al suelo y le masajeo la cadera mientras recupera el equilibrio. Mientras se inclina para recoger sus pantalones del suelo, algo llama mi atención.

A lo largo de su espalda y hombros, acentuados por su palidez en comparación con el rosa sonrojado de su piel, hay una serie de cicatrices. Algunas son pequeñas y finas, pero otras están

deformadas y retorcidas. Se endereza y se vuelve hacia mí, se pone los pantalones y me alcanza el cinturón que había tirado.

—Eso ha sido...

¿Increíble? ¿Caliente? ¿Fantástico? ¿Alucinante?

—Una puta estupidez —murmura Sarah.

Oh.

—Ni siquiera te conozco. No puedo creer que haya hecho esto. ¿Qué demonios me ha pasado? —Se vuelve a poner la camisa y, mientras se la abrocha, distingo algunas cicatrices más en su abdomen.

La alcanzo antes de poder evitarlo, pero en cuanto toco una de las cicatrices con la punta de los dedos, Sarah se aparta de mí como si la hubieran golpeado. Se abotona rápidamente la camisa y coge sus gafas y abrigo del suelo.

—Lo siento —dice jadeante—. Esto ha sido divertido, pero no debería haber pasado. Solo estaba... Lo siento.

No puedo detenerla cuando se aleja corriendo hacia la salida del callejón, alisándose el pelo para intentar parecer más presentable. Quizá debería esforzarme más, pero me deja con los pantalones alrededor de los tobillos, el placer ardiendo en mis venas y una sola pregunta persiguiendo mi mente.

¿Qué demonios le ha pasado?

14

SARAH

—¿Lo de siempre? —Bobby me recibe con su sonrisa habitual cuando entro en la cafetería al día siguiente, envuelta en la ropa más cómoda que tengo. Que, dado que son unos leggings y un jersey, no son gran cosa, pero no estoy acostumbrada a tomarme días libres. Especialmente cuando es obligatorio.

—En realidad, ¿puedo pedir algo diferente hoy?

Bobby se detiene con una mano en una taza y frunce el ceño a pesar de su sonrisa. —Nunca pides algo diferente.

—Lo sé. Es que me siento… —Encojo los hombros mientras inhalo profundamente los reconfortantes aromas de bollería, café y jarabes dulces. —Diferente. Me siento diferente.

—Claro, ¿qué quieres?

—Algo con chocolate, creo. ¿Qué es ese polvo rosa? Me apetece algo dulce.

Bobby pone los ojos en blanco levemente y golpea el recipiente que contiene el polvo rosa. —¿Chocolate caliente rubí?

—Oh, sí, por favor.

Se pone manos a la obra para preparar mi bebida, pero no me quita el ojo de encima mientras me apoyo en la barra. —¿Nada de trabajo?

—Hoy no. Mi jefe me obliga a tomarme un descanso.

Bobby detiene el batido de la leche. —¿En serio?

—Sí. Dice que necesito un descanso. Quizá tenga razón. —Miro por la ventana y mi corazón se hunde un poco al ver solo una calle vacía. ¿Estaba buscando a mi misterioso motorista? Tal vez. Ayer me parece una especie de sueño, pero también dormí mejor que en semanas. Todavía no sé qué me pasó. Nunca he sido una persona impulsiva, pero algo en aquel motorista que me sujetó contra el suelo encendió algo dentro de mí que no sabía que existía.

Y teniendo en cuenta que cualquier tipo de restricción suele provocarme un ataque de pánico desesperado, es increíble que acabara excitada.

¿Es porque él no tiene rostro y eso lo hace fácil? ¿Porque no habla mucho, si es que lo hace? Fue una estupidez tremenda y temeraria follarme a alguien en un callejón al otro lado de la calle, especialmente a alguien que no conozco. Pero al mismo tiempo, fue el mejor sexo que he tenido en mi vida. Escuchar sus suaves respiraciones y gemidos escaparse de ese casco mientras le hacía una mamada fue más excitante de lo que jamás habría esperado. ¿Y cuando me folló?

Mi coño se contrae al pensarlo y un calor recorre mis brazos.

Quizá su misterio es lo que me atrae, y la falta de compromiso al estar con él. O es porque cuando estoy con él, una parte de mi mente simplemente se apaga y me siento como yo misma de nuevo, de una manera que no entiendo del todo. Puedo disfrutar de él y no tengo que lidiar con la tristeza y la confusión en sus ojos cuando ve las cicatrices por todo mi cuerpo.

Y si parece triste, entonces no importa porque no es más que una máscara.

—¿Sarah? —La voz ligeramente irritada de Bobby me saca de mi ensueño.

—¿Eh?

—Te he preguntado si querías nata.

—Ah, sí. Lo siento, estaba pensando.

—¿En tu caso?

—Por una vez, no. En otras cosas.

—¿En serio? —Bobby levanta una ceja. —Pensé que tu caso te consumía completamente estos días.

—Lo hace. Es solo que tengo otra cosa en mente, eso es todo.

Los ojos de Bobby se estrechan levemente. —Vale.

¿Vale? ¿Qué quiere decir con eso?

—Bobby… —Justo cuando estoy a punto de preguntar, mi teléfono suena y otro destello de irritación cruza el rostro de Bobby. Normalmente ignoraría la llamada, ya que estoy de vacaciones obligadas, pero no es de Brant. Es mi antiguo capitán en Montana. —Lo siento, Bobby, tengo que contestar.

—Claro. —Deja la bebida delante de mí. —Ocho dólares.

Sin poder discutir el precio porque ya conozco su respuesta, dejo los billetes suficientes para pagar la bebida y la cojo mientras murmullo *gracias*.

—¿Hola?

—¿Sarah?

—¡Arnold! Yo… vaya, nunca esperé volver a tener noticias tuyas. —Le lanzo una sonrisa a Bobby que él ignora, y salgo corriendo de la cafetería para quedarme fuera y poder escucharle mejor. —Me mandaste a Nueva York y pensé que eso era el final.

—Sarah, he escuchado noticias preocupantes.

—¿Ah sí?

—Estás husmeando en los archivos del Pintor. ¿Es cierto?

Mi corazón se hunde. Creía que había cubierto mis huellas al conseguir las copias de los archivos antiguos, pero claramente no. —No es lo que piensas.

—¿No lo es? —Suspira un poco áspero. —Sarah, volver a ese caso no es bueno para ti. Lo sabes. Es un caso frío, uno desafortunadamente muerto debido a—

—Lo sé —interrumpo rápidamente, sin necesidad de que lo diga. —Pero esto es importante, ¿vale? Tuvimos un asesinato aquí, un asesinato que tiene todos los rasgos clave de un crimen del Pintor. Hasta la misma marca de maquillaje. Además, he estado recibiendo paquetes de esa marca. No puedes decirme que es solo una coincidencia.

—Sarah, estuviste más cerca que la mayoría en ese caso. Estoy seguro de que muchas cosas parecen una conexión desde tu punto de vista, pero tienes que entender que podrías estar viendo pistas que realmente no están ahí.

—Estas son pistas bastante evidentes —murmuro, dando un sorbo a mi bebida pero apenas saboreando el dulce sabor a frutos del bosque—. Hasta Brant dice lo mismo, pero te lo digo, ha vuelto o... o hay algún tipo de copia o algo así.

—Mira, no voy a decirte lo que estoy seguro de que ya sabes, pero este tipo de obsesión no es saludable.

—¿Obsesión? —Me incorporo y fulmino con la mirada a unos cuantos coches que pasan—. ¿Crees que esto es obsesión?

—Después de lo que pasó con—

—No —mi corazón empieza a acelerarse—. No tiene nada que ver con eso.

—Entonces el consejo que te daré es que abandones el caso. No es saludable para ti. Y si realmente crees que hay algo en ello, entonces pásaselo a alguien más y deja que ellos hagan el trabajo. Llegarán a las mismas conclusiones que tú si hay alguna conexión.

Agarro el teléfono hasta que los bordes se clavan en mi palma. ¿Pasar el caso? ¿Dárselo a alguien más? ¿Cómo explico que en cuanto este caso salga de mis manos, lo cerrarán porque les importa más mantener contenta a la Mafia que encontrar justicia? Sin pruebas concretas de corrupción, no puedo decirle nada a mi antiguo capitán.

—¿Sarah? —Intenta de nuevo mientras mi silencio se prolonga—. Solo intento cuidarte.

—Lo sé. Gracias. —Cuelgo abruptamente, cierro los ojos y me obligo a respirar profundamente mientras los últimos momentos de calma que me dejó el tipo de la moto se esfuman en el viento—. Joder.

De vuelta dentro de la cafetería, Bobby me saluda con su sonrisa habitual, pero le falta algo de su calidez habitual. O estoy tan estresada que simplemente se siente diferente.

—¿Todo bien? —pregunta mientras coloco mi taza vacía en la barra.

—Eh, no realmente. ¿Alguna vez has sentido que estás tan seguro de algo, pero en todas partes te dicen que estás equivocado y empiezas a preguntarte si quizás estás loco?

—Oh, por supuesto. Los granos de café tostados con sal son el futuro, te lo digo, pero en los círculos de la cafeína me colgarían.

Le devuelvo una sonrisa cansada y educada por su humor, aunque mi pecho esté revuelto por la niebla de la frustración.

—Vale, escucha —Bobby apoya una mano en la barra y se inclina—. Parece que necesitas un descanso, así que ¿por qué no esperas hasta que yo termine el turno y luego podemos salir a hacer algo juntos?

Rechazo su oferta, demasiado distraída repasando la discusión con mi antiguo jefe. —Gracias, pero creo que simplemente voy a irme a casa.

—Pero—

—Gracias por la bebida.

Caminar a casa me da tiempo para pensar, y tomo el camino por el parque para que el olor de los árboles y la tierra me ayuden a fingir que estoy haciendo algo bueno por mi cuerpo. Con mi coche todavía en el taller para arreglar los neumáticos, caminar es mucho más barato que un Uber. Mientras deambulo por los caminos de grava, repaso cada detalle de la muerte de Belle en mi mente y lo comparo con los antiguos casos de El Pintor. Las similitudes para mí son evidentes, pero cuanto más lo pienso, más me pregunto si Arnold tenía razón.

¿Estoy viendo conexiones que realmente no están ahí?

¿Tejiendo hilos en mi propio intento de darle sentido a algo tan cruel y convertirlo en algo que entienda para tener a alguien a quien culpar?

Tal vez estoy tan equivocada que debería colgar mi sombrero de detective y olvidar que alguna vez lo intenté.

Y sin embargo, incluso eso se siente mal. No puedo ser la única que ve hacia dónde conducen los puntos, pero parece que soy la única que intenta hacer algo al respecto.

Excepto… Rocky Barati.

La última vez que supe, todavía estaba investigando la muerte de Belle. Nadie más me escucha, así que ¿quizás debería contactarlo? Pedirle ayuda a un criminal al que odio va en contra de todo lo que creo. Esto no es como cuando ayudé a Cormac. En aquel entonces, estaba salvando a innumerables vidas inocentes de una guerra que amenazaba con desbordarse en las calles, pero ¿esto? ¿Rocky y Belle? Esto es un asesinato a sangre fría y un criminal usando tácticas retorcidas para obtener justicia.

Pero bien puede ser la única oportunidad que tengo de avanzar realmente en este caso. Mi departamento ha cerrado filas, mi capitán me ha puesto de baja, y mi antiguo jefe seguramente está a una llamada de alertar a mis antiguos terapeutas.

Cuando llego al aparcamiento, la derrota se asienta profundamente en mis hombros. Ir a Rocky por ayuda es una idea *estúpida*. Eso definitivamente debería conseguirme varias sesiones con mi terapeuta.

—Joder, Sarah, ¿cuándo te convertiste en semejante cabeza loca? —murmuro para mí misma, bajando de la acera.

Solo que sigo cayendo cuando algo pesado y sólido golpea la parte posterior de mi cráneo y mi mundo se sumerge en la oscuridad mientras el suelo se acerca a toda velocidad.

~

Restricciones alrededor de mis muñecas envían una sacudida de pánico a través de mis pensamientos lentos mientras recupero la consciencia algún tiempo después. El dolor late como el golpe de un tambor en la parte posterior de mi cráneo y mi boca está tan seca que tragar inmediatamente aumenta un cosquilleo en la parte posterior de mi garganta. Toso, luchando por aspirar aire a través de mi boca amordazada, y toso de nuevo. Luego abro los ojos a la oscuridad.

No. No oscuridad.

Estoy con los ojos vendados.

No… no otra vez. ¡Esto no puede estar pasando otra vez!

Levanto la cabeza del pecho e intento mover cualquier otra parte de mi cuerpo, pero las restricciones alrededor de mis tobillos me mantienen firmemente atada a lo que parece una silla. El pánico me agarra como el frío rápido del hielo instantáneo. No puedo respirar. No puedo pensar. Mi corazón late tan fuerte que casi puedo ver destellos del pulso contra el fondo de mis párpados.

El pánico rápidamente da paso al terror y una fría náusea revuelve mi estómago mientras mi pecho se vuelve imposiblemente apretado.

¡Esto no puede pasar otra vez!

15

ROCKY

Gran idea, Rocky. Secuestrar a la mujer de tus sueños para mantenerla a salvo.

Llamarla y advertirla habría sido demasiado fácil, y de todos modos nunca me habría creído. ¿Pero secuestrarla y arrastrarla por toda la ciudad? Gran idea.

Una puta gran idea.

Fue una idea espléndida hasta que Sarah se despertó y ahora está histérica, como si estuviera enloqueciendo de tal manera que me preocupa seriamente que pueda hacerse daño. Un momento estaba inmóvil, inconsciente en la silla, y al siguiente se retorcía de un lado a otro y emitía sonidos tan aterrados y desesperados que parecía que se estaba asfixiando ante mis propios ojos.

—¡Joder! —Me levanto de un salto de mi asiento, me acerco a ella tambaleándome y le quito rápidamente la venda de los ojos con la esperanza de que ver dónde está y con quién la calme. Sus ojos grises, salvajes y aterrorizados, parpadean como los de un búho, llenos de lágrimas.

—¡Sarah! ¡Cálmate, por el amor de Dios!

No se calma. Cuando me mira, ni siquiera está claro si me ve, con la violencia con la que lucha contra las ataduras de sus muñecas y tobillos, y sigue sonando como si se estuviera asfixiando por la mordaza. Desatándola lo más rápido que puedo, se la quito de los labios y un gemido de miedo y desesperación escapa de ella.

—¡Qué cojones! —chilla—. ¡Suéltame, suéltame, maldito psicópata! ¿Qué puto problema tienes? ¡Suéltame! ¡Suéltame, suéltame!

Está… aterrada.

Sus lágrimas son tan reales como el pánico en su voz, como el dolor en cada sollozo que escapa de sus labios rojos. Mi corazón se hunde inmediatamente en el estómago.

—Sarah, escúchame. Sé que esto parece malo, pero lo hice por tu seguridad, ¿vale? Todo esto tendrá sentido si me dejas…

—¡SOCORRO! —grita a pleno pulmón, sacudiéndose contra las ataduras—. ¡AYÚDENME!

Los guardias del casino de mi padre han oído cosas mucho peores salir de estas habitaciones, así que nadie vendrá a ayudarla, pero no entiende que he hecho esto para ayudarla. La he salvado de los asesinos de mi padre de la única manera que sabía, que, mirando atrás, podría haberse ejecutado con más suavidad, pero era un hombre desesperado y con poco tiempo.

Mi padre puso precio a su cabeza y no puedo protegerla de todo el mundo con un simple mensaje de texto.

—Voy a desatarte, ¿vale? Solo espera. ¡Espera! —Intento no gritar, pero es la única manera de que me oiga por encima de sus alaridos de pánico. Moviéndome rápidamente hacia un lado de su silla, corto las ataduras que sujetan sus tobillos. Ella intenta patearme pero falla, y mientras deshago el nudo de la cuerda que sujeta sus muñecas, la culpa me abrasa el pecho al ver su piel enrojecida y lastimada por sus forcejeos.

—¡Vale, Sarah, necesito que me escuches!

En cuanto se libera, Sarah se levanta de un salto con un sollozo y luego me da una patada giratoria en la cabeza tan fuerte que juraría oír pájaros y ver estrellas. Me desplomo hacia atrás justo cuando un jarrón de flores con agua se estrella en el suelo a mi lado, rozando mi cara por muy poco.

Totalmente aturdido, me quedo tumbado unos largos segundos mientras el dolor pulsa como un tren bala en mi cráneo. ¿Duele tanto porque es más fuerte de lo que pensaba o porque me pilló desprevenido? Joder, cómo pega.

Quizás fue la adrenalina.

—Au —me quejo, levantándome torpemente sobre un brazo y frunciendo el ceño cuando el cambio de postura me provoca una oleada de náuseas debido a mi equilibrio alterado—. Si tan solo me hubieras dejado… ¿Sarah?

La puerta de la habitación está abierta de par en par y el pasillo vacío me devuelve una mirada, completamente silencioso.

—¡Mierda!

Es rápida. Más de lo que le doy crédito. Las puertas del ascensor se cierran justo cuando llego al pasillo, y lo último que veo es cómo me hace un corte de mangas mientras las lágrimas le caen por las mejillas. Tener que tomar las escaleras me hace perder un tiempo precioso, y cuando salgo a la planta del casino, solo alcanzo a ver su cabeza rubia corriendo como si le fuera la vida hacia las puertas de salida.

Gritar su nombre no tiene sentido en un lugar tan concurrido, así que corro tras ella y salgo al exterior, pero una vez más, llego demasiado tarde. Mientras me paro en seco y escaneo la multitud que entra al casino, Sarah está al otro lado de la calle, corriendo a toda velocidad por la acera hacia un autobús que está parpadeando sus luces y está a punto de partir.

—¡No! —Si la pierdo, no tengo manera de rastrearla y entonces no podré protegerla. Cuanto más corro, más fuerte late mi corazón, pero Sarah consigue subirse al autobús y me deja atrás. Por suerte, mi moto está aparcada cerca. Con el número del autobús repitiéndose en mi mente una y otra vez, me pongo el casco y salgo disparado calle abajo entre un concierto de insultos y cláxones. Me importa un bledo la seguridad de los demás. Necesito recuperar a Sarah bajo mi protección lo antes posible.

Tras unos minutos persiguiendo el autobús, me doy cuenta de que se dirige a la terminal. Si Sarah llega allí, no hay manera de saber en qué autobús podría subirse después, y entonces podría perderla para siempre. Con esto en mente, dejo de seguir el autobús directamente y me dirijo directamente a la estación, tomando todos los atajos y rutas secundarias que conozco mientras rezo para que no se baje antes. Frenando en seco frente a la estación, me bajo de la moto y entro corriendo.

Autobús tras autobús llega a la terminal para descargar un mar de pasajeros, pero ninguno es el de Sarah. ¿Me equivoqué en mis cálculos? ¿El autobús iba realmente a otro lugar? ¿Cómo terminó todo yendo tan mal tan rápido?

Nunca debería haberla desatado. Debería haberme mantenido firme y mantenerla en esa silla sin importar cuánto llorara. Regañándome a mí mismo, recorro el pasillo principal escaneando cada autobús hasta que finalmente uno llega con el número del autobús en el que estaba Sarah. Me detengo de golpe y agarro la barandilla, mirando fijamente al autobús y escaneando cada cabeza que pasa.

No es ella. No es ella. ¿Dónde está?

Hay casi demasiada gente para contar y mi corazón comienza a latir más lento mientras la realidad se asienta profundamente en mis hombros. La he perdido.

Debe haberse bajado antes de que el autobús llegara aquí. Tomé un riesgo calculado y fallé… ¡espera!

Sarah finalmente baja del autobús, frotándose los ojos y mirando a su alrededor como un conejo esperando que el zorro ataque. Está visiblemente alterada, con el rostro enrojecido y el pecho todavía agitado como si acabara de correr todo el largo del autobús.

Mierda.

Bajando las escaleras de dos en dos, corro hacia ella y me abro paso entre la multitud cada vez más densa. Cada persona que me choca aumenta mi irritación, dejándome tan tenso como una goma elástica para cuando llego a Sarah y la agarro del codo.

—¡Suéltame! —Se gira para enfrentarme, levantando la mano con la palma abierta, pero su bofetada no llega a impactar. El miedo se convierte en alivio en un instante y las lágrimas inundan sus ojos—. Oh, Dios mío, eres tú. Gracias a Dios.

¿Gracias a Dios?

Espera… *mierda*. No me reconoce porque nunca me quité el casco. Todavía no sabe que soy yo bajo la máscara.

—¡Tienes que ayudarme, por favor! —Sarah se agarra a mis brazos, su agarre es como un tornillo a pesar del miedo evidente en sus hermosos rasgos—. Un lunático me está persiguiendo, me ha secuestrado y yo no… no sé quién eres, pero siempre estás en el lugar correcto en el momento correcto y yo solo… *Por favor*.

Lo que ella no sabe es que el *lunático* también está intentando ayudarla, pero si usar esta personificación me ayuda a llevarla de vuelta a un lugar seguro, entonces lo haré.

—Ven conmigo. —Todo lo que necesito es subirla a la moto y llevarla de vuelta al casino. Me aseguraré de que esté tras una puerta cerrada antes de revelar mi identidad, eso sí. Lo último que necesito es que salga corriendo de mí otra vez por miedo.

Sarah coge mi mano, y el alivio en su rostro es tan puro que mi corazón duele como si algo se hubiera quedado clavado junto a él en

mi pecho.

Culpa.

Aunque sea por su propio bien, aún la estoy engañando.

La conduzco fuera de la estación de autobuses, pero apenas avanzamos unos metros cuando veo algo que hace que mi corazón se hunda. Un hombre vestido con un traje gris oscuro y botas marrones. Trabaja para mi padre. Agarrando con fuerza la mano de Sarah, giro en dirección opuesta a mi moto, pero solo caminamos diez segundos antes de que otro hombre salga de la multitud con exactamente la misma indumentaria.

Sarah parece no darse cuenta, y yo intento mantenerlo así hasta que nos acorralan y los hombres de mi padre se interponen entre nosotras y mi moto.

—¿Sarah Gogs? —pregunta uno, sacando una pistola de su cinturón.

—Gritaré —responde ella con voz ronca—. ¡Haré que todo el mundo se gire y os vea!

—No me importa matar a todos aquí solo para poder dispararte a ti la última —responde el pistolero con una sonrisa fría mientras su compañero se acerca más a mí—. Así que si quieres causar un poco de carnicería, adelante. —Se inclina hacia ella—. *Grita*.

Ella no lo hace. Los labios de Sarah permanecen firmemente cerrados mientras su agarre en mi mano se vuelve insoportable. Lo soporto, porque soy lo único que se interpone entre ella y una muerte segura.

—Idos a la mierda —gruño, colocándome completamente delante de Sarah. Justo cuando me enfrento al pistolero, siento la presión característica del cañón de una pistola clavándose en mi riñón y la voz del segundo hombre resuena cerca de mi oído.

—Vamos a dar un paseo.

Solo hay una forma de salir de esto, pero si tomo esa ruta, volveré a perseguir a Sarah por toda la maldita ciudad. Pero estamos en inferioridad. Mi única arma está en mi moto y Sarah está indefensa, especialmente frente a dos hombres armados. Con sus armas ocultas y apuntándonos, nos obligan a rodear la parte trasera de la estación de autobuses hacia un aparcamiento mucho más tranquilo reservado para personas del nivel económico de mi padre.

—De rodillas —ordena el primer pistolero, señalando a Sarah con la mano—. No quiero manchar mi traje de sangre.

Ella me mira con ojos abiertos llenos de miedo y obedece, pero yo me mantengo de pie hasta que el segundo pistolero clava su arma en mi pecho y se acerca tanto que su aliento empaña mi casco. —¡Ha dicho que te pongas de rodillas, joder!

—¿Quién coño es este, de todos modos? —pregunta el primer pistolero con desdén—. ¿Tu novio?

—Cállate —gruñe Sarah—. No os saldréis con la vuestra, ya lo sabéis. Alguien vendrá a buscarme y vosotros… ¡acabaréis muertos en la cárcel donde merecéis estar, joder!

El primer pistolero le da un bofetón a Sarah con tanta fuerza que ella cae hacia atrás con un grito.

Mi sangre hierve y me quito el casco, estrellándolo contra la cara del primer pistolero. Mientras él se tambalea hacia atrás, le doy una patada en la rodilla al segundo pistolero con la suficiente fuerza como para que los huesos crujan audiblemente, y mientras él grita, su pistola cae de su mano y queda en la mía.

—¿R–Rocky? —tartamudea el primer pistolero con la nariz ensangrentada después de recuperar el equilibrio—. ¿Qué coño haces aquí?

—Pide perdón —gruño, apuntando mi pistola entre sus ojos.

—Lo–lo siento—

—No a mí, imbécil. ¡A ella!

Él baja la mirada hacia Sarah mientras ella se incorpora apoyándose en un codo, gimiendo. —¿A ella?

—*Sí*.

—Yo… lo siento—

La bala atraviesa su cráneo entre los ojos, una muerte limpia. El segundo pistolero se arrastra por el suelo, gimiendo de dolor mientras se agarra la pierna. Le disparo en la parte posterior de la cabeza, matándolo en cuestión de segundos.

Mi pulso se acelera tanto que me siento mareado y, por un momento, solo hay silencio. Entonces la voz de Sarah atraviesa la niebla de mi mente y devuelve mi atención a ella.

—No puede ser —jadea—. No hay manera… no hay manera de que seas él. —La furia se enciende en sus ojos, pero también hay dolor allí. Traición. —No puede ser…

—¿Ahora crees que solo estoy intentado ayudarte? —le agarro del brazo y la levanto, intentando ser gentil—. Lo único que hago es tratar de salvar tu *vida*.

—Vete a la mierda —gruñe Sarah, apartándome—. No necesito tu ayuda. ¡Ojalá te *pudras*!

16

SARAH

Sexy, misterioso Chico de la Moto con el que me acosté en un callejón y con el que fantaseé resulta ser Rocky Barati.

El hombre al que odio.

La vida está jugándome una broma terrible y cruel, lo juro.

No solo es Rocky mi misterioso galán, sino que también parece ser la única persona capaz de mantenerme con vida, ya que su padre ha puesto precio a mi cabeza. Si no supiera más, sospecharía que Matteo tuvo algo que ver con la muerte de Belle.

Regresar al casino fue mi única opción, y ahora estoy sentada en el bar de la habitación privada de Rocky, viéndolo cortar media lima en pequeños trozos. A pesar del calor en el ambiente, tengo frío, aunque la bolsa de hielo que había estado sosteniendo en la mandíbula ya perdió su frescura. Estoy tan harta de que la gente me golpee en la cara. ¿Se dan cuenta de lo mucho que duele? Cierro los ojos y escucho el latido de mi corazón, intentando ignorar el agudo pánico que acecha en los bordes de mi mente.

Despertar atada a esa silla fue aterrador. Fue exactamente como—

—¿No eres alérgica a la pitaya, verdad?

Parpadeo y Rocky sostiene media pitaya rosa en una mano. Su dulzura impregna el aire y hace que se me haga agua la boca mientras niego con la cabeza. —Pensé que me estabas preparando un cóctel.

—Lo estoy haciendo.

—Parece que estás haciendo una ensalada de frutas.

—Las apariencias engañan.

—Claramente. Especialmente si la persona directamente *miente* sobre quién es.

Rocky me señala con un cuchillo afilado que gotea jugos rosados de la fruta. —Nunca mentí.

—Pero tampoco fuiste exactamente sincero, ¿no? —replico—. Sabes cómo me siento contigo y aún así me dejaste… —Mis mejillas se sonrojan al pensar en lo que hemos hecho juntos.

Rocky sonríe con complicidad, sin apartar la mirada de mí. —¿Te dejé *hacer qué*, exactamente?

—Lo que hicimos en el callejón.

—¿Te refieres a cuando *lo hicimos*?

Pronuncia esa palabra con tal gruñido gutural que me recorren escalofríos por los brazos y las piernas, pero lucho por ignorarlos. No importa lo buena que haya sido esa relación o lo increíble que me haya sentido. Si hubiera sabido que era Rocky, nunca lo habría tocado. —Sí, si quieres decirlo así.

—Sarah, puedes enfadarte todo lo que quieras porque no te dije quién era, y es tu derecho. Lo siento por no haber sido completamente honesto, pero aceptaste eso en el momento en que elegiste entregarte a un desconocido. Podría haber sido cualquiera bajo ese casco, incluso tu *jefe*, y eso no te detuvo.

—Vete a la mierda —digo tajante—. No necesito que psicoanalices mis actividades sexuales.

—No lo estoy haciendo, pero no puedes enfadarte conmigo por no revelar mi identidad cuando tú también estabas disfrutando de todo el asunto.

—Eso es *diferente*. —Mi sangre hierve y un leve sudor me recorre la nuca—. Sabías que te odiaba y aún así no dijiste nada. Sabías que te dije que te mantuvieras alejado de mí y aún así me dejaste… ya sabes.

—No digo que lo que hice no tuviera culpa —dice Rocky con facilidad —. Pero incluso en las ocasiones en que intenté irme y tú me detuviste, elegí quedarme. Igual que tú elegiste ignorar el hecho de que yo era un misterio. Y sí, sé que me odias. Pero yo nunca dije que te odiara.

Mis pensamientos se detienen bruscamente cuando Rocky añade los trozos de lima y los cubos de pitaya a un vaso alto y delgado junto con dos cucharaditas de azúcar moreno. ¿No me odia? Eso no tiene sentido. Nos odiamos.

O eso pensaba.

Quizás no soy lo suficientemente arrogante como para merecer el odio de Rocky. Pero todavía lo odio. Creo.

—¿Te gusta el vodka? —pregunta, alcanzando debajo de la barra donde las botellas chocan entre sí mientras busca.

—Sí.

Se endereza con una botella de vodka de limonada rosa en una mano y vierte una pequeña cantidad en el vaso, sumergiendo la fruta. Después de un rápido aplastamiento con una varilla metálica, Rocky llena el vaso hasta el borde con hielo picado y agua con gas. Luego desliza el vaso hacia mí con un guiño. —Esto hará que me perdones.

—No apuestes por ello. —Hay que reconocer que el trago sabe increíble. Muy dulce y afrutado con un frescor añadido de la fruta en el fondo. Mi sorpresa debe haber quedado reflejada en mi cara porque Rocky de repente parece muy satisfecho de sí mismo.

—Te lo dije.

Pongo los ojos en blanco mientras emociones contradictorias chocan en mi pecho. Lo odio, pero me salvó. Lo odio y todo lo que representa, pero también es mi misterioso motorista vestido de cuero. Lo odio, pero me dio el orgasmo más intenso de mi vida.

¿Cómo coño se supone que voy a entender esto además de todo lo demás?

Otros cuantos sorbos del trago alivian ligeramente esa sensación.

Rocky prepara su propia bebida y se apoya en la barra frente a mí sin su habitual sonrisa de suficiencia. —Lo siento.

—¿Por qué parte? ¿El engaño? ¿La mentira? ¿El secuestro?

—Por todo —responde—. Admito que secuestrarte no fue mi mejor momento, pero no sabía qué más hacer. Sabía que no hablarías conmigo, y mucho menos me creerías si te decía que estabas en peligro.

—Podrías haber llamado —digo con rigidez.

Bebe despacio. —¿De verdad habrías venido conmigo si te lo hubiera explicado todo?

Quiero decir que sí solo para llevarle la contraria, pero sé que en el fondo, habría ignorado cualquier cosa que viniera de él, así que después de un momento de silencio, niego con la cabeza. —No, supongo que no.

—Exacto.

—¿Pero secuestrarme? Tengo un trabajo que me echará en falta, ¡y a mi gata! Oh, Dios, Iris. Bajo mi vaso y siento un nudo en el

estómago. —No puedo dejarla sola.

—Estás de baja forzosa, ¿no? —Rocky da otro sorbo. —Y tu gata… no sabía que tenías una. ¿Hay alguien a quien puedas llamar?

Niego de nuevo. —Su comida está programada y la he rellenado hace poco, y ella casi siempre está durmiendo, pero si le pasa algo, te mataré. ¿Entendido?

—Te dejaría hacerlo —responde sonriendo suavemente. —Pero el problema más importante ahora mismo es que mi padre ha puesto precio a tu cabeza. En gran parte es culpa mía porque te salvé la vida la última vez que había un asesino tras de ti.

—Pero ¿por qué? —Miro a Rocky a los ojos. —¿Qué he hecho para enfurecerlo tanto?

—¿Existir? —Rocky se encoge de hombros. —No puedes sobornarte. Tienes una moral y ética fuertes. Quiere que mueras porque cree que no poder controlarte lo hace parecer débil. Está sensible después de todo el fiasco de *Noah*.

—¿Noah?

—Sí, ¿recuerdas al tipo que mató al hermano de Cormac? Sé que has tenido tratos con los irlandeses. Noah era uno de los nuestros y a mi padre se le metió en la cabeza que eso lo hacía parecer débil y fuera de control. Desde entonces, el más mínimo fallo se ha castigado con venganza, como si eso mejorara las cosas. —Rocky se queja ligeramente. —Así que eres un objetivo. Y lo he empeorado porque compartimos el mismo objetivo.

—¿El asesino de Belle?

—Exactamente —Rocky deja su vaso y se frota los ojos con la palma de la mano. —Eres un clavo que sobresale, Sarah. Solo está intentando martillarlo.

—Me alegra que no sea algo personal —murmuro secamente, volviendo a mi bebida. —Entiendo que quieras encontrar al asesino

de Belle, pero tenemos que hacer las cosas correctamente.

—¿Puedes mirarme a los ojos y decirme eso? —Rocky clava su mirada en la mía. —Mira cuánta gente es perfilada por la policía solo por existir, ya sea por el color de su piel o por la religión que siguen. Mira cómo algo tan estúpido como el papeleo puede devolver a alguien horrible a las calles. Conozco todos los trucos porque prosperamos manteniendo a nuestra gente fuera de la cárcel. Y mira con quién te rodeas. La mayoría de tus colegas están en nuestra nómina.

La verdad en sus palabras solo hace que lo odie aún más y el calor punzante de antes vuelve a mi nuca. —Mi desconfianza en mi departamento no es desconfianza en la ley. Si hago las cosas bien, puedo conseguir una condena y la familia de Belle verá justicia.

—¿Y cómo vas a hacer eso cuando te apartan del caso? —Rocky vacía su vaso y lo deja con un golpe seco. —Te conozco, Sarah. Sé que doblegaste las reglas por Cormac.

Un pulso de sorpresa recorre mi pecho. —¿Sabes sobre eso?

—Como dije antes, tengo muchos amigos. A mi padre no le gusta eso.

—Cormac era diferente.

—Ilumíname.

—Ayudarlo… fue un solo documento que detuvo una guerra total entre nuestras dos familias. Creo que las vidas que salvé hacen comprensible esa decisión.

—Oh, claro —responde Rocky. —Pero si la ley fuera tan genial, seguramente habría habido una ruta legal que podrías haber seguido para obtener los mismos resultados, ¿no? —Mueve las cejas, aumentando aún más mi irritación.

—Sí.

—¿Entonces por qué no seguiste ese camino?

—Porque… —Maldición, es tan irritante cuando tiene razón. —Porque no habría sido lo suficientemente rápido —entierro mi respuesta tragando el último sorbo de mi bebida.

—Exacto. Porque tu método es corrupto. El mío es honesto. Escucha… —Rocky apoya ambas manos en la barra y se inclina hacia adelante, con los ojos brillantes como los de un cachorro. —Déjame mostrarte cómo hacemos las cosas. La única manera de mantenerte a salvo es mantenerme contigo hasta que mi padre se mueva a su próximo objetivo, así que podríamos investigar juntos. Tal vez si ves cómo hacemos las cosas, entenderás que la policía no siempre es la respuesta.

Entrecierro los ojos, pero él continúa antes de que pueda hablar.

—Y si fallo, y si no te demuestra nada, entonces te dejaré ir y podrás hacer lo que sea que ustedes, los policías, hacen. Arresta a media ciudad, me da igual.

El instinto de decir que no es fuerte, pero algo me detiene. Me he vuelto desesperada en mis intentos de resolver el caso de Belle, y si hay una posibilidad de obtener alguna pista a través de Rocky, entonces tal vez valga la pena. Especialmente si hago las cosas correctamente para asegurarme de que cualquier pista sea sólida y usable en el tribunal. No es que tenga otra opción si hay personas ahí fuera ansiosas por cazarme.

Mantenerme cerca de Rocky puede ser mi único medio de supervivencia.

—De acuerdo —digo después de unos minutos de pensarlo. —Pero esto no significa que me caigas bien o que confíe en ti.

—Claro que sí —dice Rocky con una sonrisa burlona. —Lo noto. De lo contrario, habrías peleado como una gata para salir de aquí.

—Por instinto de conservación, voy a elegir ignorar eso porque si no puedes reconocer el odio, entonces ese es tu problema, no el mío.

—No sé —canta la última palabra con una sonrisa. —Estabas encima de mí antes de que supieras que era yo. Podría tener una bolsa en algún lado para ponerme en la cabeza si eso ayuda.

Pongo los ojos en blanco y me termino el último trago de mi bebida, saboreando el estallido ácido de la fruta. —Cree lo que quieras. Pareces un hombre incapaz de hacer otra cosa.

—Ay —Rocky se toca brevemente el pecho y luego coge su teléfono cuando vibra sobre la barra. —Quiero que sepas que… mierda —su rostro se oscurece.

Mi estómago hace lo mismo. —¿Qué pasa?

—Hay otro cuerpo.

17

SARAH

—¿No hay policía? —Es la diferencia más llamativa entre esta escena del crimen y lo ruidosa y caótica que fue la de Belle. Al bajarme de la moto de Rocky, dejo su casco de repuesto en la parte trasera y me paso los dedos por el pelo.

—No hay policía —responde él—. Estamos haciendo las cosas a mi manera, ¿recuerdas?

El sol de la mañana lucha por atravesar las nubes que cubren el cielo, creando un frío extraño en el aire que se pega a mis brazos desnudos mientras caminamos hacia los restos derruidos de una vieja gasolinera. El olor penetrante de aceite viejo, óxido y deterioro me hace cosquillas en la nariz mientras cruzo los brazos para calentarme. Rocky va delante con una mano en el bolsillo, pero después de mirarme, se quita la chaqueta de cuero y me la echa sobre los hombros sin decir nada. Estoy tan sorprendida por lo bien que se le ve con una camiseta blanca que se ajusta a sus músculos apenas ocultos que no protesto y rápidamente meto los brazos en las mangas antes de que el calor desaparezca.

—¿Tu contacto te dijo algo más? —pregunto, apresurándome para alcanzarlo.

—No. Me había puesto en contacto con algunas personas para que estuvieran atentas. La gente muere todo el tiempo en esta ciudad, así que tengo que mantener los criterios bastante estrictos. Joven, mujer. Mostrando signos de cautiverio, etc. Todo igual que Belle. Esta es la primera pista que ha sido lo suficientemente buena como para seguirla.

—¿Ha habido muchas otras?

—Cientos —suspira Rocky—. Pero la mayoría carece de los signos de restricción como en Belle.

—Y sabes cómo son esos signos porque…

Rocky se vuelve a mirarme por encima del hombro. —¿Necesitas que te lo explique?

—No —suspiro suavemente. Rocky probablemente sabe todo lo que yo sé sobre Belle, lo que resalta aún más lo que está mal en mi comisaría, pero en este punto, apenas puedo seguirle el ritmo. —¿Los demás saben que traes a una policía contigo?

Rocky responde con una sonrisa amistosa mientras sostiene abierta una puerta maltrecha que lleva a la parte trasera de la gasolinera. —Lo saben.

Lo último que quiero es encontrarme con gente que se callará en cuanto me vea, pero para mi sorpresa, cuando paso bajo el brazo de Rocky, su contacto resulta ser alguien que en realidad conozco.

—¿Evelyn? ¿Evelyn Morris? —Su pelo negro está recogido en un moño desordenado en lo alto de la cabeza y está de pie junto a su pareja, Cormac Gifford.

Frotándose un ojo, me lanza una pequeña sonrisa. —Ahora es Evelyn Gifford. —Levantando una mano, mueve los dedos y la luz brillante de varias lámparas traídas a la habitación se refleja en las deslumbrantes joyas de su anillo.

—Felicidades.

—Gracias. —Aunque su sonrisa es tranquila, hay estrés en sus ojos y enrojecimiento alrededor de la cara, como si hubiera estado llorando. Cormac está de pie junto a ella con la mano de ella en la suya y nos saluda con un gruñido.

—Sarah.

—Cormac. —Detrás de él hay una sábana de plástico azul que cubre lo que sin duda es el cuerpo.

—Rocky. —Cormac le dedica a Rocky una sonrisa tensa. —Es bueno que hayas venido.

—Difícilmente. Sois vosotros los que me estáis ayudando —responde Rocky—. Gracias por esto.

—No nos des las gracias todavía. —Cormac le acaricia la cabeza a Evelyn y le da un beso rápido en la frente, luego se aparta hacia el plástico. De repente, brillan lágrimas en los ojos de Evelyn y se aclara la garganta.

—¿Cuándo la encontraste? —pregunta Rocky, haciendo un gesto para que me acerque.

—Hace unas horas —responde Cormac—. No siempre venimos tan al este, pero tenemos un conflicto con una de las bandas locales. Han estado probando su fuerza. Ya sabes cómo son estos chicos.

Rocky responde con un sonido de aprobación.

—En fin —Cormac suspira profundamente y quita el plástico—. Uno de ellos se topó con esto y pensó que lo habíamos dejado aquí para incriminarlos. Te aseguro que ese no es nuestro estilo.

La chica se parece casi exactamente a Belle, con los mismos moretones profundos alrededor de las muñecas y los tobillos y el maquillaje impecable pintado en su rostro. Yace de espaldas con los brazos extendidos a los lados, un poco más posada de lo que estaba Belle.

—¿Cómo murió? —pregunta Rocky, formulando la pregunta que rondaba en mi mente.

—Asfixia —responde Cormac.

—¿Cómo lo sabes? —Tres pares de ojos se clavan en mí—. Quiero decir, sin un forense, ¿cómo puedes saberlo?

Cormac resopla. —¿Crees que todos los forenses trabajan para la policía?

Pregunta tonta. Entendido.

—Ella es una de las nuestras —dice Evelyn de repente, secándose los ojos y aclarándose la garganta—. Es una de mis chicas. Kara.

—¿Parte de tu plan? —Mi corazón se salta un latido. No mucho después de que Cormac resolviera el conflicto con su familia, Evelyn compró varios moteles y edificios con la intención de convertirlos en refugios seguros para personas perdidas y maltratadas. Hago la vista gorda ante cualquier llamada que provenga de personas que reportan esos moteles porque sé que está tratando de ayudar a personas dañadas después de todo lo que pasó, y la mayoría de ellos son solo niños.

Igual que esta nueva víctima.

—Sí —responde Evelyn—. Vino a nosotros hace poco. Solo tiene diecinueve años. Estaba huyendo, intentando escapar de su padre abusivo, pero parece que finalmente la alcanzó.

—Tengo gente buscándolo —Cormac lanza una mirada reconfortante a Evelyn—. No estará oculto por mucho tiempo.

¿Podría el padre del chico haber hecho esto? Es posible, pero las similitudes recuerdan extrañamente la muerte de Belle. Tengo que estar seguro. —¿Encontraste algo cerca del cuerpo?

—¿Como qué? —Cormac fija la mirada en mí.

—Cualquier cosa, en realidad. Pero específicamente, ¿algún plástico film?

Una expresión de desconcierto pasa por los rostros de Cormac y Evelyn, luego ambos niegan con la cabeza. —No. ¿Es importante?

—Si está relacionado con la otra muerte, entonces sí, es muy importante.

Nos separamos y comenzamos a buscar el edificio de arriba abajo. Es difícil para mí ignorar mis instintos de llamar a la policía y conseguir un equipo real aquí, pero tengo que cumplir mi parte del trato con Rocky. Después de todo, esto podría ser el avance que necesito. Busco entre los escombros circundantes, sobre escritorios rotos y estantes desechados, pero no encuentro nada hasta que Rocky emite un gruñido de sorpresa.

—¡Creo que he encontrado algo!

Lo alcanzo justo a tiempo para evitar que recoja el plástico de donde ha sido cuidadosamente colocado detrás de la antigua caja registradora. —¡No! No lo toques.

—¿Por qué no?

—Porque es importante, no tienes ni idea. —Al igual que con Belle, una réplica perfecta del maquillaje de la chica está impresa en el plástico film y es muy probablemente lo que la mató. Y es *exactamente* como El Pintor. Una oleada inesperada de esperanza surge dentro de mi pecho mientras agarro el brazo de Rocky. Esto es todo. No pueden negar mis afirmaciones ahora.

El Pintor ha vuelto, o hay un imitador. De cualquier manera, definitivamente tenemos un asesino en serie entre manos.

—Necesitamos llamar a la policía. —Miro seriamente a Rocky—. Olvida todo lo demás. ¡Necesitamos que vengan ahora!

—¿Sarah? —Evelyn entra desde la parte trasera de la gasolinera, atrayendo toda la atención hacia ella—. ¿Hay algo que quieras

decirnos?

—¿Eh? —Mi ceño se frunce—. ¿Qué quieres decir?

Sarah sostiene una servilleta blanca impecable con unas pocas palabras y un número de teléfono garabateados en lápiz labial rojo.

Sarah, llámame.

18

ROCKY

—¿Debería preocuparme? —Cormac gira su teléfono y muestra a la mesa un mensaje de texto de uno de sus hombres que dice que Matteo Barati está buscando venganza por la muerte de sus dos guardias mientras yo coloco varias bebidas sobre la mesa.

—No te preocupes —le aseguro, deslizando un whisky hacia él y su esposa—. No tardará mucho en darse cuenta de que fui yo quien los mató, y entonces… —Hago un chasquido con la lengua mientras deslizo un vodka hacia Sarah y me siento a su lado—. Bueno, recuérdame con cariño.

—¿Deberíamos preocuparnos? —Las cejas de Evelyn se fruncen mientras toma su vaso—. No buscamos problemas, pero Rocky, ¿si necesitas ayuda?

—Puedo manejar a mi padre —digo con confianza, aunque hay una razón por la que todos nos refugiamos en The Black Ox. Por muy furioso que esté mi padre, no romperá la paz que existe en este bar, y si tengo que pasar un buen rato aquí hasta que se calme, pues así sea. Pero mantengo lo que hice. Sarah no merece morir.

Ella solo está intentando hacer lo correcto.

—De acuerdo —Evelyn no parece creerme, pero su atención rápidamente se desvía hacia Sarah, quien vacía su vaso en segundos y lo golpea sobre la mesa con un chasquido de labios.

—Vaya —susurra con voz ronca—. Fuerte.

—Parecía que lo necesitabas —digo, captando la mirada de Hazel en la barra con un movimiento de mi mano—. ¿Quieres otro?

—Olvida las bebidas —interrumpe Cormac, su mirada oscura fija en Sarah—. Tienes que explicarte.

Ella sostiene su mirada firmemente y asiente mientras aprieta los labios. —Lo sé.

—Pues explica.

Ella me lanza una mirada, y yo le ofrezco una leve sonrisa de apoyo. El asesino dejó un mensaje directo para Sarah en la escena del crimen y ella no pareció sorprenderse al verlo. ¿Qué está pasando realmente aquí?

—Cuando trabajaba en Montana, había un asesino en serie que se dirigía a mujeres jóvenes. Las secuestraba, generalmente cuando estaban realizando una actividad en la que no se las echaría de menos. Las tenía cautivas durante días, las torturaba hasta que se aburría y luego las sedaba, las maquillaba con mucha pintura y las asfixiaba lentamente con plástico, específicamente film transparente, hasta que quedaba una impresión perfecta de su muerte en el plástico. Luego dejaba el plástico a la vista para que lo encontráramos.

Su voz tiembla ligeramente y sus ojos se dirigen a su vaso como si deseara que hubiera más vodka disponible. Deslizo mi propio vaso hacia ella y lo acepta con agradecimiento.

—Mató a más personas de las que pudimos encontrar porque había estado haciéndolo durante unos años antes de que nos enteráramos de él. Se volvió más audaz y un poco furioso porque quería actuar,

pero había pasado desapercibido durante tanto tiempo que no había nadie para presenciar su espectáculo. —Sacude la cabeza y cierra los ojos brevemente—. Su última víctima fue una de las peores. La secuestró de un club cuando estaba celebrando el cumpleaños de un compañero y la tuvo cautiva durante seis días. La torturó sin parar y la mantuvo despierta todo el tiempo hasta que empezó a ver cosas. Y luego… —Sarah levanta mi vaso y lo vacía de un trago, haciendo una mueca al tragar—. Luego cometí un error, y él escapó. Escapó y su última víctima fue privada de justicia porque no pude…

Algo la detiene. El peso de la culpa silencia cualquier otra cosa que quiera decir y vuelve a colocar el vaso sobre la mesa con una mano temblorosa.

—En fin, la noche que escapó, fue disparado. Y luego desapareció. Muchos policías esperaban que se hubiera arrastrado a un agujero en algún lugar y hubiera muerto, pero nadie lo sabía con seguridad. Me dejé la *piel* en ese caso, pero mi fracaso fue… bueno, fue espectacular, por decir lo menos. Nunca volvió a matar y me transfirieron a Nueva York porque mi antiguo jefe no quería que desperdiciara mi potencial como buena policía. Mucho bien me hizo, en realidad. —Mira fijamente su vaso, lamiendo repetidamente su labio inferior y respirando rápidamente—. En fin, fallé. Y me transfirieron aquí, y pensé que era el final porque nunca volvió a matar. Y ahora está aquí, y creo que está aquí por mí.

Sarah levanta la mirada y nos observa rápidamente a cada uno de nosotros por turnos. —He estado recibiendo maquillaje por correo, pero los paquetes han sido imposibles de rastrear. Los asesinatos son exactamente iguales a los que ocurrieron en Montana. Este es el segundo. Creo que Belle fue la primera porque investigué seis meses atrás y no encontré otros casos similares. Creo que me está provocando porque sabe que yo soy la razón por la que escapó. Y no puedo… —Sus palabras se cortan brevemente y traga audiblemente —. No puedo dejar que escape otra vez. Cada muerte después de que yo… Es mi culpa. Todo es mi culpa. Así que ya ves. —Sus ojos grises se clavan en mí—. Tengo que hacer esto correctamente.

Tiene sentido.

En este momento, todo sobre Sarah tiene sentido. La culpa que debe cargar por haber fallado a su última víctima y por cualquier error que cometió y permitió que un asesino tan espantoso escapara debe estar devorándola por dentro. No es de extrañar que esté tan decidida a hacer todo según las reglas. Debe estar desesperada por evitar cometer el mismo error que cometió en el pasado. Con los cuerpos acumulándose a su alrededor, debe sentir que el asesino la está provocando.

—Dios mío. —Evelyn deja escapar un respiro largo y lento—. ¿Un asesino en serie?

—No solo eso —murmura Cormac—. Uno con rencor. Las dos víctimas, no las reconociste, ¿verdad? No eran personas que formaban parte de tu vida.

—No. —Sarah niega con la cabeza—. Son extraños para mí. Aunque no tengo exactamente un gran círculo social aquí.

—¿Hace cuánto tiempo? —pregunta Cormac.

—Antes de Belle, su última víctima fue hace cinco años, casi seis. Y llevo casi dos años en Nueva York.

El silencio cae sobre la mesa mientras todos se sumergen en sus propios pensamientos sobre todo lo que Sarah ha revelado hasta ahora. Los vasos tintinean mientras Hazel se ocupa de limpiar, y pronto la mesa se balancea suavemente mientras mi pierna inquieta no para de moverse.

Un asesino en serie.

Aquí.

—Esto es una locura —digo al final—. No sé vosotros, pero yo estoy acostumbrado a asesinatos entre bandas, celos y guerras por ego. Cosas reales, ¿sabéis? Pero un asesino en serie es completamente distinto. ¿La forma en que funciona esa clase de mente?

—Es retorcida —está de acuerdo Cormac—. ¿Crees que saben con quién están jugando?

Sarah se encoge de hombros. —Lo dudo. Quiere provocarme y pasó *años* provocando a la policía. No estoy segura de que tenga intención de provocar a la Mafia. Aunque… —Hace clic con la lengua —. Es arrogante. Y se escapó una vez cuando lo tenía completamente acorralado. Si solo… Tal vez sí es tan arrogante.

—Arrogante, quizás —está de acuerdo Evelyn—, pero no inteligente. Para empezar, no es como si pudiera saber que alguien como Belle era de la Mafia. E incluso si lo supiera, seguro sabría que nosotros no estaríamos limitados por la ley a la hora de rastrearlo.

—Debe ser nuevo en la ciudad —dice Cormac, inclinándose hacia adelante y jugueteando suavemente con su vaso—. No familiarizado con cómo funcionan realmente las cosas aquí. Si tiene la mirada puesta en provocarte, Sarah, entonces todo lo demás seguramente es solo ruido para él.

—Eso podría ser cualquiera. —Literalmente. La gente entra y sale de Nueva York como el agua. Rastrear a un recién llegado así será casi imposible.

—Claro —responde Evelyn—. Pero piensa en lo que sabemos. Está aquí por Sarah, así que tiene que estar familiarizado con ella, su trabajo y su departamento. Solo ha comenzado a matar recientemente, lo que significa que está cómodo y se siente lo suficientemente seguro para hacerlo. Si es ciego a quién está al mando en esta ciudad, entonces eso significa que no nos verá venir porque sus juegos están hechos para policías, no para criminales.

Evelyn y Cormac están elaborando un plan, y es bueno, pero hay algo en la extraña mirada de Sarah que mantiene mi atención en ella. Parece atormentada, pero más allá de eso, parece derrotada.

—Tu capitán —pregunto—. ¿Está investigando esto?

—No —responde ella lacónicamente—. Con solo Belle, piensa que estoy persiguiendo fantasmas y que no tengo idea de lo que estoy hablando. Cree que estoy viendo cosas que no están ahí, pero con este segundo cuerpo, tendrá que escuchar.

—¿Qué necesitas? —pregunta Cormac—. ¿Cómo podemos ayudar?

—¿Queréis ayudar? —Las cejas de Sarah se levantan ligeramente en señal de sorpresa.

—Algún cabrón está apuntando a personas de nuestras familias. Esa mierda no queda sin respuesta.

—Bonito en teoría, pero lo siento. —Sarah aparta su vaso y se pone de pie—. No podéis hacer nada. Nada de lo que ninguno de vosotros pueda hacer. Este caso es más grande que todos nosotros porque no está solo aquí en Nueva York. Todas esas cosas viejas en Montana también están conectadas. Tengo que hacer esto correctamente porque tan pronto como el asesino vea que la policía no ha encontrado el segundo cuerpo, matará de nuevo. Y será más grande. Tengo que informarlo.

—Sarah. —Intento coger su mano, pero ella se aparta bruscamente de mí—. Sarah, tenemos un acuerdo.

Sus ojos se encuentran con los míos. —Tenéis cuarenta y ocho horas. Después de eso, llamaré a mi jefe.

19

SARAH

Cuarenta y ocho horas parecen generosas con un asesino en serie suelto esperando ver a su última víctima en las noticias, pero ¿qué otra opción tengo? En el momento en que deje la protección de Rocky, volveré a estar en el punto de mira de Matteo, y su deseo de matarme es algo que no tengo la capacidad de manejar en este momento.

Otro cuerpo.

Otra chica muerta por mi culpa y por mi incapacidad para recordar los detalles más simples sobre ese asesino.

Es como si yo misma la hubiera matado, y cuando cierro los ojos, su sangre gotea de mis manos como si hubiera sido yo quien acabó con su vida.

Rocky traza un plan para que lo sigamos, y hay que reconocerle que es increíblemente minucioso. Visitamos al padre abusivo de Kara y rápidamente lo descartamos como su asesino siguiendo sus pasos. Las cámaras de seguridad y los testigos lo sitúan en varios bares deportivos mientras Kara estuvo desaparecida, así que definitivamente no es el asesino. Las cámaras de seguridad alrededor de donde se encontró su cuerpo tampoco ayudan. La

mitad no funciona y lo que encontramos a unas calles de distancia está demasiado lejos para ser útil, lo que hace imposible rastrear cualquier camino que el asesino haya tomado. Pasamos cada minuto buscando mientras esquivamos asesinos —asesinos que no veo, pero confío en Rocky cada vez que ve algo que le inquieta. Nuestra búsqueda nos lleva finalmente al penthouse del casino, donde imprimo copias de todo lo relacionado con los casos anteriores y las extiendo por la pared de su estudio y por el suelo.

Con una botella de vino entre los dos, Rocky comienza a indagar.

—Voy a ir a hablar con mi jefe mañana —le advierto, sentada en el suelo con las piernas cruzadas, rodeada de los informes de autopsia —. Tus cuarenta y ocho horas están a punto de acabarse.

—¿No has disfrutado de la libertad? —Rocky, con una copa en la mano, se acerca a la pared mientras traza un hilo rojo entre dos piezas de evidencia—. Ir a donde quieras, hablar con quien quieras, *tomar* lo que quieras sin tener que depender de una placa o un papel.

—No.

—Estás mintiendo.

Le saco la lengua por detrás. Tiene razón. Algunas de las personas con las que hablamos respondieron fácilmente a las preguntas, y sé que en cuanto les enseñaba mi placa, se habrían cerrado en banda y no habrían dicho una palabra hasta que tuviera una orden judicial. Rocky puede moverse con una libertad envidiable. Pero eso no cambia nada. El Pintor merece estar entre rejas y necesito asegurarme de que cuando lo atrapemos, todo lo que lo vincule a estos asesinatos sea irrefutable. No puedo permitirme otro error.

No puedo tener otra muerte en mi conciencia.

—Mierda. —Rocky suspira en voz alta cuando su teléfono suena, y tras echarle un vistazo, lo arroja junto al balde de hielo que mantiene el vino frío.

—¿Tu padre?

—Mmm.

—¿Está enfadado?

—Sin duda. —Rocky se relaja los hombros y abre las piernas mientras estira el cuello para ver mejor las fotos más arriba en la pared.

Puede que sea el vino calentándome la sangre o el calor de la habitación haciéndome sentir más relajada, pero Rocky se ve… sexy. Es tan sexy como mi misterioso motorista —considerando que son la misma persona— y siempre que no lo mire a la cara, puedo seguir alimentando la fantasía que me ha mantenido caliente por las noches desde que me rescató por primera vez.

Su cabello oscuro se eriza cada vez que se lo pasa la mano, y sus hombros musculosos se marcan a través de su camiseta cada vez que alcanza algo en la pared.

Se me seca la boca y aparto mis pensamientos errantes de lo bueno que fue nuestro sexo en el callejón. Fue con Rocky, después de todo. No puedo gustarme eso.

No debería.

—Háblame del Pintor. —Rocky se vuelve hacia mí, y rápidamente aparto la mirada para que no me atrape mirándolo.

—¿Qué quieres decir?

—Cuéntame lo que sabes que no está en la pared.

—Todo lo que sé está en la pared —señalo, mirándolo—. Por eso está ahí.

—Entonces explícamelo como si fuera un idiota. —Se sienta frente a mí, estirando una pierna hacia mí y apoyándose en un brazo musculoso.

Sonrío burlonamente mientras surge el impulso de llamarlo idiota, y él me señala inclinando su copa. —Sé buena.

—Vale —suspiró y hojeó algunas páginas de los informes frente a mí —. Se dirige a mujeres jóvenes, nadie menor de dieciocho años ni mayor de veintitrés. Normalmente las secuestra cuando están haciendo algo en lo que la gente no las echará de menos. Discotecas mientras beben, viajes para visitar amigos lejanos, y dos víctimas —toco sus respectivos informes— fueron raptadas mientras hacían senderismo. Las mantiene durante unos cinco a ocho días y las tortura, pero no las mata. Nunca pudimos determinar qué lo lleva a decidir cuánto tiempo las mantiene. Creo que podría tener que ver con las chicas mismas y su voluntad de vivir. Una vez que las ha quebrado, las seda y les pinta la cara.

—Asqueroso. —Rocky ahoga la palabra en un trago de vino.

—Luego envuelve cuidadosamente sus caras en film transparente y las ve asfixiarse.

—¿Y están despiertas para eso?

Asiento. —El sedante está mezclado con un paralizante, así que las pinta mientras están sedadas y luego las envuelve cuando se despiertan. Así que están despiertas y conscientes mientras se asfixian.

—Mierda. Eso es muy oscuro.

—Mmm. —Me inclino sobre los archivos, cojo mi copa y bebo rápidamente.

—Y su última víctima. ¿Qué la convirtió en la última?

—Estábamos tras él —digo entre sorbos—. Teníamos su ubicación localizada y casi lo atrapamos, pero él… —Mi estómago se retuerce dolorosamente y niego con la cabeza—. Se escapó porque me equivoqué, y ahora tenemos dos cuerpos más, así que…

Rocky bebe despacio y asiente. —Te culpas a ti misma.

—¿Cómo no voy a hacerlo? Si no fuera por mí, él estaría encerrado y Belle y Kara seguirían vivas. Espero la temible pregunta de qué fue lo que hice que hizo que el caso se viniera abajo, pero afortunadamente, Rocky no la hace. Simplemente se pone de rodillas, coge la botella de vino y me llena la copa de nuevo.

—Lo atraparemos —dice Rocky—. Ese tipo no sabe con quién se está metiendo.

—Porque sois todos tan grandes y aterradores. —Me río, saboreando un sorbo de vino frío—. Lo cual me hace preguntarme… ¿Por qué me salvaste de los hombres de tu padre? Él es tu jefe, ¿no? ¿No se supone que debes hacer lo que él quiera, pase lo que pase, por lealtad?

—Mi padre y yo no siempre estamos de acuerdo —dice Rocky con una risa seca—. Es de la vieja escuela. En sus ojos, yo soy demasiado relajado y no asumo suficiente responsabilidad.

—No puedo imaginar por qué pensaría eso —murmuro, mientras giro los ojos.

—Yo veo el valor en la conexión. A él le gusta liderar con el miedo. Así que chocamos.

—Pero me has salvado dos veces. ¿Por qué?

—Me salvaste la vida en la gala —dice Rocky, y su rostro atractivo se vuelve serio de repente—. Muchas cosas pasaron esa noche y podrías haberme dejado morir.

—Nunca lo habría hecho.

—No estoy diciendo que lo hicieras —aclara rápidamente—, pero muchas personas resultaron heridas. De algún modo, me encontraste y me salvaste aunque no somos amigos. Estamos en lados opuestos de la ley y no sabías si era amigo o enemigo. Pero me salvaste. —Sus hermosos ojos se suavizan mientras me mira y mi pulso se acelera—. Así que te debo una.

—Ah, estás saldando una deuda.

—Claro. —Se ríe—. No es tu vibrante personalidad lo que me hace volver.

—¡Vete a la mierda! —Una ráfaga de papeles vuela hacia él cuando le doy una patada suave, y por un momento, las cosas se sienten fáciles. Normales.

Esa sensación continúa cuando Rocky insiste en que hacemos un descanso y terminamos apostando el poco dinero que tengo en la cartera con una baraja de cartas que encuentra escondida en un cajón. Jugamos juegos simples como el blackjack y el rummy, que se vuelven increíblemente competitivos y divertidos mientras fluye el alcohol, y luego jugamos al snap con dos botellas vacías de vino entre nosotros.

—¿Rocky?

—¿Mmm? —Se inclina hacia adelante con la lengua al lado de la boca mientras mira atentamente las cartas que estoy colocando.

—¿Por qué no me dijiste quién eras?

—¿Eh? —Mira hacia arriba a través de unos mechones de pelo que caen sobre su frente.

—Te dejaste el casco puesto. Apenas hablabas. Eras solo ese motero misterioso, pero todo el tiempo eras tú.

—¿Sinceramente? —Rocky se incorpora y sonríe—. Al principio fue como un juego. Me divertía que la poli no pudiera adivinar quién estaba bajo el casco, ¿sabes? Pero luego, la noche en que te asaltaron, fuiste tan amable conmigo. Era como si estuviera experimentando quién eres realmente y cómo me tratarías si no supieras todo mi pasado. —Se encoge de hombros y echa unas cartas al montón—. Me gustaba cuando no me gritabas.

De todas las teorías que se me ocurrieron, nunca me acerqué a su verdadera respuesta. Había pensado que era un truco, una táctica

de manipulación o quizás incluso una broma cruel, pero estaba tan equivocada. A Rocky simplemente le gustaba que fuera amable con él. ¿Por qué eso es tan triste?

—Se supone que debo gritarte —señalo suavemente, colocando una carta—. Soy policía. Tú eres un criminal.

—Eso es como decir que yo soy un hombre y tú una mujer.

—También es cierto.

—Y obvio. Pero ¿eso significa que tenemos que odiarnos?

—Por supuesto que sí —me burlo, tratando de ocultar mi incertidumbre—. Tú rompes la ley. De hecho, la ley ni siquiera existe para ti. Es solo un juego. Algo que no es real. Y yo hago cumplir la ley. Mantengo a la gente a salvo.

—Yo también —dice Rocky, añadiendo sus cartas al montón—. Te estoy manteniendo a salvo.

—Yo me ocupo de los criminales.

—Yo también.

—Yo encarcelo a todos los criminales.

—No a Cormac. O a Evelyn.

—Si los pillara cometiendo un crimen, lo haría.

Rocky se ríe suavemente, observando mis cartas como un halcón observa a un ratón. —No, no lo harías.

—Lo haría. Doblar la ley es cómo escapan los asesinos en serie.

—O tal vez —dice Rocky, colocando una carta lentamente—, la ley es demasiado rígida y los asesinos en serie escapan porque solo las personas fuera de la ley pueden ocuparse de ellos.

—No es así como funciona.

—¿Quién lo dice?

—Los legisladores.

—A la mierda los legisladores —murmura Rocky, con voz baja—. No te están manteniendo a salvo. No te salvaron la vida. Yo lo hice.

—¿Quieres que te dé las gracias?

Coloco una carta y de repente, ambos nos lanzamos hacia adelante con un grito de ¡SNAP!

Una mano cae sobre otra, con nuestros dedos entrelazados, y cuando levanto la mirada, Rocky me está mirando directamente a los ojos. —Mi carta —dice, sin aliento.

—Vete a la mierda, mi mano llegó primero.

—Mis dedos tocaron primero.

—Esas no son las reglas. Es la palma primero.

—Te lo estás inventando —dice con una sonrisa burlona—. Doblando las reglas.

—No doblo las reglas. Estoy tocando. Gano yo.

—Yo estoy tocando —insiste Rocky—. Gano yo. —Me mira a un ojo, luego al otro. Luego sus ojos bajan a mis labios—. Di algo agradable sobre mí y te dejaré ganar.

—No acepto sobornos —susurro. Mi piel se enrojece y los escalofríos recorren mis brazos hasta los puntos donde los dedos de Rocky tocan los míos, que arden como lava. Mi pulso se acelera y cuando se lame lentamente el labio inferior, mi corazón da un salto.

—Di algo agradable —me desafía de nuevo, con los ojos medio cerrados.

—Gánatelo —susurro, con la voz temblorosa y traicionando mi incertidumbre.

De repente, estoy de espaldas cuando Rocky se lanza hacia adelante y me derriba, haciendo que las cartas se dispersen debajo de nosotros. Se cierne sobre mí con un brazo apoyado a mi lado y el otro juguetea con una carta entre sus dedos. —Si me pongo el casco, ¿dirás algo agradable?

—Quizás —jadeo—. Pero esa es una forma barata de ganártelo.

Entonces Rocky se inclina y sus labios gruesos y suaves cubren los míos.

20

ROCKY

Es un beso dulce.

Solo un beso.

No tiene que ser nada más que eso. Pero yo quiero que lo sea. La última vez que la besé fue en el aparcamiento oscuro, con las chispas de la farola cayendo sobre nosotros como estrellas. Ahora está en el suelo de mi ático, con vino corriendo por sus venas, rodeada de los detalles de su pasado, y quiero darle algo bonito.

Si es solo un beso, está bien. Le daré lo que ella me permita, y después del mordisco juguetón en sus palabras, espero que me aparte. Quizás volvamos al juego de cartas o bebamos más vino hasta que el cansancio del día nos venza.

Pero Sarah no me aparta.

Desliza una mano cálida contra mi mejilla hasta que sus dedos rozan mi oreja. Inclina ligeramente la cabeza hacia la izquierda y me devuelve el beso.

Es cien veces mejor que el beso en la oscuridad. Cien veces mejor que el beso en mi memoria cada vez que pienso en ella. Sus labios

son suaves y dulces, con el regusto ácido del vino, así que la beso más profundamente y juego con mi lengua a lo largo de la línea de sus labios. No estoy seguro de lo que estoy pidiendo exactamente y mis pensamientos se mezclan mientras el vino en mi estómago embota mi mente. Me guío por sensaciones. Sentimientos.

Y ahora mismo, me dicen que la bese.

Es como un dolor en el pecho que se alivia cuanto más tiempo permanecen nuestros labios conectados y que arde cada vez que nos separamos brevemente para cambiar de ángulo. Comienza como besos suaves y rápidamente se convierte en algo más ansioso y frenético. Nuestras lenguas se acarician, luego se deslizan juntas mientras mi lengua invade su boca y su mano sube hasta mi pelo y tira.

La emoción recorre mi espalda y el calor se acumula inmediatamente en la parte baja de mi vientre. La otra mano de Sarah agarra el lado de mi cuello, con el pulgar acariciando mi mandíbula, luego engancha una rodilla alrededor de mi cadera y su intención queda clara como el día. La última vez que la tuve fue en el callejón y fue rápido y sucio.

Ella merece algo mejor que eso.

Sarah chilla sorprendida cuando la rodeo con ambos brazos y la levanto del suelo como si no pesara nada. Con sus piernas alrededor de mi cintura y sus brazos alrededor de mis hombros, me llueve besos por toda la cara mientras avanzo a ciegas desde la oficina y a través de la sala hasta el dormitorio, que está tres escalones arriba y detrás de una puerta corredera. No hay tiempo para cerrarla porque, en cuanto la cama entra en su campo de visión, Sarah se arquea lejos de mi agarre y se quita la camisa por encima de la cabeza. Cae al suelo y un segundo después, la presiono sobre el mullido colchón.

Mi boca se convierte en mi guía. Desde el aumento de sus pechos hasta la curva cóncava de su abdomen, beso cada centímetro de su cuerpo que puedo alcanzar. Ella es receptiva a la mayoría de ellos

pero, al igual que en el callejón, en el momento en que mis labios rozan las cicatrices que salpican su abdomen, se aparta bruscamente de mí. Casi detengo lo que estoy haciendo pero, mientras las palabras de preocupación suben por mi garganta, ella me empuja sobre la cama y se sube encima de mí, lo que es una clara indicación de que quiere continuar.

Así que sigo su ejemplo y me quito mi propia camisa. Ella besa mis labios, sigue un camino de mordiscos por mi cuello y arrastra sus largas uñas pintadas por mi pecho, luego lame las huellas de fuego que dejan. Un lametón de su lengua sobre mi pezón y luego muerde, riéndose cuando un sonido de dolor escapa de mí.

Vale, está enardecida.

—Sarah…

—No —dice, levantando la cabeza y clavando sus ojos oscuros y llenos de lujuria en los míos—. No hables.

—Pero…

—No. No te ganas a mí con palabras.

Interesante. ¿Sigue siendo parte del juego? ¿O es su manera de mantenerse desconectada de todo esto? Es como si quisiera esto pero no quiere admitir que lo quiere, y estamos jugando una extensión del juego de cartas. Pero está en mi regazo y frota contra mi erección, así que, ¿quién soy yo para negarle algo que ambos claramente queremos?

Podemos hablar después.

Agarrándola de la parte trasera de la cabeza, la atraigo hacia otro beso profundo y volvemos a rodar. Ella se quita el sujetador con facilidad practicada y notas musicales de placer escapan de sus labios mientras beso y le presto atención a sus pechos. Chupar su pezón izquierdo arranca un sonido especialmente sexy y ansioso de su garganta, especialmente cuando lo enrollo alrededor de mi

lengua, así que mi boca permanece allí mientras luchamos y nos quitamos el resto de la ropa.

Sus dedos recorren repetidamente mi cabello y sus uñas se clavan en mis hombros, transformándose en garras mientras deslizo tres dedos por su empapado coño. Me tomo mi revancha chupando con más fuerza su pezón y provocando el botón con mordiscos tiernos, y justo cuando sus uñas se hunden en mi espalda, introduzco dos dedos en su coño y los curveo inmediatamente.

—¡Joder! —exclama Sarah, su precioso cuerpo arqueándose hacia el mío mientras el placer la invade. El dolor de sus uñas y el puño en mi cabello avivan aún más las llamas de la necesidad que arde en mi vientre, y mi polla late al ritmo de mi corazón acelerado. Quiero follarla. Quiero enterrarme dentro de ella y no salir jamás hasta que el sonido de sus gemidos dulces y necesitados quede grabado en mí.

Finalmente, suelto su pezón y beso el camino hacia su otro botón hinchado antes de desaparecer entre sus piernas.

También hay cicatrices en sus muslos, y aunque su origen quema mi curiosidad, lo aparto de mi mente. Su coño es tan dulce como ella, y sus jugos cubren mi lengua y mi barbilla en cuestión de segundos después de hundir mi cara entre sus piernas. Los muslos de Sarah se cierran alrededor de mi cabeza, amortiguando el mundo a mi alrededor, así que cierro los ojos y me concentro únicamente en ella.

En cada pliegue empapado que se mueve alrededor de mi lengua, en su clítoris hinchado que palpita bajo mi atención, y en su coño que se contrae rítmicamente alrededor de mis dedos que bombean. Beso, lamo y chupo, poniendo todo mi corazón en hacerla sentir bien, usando lo fuerte que agarra mi cabello como indicador de lo bien que se siente.

Cuando llega al clímax, se aprieta tan fuerte alrededor de mi cabeza con sus muslos que no tengo espacio para respirar. Solo existe Sarah, y eso es todo lo que quiero en este momento. Mi polla salta contra mi muslo, y requiere todo mi control no frotarme contra la

cama como un perro, especialmente cuando un mejor premio me espera. Sarah gime y se queja durante su orgasmo, y yo la lamo hasta que sus piernas se abren y puedo salir a respirar.

—Madre... mía —jadea pesadamente, acariciando repetidamente mi cabello con su mano. Beso mi camino de regreso hacia su cuerpo, y una vez que estamos cara a cara, mirándonos directamente a los ojos, deslizo mi polla palpitante dentro de su caliente coño y la paz se asienta profundamente en mi alma.

—Así es —la animo mientras su cuerpo se abre para mí y ella envuelve sus brazos alrededor de mis hombros—. Justo así.

Nos besamos y mi mente se queda en silencio. Estamos completamente conectados, con su pierna enganchada alrededor de mis caderas y sus brazos tirándome hacia su cuerpo. Ajustando mi posición sobre mis rodillas, acerco sus caderas a las mías y, con ella en mi regazo, es fácil levantar sus caderas hacia arriba. Sarah gime profundamente mientras acaricio sus muslos con mis manos, follándola lentamente pero con determinación. Empujones superficiales pero fuertes que la balancean de un lado a otro sobre las sábanas, besos perezosos y profundos donde nuestras lenguas se entrelazan, y caricias lentas de sus muslos y cintura para mantenernos lo más conectados posible.

Estoy enganchado.

Más que eso, creo que me estoy enamorando de ella.

Quizás sea porque es el primer afecto real que he tenido en años o porque, de alguna manera, el contacto con ella silencia todo el ruido ansioso en mi mente, pero este momento es el cielo absoluto. Nunca quiero dejarla.

Enganchando mis manos bajo sus rodillas, levanto sus piernas y las bajo muy lentamente sobre la cama. Ella gime mientras sus caderas se inclinan hacia arriba, y pronto está casi doblada mientras me follo dentro de ella con fuerza y velocidad crecientes. Ambas manos

terminan en mis mejillas, sosteniendo mi cara mientras me besa frenéticamente entre jadeos y gemidos en mi boca.

Es una felicidad completa y absoluta.

Llegamos al orgasmo juntos, con empujones profundos que llevan a Sarah al borde de un mar de placer, y yo la sigo unos minutos después cuando sus gemidos necesitados y desesperados se mezclan con la forma en que su coño se aprieta alrededor de mi polla. Me lleva al límite y nos venimos juntos, temblando y sacudiéndonos como si estuviéramos a punto de desmoronarnos.

Luego me desplomo sobre ella, besándole el cuello perezosamente hasta que los hormigueos y espasmos de placer se desvanecen. Una voz en mi mente me dice que debería irme, que debería alejarme y no quedarme porque el momento se volverá demasiado íntimo, pero la ignoro.

Quiero estar aquí y no me iré a menos que Sarah me lo diga.

Ella no lo hace. —Quédate conmigo un momento —dice, acurrucándose contra mí mientras sutiles espasmos de placer hacen que sus piernas se muevan contra las mías. Incluso cuando saco mi polla de ella, nos quedamos espalda con pecho, con mis brazos alrededor de ella y sus manos agarrando mis muñecas. Estamos conectados.

Y me encanta.

Joder.

Me gusta. Me gusta *muchísimo*.

El sueño nos sorprende a ambos, y no me doy cuenta de que me he quedado dormido hasta que despierto en la oscuridad con una rigidez en el cuello y unos labios cálidos presionando los míos.

—Despierta —murmura Sarah, besándome de nuevo mientras su mano cálida rodea mi polla suave—. Quiero follar otra vez.

21

SARAH

Es adictivo. No sé exactamente por qué, pero en cuanto Rocky se despierta y su polla cobra vida, estamos de nuevo como conejos. Sus besos a esta hora de la mañana son lentos y perezosos, sus toques son suaves y envían escalofríos seductores por mis brazos y mi espalda, y sus gemidos son sonidos dulces y delicados que parecen demasiado preciosos para salir de un hombre de su complexión. Pero lo son.

Se mueve y se retuerce debajo de mí mientras yo muevo mis caderas en lentos balanceos para atraer más atención hacia su polla. El dorso de sus dedos acaricia mi mejilla, y una mano descansa ligeramente sobre mi caja torácica para sostenerme mientras me equilibro sobre él y tejo cien notas secretas de afecto en cada beso que compartimos.

En este momento, nada más importa. Solo estoy yo. Y él. Eso es todo.

Nuestros besos aumentan lentamente en intensidad cuando su polla alcanza su máxima erección, y sus labios se vuelven más insistentes en prodigar atención sobre mi garganta cuando inclino la cabeza hacia atrás y dejo que el calor de su cuerpo caliente las partes de mí

que no están cubiertas por la manta. Rocky mantiene sus manos sobre mis costillas, pero se deslizan hacia mi cintura cuando me siento en su regazo y deslizo su polla dentro de mí con un movimiento suave. A esta hora de la mañana, todavía estoy relajada y abierta, por lo que la sensación de estiramiento y tensión muscular cuando mi cuerpo se abre para él es bienvenida. No quiero olvidarlo nunca. Una vez completamente dentro, acaricio mi vientre bajo y balanceo mis caderas de un lado a otro, luego aprieto hasta que Rocky gime.

—Joder —gruñe, con la voz todavía cargada de sueño—, parece un sueño.

—Un sueño bastante genial —respondo perezosamente mientras me levanto, flexiono los músculos del core y me vuelvo a hundir lentamente. Mi ritmo comienza lento. Lo estoy montando por el disfrute de la sensación de su polla moviéndose dentro de mí y los destellos de placer que se encienden en mi centro cada vez que su longitud roza mi punto G o cuando me muevo y estimulo mi clítoris. Pero no permanece lento por mucho tiempo.

Anhelo más. Quiero el abrumador torrente de estimulación, la oleada de placer que me consumió la noche anterior. Quiero sentir el deleite extendiéndose hasta mis dedos de las manos y los pies junto con el ardiente torrente de Rocky alcanzando su culminación dentro de mí. Así que mi ritmo aumenta y las manos de Rocky se aprietan en mi cintura para sostenerme. No pasa mucho tiempo antes de que lo esté montando y jadeando mientras sus propias caderas se levantan para encontrarse conmigo cada vez que me vuelvo a hundir en su polla, y no hay nada que nos detenga del final orgásmico hacia el que nos precipitamos.

Me inclino y lo beso, manteniendo ese beso mientras nuestros empujones se vuelven desordenados y pierdo el ritmo al rebotar sobre su polla. Se disuelve en frenéticos movimientos de caderas y balanceos cada vez que entramos en contacto, luego el brazo de

Rocky rodea mi cintura y él empuja en cortos y bruscos movimientos mientras persigue su final.

Llegamos juntos con suaves risitas y gemidos, besándonos perezosamente y compartiendo gemidos de placer hasta que cada gota de semen es gastada entre nosotros y quedamos sin fuerzas y exhaustos. El pecho de Rocky se convierte en mi colchón y yazco allí temblando hasta que su polla suave se desliza lentamente fuera de mí y me quedo vacía.

La realidad llega veinte minutos después cuando un haz de luz más fuerte se filtra por las cortinas y la necesidad de orinar me arrastra lejos del acogedor calor de los brazos de Rocky. Él sostiene mi mano y murmura en su garganta una súplica sin palabras para que me quede.

Pero no puedo quedarme.

Hay demasiado en juego, y mi deseo sexual de pasarme el día follando con Rocky Barati es reemplazado por culpa en el momento en que cierro la puerta del baño.

Me follé a Rocky. Dos veces. Quizás más. Él estuvo entre mis piernas y por todo mi cuerpo, dentro de mí, donde nadie ha estado durante años.

¿Por qué lo echo de menos? Incluso decirme a mí misma que solo es sexo no funciona.

De pie frente al gran espejo, mi corazón se aprieta con un dolor inesperado mientras contemplo las marcas de besos y mordiscos por todo mi cuerpo. Rocky está justo ahí fuera. Podría literalmente ir y hacer algo por este dolor en el pecho, decir algo que hiciera que estas marcas fueran permanentes, pero no puedo.

Somos demasiado diferentes.

Pero es tan jodidamente excitante. *Él* es tan jodidamente atractivo.

Los pensamientos no se calman ni siquiera cuando entro en la ducha y abro el grifo al máximo. ¿Es porque es un criminal? Dejando de lado la atracción física, ¿qué es lo que hace que Rocky sea tan jodidamente irresistible? Quizás sea la conexión con los moteros. Ya lo deseaba cuando no sabía quién era, así que definitivamente tiene que haber una transferencia confusa allí, y no estoy exactamente enfadada por ello, pero ¿significa esto que he perdido a mi motero? ¿Todos mis fantasmas serán reemplazados por Rocky? Y si es así, ¿es eso algo malo?

El jabón corre por mi cuerpo, lavando cada toque fantasmal que dejó detrás, cada gota de fluido que permanece, y cada beso que presionó contra mi piel con elogios.

¿Es sexy porque en el fondo disfruto rompiendo las reglas que me impongo? ¿Que en realidad soy tan estricta en mi vida porque todo lo que me importa es encontrar algo o alguien para romperlas y entonces soy solo una loca ninfómana?

No puedo decidir. Nada parece correcto. Todo parece una teoría inútil que finalmente vuelve a la idea de que soy demasiado débil para defenderme. Solo hizo falta un poco de vino, unas bromas y un beso para que me fuera a la cama con Rocky como si no fuera un criminal buscado.

Pero él me salvó la vida.

Al salir de la ducha, vuelvo a mirar mi cuerpo limpio y rosado en el espejo y mi atención se dirige a la variedad de cicatrices en mi abdomen. No hay forma de ocultar que Rocky las vio, pero las evitó después de mi primer sobresalto. ¿Es esta la verdadera razón por la que no puedo sacarlo de mi mente?

Porque motero o no, él me ha salvado la vida varias veces. Es el primer hombre que me toca desde aquella terrible noche—el primer hombre que no me ha repelido por completo. ¿Es también porque me salvó? ¿Es ese realmente mi criterio ahora para soportar el toque de un hombre?

No puedo negar la conexión porque Rocky lo ha hecho dos veces y solo pensarlo me vuelve a poner caliente.

Si lo hubiera conocido hace cinco años, quizás no sería el lío enredado que soy ahora.

Cuando termino de secarme y me visto con ropa seca que Rocky deslizó en el baño cuando no estaba mirando, me siento mejor. Afuera, el sol de la mañana llena el penthouse con una cálida luz dorada que me obliga a entrecerrar los ojos a través de mis gafas y hace que desearía haber traído mis gafas de sol.

—Así que —digo, encontrando mi voz cuando localizo a Rocky en el salón rodeado de una variedad de alimentos para el desayuno—, ¿deberíamos hablar de eso?

—¿De qué? —Rocky, vestido con vaqueros y una sexy camiseta de manga larga, se acerca y me entrega un vaso de zumo de naranja.

—¿De anoche?

—Depende —se da la vuelta hacia las bandejas de comida llenas de bacon, salchichas y una variedad de carnes y panes, frutas, yogur, gofres y más—. ¿Quieres hablar de ello o es la culpa de la mañana después lo que surge?

—¿Culpa? —pregunto.

Él me lanza una sonrisa. —Eres policía. Yo soy un criminal. Ya ni siquiera soy el motero sin rostro. Si estás a punto de decirme que anoche fue un error, respetaré tu honestidad.

Debería decirle eso. Algo dentro de mí surge con esas mismas palabras como si fuera mi obligación moral decirlo exactamente, pero no puedo hacer que las palabras salgan de mis labios. En lugar de eso, las ahogo con un trago de zumo de naranja y niego con la cabeza.

—Quizás más tarde. Más tarde, cuando mis pensamientos no estén revueltos y no me distraiga lo sexy que le queda el cuello abierto de

la camiseta, o cuando no me domine la necesidad de acercarme y atraerlo para otro beso solo para escuchar esos dulces sonidos que hacía antes.

—Quizás más tarde —repite, sentándose al otro lado de la mesa—. Quizás deberíamos hacer lo importante primero.

—¿Que es?

Rocky toma un teléfono negro de la mesa y me lo ofrece. —Mis cuarenta y ocho horas han terminado. Así que haz lo tuyo. Llama a la policía. No te detendré.

22

ROCKY

—Gracias. —Sarah duda un momento, luego acepta el teléfono y se pone de pie—. ¿Esto es…?

—Indetectable —aclaro—. No estaba segura de si querrías denunciarlo de forma anónima o si hay alguien específico con quien necesites hablar, dado que sabes del segundo cuerpo desde hace dos días.

—Bien pensado. —Sarah golpea suavemente el teléfono contra su palma, luego sus labios se curvan en una suave sonrisa cuando me mira y pasa a la otra habitación.

Supongo que no estoy al tanto de lo que suceda a continuación. Probablemente sea lo mejor. Los policías siempre parecen saber cuándo estoy cerca y haciendo algo indebido.

Con un plato lleno de desayuno frente a mí, mi hambre desaparece cuando mi propio teléfono vibra por enésima vez desde que desperté. Mi padre ha estado bombardeándome con mensajes toda la noche exigiendo saber mi ubicación, con quién estoy y cómo me atrevo a pensar que puedo asesinar a sus hombres sin consecuencias.

Sabía que lo descubriría, pero esperaba que le tomara un poco más de tiempo.

Si fuera un hombre más razonable, intentaría explicarle por qué Sarah es importante para mí, pero después de anoche, no estoy segura de poder darle una respuesta honesta. Ni siquiera puedo ser honesta conmigo misma. Dejando la mesa, salgo al balcón y respiro el aire cálido de la mañana mientras marco el número de Cormac.

—¿Hola?

—Hola. Quería avisarte. Sarah está haciendo la llamada.

—Sacaré a mi gente de allí.

—Gracias. ¿Encontraste algo más?

—Lamentablemente, no. —Cormac suspira profundamente—. Pasé toda la noche rastreando los paquetes que recibió Sarah, pero fueron enviados desde el quinto infierno. Así que o el asesino está haciendo todo lo posible por despistarnos o es mucho más inteligente de lo que le estamos dando crédito.

—Si vuelve a matar, ella nunca se perdonará.

—De verdad te importa, ¿no?

Mirando por encima del hombro para asegurarme de que Sarah sigue ausente, asiento con la cabeza. —¿Es eso malo?

—Ella es policía.

—Lo sé.

—No digo que sea algo malo. Mírame a mí y a Evelyn. Nunca hubiera pensado que el amor de mi vida vendría de donde vino, pero así funciona, ¿no? Siempre son los que menos sospechamos.

—Oye, tranquilo —me río—. No he dicho nada sobre el amor.

—No, pero te conozco, Rocky. Este es el mayor tiempo que has pasado en algo. Nunca. Especialmente cuando no obtienes nada a cambio.

—Como sea.

—Mmm. Mantenme al tanto.

—Lo haré. —La llamada termina con otro mensaje de mi padre escrito en mayúsculas, expresando su odio por mi falta de responsabilidad hacia la familia. La sangre debería venir primero, y luego las personas que pagamos para proteger. Poner a una policía por delante de la familia es la máxima traición, y se está quedando sin paciencia para llevarme de vuelta al buen camino.

No vale la pena responderle, porque a mitad de la lectura de ese mensaje, recibo uno de Gio. El suyo es mucho más cálido y está escrito como una carta formal. Me agradece por ser el líder que la familia merece, por no olvidarme de él y por hacer todo lo posible para intentar encontrar al asesino de Belle. También me agradece por los alimentos que envié y explica que se va a pasar un tiempo con su esposa mientras espera mi llamada.

Ojalá pudiera llamarle con buenas noticias.

Ojalá tuviera a ese cabrón bajo mi bota para asegurarme de que no vuelva a hacer daño a nadie nunca más. No puedo imaginar por lo que pasó Sarah o cómo vive cargando con la culpa que lleva, así que si puedo ayudarla a atrapar a ese cabrón y poner fin a ese dolor, sentiré que mi deuda está saldada.

Si esa fuera la única razón para quedarme cerca de ella, mis problemas se resolverían fácilmente.

Como el segundo cuerpo saldrá en las noticias poco después de que llegue la policía, le cuento a Gio lo del segundo cuerpo, pero le aseguro que tenemos una pista. Él responde con un pulgar hacia arriba, lo que me hace sonreír.

Al menos no está enfadado.

Al regresar al ático, la voz elevada de Sarah inmediatamente me hiela la sangre.

—¡No voy a permitir que te salgas con la tuya otra vez! ¡Esta vez no!

—¿Sarah? —Me apresuro hacia la otra habitación.

Sarah está al fondo con lágrimas en los ojos y una mano hundida en su cabello. Se inclina mientras camina de un lado a otro, visiblemente alterada por quien esté al otro lado de la llamada.

¿Su jefe la está molestando? Dado el rechazo que recibió al mencionar al Pintor, no me sorprende que un segundo cuerpo no sea suficiente para reabrir la investigación, pero eso no significa que no deberían al menos investigarlo.

—¿Sarah? —Intento de nuevo con voz baja, pero ella me da la espalda y se aleja.

—No, escucha bien, pedazo de mierda retorcido—

Vaya. Forma atrevida de hablar con tu capitán. Espera…

Algo no me cuadra en el estómago. Me toma unos segundos sacar la llamada en mi propio teléfono y el número conectado aparece en la pantalla, dejándome el estómago en los pies. Tener un sistema de seguridad que todo se conecta a un dispositivo tiene sus ventajas, pero cuando muestra que Sarah no está hablando con su capitán, me quedo helado.

El número que aparece es el número que estaba garabateado debajo de su nombre en la servilleta encontrada en la escena del crimen.

—¡Sarah! —Cruzo la habitación en un instante y me estrello contra ella, empujándonos ambos contra la pared, pero Sarah apenas parece darse cuenta.

—Crees que porque te saliste con la tuya una vez eres jodidamente intocable —grita al teléfono incluso cuando logro agarrar el dispositivo y empiezo a forcejear para quitárselo.

—¡Sarah, dame el teléfono!

—¡No! ¡Él necesita saber que voy a atraparlo! ¡Necesita—Rocky, para!

—¡Sarah! —Le rodeo la cintura con un brazo y la levanto del suelo, intentando separarla del teléfono con la longitud de mi cuerpo, pero ella se convierte en la criatura más fuerte del mundo con lo firmemente que se aferra al dispositivo. Me toma toda mi fuerza arrancarle el teléfono de sus manos como garras, e incluso así, ella sigue luchando contra el aire y pateándome para recuperarlo.

—*Y la próxima vez que nos encontremos, no seré tan amable* — raspa una voz electrónica cuando llevo el teléfono a mi oído.

—Escúchame bien, maldito—

La línea se corta y aflojo mi agarre sobre Sarah. Ella inmediatamente me da un codazo en el estómago y se libera de mis brazos, luego arrebata el teléfono y lo presiona contra su oreja. Cuando se da cuenta de que la llamada ha terminado, marca de nuevo, pero la línea sigue sonando.

Resoplo, doblado por el codazo, y me estremezco, evitando apenas su mano que golpea al aire. —¿Qué demonios fue eso?

—¿Yo? Enderezarme duele, pero lo hago con un gesto de dolor. — ¿Sarah, qué demonios?

—¡Lo tenía! ¡Lo tenía justo donde lo quería! —Sus mejillas están enrojecidas, las lágrimas cuelgan de sus pestañas, y a pesar del rojo en su rostro, el resto de ella es pálida como un fantasma.

—No, Sarah. Él te tenía *a ti* justo donde te quería. Pensé que estabas llamando a tu departamento.

—Iba a hacerlo, pero… No me escucharán. No de verdad. Sé que no lo harían. Y quería saber por qué había vuelto. Después de todo este tiempo, ¿por qué volvió? ¿Por qué no se llevó una vida tranquila y desapareció por completo? ¿Por qué arriesgarse a ser arrestado cuando se había salido con la suya?

—¡Eso es una locura!

Se pasa ambas manos por el cabello y empieza a caminar lejos de mí. —No lo entiendes, ¿vale? Él no es solo… Él es—

Lo que sea que iba a decir se ahoga en un chillido de miedo cuando las puertas del ático son derribadas con una fuerza alarmante. Ambas puertas se abren de golpe y chocan contra sus respectivas paredes, rebotan y luego se cerrarían si no fuera por los guardias armados que entran corriendo.

—¡Sarah! —Me lanzo hacia ella justo cuando los guardias se separan y otra figura entra con paso decidido apoyándose en su bastón, con los ojos oscuros por la furia. —¡Papá!

23

SARAH

Matteo Barati entra en el ático con el resonar de su bastón sobre el suelo de mármol. Rocky se lanza hacia mí como intentando interponerse entre yo y los guardias armados que bajan corriendo las escaleras, pero antes de que pueda alcanzarme, es derribado por uno de los hombres que saltan sobre él.

Un guardia alto llega hasta mí y agarra dolorosamente mi brazo, torciendo mi extremidad lejos de mi cuerpo y arrancando un grito de dolor desde lo más profundo de mi pecho. Ese sonido parece encender algo en Rocky, que derriba a su atacante de un puñetazo, se levanta e intenta nuevamente alcanzarme. Tres guardias más intervienen y Rocky es rápidamente dominado, sometido por varios golpes en la cara que le abren la piel sobre la ceja, y obligado a arrodillarse sobre la alfombra.

El miedo a enfrentarme al asesino es devorado por el miedo de que el hombre que quiere verme muerta está bajando las escaleras hacia nosotros. Afortunadamente, quizás, me ignora y dirige su furia hacia su hijo.

—He tenido unos días muy tensos, muy *agotadores*, Rocky, así que espero que me respondas con claridad —dice Matteo, deteniéndose

a unos pasos de su hijo—. Dime que me informaron de que no solo la policía a la que ordené matar sigue viva y sana en *tu* ático, sino que tú mataste a los dos guardias enviados para asesinarla. Y para colmo, me entero de que mi hijo está teniendo conversaciones con el capitán irlandés a mis espaldas. ¿Crees que soy *estúpido*, Rocky? ¿Crees que no puedo ver lo que estás intentando hacer?

Mi corazón late como un tambor contra mi caja torácica mientras el guardia que me sujeta asegura mantener suficiente presión en mi brazo como para que, con un movimiento en falso, mi hombro podría dislocarse. Ver a Matteo con Rocky así es tan diferente del hombre que recogió a su hijo del interrogatorio. Entonces, parecía un padre haciendo todo lo posible por proteger a su hijo, pero ahora hay un dejo de disgusto en sus ojos furiosos y, de repente, la verdad es evidente.

No es amor lo que impulsa a Matteo a sacar a su hijo de estas situaciones. Es obligación y miedo. Miedo de que quien mejor lo conoce revele algo a sus enemigos, o peor, actúe por su cuenta. Rocky nunca me ha parecido despiadado, pero Matteo claramente lo teme, pues se abalanza sobre su hijo como si fuera un simple soplón.

—No es lo que tú— —Las palabras apenas salen de mi boca cuando el puño de mi guardia golpea mi cara y me hace caer al suelo. Me levantan un segundo después con la cabeza dando vueltas y la mandíbula latiendo al ritmo de mi corazón acelerado.

—¡Déjala en paz! —Rocky se levanta solo para ser forcejeado de vuelta a sus rodillas por sus guardias mientras Matteo levanta su bastón y lo coloca precariamente contra la garganta de Rocky.

—*Respóndeme*.

—¡Ella tiene razón, no es lo que piensas! Te dije que la protegería porque le debo una deuda, ¿no lo ves? Ella salvó mi vida en la gala y no puedo quedarme de brazos cruzados mientras la matan cuando hizo más de lo necesario para devolverme a ti —Rocky habla

apresuradamente, tropezando con sus palabras en su desesperación por decirlo todo en una sola respiración—. Y sí, me senté con Cormac, pero fue a tomar unas copas como amigos. ¡Sabes que somos amigos! No guarda rencor por Noah y lo mantengo contento, chequeando como me enseñaste. Te lo prometo, papá. Te prometo que no hay nada siniestro.

Rocky no le está contando toda la verdad. ¿Por qué? ¿No le importará a Matteo que algún maníaco esté matando gente bajo su protección? ¿O es que Matteo no se preocupa por el pequeño?

—¿Y el segundo cuerpo?

Todo el color desaparece del rostro de Rocky, pero sigue hablando. —Estaba llegando a eso. Evelyn, ya la conoces. ¿La esposa de Cormac? Encontraron muerta a una de sus chicas y ella sabía lo de Belle, ¿vale? Está en todas las noticias, así que se puso en contacto. Comparamos notas, eso es todo. La gente está preocupada, así que actué, y sé que dijiste que no hiciera nada, que lo ignorara y lo olvidara, pero la gente busca nuestra ayuda, papá. Así que actué, y todos piensan que actúo bajo tus órdenes, ¡así que es una victoria para todos! Te ves bien ante nuestras familias, y los irlandeses piensan que tienes todo bajo control—

—Bajo *mis* órdenes —repite Matteo—. Vas en mi contra, pero me dices que está bien porque todos *creen* que son mis órdenes. Pero no lo son, ¿verdad, Rocky? —Matteo se inclina hacia adelante apoyándose en su bastón, presionando la punta diminuta y estrecha contra la garganta de Rocky. Rocky solo tiene unos pocos centímetros para echarse hacia atrás, y cuando traga, el sonido es dolorosamente audible.

—No, señor.

—Y tú —los oscuros ojos de Matteo se clavan en mí—. No eres más que una maldita distracción. Qué *débil* parezco, dejando que mi hijo ande por ahí con una policía.

—Mátame, entonces —reto ferozmente, ansiosa por desviar la atención de Rocky—. Vamos, atrévete. Mata a la única policía que se preocupa por tu gente que está siendo asesinada, la única que intenta atrapar al verdadero asesino para que no haya identidad equivocada y guerra en las calles. A ver hasta dónde llegas, porque una vez que mi muerte esté *por todas partes* en las noticias, ¿qué pasará entonces? ¿Crees que simplemente se olvidará? ¿Crees que la gente que tengo en Montana se preocupará por tus pagos de nómina aquí?

Mis palabras rebosan confianza, pero no siento ni una pizca de ella en mi corazón. Estoy funcionando puramente con miedo y adrenalina después de mi llamada con el asesino. No tengo a nadie en Montana que se preocupe si muero, pero espero que Matteo no lo sepa. Si hay algo que pueda hacer para actuar como si tuviera peso detrás de mí, lo haré.

—¡Tiene razón, papá! —Rocky vuelve a llamar la atención hacia sí mismo una vez más mientras Matteo endereza los hombros y aparta su bastón de la garganta de su hijo—. Sin ella, habríamos empezado una guerra con la gente equivocada y luego estaríamos atrapados en una matanza cometiendo errores que nunca podríamos arreglar. Destruiríamos nuestra relación con todos, incluyendo todas las familias bajo nosotros, porque eso es lo que nos da poder. Lo sabes. Y Sarah es solo… —Sus ojos se posan en mí por un breve instante—. No es nadie, ¿vale? Solo una deuda que tengo que pagar, como *tú* me enseñaste. Pero te juro que una vez que esto termine, soy tuyo. Lo que necesites de mí, lo haré. Lo que quieras que haga, estaré allí. Porque estoy listo para aprender de verdad y seguir todo lo que tienes que enseñarme, pero por favor, no dejes que me conozcan como el Barati que no paga sus deudas.

Algo llega a Matteo. No me queda claro exactamente qué partes del discurso de Rocky resuenan con él, pero Matteo da un paso atrás y con un parpadeo de sus ojos, los guardias alrededor de Rocky también retroceden. El despampanante y relajado playboy que parecía ser Rocky ha sido reemplazado por este hombre serio y

decidido que suena como si estuviera firmando todo su futuro solo para mantenerme con vida.

Joder.

Voy a desmayarme.

Hace apenas unas horas, estábamos follando como conejos, y ahora estoy enfrentándome a una muerte segura con Rocky a merced de su padre. Su dinámica es dolorosamente diferente de lo que pensaba al principio, y mientras los hombros de Rocky se encorvan, hay un destello de algo en sus ojos cuando me mira.

Derrota, creo.

—Bien —dice Matteo como si hablara con los dientes apretados—. No permitiré que esto quede sin castigo.

—¡Espera! —Rocky se levanta bruscamente mientras Matteo chasquea los dedos. Los tres hombres alrededor de Rocky se aferran a él y lo arrastran hacia atrás hacia la mesa donde el teléfono negro yace descartado y olvidado. Algo en el pánico de la voz de Rocky es una lanza en mi corazón, y avanzo instintivamente, solo para ser detenida por mi guardia mientras Matteo gira y camina hacia mí.

—¡Espera, espera! —grita Rocky, pero queda bloqueado de mi vista cuando Matteo se para frente a mí. Luego, a pesar de su estatura más baja y complexión, la mano de Matteo se cierra alrededor de mi garganta con una fuerza impresionante y me levanta completamente del suelo.

El dolor crece en mi cuello bajo la fuerza de su puño apretado, respirar se convierte en cosa del pasado, y me atraganto dolorosamente mientras la presión aumenta rápidamente detrás de mis ojos. Pateo con los pies y araño la muñeca de Matteo, pero él permanece impasible.

A través de la neblina que desciende, vislumbro la silueta de Rocky siendo obligado sobre la mesa, rodeado por esos tres hombres. Mi

corazón late más y más rápido mientras las lágrimas se escapan de las comisuras de mis ojos, y vuelvo a patear con los pies. El agarre de Matteo se tensa y me acerca a una pulgada de su rostro.

—Eres más problema de lo que vales —gruñe suavemente—. Pero si sirves como la herramienta que necesito para mantener a Rocky en línea, entonces considérate muy afortunada de que soy un hombre misericordioso.

—¡Espera, espera… por favor, no! —la súplica de Rocky se disuelve en un lamento y, de repente, un grito agónico y desgarrador mientras el más repugnante y estremecedor crujido de hueso resuena en la habitación. Mi estómago se revuelve de horror absoluto mientras los gritos de dolor de Rocky retumban en mis oídos.

—Si alguna vez te veo en mi territorio de nuevo —gruñe Matteo sobre los sollozos de dolor de su hijo—, te despellejaré vivo, ¿entiendes?

No puedo pensar. No puedo respirar. Siento que mi cabeza está a punto de estallar.

Matteo me sacude bruscamente. —¿Lo *entiendes*?

—¡S… Sí! —apenas logro chillar la palabra antes de que la falta de aire y mi corazón acelerado me hagan caer en una oscuridad asfixiante.

24

SARAH

Crack.

El sonido repentino envía un pulso de alarma a través de cada fibra de mi cuerpo y aparto la mano de mi taza de café como si fuera a saltar y atacarme. El doloroso crujido no es más que uno de mis compañeros tronándose los nudillos con fuerza al pasar, pero no es eso lo que oigo.

Todo lo que escucho es el sonido nauseabundo del brazo de Rocky rompiéndose bajo las órdenes de su padre.

Mi estómago se revuelve con náuseas y un sabor amargo hormiguea en la base de mi garganta, pero lo trago y me concentro en revolver mi café frenéticamente. Ha pasado más de una semana desde aquel terrible día en el casino y se siente tan fresco como si hubiera ocurrido ayer.

Matteo Barati hirió a su propio hijo para demostrar un punto. Ni siquiera sé si Rocky está vivo y tengo demasiado miedo de contactarlo por si mi contacto lo lleva a sufrir más daño. Todo se salió tan rápidamente de control y no tengo idea de cómo recuperarlo.

Estoy aislada de todos, sin siquiera arriesgarme a contactar a los irlandeses. El asesino sigue suelto, la policía finalmente está investigando el segundo cadáver, y no estoy más cerca de descubrir la identidad del cabrón que está causando tanto dolor.

¿Realmente puedo quedarme aquí y llamarme detective cuando un asesino me está pisoteando?

Mis pensamientos turbulentos y el deseo de alejarme de Pete y sus nudillos tronados me llevan afuera, donde el sol abrasador de junio quema mis brazos desnudos y calienta la parte superior de mi cabeza en solo unos segundos. Por suerte, hoy traje mis gafas de sol. Mi gusto por el café ha disminuido esta última semana, ya que no he podido dormir sin la ayuda de varias copas de vino. Es difícil descansar cuando no estoy segura de si la mafia italiana está a punto de derribar mi puerta. O peor, El Pintor.

La gente pulula frente a la comisaría, ocupándose de sus asuntos sin tener idea de los verdaderos peligros que acechan en las calles de Nueva York. Un hombre salta alegremente por las escaleras y se reúne con una mujer amorosa al pie de estas. Se dan un beso y un abrazo, y ella baila alrededor de él con la sonrisa más grande en su rostro, luego toma su mano. Caminan juntos, entrelazados, y los observo hasta que se desdibujan en una sola persona.

Una mujer con los brazos llenos de compras y niños sube las escaleras hacia la estación, seguida por un hombre exhausto luchando con un cochecito. Cuán diferentes son las vidas de todos, y cuán poco importa en el gran esquema de las cosas. El Pintor mata sin cuidado, y cualquiera de esas personas podría ser su próxima víctima, siempre que sean lo suficientemente jóvenes.

—¿Sarah? —La voz de Brant me saca de mis pensamientos y me giro para mirarlo. No lo escuché acercarse, pero su postura está lo suficientemente relajada como para que haya estado aquí durante un par de minutos al menos.

—Señor.

—Quiero tu teoría sobre algo.

—¿Mmhmm?

Los ojos de Brant se estrechan ligeramente y me mira directamente a los ojos. —¿Por qué crees que tardó tanto en encontrarse el segundo cadáver?

Mi corazón salta ligeramente y me obligo a mantener la calma incluso cuando una energía nerviosa recorre mi cuerpo con un escalofrío. Mantener el caso abierto solo ha sido posible porque he estado fingiendo que es un caso cerrado, y solo lo dejo abierto debido a las preguntas apremiantes de los seres queridos. El descubrimiento del cuerpo de Kara le valió elogios a Brant desde las altas esferas, ya que, claramente, los dos casos se cerrarán pronto. Si tan solo Brant me escuchara sobre Montana.

—No tengo idea.

—No me vengas con eso. —Brant chupa brevemente sus dientes superiores. —Mira... No estoy diciendo que haya un vínculo directo, pero otras personas han notado las similitudes, así que te pregunto, si este caso es lo que pensabas que era, ¿por qué crees que tardó tanto en encontrarse el segundo cadáver?

Podría decirle la verdad. Que la Mafia tenía control de la escena del crimen y que estábamos llevando a cabo nuestra propia investigación sobre el asesino en serie *y* lo estábamos haciendo sin las restricciones de las placas. Pero no puedo. En cuanto alguien se entere de que estuve allí, todo sobre el asesinato de Kara se verá comprometido y con ello, posiblemente, todo el caso. Así que miento.

—No tengo ni idea —digo en voz baja, ahogando mis nervios con unos sorbos de mi café ahora tibio—. Tal vez calculó mal el tráfico peatonal de la zona y no la descubrieron a tiempo. O quizás tenías razón desde el principio y no hay conexión, así que fue solo una mala coincidencia.

—No te lo crees, Sarah.

—No —suspire profundamente—. No me lo creo.

—Entonces, ¿cuál es tu teoría?

—¿Mi teoría? —apuro la taza y aplasto el cartón hasta convertirlo en una bola—. Mi teoría es que no deberíamos haber esperado a un segundo cuerpo para empezar a investigar esto como es debido.

—Sarah—

—Si no hay nada más, tengo que volver al trabajo.

Brant me deja marchar con un gesto de la cabeza, y yo desaparezco dentro de la comisaría con el corazón acelerado. Es audaz por mi parte presionar con esa actitud cuando ya he roto tantas normas, pero no puedo decir directamente lo que realmente pienso. Mi confianza en la capacidad de este departamento para atrapar al Pintor disminuye día a día, y con Rocky fuera de escena y mi conexión con la Mafia cortada, estoy sola.

Y estar sola me convierte en un blanco aún más grande para ese cabrón.

De vuelta en mi despacho, el empleado de la recepción deja un mensaje críptico de Evelyn. Parece ser algún tipo de disculpa de Rocky, pero no puedo leer demasiado entre líneas. No tengo ni idea de en qué estado está, y cada vez que pienso en él o en el tiempo que pasamos juntos, lo único que oigo es el repugnante crujido de su brazo y los gritos que siguieron.

¿Cómo pudo Matteo hacerle eso a su propio hijo?

¿A *cualquiera*?

Al menos el mensaje me asegura una cosa. Rocky está vivo.

Termino con la cabeza entre las manos mientras mis pensamientos se aceleran.

¿Le cuento la verdad a Brant? ¿Será esa la única manera de atrapar al asesino? ¿Llamo a Rocky e intento encontrar una manera de salir de este lío con él? ¿O simplemente me echo atrás y espero que, de alguna manera, Nueva York sea mejor atrapando a un asesino en serie que Montana?

La respuesta no llega fácilmente, así que me sumerjo en ponerme al día con el papeleo que me perdí durante las "vacaciones" hasta que suena una llamada en el teléfono de mi escritorio.

—¿Hola? —apoyo el auricular en el hombro, esperando escuchar a Brant o a alguien de archivos lista para decirme que los expedientes que pedí ya no existen.

—Hola, Sarah —esa voz familiar, rasposa y robótica que contestó mi llamada en el casino llena mis oídos y hace que mi estómago se hunda—.

—Pintor.

—Me encanta cuando dices mi nombre.

La pantalla del teléfono solo muestra un número oculto, pero estos teléfonos funcionan en una red cerrada. —¿Cómo me estás llamando?

—¿Esa es realmente la pregunta que quieres hacer? —arrastra el Pintor con su voz dolorosamente chirriante.

Mirando por la ventana de mi oficina, mis ojos se fijan en cada persona que está hablando por teléfono. —Esto es una red cerrada.

—Y no es tan segura como podrías pensar. Aunque deberías revisarlo, porque quién sabe qué información sensible podría pasar entre policías desprevenidos.

Mi corazón comienza a acelerarse, confundiendo mis pensamientos mientras toda idea sensata huye de mi mente. Una parte de mí quiere encogerse y llorar solo de escuchar su voz, mientras que otra

parte desesperadamente quiere encontrar una manera de sacarlo de su escondite. —¿Qué quieres?

—¿No puedo llamar y hablar con mi detective favorita?

—Te conozco —respondo—. No haces *nada* sin motivo. ¿Qué quieres?

—Quería expresar mi más sincero… *agradecimiento* por estar de vuelta donde perteneces.

—¿De vuelta donde…?

—Te extrañé mucho. Pero tienes que entender algo, Sarah.

—¿El qué?

—No puedes dejarme de nuevo. Si lo haces, mataré otra vez. Y esta vez, no me detendré. Seguiré y dejaré un reguero de cadáveres hasta tu puerta para que podamos terminar lo que empezamos.

Le echo un segundo vistazo a cada persona que está hablando por teléfono a mi alcance, pero los labios de nadie coinciden con las abrasadoras palabras que salen de mi auricular. —Y en tu opinión, ¿qué cuenta como dejarte?

—Lo sabrás cuando aparezca el siguiente cuerpo —esas son sus últimas palabras. La línea hace clic y se queda en silencio, solo un suave zumbido llena el espacio. Nadie a mi alcance cuelga.

No está en la oficina, creo. Pero si tiene acceso a nuestra red interna, entonces las cosas están mucho peor de lo que pensaba. Golpeo el teléfono, salgo de mi escritorio y corro por el pasillo hasta la oficina del capitán Brant. Una vez allí, entro de golpe mientras golpeo rápidamente la puerta, luego la cierro con firmeza detrás de mí y me precipito hacia su escritorio. Brant me mira con los ojos muy abiertos y sorprendidos mientras me inclino y termino su llamada actual con solo pulsar un botón.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo, Sarah? —preguntó Brant.

—Brant, escúchame. Acabo de recibir una llamada de El Pintor en nuestra red cerrada. ¿Sabes lo que esto significa? De alguna manera, se ha colado en nuestra red, ya sea conectándose él mismo o robando un teléfono conectado. Sinceramente, no tengo ni idea de cómo lo ha hecho porque esto está más allá de mí, pero significa que puede llamar a cualquiera, puede fingir *ser* cualquiera para obtener detalles y respuestas. Necesitamos trasladar este caso a otra comisaría o establecer una red cerrada y segura con solo unos pocos detectives de confianza.

Brant dejó su teléfono con una lentitud dolorosa, dejando que mis palabras llenaran el aire entre nosotros.

—Sarah.

—¿Qué?

—¿Por qué te está llamando a ti?

—Yo… no lo sé. Tendrías que preguntárselo a él.

—¿Es la primera vez que ha tenido contacto contigo?

—Sí— Dudé, frenándome antes de decir demasiado. Podría mentir, pero esa mentira se desmoronaría en cuanto tuviéramos a El Pintor bajo custodia. Una palabra suya y todo sobre mí sería puesto en duda. Demonios, incluso podría afirmar que estábamos trabajando juntos. —No.

La ceja de Brant se arquearon ligeramente. —¿Qué?

—Él… me dejó una nota en la escena del crimen con un número al que llamar.

—¿Y lo llamaste? —Brant se levantó ligeramente de su asiento mientras me lanzaba un reproche, luego se sentó y se pasó la mano por el pelo.

—Sí.

—¿Lo reportaste? ¿Lo grabaste? ¿Catalogaste la llamada de alguna manera?

—No.

—Maldita sea, Sarah.

—Lo sé—

—¡No, no lo sabes! ¿Tienes alguna idea de lo frágil que es este caso? Cuando era solo un asesinato, tenerte trabajando en él estaba bien porque apoyo la decisión de que las similitudes entre Belle y las víctimas de El Pintor eran circunstanciales en el mejor de los casos. Pero con esta segunda víctima, tenerte a ti, de todas las personas, en este caso pone todo el asunto bajo un microscopio. ¡Y ahora! —Su voz bajó hasta convertirse en un susurro—. Ahora me dices que has estado teniendo llamadas privadas con el asesino. ¿Tengo que decirte cómo se ve esto?

—¡Pero te lo he traído a ti! —Mi corazón latía con fuerza mientras las implicaciones de Brant se asentaban como una mano pesada sobre mi hombro—. Podemos rastrear la llamada e intentar descubrir cómo se coló en la red. ¡Incluso podríamos averiguar qué código de conexión usó, y eso nos diría de qué teléfono se apoderó!

—Estás fuera del caso.

Mi boca quedó abierta con las palabras atrapadas en mi garganta. —¿Qué?

—¡Estás fuera del maldito caso, Sarah! ¡Escúchate a ti misma! Esta es tu segunda llamada con el sospechoso y ni siquiera reportaste la primera. Y ni siquiera quiero saber cómo conseguiste una nota del asesino cuando nunca estuviste *en* la segunda escena del crimen, pero abre los malditos ojos y dime qué ves.

—¡No puedes pensar…!

—¿Que estás trabajando con él? —Brant se frenó al subir la voz y suspiró profundamente, inflando las mejillas—. No. Después de lo que pasaste, no pienso eso, pero otras personas no serán tan amables. Cuando la gente se entere de esto, cada pieza de evidencia que has tocado, desde aquí hasta Montana, será descartada. ¿No lo ves? Su defensa ni siquiera necesitará ser buena para mostrar lo mal que estás jodiendo este caso.

—¡Pero no he hecho *nada*!

—¿Y quién va a creerte cuando el abogado defensor presente tus llamadas —en un sistema interno, por cierto— como que le pasabas información a El Pintor o incluso manipulabas pruebas?

Su acusación me obligó a dar un paso atrás. —Brant, yo nunca haría eso. Me conoces. Conoces este caso.

—Lo sé —dijo Brant solemnemente—. Por eso te estoy sacando del caso con efecto inmediato. Cuanto antes te alejes de esto, antes podremos construir un caso sólido.

—Por favor, lo necesito. Necesito estar trabajando en esto. ¡Soy yo a quien está provocando, a quien quiere enfurecer! No puedes quitarme esto cuando soy la única que ha estado luchando por este maldito caso.

—No me importa. —Brant cogió su teléfono y marcó un número, presumiblemente para retomar la llamada que interrumpí—. Estoy intentando protegerte, Sarah, así que por favor. Entrega todo a otro detective y aléjate.

—¿Y si no lo hago? —El desafío surgió como un vómito.

Los dedos de Brant se detuvieron sobre el último dígito del teclado. —Si no lo haces, entonces me veré obligado a quitarte la placa. ¿Es eso lo que quieres?

25

ROCKY

Lo odio.

Creo que siempre lo he odiado. Simplemente no me había dado cuenta hasta ahora.

No hay amor en los ojos de mi padre cuando me mira, ni amor en mi propio corazón cuando escucho su voz. Si hay algo, es miedo. Miedo de que el hombre bajo el que vivo pueda decidir algún día que he cometido un error de más. Miedo de que no pueda proteger a las personas que me importan. Miedo de que no soy más que una herramienta para mantener a todos los demás en línea.

Después de todo, si Matteo Barati tortura a su propio hijo, entonces nadie más está a salvo.

Cada persona alrededor de la mesa que echa una mirada furtiva al yeso que envuelve mi brazo roto comparte la misma expresión. Aprehensión. Miedo de lo que les podría pasar ya que claramente yo no estoy a salvo.

Mi padre tomó mis acciones como una traición extrema, pero afortunadamente, dejó vivir a Sarah. Una decisión que tomó no por la bondad de su corazón, sino como un medio para controlarme. Le

mostré mi debilidad y ahora tiene control sobre ella. Un solo paso en falso de mi parte y será su cabeza la que caiga.

¿Cómo llegamos a esto? Quería mostrarle a mi padre que había una mejor manera de gobernar, una manera que nos hiciera más fuertes como familia y como organización. En cambio, él está tan aferrado a sus propias formas que cualquier cosa *diferente* es una traición y yo estoy equivocado incluso por intentarlo.

Mi corazón duele y mi mente divaga mientras las conversaciones sobre tratos, negocios y asociaciones se pierden bajo mis pensamientos constantes y repetitivos sobre Sarah.

No la he visto desde aquella mañana. Una mañana que comenzó como un sueño y terminó siendo una pesadilla. Intenté enviarle un mensaje a través de Evelyn, pero no estoy seguro de que Evelyn incluso entendiera mi mensaje críptico. Mantenerme alejado de Sarah la mantiene viva, pero se está convirtiendo en lo más difícil que he tenido que hacer. Quiero estar ahí para escuchar su risa y ver esa sonrisa. Demonios, incluso aceptaría que me gritara solo para escuchar su voz. Cada día que estoy lejos de ella es un día en que ese asesino podría quitármela para siempre.

Pero cualquier acción que tome es una sentencia de muerte para ambos.

—¿Y bien? —La voz aguda de Matteo corta mis pensamientos y de repente, todas las miradas están sobre mí, cargadas con el peso de la expectativa. Hay una respuesta que se supone que debo dar. Algún tipo de solución al problema presentado, pero no estaba escuchando y no tengo nada.

—El mercado negro de órganos es complicado —interviene una voz suave, y toda la atención se desvía brevemente hacia Domenico Del Prete, el asesor de mi padre. Un puesto decorativo en este punto ya que mi padre no toma consejos de nadie últimamente. Pero con unas pocas palabras, me dirige por el camino correcto y le agradezco con una mirada sutil.

—Complicado, sí, porque las viejas formas de hacer las cosas están muriendo. No podemos transportar órganos y pensar que no nos atraparán o tendremos problemas. Hoy en día, el valor reside en la rapidez con la que los llevamos de un cuerpo a otro. La forma más rápida de hacerlo es con una subasta en línea. Marcadores de posición para cada órgano con equipos en espera para el envío inmediato. Además… —Tomo un respiro calmante, manteniendo mi tono monótono— si queremos inundar el mercado y ahuyentar a la competencia, deberíamos incluir a los rusos.

—¿Por qué demonios haría eso? —pregunta Matteo con dureza—. No estoy aquí para llenar los bolsillos de otras familias.

—Claro. Pero compartimos el negocio de las drogas y por si lo olvidas, los rusos tienen acceso a los hospitales. Su trato con los irlandeses es para medicamentos farmacéuticos y tienen sus ganchos en todos los hospitales del estado. Así que inclúyelos antes de que se enteren de lo que estamos haciendo y simplemente se lo lleven por su cuenta.

—Me gusta esta idea —dice Domenico con calma—. Cortar un problema de raíz antes de que tenga la oportunidad de crecer. Podríamos usar más ideas así.

Un murmullo de acuerdo surge alrededor de la mesa y mi padre, después de lanzar una mirada fulminante hacia Domenico, asiente. —En efecto. No quiero que algún ruso piense que puede venir y llevarse lo que es mío.

Mi padre no tiene idea de lo afortunado que es de que Anastasia nunca lo escuche decir eso.

—Concertaré una reunión —Domenico se pone en pie y sale de la habitación, seguido por todos los demás tras un carraspeo intencionado de mi padre.

Estoy a punto de hacer lo mismo cuando él golpea la mesa con una mano y me mira fijamente. —Espera.

Al volver a sentarme, intento ignorar cómo mi corazón da unos latidos inquietos al quedarme solo con el hombre que consideró adecuado romperme los huesos como castigo. Fuera de esta finca, siento que puedo conquistar el mundo. Puedo ir a cualquier lugar y hacer cualquier cosa. Nadie ni nada se interpone en mi camino. Pero aquí, de repente vuelvo a tener nueve años, esperando el latigazo de un cinturón y una palabra cortante. No importa cuántas veces me diga que soy mejor de lo que él reduce que soy, nunca se queda grabado.

Siempre tendré nueve años.

—¿Bebida? —La silla de Matteo chirría al apartarse con un sonido áspero que me hace rechinar los dientes.

—No puedo —levanto la escayola—. Analgésicos.

—Un poco de alcohol no hará daño —responde mientras se acerca al carrito de bebidas y sirve dos vasos de whisky—. Bebe.

Todo es una prueba con él, y mientras coloca el vaso frente a mí, ya sé que suspender esta es inevitable. No planeo arriesgar mi vida mezclando alcohol y analgésicos, pero parece que eso es exactamente lo que me está retando a hacer. Como si tuviera que elegir entre sus órdenes y mi propia vida.

—No —digo secamente—. A menos que planees emborracharme a la fuerza… —aparto el vaso—. Sírveme algo más.

Matteo suspira profundamente y se coloca sobre mí, como una sombra inamovible. Bebe lentamente y traga de manera tan audible que el sonido húmedo de su garganta me revuelve el estómago de asco.

—Sabes —dice tras unos minutos de silencio—, me enorgullece verte finalmente asumiendo responsabilidades.

Mi corazón se acelera cuando se mueve, pero Matteo simplemente vuelve a su asiento. —¿Ah, sí?

—Ideas como esta subasta online son las que nos mantienen por delante de cualquiera que pretenda meterse en nuestro negocio. *Esa* es la clase de ingenio que espero de mi hijo.

—Es solo sentido común —respondo secamente—. No estamos en la Edad Media. Todo está en línea hoy en día y cada vez es más difícil de rastrear.

—Exactamente —inclina su vaso hacia mí—. Me alegra ver que finalmente has aprendido la lección.

Mi atención se dirige a la escayola blanquecina que envuelve mi brazo roto. He roto huesos en el pasado, pero esto fue diferente. Esto lo hizo adrede mi propio padre, y luego me negaron atención médica durante horas para que pudiera dejar clara su postura. Tan repugnante como fue el dolor —y aún lo es—, nada dolió tanto como mi padre inmovilizándome por el brazo roto en el suelo de la limusina mientras detallaba todas las cosas retorcidas que le haría a Sarah la próxima vez que me saliera del guion.

Aprendí la lección, desde luego.

Mi padre es inalcanzable. Es una figura arcaica de una época en la que el respeto se arrancaba a golpes, no se ganaba. Lo odio.

Lo odio.

—Sabes… —Me pongo de pie, me arreglo la camisa y lo miro directamente a los ojos—. Aceptas soluciones modernas para cosas como nuestros envíos de órganos. Respeto eso. Pero lo que no respeto es que no veas que podemos hacer más por nuestra gente y construir una familia más fuerte estando ahí entre ellos en lugar de dictar sus vidas desde oficinas estancadas.

El rostro de mi padre se oscurece como un cielo consumido por una tormenta y golpea su vaso con tanta fuerza que su preciado whisky salpica sus dedos. —Rocky—

—Buenas noches, padre.

La palabra sabe a ceniza y mantengo la cabeza alta mientras salgo de la sala de reuniones. Sé que no debería provocarlo. Con mi suerte, mañana me caerá la del pulpo como castigo o, Dios no lo quiera, Sarah terminará en peligro porque no puedo mantener la boca cerrada.

Pero estoy cansado. Estoy dolorido. Y estoy derrotado.

¿Qué más puedo hacer sino pinchar al oso hasta que acabe con mi vida? Aquí no tengo poder, no realmente. Él dejó eso muy claro. Solo soy su hijo, una bolsa para patear cuando quiere enviar un mensaje. ¿Qué clase de vida es esta?

Incluso irme implica el riesgo de que Matteo vaya directamente por Sarah. La idea de que le pase algo me revuelve el estómago y solo deseo escuchar su voz. Saber que está bien.

Joder.

¿Cómo se complicó tanto la situación?

Deambulo por la mansión hasta que la finca queda en silencio mientras aquellos con responsabilidades se retiran a la cama, dejándonos despiertos solo a mí y a un puñado de guardias que no me prestan atención. La mayoría ni siquiera me mirará a los ojos porque le temen a mi padre, y no puedo culparlos.

Mi deambular me lleva finalmente a la cocina, donde me coloco cerca del frigorífico y lucho con una mano con el frasco de analgésicos. Mi brazo roto late como un moratón bajo presión constante y varios pequeños puntos ocultos bajo la escayola pican como hormigas bailando sobre mi piel. Lo odio.

—Déjame —una mano cálida pasa por encima de mi hombro y toma el frasco de medicinas—. Domenico abre la tapa con facilidad y deja caer un par de pastillas en la palma de su mano—. Toma.

—Gracias —digo con brusquedad, cogiendo las pastillas que me ofrece y tragándolas sin agua. Se atascan en la parte posterior de mi

garganta y toso ligeramente mientras Dominico me alcanza un vaso de agua.

—Bebe.

Casi le digo que se vaya a la mierda, pero al final, me trago las pastillas con varios sorbos de agua fresca y bajan sin problema. —Gracias.

—¿Cómo está el dolor?

—¿Qué crees?

—Rocky.

—¿Qué?

—No soy tu padre.

—¿Y? La irritación se me hincha como un globo en el pecho y miro a Domenico con fuego en los ojos, pero en los suyos solo hay calma.

Porque eso es lo que siempre ha sido. Tranquilo. Quizás así es como ha sobrevivido siendo el asesor de mi padre durante todos estos años. Incluso ahora, parece que estamos discutiendo algo tan simple como el clima, y mi estómago se revuelve.

—Lo siento.

—No tienes que disculparte —Domenico me quita el vaso vacío—. Lo pregunto porque necesito saber si necesitas un ajuste en la medicación para el dolor. Fue una fractura limpia, pero fue tortuosa.

—Porque eso es lo que hace —murmuro suavemente—. Tortura.

Hay que reconocerle a Domenico que ha estado ahí para mí a lo largo de los años. Siempre una sombra silenciosa y tranquila para cuidar de mí después de los arrebatos de mi padre, e incluso para recibir algunos golpes él mismo. Sin embargo, hay algo que nunca he podido entender: por qué se queda. Y por qué mi padre no lo ha matado. Están cortados por el mismo patrón y crecieron juntos

desde niños, así que eso tiene que influirle a veces, pero no puedo conectar cómo dos hombres del mismo entorno resultaron ser tan diferentes.

Mi padre es un infierno furioso, mientras que Domenico es tan tranquilo como la marea de la mañana.

—Entonces, ¿cómo está el dolor? —Apoyándose contra la encimera de la cocina, Domenico fija la mirada en el yeso—. ¿Necesitas algo más fuerte?

Es demasiado fácil dejarme llevar por la irritación y desquitarme con Domenico, pero en cuanto nuestros ojos se encuentran, la culpa supera la irritación en mi pecho, así que niego con la cabeza. —No. Está bien. Estoy bien.

—No, no lo estás.

—No, pero tengo que estarlo. ¿Qué otra opción tengo?

—Siento no haber estado allí para absorber parte del calor.

—Has estado en Italia durante seis meses. No había forma de que lo supieras.

—Ojalá me hubieras llamado.

—¿Y te hubiera dicho qué? Oye, papá se está volviendo loco, nuestra gente está sufriendo, y me estoy enamorando de una policía. ¿Quieres venir a que te griten por mí?

—¿Estás enamorado de ella? —Una suave y comprensiva sonrisa se dibuja en los labios de Domenico.

—Yo... ya sabes a qué me refiero.

—Si te refieres a lo que dices, entonces seguro.

—Es... el amor es solo una forma de hablar. No es que... —Dejo la frase a medias, inseguro de si estoy intentando convencerme a mí mismo o a Domenico. Al principio lo había dicho como una forma

fácil de explicar la avalancha de emociones locas que Sarah me provoca, pero ahora que la palabra está en el aire, no estoy seguro.

¿Es eso lo que siento? ¿O es mi anhelo por ella lo que está amplificando todo lo que siento? El ruido en mi cabeza crece hasta niveles abrumadores, y parte de mi anhelo por ella es el anhelo de sentir su toque... y ese silencio.

—No estoy aquí para juzgar —dice Domenico en voz baja—. Estoy aquí para intentar restaurar el orden. Después de Noah, las cosas han ido en espiral, pero escuché que estábamos haciendo amigos. Los rusos. Los irlandeses. Después de la gala, esperaba que todo implosionara, pero Matteo simplemente usa eso como excusa para cerrar cualquier esperanza de expansión. Me sorprende que haya aceptado el trato de órganos con los rusos.

—Eso es porque le beneficia y mantiene a los rusos por debajo de él. Al menos, en sus ojos —Mi atención se desvía hacia mi yeso, y a pesar de saber que me dolerá más tarde, empiezo a juguetear con el borde del yeso cerca de mi pulgar.

—Quizás. En cierto modo, creo que él solo quiere lo mejor para ti, Rocky. Quiere asegurarse de que tengas una buena cabeza sobre tus hombros, y las influencias externas amenazan eso.

—Tonterías —Mis ojos se clavan en los suyos—. Sin mí, los irlandeses nos habrían eliminado por culpa de Noah. Habríamos tenido una guerra entre manos. Y ni siquiera tendríamos una línea de comunicación con los rusos si no fuera por mí. Nos está dando la oportunidad de un trato con los hospitales, y eso es gracias a mí y a lo que he hecho. Y se lo dije a mi padre, pero todo lo que él vio fue que actuaba a sus espaldas. No ve el bien que hago. Solo ve lo que quiere ver.

—Así que has hecho mucho por esta familia.

—Sí —sueno brusco—. Lo he hecho.

—Y las familias más pequeñas estarían de acuerdo con lo vocal que has sido sobre la justicia para Belle.

—¡Exacto!

—Entonces dime —Domenico se inclina de repente, y por primera vez desde que lo conozco, la calma parece ausente en sus ojos—. ¿Tienes las agallas para comprometerte con tus decisiones y luchar por lo que crees que es el camino a seguir para esta familia? ¿O vas a dar marcha atrás?

26

SARAH

Blanquean la muerte de Belle como un ajuste de cuentas entre bandas dos días después de que me aparten del caso. Intento luchar, pero Brant me calla con amenazas sobre mi puesto, y de repente, me siento como una especie de paria.

—¿Es culpa mía?

—¿Le fallé a Belle y a Kara? No puedo hacer nada para ayudarlas, nadie me escucha, y Brant actúa como si me estuviera haciendo un favor al asegurarse de que todo lo relacionado con El Pintor quede enterrado. Me trata como si el asesino fuera mi mejor amigo, lo cual duele porque ha visto mi expediente. Sabe exactamente lo que me pasó y, en lugar de ayudarme, lo usa para callarme.

—Quizás sea lo mejor. Tal vez soy un lastre y mi existencia solo servirá para ayudar a El Pintor si alguna vez llega a un tribunal. Quizás me ha estado tendiendo una trampa desde el principio, y esto es un juego absurdamente largo que abarca más años de los que me interesa recordar.

—La mayor ironía es que podría seguir investigando si estuviera con Rocky. Sus métodos venían con una libertad que me niegan y nadie

para detenernos. Pero él también se ha ido. Un fantasma que nunca existió.

—Le echo de menos.

—Busco su moto cada vez que voy al café a tomar mi café matutino. Busco su nombre en mis mensajes y su presencia en mi calle cuando camino a casa. Incluso lo busco en mis conversaciones, como si hubiera algo que pudiera decir que lo hiciera reaparecer en mi vida. Pero no hay nada.

—Me sumerjo en casos fríos y me entierro en datos para hacer parecer que acepto la decisión de Brant y que soy una detective modelo. Sé cómo ser sutil. Entre charlas junto al dispensador de agua, entrevistas con policías veteranos y horas pasadas en los archivos, intento echar un vistazo al detective a cargo del asesinato de Kara. Previsiblemente, también se inclinan por un ajuste de cuentas entre bandas, pero un pequeño juego de manos me consigue una copia del expediente y lo añado a la pila creciente en casa.

—Porque nada puede impedirme investigar a El Pintor. No puedo dejar que se escape de nuevo.

—No *puedo*.

—Cada noche, repaso cada detalle que he recopilado de Montana y cada pista de estas nuevas escenas del crimen, esperando que algo salte a la vista. El Pintor existe en estas páginas, oculto tras huellas dactilares borrosas, salpicaduras de sangre no identificables y declaraciones de testigos confusas. Está justo aquí y no puedo verlo.

—Mis noches terminan en la azotea con Iris en mi regazo y el corazón lleno de celos mientras observo a la pareja de enfrente bailar sin preocupaciones en el mundo. Es una paz que ansío. Y cuando cierro los ojos, Rocky está en mis brazos sosteniéndome mientras nos balanceamos al ritmo de la música que flota en la brisa.

—¿Cómo se convirtió esto en mi vida? ¿Cómo es que estoy de nuevo silenciada y sola, con nada más que pesadillas como compañía?

—Y entonces él comienza a llamar.

—El Pintor.

—Ni siquiera me pregunto cómo consiguió mi número personal, pero empieza a llamarme una vez por semana. La mayoría de las veces, se burla de lo impotente que soy frente a él. Otras veces, recuerda Montana, confirmando que este hombre es el verdadero y no un imitador. En otras ocasiones, simplemente se asegura de que no me haya rendido.

—Para él es un juego y yo soy el peón que mueve para su enfermo disfrute.

—Así que redoblo mis esfuerzos y, para cuando llega agosto, puedo recitar casi todas las pruebas al pie de la letra. Las repito una y otra vez en la ducha, desesperada por que algo haga que el asesino adquiera un rostro en mi mente. Discuto pequeños detalles con Bobby sobre café y pastel, y su perspectiva inocente sobre algunas de mis preguntas es extrañamente refrescante.

Y a través de todo, Rocky permanece en el fondo de mi mente.

Con su ayuda, estoy segura de que podríamos resolver esto.

Pero mi desesperación está creciendo y, en las noches más oscuras después de demasiados vasos de vino, me encuentro deseando otro cuerpo. Otra escena del crimen con pistas frescas donde, con suerte, El Pintor finalmente cometería un error. Fantaseo con ello hasta que mis sueños son una extraña mezcla de realidad y pensamientos ilusorios. Después de dos mañanas despertando convencida de que hay un tercer cuerpo, dejo de beber.

No me está ayudando.

Nada lo hace.

He pasado seis semanas en completo caos, dando vueltas en círculos alrededor de un caso que no tiene sentido. El Pintor es demasiado bueno. Si no me sintiera tan sola, le contaría a alguien sobre las llamadas, pero ahora mismo, es cada vez más probable que la única forma de obtener una respuesta sea si logro que El Pintor se reúna conmigo. Cara a cara, quizás finalmente obtenga algunas respuestas.

Y probablemente, mi muerte.

—*Miau*—. Iris salta al mostrador y frota su cuerpo contra mi brazo, sacándome de mis pensamientos y alertándome sobre la pasta que amenaza con desbordarse en cualquier momento.

—Mierda—. Bajando la temperatura, revuelvo mientras recompenso a Iris con una caricia lenta y masajeo mis dedos profundamente en su pelaje. Ella maúlla suavemente mientras ronronea profundamente, arqueando su espalda hacia mi mano para luego caer de lado y exponer su barriga.

—Mírate. ¿Estás compitiendo por un poco de espagueti? Sabes que no es para gatos, ¿verdad?

Iris, sin entender, maúlla de nuevo y estira una pata discreta hacia la sartén caliente. Sonriendo, le doy un suave toque en la pata hasta que la retira hacia su cuerpo.

—Gracias—, digo, luego suspiro. —Si todo lo demás fuera tan fácil. Si fueras un asesino, me confesarías, ¿no? Me dirías todo lo que quiero saber y ni siquiera intentarías hacerme sentir loca, ¿verdad?

Ella parpadea hacia mí con sus ojos gigantescos y profundiza su ronroneo, visiblemente feliz solo de escuchar mi voz.

—Eres adorable y no ayudas en absoluto.

Iris gorjea y luego se levanta de nuevo y salta del mostrador. Su cuenco de comida es mucho más interesante. Volviendo a mi sartén, bajo aún más la temperatura y gimo. Estaba tan distraída repasando

la línea de tiempo en mi mente que olvidé por completo cocinar algo que no fuera pasta. Supongo que un poco de mantequilla encima servirá.

Mientras me dirijo al frigorífico, las tablas del suelo crujen en lo profundo de mi apartamento, así que echo un vistazo al cuenco de Iris esperando verlo vacío. Pero ella está allí mismo y, en lugar de comer, sus orejas están alerta hacia la puerta mientras su pelaje se eriza hasta llegar a su increíblemente espesa cola.

Iris está aquí conmigo.

Las tablas del suelo crujen de nuevo y mi corazón salta hasta mi garganta.

Estoy sola.

Se supone que estoy sola.

De repente, un suave gruñido retumba en la garganta de Iris y ella se agacha hacia el suelo mientras las tablas del suelo crujen una vez más, esta vez mucho más cerca de la puerta de la cocina.

—¡Mierda!

Me abalanzo hacia el mostrador y agarro mi pistola de donde había tirado mi placa y cinturón después de llegar a casa del trabajo, apuntándola directamente hacia la puerta.

¿Dónde coño dejé mi teléfono?

Mierda. Está cargando en mi habitación.

¿Es El Pintor? ¿Se ha cansado de jugar y ha decidido que es hora de que nos veamos cara a cara?

¿Es algo más?

El gruñido de Iris se eleva a un chillido y ella corre bajo la mesa de la cocina. Aprieto el agarre de la pistola y, conteniendo la

respiración, avanzo lentamente hacia la puerta. Bajando la otra mano, agarro el pomo y me preparo, esperando.

En cuanto la puerta empieza a moverse, la abro de golpe y apunto mi pistola hacia la persona alarmada al otro lado. —¡Échate al maldito suelo o disparo!

—¡Espera!

—¡Al suelo antes de que te dispare, cabrón... ¿Rocky?

Rocky Barati se encoge de rodillas con ambas manos levantadas en el aire, jadeando. —¡Sarah! ¡Mierda santa, soy yo!

—¿Qué coño haces aquí?

27

ROCKY

—¡No dispares!

—¡Debería hacerlo! —grita Sarah, de pie sobre mí con la pistola a centímetros de mi cara—. ¿Qué coño haces entrando en mi apartamento?

—¡Necesitaba verte!

—¡Entonces llama! —vuelve a gritar—. ¡O usa el maldito timbre! Por un segundo, estoy seguro de que va a dispararme, y no la culpo. Escabullirme para verla después de tanto tiempo sin contacto y luego entrar a su apartamento para que nadie supiera que estoy aquí es bastante estúpido, incluso para mis estándares.

Pero no podía esperar más.

Tenía que verla. Parte de mi plan era solo mirarla e irme, pero debería haber sabido que Sarah no dejaría pasar algo así. Es demasiado astuta. Mientras me mira fijamente, un rayo de pelo erizado pasa corriendo junto a mí y se adentra más en su apartamento, entonces los hombros de Sarah se relajan y baja la pistola.

—Me asustaste.

—Lo sé. Lo siento. Fue estúpido, pero solo… —Me levanto y de inmediato tomo su mano—. Tenía que verte. Me estaba volviendo loco no poder hacerlo.

—Tu brazo —sus ojos permanecen fijos en mi brazo, recién liberado de la escayola hace menos de veinticuatro horas—. Pensé que estaba roto.

—Seis semanas es mucho tiempo —le aseguro—. Además, fue una fractura limpia, así que sanó rápido.

—Una fractura limpia —Sarah aparta su mano de la mía y se tapa la boca mientras suelta una risa sin humor—. Tu padre, él simplemente… Todavía lo puedo escuchar. Cuando cierro los ojos. Y luego nunca volví a saber de ti, así que pensé… —Su trago es audible—. Pensé que te había hecho algo, y yo solo…

—Estoy bien, Sarah —le digo mientras tomo su mano de nuevo y suavemente alejo la pistola de sus dedos, dejándola sobre la encimera mientras nos adentramos en la cocina—. Me mantuve alejado para intentar salvar tu vida, y lo estaba haciendo muy bien, pero entonces… Simplemente no pude más, y yo…

Me calla en un segundo al lanzar sus brazos alrededor de mi cuello y atraerme hacia un beso desordenado que es un choque de labios y dientes mientras mis palabras se ahogan contra su boca.

Mi mente se calma.

Hablar es cosa del pasado.

Lo único que importa es Sarah. De camino aquí, temía que hubiera seguido adelante. Que su deseo de estar conmigo de cualquier manera se hubiera apagado tras presenciar la crueldad de mi padre, o que hubiera recapacitado y se hubiera dado cuenta de que alguien como yo no debería estar en su vida. De alguna manera, tengo esta suerte.

Con una mano, abre mi camisa mientras retrocedemos contra la mesa de la cocina. Esta se desplaza un centímetro por el suelo, luego Sarah se sube a ella y rodea mi cintura con sus piernas. Tengo una erección. En segundos, ahoga los gemidos que surgen en mi garganta. La sigo porque yo soy el que vino a ella y, sean cuales sean sus reglas, estoy aquí para seguirlas.

Pero no puedo dejar de besarla. Cada presión de sus labios aviva el fuego que arde en mi vientre, cada caricia de sus yemas contra mi mejilla, cada suave tirón de mi pelo, cada roce de sus uñas contra mis hombros cuando baja mi camisa… todo me consume. La beso hasta que no me queda aire en los pulmones, luego trazo un camino desde su garganta hasta su pecho. Ella se inclina para quitarse la camiseta y luego vuelve a mis brazos, con una mano luchando por bajarme los pantalones.

Es rápido y desordenado, nacido de la desesperación y la anticipación después de no habernos visto durante tanto tiempo. Sabe como la recuerdo, y sin embargo, cada contacto es tan fresco como una brisa en una cálida mañana de primavera. Ella es aire y yo soy un hombre que se asfixia.

—¡Ay! —exclamo, jadeando, cuando su tirón impaciente de mi polla casi atrapa una zona muy sensible en la cremallera de mis pantalones.

Sarah se ríe contra mis labios y silencia cualquier otra queja al acariciar rápidamente mi polla, luego se mueve sobre la mesa para quitarse las mallas. Este material elástico cubre su cuerpo con un encanto seductor, pero al mismo tiempo es el tejido más irritante de quitarle. Se estira al engancharse en su rodilla y luego en un tobillo hasta que finalmente queda libre y yo vuelvo a sus brazos.

Ella tira de mi pelo y besa mi garganta, chupando y marcando justo debajo de mi mandíbula mientras aprieta sus piernas alrededor de mi cintura.

—Fóllame —ordena, arañándome la espalda y dejando una estela de fuego que lame mi piel.

Así que lo hago. Aparto sus bragas y me introduzco en su coño empapado en dos empujones, clavándome lo más profundo que puedo. Con una mano alrededor de su cintura y la otra apoyada en su espalda baja, nos acerco lo más posible mientras ella gime y susurra en mi oído. Mantiene una pierna enganchada alrededor de mi cintura mientras la otra cuelga de la mesa, y guía mis labios de vuelta a los suyos cuando empiezo a follarla.

La follo fuerte. La follo rápido. Derramo cada deseo y cada ansia *de ella* en cada empujón dentro de su cuerpo mientras ella se aferra a mí y susurra su placer contra mis labios entre jadeos y gemidos. Me destroza la espalda con sus uñas, me tira del pelo hasta que me duele el cuero cabelludo y se aprieta tanto alrededor de mi polla que a veces parece que nunca quiere soltarme.

Yo nunca *quiero* que me suelte.

Mi mente está en un silencio beatífico y mi corazón está lleno. La follo hasta que me duelen los muslos, hasta que me palpita la espalda y mis huevos están tan tensos que apenas puedo pensar con claridad. Pero me contengo para no correrme porque quiero oírla y verla primero.

—Vamos —jadea Sarah, sacudiendo la cabeza para intentar despegar algunos mechones de pelo pegados a su garganta sudorosa—. Joder, estoy tan cerca, ¡tan jodidamente cerca!

Mi mano se desliza entre nosotros y paso el pulgar sobre su clítoris hinchado, ajustando mi mano para que pueda frotarse contra ella entre mis empujones. Las caderas de Sarah inmediatamente se arquean hacia arriba y ella llega al clímax con un llanto prolongado y suave que tiembla con cada latido de su corazón. En el momento en que se aprieta alrededor de mi polla, me rindo a su placer y yo también me corro dentro de ella con un gemido, hundiendo mi cara

en su garganta caliente donde su pulso aletea rápidamente contra mis labios.

Joder.

Joder… *joder*.

Mis empujones se ralentizan, y Sarah se deja caer de nuevo sobre la mesa con el pecho agitado. Está jadeando, su piel brilla y su sujetador torcido sobre su cuerpo, pero sonríe.

—Hola —dice sin aliento después de unos segundos.

—Hola —respondo.

—¡Oh, no! —Sarah se incorpora de repente, liberándose de mi agarre, y mi polla se desliza fuera de ella en un cálido chorro. Se lanza hacia una cacerola burbujeante justo cuando las burbujas se derraman por el borde, retirándola del fuego justo a tiempo. Con un gemido, tira la cacerola al fregadero y luego lleva una mano a su abdomen—. Tenía ganas de eso.

—¿Qué era? —pregunto, metiéndome lentamente de nuevo en los vaqueros.

—Pasta.

—Déjame pedir pizza.

Sarah recoge sus mallas del suelo y asiente, pasándose una mano por el pelo. Luego se acerca a mí y se encarga de subirme la cremallera de los vaqueros.

—Vale. Tengo vino. Y luego puedes decirme por qué estás aquí.

—Es fácil —digo, cogiendo su barbilla entre mi pulgar y mi índice—. Estoy aquí porque no soporto estar lejos de ti por más tiempo.

—¿Es esa la única razón? —pregunta mientras se ajusta la tiranta del sujetador.

Me conoce demasiado bien.

—No —digo suavemente—. No es la única. Yo… Sarah. Necesito tu ayuda.

Ella pasa a mi lado y abre la nevera, saca una botella de vino. Luego me hace un gesto para que la siga con un dedo largo—. Ven. Bebemos y hablamos.

28

SARAH

—Siento que debería empezar con una disculpa de la hostia.

Rocky acepta el asiento que le ofrezco en el sofá y se coloca una pierna debajo del cuerpo, luego coge la copa de vino que le tiendo. Iris pasa como un rayo por el salón y desaparece bajo la mesa, gruñendo suavemente en dirección a Rocky.

—Qué gato más mono.

—Gracias. Pero espera, ¿por qué te disculpas? —Mis extremidades se sienten relajadas. Estoy más tranquila de lo que he estado en semanas, aunque no sé si es por la presencia de Rocky o por el hecho de que acaba de follarme encima de la mesa de la cocina. Sentada en el extremo opuesto del sofá, me sirvo mi propia copa de vino mientras observo a Rocky beber el suyo.

—Seis semanas es mucho tiempo. Debería haber llamado. Debería haber hecho algo para...

—Déjame que te interrumpa ahí. —Dejo la botella a un lado y estiro una pierna hasta que mi pie descansa sobre el muslo de Rocky—. Esa mañana cuando apareció tu padre... estaba aterrorizada. No solo por mí, sino también por ti. Todo lo que creía saber sobre él y

cómo funcionaba tu mundo se fue al traste cuando te rompió el brazo. —El estómago se me contrae—. Todavía lo oigo cuando cierro los ojos. Cuando me dejó tirada al borde de la carretera, estaba tan asustada de que no volviera a verte con vida. —El vino no hace nada por calmar el cosquilleo que sube por mi garganta, como si la bilis intentara salir—. Y luego, una semana después, recibí un mensaje de Evelyn y supe que estabas vivo.

Rocky permanece en silencio unos minutos, mirándome como si estudiara cada detalle de mis emociones que estoy demasiado cansada para ocultar. —Él... ¿te haría sentir mejor si te dijera que siempre ha sido así?

—¡No! —Me inclino hacia delante y le doy un toque con los dedos del pie—. Eso es horrible.

—Así es la vida. —Se encoge de hombros—. Aunque es la primera vez que me rompe un hueso personalmente. —Rocky levanta el brazo y flexiona lentamente el codo—. Supongo que fue mi llamada de atención. Sabía que las cosas estaban mal. Durante el último año más o menos, lo he visto alejarnos cada vez más de todos. Nuestro mundo solo funciona si la gente bajo su mando nos da el respeto que necesitamos. Y normalmente lo hacen por miedo o lealtad, pero mi padre ha gobernado con el miedo tanto tiempo que la gente ya no tiene miedo. Así que he estado intentando arreglarlo construyendo relaciones, pero él solo ve que estoy de juerga.

Ahí está, el verdadero Rocky Barati al descubierto.

En la superficie, sí parece un hombre que no reconocería la responsabilidad si le mordiera el culo, y pensé que era un tipo de playboy, pero en el fondo no lo es. Es un hombre que se preocupa y usa su actitud relajada para hacer que la gente se sienta cómoda, para que le dejen entrar y confíen en que hará lo correcto.

—Pero tu brazo —digo en voz baja—. Te hizo eso y ¿te quedaste?

Rocky se encoge de hombros y bebe. —Al fin y al cabo es mi familia. Necesitaba tiempo para recuperarme y asegurarme de que no me pondría una bala entre los ojos, y luego pensé que podría hacerle ver realmente lo que estaba haciendo. Pero está tan aferrado a sus costumbres que cualquier cosa que sugiero la ve como una amenaza. Incluso su asesor, Domenico, lo está pasando mal.

—¿Quién?

—Domenico Del Prete.

—Espera, ¿el tipo de la Cervecería Del Prete?

Rocky se ríe. —Olvidé que así lo conocerías. Pero sí.

—¿Y es el asesor de tu padre?

—Cualquiera que esté al mando tiene uno, si es inteligente. Para la gente, parece que tienen a alguien que los mantiene a raya, pero en realidad es solo una forma de hacer las cosas cuando no puedes mostrarte en todas partes. Domenico es como un segundo padre para mí. Al menos me ha mostrado más afecto que mi padre de sangre. Lleva años siendo el muro contra el que mi padre se estrella. Volvió de Italia hace más de un mes para intentar controlar a mi padre, pero las cosas han sido... —Rocky deja la frase en el aire y niega con la cabeza—. Está librando una batalla perdida. Y si no tengo cuidado, no va a quedar mucha familia para mí. Pero esa no es la única razón por la que estoy aquí, porque de verdad quiero disculparme.

—Y ya te he dicho que no es necesario. —No puedo esperar una disculpa cuando el propio padre de Rocky es capaz de romperle los huesos para mantenerlo bajo control. Ese tipo de monstruo no se aplaca con palabras—. No es que no esté loca de contenta por verte, que es totalmente el vino el que habla, pero no quiero que te hagan daño por mi culpa.

—Esta es mi elección. —La cálida mano de Rocky descansa en mi tobillo y lo masajea con suavidad—. No he podido dejar de pensar

en ti desde el casino y seguía preocupándome de que hubiera pasado demasiado tiempo. De que algún otro extraño te hubiera arrebatado.

—No ha habido motoristas sexys que hayan parado a salvarme la vida últimamente, si es a eso a lo que te refieres. —Me río suavemente y la tensión burbujeante en mi pecho da paso al calor del cariño—. Así que, ¿te escapaste para verme?

—Mmm. —Rocky vacía su vaso y suspira, chasqueando los labios—. Uno, porque necesitaba verte antes de explotar. Y dos… los asesinatos.

Oh. Cierto. —Ya no estoy en ese caso.

—¿Qué? —dice, sorprendido.

—Mi capitán me apartó. El caso de Belle está cerrado. —Me inclino hacia adelante—. ¿No te lo dijeron?

Rocky niega con la cabeza. —Me importa una mierda lo que digan. Para nosotros no está cerrado. ¿Cómo puede estarlo cuando hubo un segundo asesinato?

—Estaba demasiado involucrada en el caso y, eh… el asesino me llamó de nuevo.

—¿Qué? —pregunta, alarmado.

—Muchas veces, de hecho. Se asegura de que siga nerviosa. Por eso tenía mi pistola preparada.

—¿Pensaste que era yo quien venía a por ti? —pregunta, confundido.

Una risa seca y quebradiza me escapa. —No tienes ni idea. En fin, mi capitán me apartó del caso y lo cerró porque mi implicación impediría una condena.

—¿Porque trabajaste en él también en Montana? —pregunta, interesado.

—Algo así. Así que mi camino es un callejón sin salida, lo siento. No sé cuánta ayuda puedo ofrecer.

—Pero no te has rendido —dice Rocky—. Te conozco. Esto es importante para ti. No hay manera de que te rindas. Dijiste que necesitabas enmendar tu error y hacer justicia por su última víctima en Montana. No hay manera de que simplemente te hayas apartado, ¿verdad?

—¿Soy tan obvia? —Me río suavemente.

—Yo diría apasionada. —Rocky sonríe cálidamente—. Pero mi padre… intenté hacerle ver la razón, pero se niega a entrar en el siglo XXI, así que he decidido que voy a hacer esto por mi cuenta. Resolveré el caso, haré justicia por Gio y demostraré a todas las familias que dependen de nosotros que me importan. A la mierda mi padre. Así que, si estás en la misma línea de pensamiento, tal vez podríamos… —Su sonrisa se vuelve un poco arrogante y aprieta suavemente mi tobillo.

¿Cómo puedo decir que no?

—Vamos. —Me levanto del sofá y hago un gesto a Rocky para que me siga. Lo hace, esquivando a Iris, que sigue bufando agresivamente ante su presencia. Nunca ha sido buena con los extraños.

Rocky me sigue hasta mi pequeño estudio, donde cada detalle del caso está desplegado en las paredes y el suelo, desde Montana hasta Nueva York.

—Tienes razón —suspiró—. No puedo rendirme.

—Joder… —Rocky deja su vaso vacío sobre una mesa llena de papeles y se acerca a la pared—. ¿Esto es todo?

—Todo lo que he podido conseguir. Cada víctima, cada ubicación, cada pista que dejó atrás. Cada foto de las máscaras de maquillaje que nos dejó. Las vidas de todas sus víctimas… todo.

—Qué puto psicópata. He visto algunas cosas en mi vida —murmura Rocky—. La mafia atrae mentes retorcidas hasta cierto punto, pero esto… —Extiende la mano con cuidado para tocar algunas de las fotos y sigue algunos hilos rojos entre las pistas, pero sus movimientos son vacilantes. Como si su mera presencia pudiera alterar lo cuidadosamente que tengo todo organizado.

Un silencio pesado cae mientras Rocky va uniendo las piezas en su mente mientras camina lentamente por la habitación. Iris se une a nosotros y salta al alféizar de la ventana, observando a Rocky con su gruesa cola moviéndose de un lado a otro. Rocky absorbe cada gota de información hasta llegar a una fila de fotos pegadas en línea recta. —¿Quiénes son estos?

—Todos los detectives que trabajaron en el caso en Montana.

—¿Tenías diecisiete policías en esto?

—Detectives —corrijo—. Y sí. Era un caso enorme. Técnicamente todavía lo es.

—Entonces, ¿por qué está tan obsesionado contigo? Quiero decir, el asesino. De todos, ¿por qué te siguió por todo el país? —Rocky me mira por encima del hombro con las cejas fruncidas—. ¿Es por tu error?

Mi secreto pende de la punta de mi lengua. Con un golpe de adrenalina, mi corazón comienza a latir como un poderoso tambor contra mis costillas y la sangre corre tan rápido a mi cabeza que un mareo me invade. Me apoyo en el banco y asiento lentamente.

—Sí.

La áspera tensión en mi voz hace que Rocky se gire hacia mí, la preocupación extendiéndose por sus ojos. —¿Sarah?

—Yo… está obsesionado conmigo por lo que hice.

—¿Qué hiciste? —Rocky da un paso más cerca hasta que levanto la mano, obligándolo a retroceder.

—Escapé —susurro con voz tensa—. Fui su última víctima. La p… persona por la que quiero justicia soy yo.

29

ROCKY

—¿Qué? —Mi voz suena demasiado alta incluso para mis propios oídos, casi ahogada por los repentinos y fuertes latidos de mi corazón.

Las palabras de Sarah quedan suspendidas en el aire entre nosotros mientras ella se aparta de mí y se concentra en algo más allá de la ventana. Su gato se mueve por el banco y maúlla suavemente, como si pudiera detectar el repentino cambio oscuro en el ambiente.

¿Qué quiso decir con que fue su última víctima? Ella está viva, de pie frente a mí. ¿Cómo puede ser posible?

—¿Sarah?

Ella no me mira. Ambos brazos se envuelven alrededor de su cuerpo y su cabello cae sobre su hombro mientras su cabeza baja, ocultando su rostro de mi vista.

—Sarah, dijiste que su última víctima murió. ¿Cómo es que tú…?

—No lo dije, en realidad —dice en voz baja—. No dije nada.

—La implicación era bastante obvia.

—Lo sé.

El silencio vuelve a caer. ¿Qué hago? ¿Me acerco a ella? ¿Me quedo aquí y espero que me hable? ¿Puedo siquiera hacerle preguntas?

Demasiados pensamientos se mezclan, y entonces Sarah comienza a hablar y todo en mi mente se silencia.

—Me raptó de una discoteca cuando estaba celebrando con unos amigos del trabajo. Era un cumpleaños. Sabíamos que él seguía ahí fuera, pero por alguna razón, pensamos que estaríamos a salvo. Yo pensé que estaría a salvo. No encajaba en el perfil de edad, supongo, así que fui arrogante. Demasiado confiada. Además, ¿qué clase de asesino en serie elige como objetivo a los policías?

Su voz es dolorosamente plana mientras habla y sus palabras suenan extrañamente distantes, como si intentara separarse del recuerdo. No la culpo.

—Resulta que estaba enfadado con nosotros por no atraparlo. O al menos, estaba enfadado porque no le dábamos la atención que merecía. Quería aparecer por todas partes, pero estábamos reduciendo intencionadamente sus crímenes para comprobar si estaba impulsado por el ego. No sé por qué me eligió a mí. Quizás fue porque fui la primera en salir del bar para tomar un poco de aire. O ya me había elegido antes y solo estaba esperando el momento adecuado. No tengo ni idea. Pero me golpeó en la cabeza y lo siguiente que recuerdo es despertar desnuda, atada a una camilla quirúrgica.

Su voz tiembla y avanzo un paso, pero algo me impide acercarme a ella. La forma en que habla y el hecho de que no pueda mirarme me dice que tocarla sería lo peor. Pero mis brazos anhelan abrazarla y asegurarle que está a salvo, que está bien.

Palabras que probablemente no tendrán el efecto que deseo.

—Me mantuvo despierta durante seis días enteros. Me cortó como si fuera una especie de muñeca, me vistió, me hizo fotos, me

atormentó. Cada vez que pensaba que estaría a salvo durmiendo, me inyectaba algo que me despertaba de nuevo. Estaba *constantemente* activada a pesar de estar tan agotada, y no podía hacer nada. No podía escapar, no podía luchar. Y sabía lo que venía. Había estudiado los casos uno por uno. Sabía cada detalle. Incluso sabía con qué cuchillos me haría daño.

Las cicatrices de Sarah. Guardaban tanto misterio y ansiaba preguntarle, pero ella se apartaba con tanta violencia cada vez que las tocaba que las acepté como un tema prohibido. Todos llevamos cicatrices, y dado su trabajo, razoné que era algo natural considerando lo temperamental que puede ser.

Pero la verdad es mucho más oscura. Ella no se ganó esas cicatrices en el cumplimiento del deber. Se las ganó a manos de un psicópata que disfruta secuestrando y torturando a mujeres jóvenes. De repente, la actitud espinosa de Sarah cobra mucho más sentido, al igual que su determinación de hacerlo todo según el libro y asegurarse de que los criminales vean el interior de una celda. Ella quiere que las cosas se hagan correctamente porque, por alguna razón, este cabrón sigue libre.

—Me trató como a todas las demás, pero no paraba de decirme que yo era especial. Me pregunto si les decía lo mismo a las otras chicas. No sé por qué me mantuvo despierta todo el tiempo, pero estaba empezando a ver cosas. Estaba tan cansada y tan alerta que era doloroso. Y entonces empezó a cortarme, me dijo que iba a recordarlo en la otra vida, y en la siguiente.

—Todas tus cicatrices —digo suavemente.

Sarah de repente me mira con lágrimas brillando en sus ojos y su labio inferior tembloroso. Levanta su camiseta y pasa la mano por las cicatrices elevadas en su abdomen. —Aquí usó un escalpelo y me habló sobre las maravillas del parto. Habló de cuánto disfrutaba saber que cada vida que quitaba apagaba el futuro de todos los hijos que esas mujeres podrían tener. Y esta… —Sus ojos bajan hasta su estómago y traza una línea justo debajo de su ombligo—. Estaba

segura de que me iba a abrir y a meterse dentro, pero no hizo más que cortar de un lado a otro hasta que ya ni siquiera dolía. Era solo… sensación.

El impulso de cubrir su mano con la mía surge como una ola gigante, pero me obligo a quedarme donde estoy. Está derramando su dolor con gruesas lágrimas pegadas a sus pestañas, y aunque cada célula de mi cuerpo grita por consolarla, no puedo. No hasta que me invite.

—En mi espalda, habló de cortar mi columna vertebral, pero se quejó de que llevaría demasiado tiempo. Y las cicatrices en mis hombros son de sus intentos de grabar su nombre en mi piel, pero estaba demasiado ansioso y lo arruinaba. Y luego, al sexto día, finalmente me sedó. Sabía lo que iba a pasar.

Sus ojos atormentados se encontraron con los míos, con las pupilas casi duplicadas debido a las lágrimas. —Cuando desperté, levantó un espejo y me mostró cómo se veía mi cara toda pintada. No podía moverme. Recuerdo que me esforzaba tanto, pero nada respondía. Estaba gritando dentro de mi propia cabeza sin salida. Y entonces me abrazó y envolvió mi cara en ese maldito plástico y tuve que… tuve que mirarlo fijamente mientras mis pulmones ardían y me asfixiaba. No podía… —Cierra los ojos brevemente y ambas manos se aferran a su camiseta—. ¿A–Alguna vez has oído hablar del efecto Lázaro?

Niego con la cabeza, sin confiar en mi voz.

—Es un fenómeno médico conocido como autorresucitación, cuando alguien declarado muerto puede de repente mostrar signos de vida, generalmente unos diez minutos después de que alguien administra RCP. —Sarah contiene un sollozo—. Yo *morí* en ese lugar y él escapó pensando que había hecho otro asesinato limpio. Mi equipo llegó quizás un minuto después, simplemente llegaron demasiado tarde para atraparlo. Intentaron reanimarme, pero no pudieron. Y entonces, de alguna manera, volví. Desperté. —Se ríe, pero no hay humor en su risa—. ¿Y sabes qué me preguntaron?

Nuevamente, niego con la cabeza.

—Dijeron: *Sarah, pasaste seis días con él. Sabes cómo es, así que finalmente podemos atrapar a este tipo*. ¿Y sabes qué les dije? —Gruesas lágrimas caen por sus mejillas mientras todo su cuerpo tiembla—. No me *acuerdo*.

No puedo contenerme más. En cuanto Sarah solloza, me lanzo hacia adelante y la encierro en mis brazos lo más fuerte que puedo. Ella se resiste brevemente y luego se desploma en mi abrazo, llorando contra mi hombro y repitiendo esas palabras una y otra vez.

—¡No me acuerdo!

—Dios mío, Sarah. Lo siento mucho. Lo siento muchísimo.

—No —jadea, levantando la cabeza—. No lo hagas. Porque yo soy la razón por la que él sigue ahí fuera, caminando y matando. Yo soy la razón por la que no está entre rejas. Porque no recuerdo cómo es. ¡Pasé seis días con él y su cara es solo un agujero vacío en mi mente!

—No puedes culparte por eso, Sarah. Fuiste secuestrada y torturada por un maníaco durante *días*. Te mató, por Dios. Ni siquiera puedo… El trauma de eso es inimaginable.

Se ríe con la voz entrecortada contra mi hombro. —Pasé *dieciocho meses* en terapia intentando desenterrar todo sobre esos seis días. Probé terapia del sueño, hipnosis, incluso terapia de regresión para obtener el más mínimo detalle, pero no… no pude. ¡No pude hacerlo!

No tengo las palabras adecuadas. Nada en mi mente suena remotamente lo suficientemente bien como para consolarla o tranquilizarla de que la culpa que lleva es injustificada. Con todo lo que pasó, es dolorosamente comprensible por qué su mente bloqueó los detalles de su asesino.

Su *asesino*.

Ella murió a manos de ese cabrón.

No es de extrañar que esté tan obsesionado con ella. Ella es la que escapó.

—Sarah, escúchame —le digo.

Ella levanta lentamente la cabeza, y yo sostengo sus mejillas húmedas con ambas manos.

—No puedo comprender lo que pasaste. El dolor y el trauma están más allá de cualquier cosa que yo pueda siquiera entender, y lo siento muchísimo que hayas sufrido. Pero tú no tienes la culpa. Toda esa charla que me diste sobre cómo él sigue ahí fuera, matando por un error que cometiste. Sarah, tú eres su *víctima*. El simple hecho de que estés viva es algo milagroso, pero tú no tienes la culpa de él, ¿entiendes?

—Si me hubiera acordado de su cara —me susurra Sarah—, Belle estaría viva. Kara estaría viva.

—Tal vez —respondo con voz tensa—. Pero no lo sabemos. Todos los demás que han trabajado en este caso, que lo han visto en la calle o han sido testigos de los secuestros anteriores, podrían haber dado más detalles sobre su cara. Las cámaras de seguridad o incluso un mejor trabajo policial podrían haberlo hecho. Si hubieran llegado antes o hubieran hecho su trabajo como es debido, entonces tú no habrías— —Mi garganta se cierra por un momento—. No mereces cargar con esta culpa. Eres una víctima, no una culpable. Esta culpa de superviviente no es tuya.

—Pero si me *hubiera acordado…* —Sus ojos se cierran, y yo acuno su cabeza contra mi pecho mientras sus sollozos suaves se convierten en algo más profundo y doloroso.

Seis años de agonía brotan de ella, y la sostengo con la fuerza que me atrevo a aplicar. No puedo imaginar el trauma por el que pasó, solo para despertar y enfrentarse a la abrumadora expectativa de recordar el rostro de su torturador. Alguien que la traumatizó tanto

que bloqueó su rostro de su mente, para luego cargar con eso durante años bajo el peso de esta culpa.

Subestimé a Sarah desde el principio.

Sus dedos se aferran a mi camisa, su cabeza se entierra contra mi pecho, y se aferra a mí mientras llora. Las notas de dolor y pena en cada sonido roto que escapa de ella son como cuchilladas en mi corazón. Quiero meterme dentro de ella y sacar su agonía con mis propias manos, reemplazarla con lo que sea que pueda darle para que se sienta mejor.

Pero nada lo hará.

No mientras este cabrón la esté burlándose desde la seguridad de saber que ella no puede recordarlo. Él la siguió hasta aquí para jugar con ella.

Voy a matarlo.

No sé cómo, pero esto ya no se trata de vengarme por Gio. Voy a destrozar la ciudad buscando a este cabrón y quemaré hasta el último edificio si es necesario.

—Lo siento —digo suavemente, mis labios presionados contra la parte superior de su cabeza—. Atarte en el casino debió haber sido aterrador, así que lo siento muchísimo por eso. Si lo hubiera sabido, nunca habría—

—No podías saberlo —responde Sarah con voz ronca—. Nadie lo sabe, no realmente. Fuera de mi equipo.

—Aún así. Siento haberte hecho eso. —Cuando levanta la cabeza de mi hombro, sujeto su mejilla mojada y le seco algunas lágrimas suavemente—. Pero te prometo, Sarah. Estoy aquí. No te va a pasar nada más, ¿me escuchas? Te protegeré. Y lo atraparemos. Te lo juro. Estás a salvo conmigo.

Sus ojos se mueven lentamente entre los míos, brillando como dos gemas relucientes. Le acaricio la mejilla una vez más y le limpio

unas cuantas lágrimas.

—Te lo juro, Sarah. Te protegeré.

—Lo sé —murmura, mirándome y sollozando—. Lo sé.

Sarah de repente se inclina y me besa. Mi instinto es retroceder porque no quiero cruzar ningún límite del que no esté al tanto, pero su beso es diferente de los otros que me ha dado antes.

Carece de esa mordaz hambre que alimentó nuestros besos anteriores o cualquier beso que me haya dado en el pasado. Es más lento y profundo, como si estuviera intentando tejer un poema secreto contra mis labios que solo yo puedo escuchar.

No hay fuego ni lujuria. En su lugar, hay algo más profundo.

Deslizo mi mano hasta su cuello y sostengo su mandíbula, luego le devuelvo el beso.

30

SARAH

Me besa como si estuviera hecha de cristal, como si fuera la cosa más preciada que haya tenido jamás entre sus brazos, y eso hace que mi corazón se eleve.

Esto es lo que quiero.

Esto es lo que necesito.

Cada parte de mí se siente como si estuviera hecha del cristal más frágil, como si haber dejado salir mi corazón me hubiera robado toda la fuerza que tenía para mantenerme unida. Así que Rocky lo hace por mí. Me levanta y me abraza contra su pecho, manteniendo el beso más suave que he recibido en mi vida. Dejamos atrás el estudio y lo guío hacia el dormitorio, donde me tiende sobre la cama. Justo cuando está a punto de separarse, apoyo la palma de mi mano en su mejilla.

—No me dejes —susurro, mirándolo profundamente a los ojos. Tengo miedo de que en el momento en que se marche, me haré añicos en mil pedazos y no tendré la fuerza para reconstruirme. No otra vez. Ese monstruo me arrebató tanto y he pasado años manteniendo todo a distancia, incluida la verdadera intimidad.

Ahora Rocky está aquí y, más allá del dolor que entumece la mente, solo hay una cosa que quiero.

Sentir.

Solo una vez.

Quiero sentirlo todo.

—Nunca me iré —susurra Rocky, arrastrándose sobre mí y uniendo de nuevo nuestros labios en un beso tierno.

Todo comienza y sigue siendo suave. El toque delicado de sus manos contra mi piel mientras me abraza contra su cuerpo cálido. La forma tierna en que sus labios masajean y se mueven contra los míos. El lento movimiento de su cuerpo al alinear su torso y piernas con los míos. Todo es suave y lento, y casi hace que las lágrimas vuelvan a brotar en mis ojos.

No merezco que me abracen así. No merezco que me cuiden.

Cada beso que Rocky me da me dice que, en realidad, sí lo merezco.

Besa mi mandíbula y deja un rastro de mordiscos de amor por mi cuello. Cuando meto la mano bajo su camisa y acaricio su cuerpo, no tardo en encontrar las dos pequeñas cicatrices de donde recibió los disparos en la espalda en la gala. Cicatrices de heridas que casi le quitaron la vida. Mis yemas de los dedos se detienen allí y los ojos de Rocky se encuentran con los míos, rompiendo el beso para deshacerse de su ropa. Cuando vuelve a estar sobre mí, me besa profundamente.

—Prueba de mi supervivencia —dice con voz baja, luego su palma roza las cicatrices en mi bajo vientre y lucho contra el impulso de apartarme—. Prueba de la tuya.

Tiene razón, pero mi desconexión de ellas es tan fuerte que cuando Rocky baja por mi cuerpo y presiona sus labios contra la larga y delgada cicatriz debajo de mi ombligo, no siento que me esté

besando. Es como si lo viera besar a alguien más, a alguien que ni siquiera forma parte de este momento.

Hasta que besa otra cicatriz.

Y luego otra.

Cada cicatriz que cubre mi cuerpo, cada detalle que ese monstruo dejó atrás, es devorado por Rocky. Me besa lentamente, lame aún más despacio y mordisquea cada cicatriz como si las estuviera eliminando y reconstruyendo con sus dientes. Por mi abdomen, las pocas alrededor de mis costillas, incluso las de mi espalda reciben lo que parece horas de atención tierna cuando me da la vuelta. Localiza y ama cada cicatriz que encuentra en mi cuerpo hasta que quedo jadeante y retorciéndome.

Y puedo sentirlas. Cada una. El entumecimiento que ha existido dentro de mí durante años es reemplazado por un anhelo palpitante y ardiente mientras mi piel canta con cada mordisquito de amor que Rocky decora sobre mi piel. Luego me besa profundamente, nuestras bocas bailan en un círculo lento y perezoso.

Luego está entre mis piernas y se introduce dentro de mí hasta que nos convertimos en uno.

—Rocky —gimo suavemente, colocando una mano sobre su corazón mientras la otra rodea su cuello.

—Estoy aquí —susurra sin aliento—. Siempre voy a estar aquí.

Rezo para que lo diga en serio. En unos pocos meses, el hombre que odiaba se ha convertido de repente en lo único que me mantiene unida. Estaba hecha añicos, apenas manteniéndome en una pieza, y ahora Rocky me tiene. Cada beso, cada toque, caricia y roce, todo está poniendo poco a poco una pieza frágil en su lugar hasta que estoy casi completa. Incluso su polla, profundamente enterrada dentro de mí, trae tal sensación de amor abrumador y paz que las lágrimas que hormiguean en las comisuras de mis ojos son de adoración y un sentimiento abrumador de amor.

Nos movemos como uno, balanceándonos de un lado a otro con apenas una pulgada de espacio entre nosotros. No hay empujes frenéticos, ni mordiscos y arañazos como de costumbre. Solo estamos nosotros, entrelazados y unidos como uno. Compartimos el mismo aire en el espacio entre nuestros labios, compartimos las mismas ondas de placer que nos recorren en una sola ola. Rocky se mueve dentro de mí, yo me balanceo hacia atrás, y nos damos la vuelta hasta que estamos enredados en las sábanas y no puedo distinguir dónde termino yo y dónde comienza Rocky.

Solo estamos… nosotros.

Llegamos juntos con gemidos ahogados y quejidos suaves y desesperados que suenan más como si nuestras almas tomaran su primer aliento. Mi orgasmo es tan intenso que todos los músculos de mi cuerpo se tensan y mi mente se queda en silencio. No hay nada más que la oleada de calor dentro de mí, proveniente de la polla de Rocky, y la onda de placer abrumador que recorre mi núcleo. Una y otra vez, ola tras ola de éxtasis nos consume. Rocky me besa como si fuera su única fuente de aire, y lo abrazo tan fuerte como mis brazos me lo permiten.

Esto… es paz.

~

ROCKY SE HA IDO cuando me despierto a la mañana siguiente. Las sábanas frías a mi lado provocan un latido de ansiedad hasta que toco el borde de una nota escrita a mano. Entreabriendo un ojo, leo la carta que Rocky dejó y luego me siento en la cama, ya que ninguna palabra realmente llegó a mi mente. Iris gorjea entre mis piernas y se estira sobre mi regazo, acurrucándose mientras me froto los ojos para aclararlos.

Sarah,

Despertarte sola después de anoche probablemente se sienta como un insulto, o como si algo estuviera mal, pero te juro que todo está bien. Solo tuve que escabullirme de regreso antes de que mi padre notara que faltaba, y estabas durmiendo tan profundamente que despertarte me pareció terriblemente egoísta.

Quise decir todo lo que dije anoche. Estoy aquí para ti.

Estás a salvo conmigo.

Te llamaré cuando pueda.

Rocky

Como cartas, es bastante dulce y Rocky ha garabateado un puñado de besos en la parte inferior. Despertarme con él sería mejor, pero solo el pensamiento de su padre hace que mi estómago se revuelva.

Rocky sabe la verdad ahora. Lo sabe todo.

Sabe sobre mi tiempo con el asesino, que su rostro se ha perdido en mi mente y que soy la razón por la que Belle y Kara están muertas. Sus palabras de consuelo, aunque amables, no hicieron nada para calmar la culpa que pesa en mi pecho. Ni siquiera el pelaje grueso de Iris y sus ronroneos profundos logran cambiar esa sensación.

Necesito café.

Café fuerte.

Solo un lugar puede darme exactamente lo que necesito, así que después de una ducha rápida y una admiración de las marcas que Rocky dejó en mi cuello, me dirijo a mi café local, donde Bobby me recibe con una sonrisa.

—¿Lo de siempre? —pregunta.

—En realidad, ¿podemos probar algo diferente?

Su sonrisa se desvanece al instante. —¿Qué ha pasado?

—¿Qué quieres decir?

—Solo quieres algo diferente cuando algo ha pasado.

—Eso no es cierto.

—Claro que lo es. —A pesar de su risa, la chispa habitual parece faltar en Bobby cuando sus ojos se posan y se detienen en mi cuello.

Ajustando el cuello de mi camisa, me aclaro la garganta y miro hacia el menú en la pizarra detrás de su cabeza. —Simplemente estoy de buen humor, eso es todo. Y hace calor hoy. Así que… ¿Puedo tomar un frappé helado de mango?

—¿Para llevar?

—Sí, por favor. Tengo que estar en el trabajo en unos veinte minutos. —Sonriéndole a Bobby, me apoyo en el mostrador y, por primera vez en seis semanas, no miro por la ventana. No necesito mirar y esperar un vistazo de la moto de Rocky. No necesito estar pendiente de mi móvil con la esperanza de que me escriba.

En este momento, me siento cómoda con el hecho de que él se preocupa por mí, y eso es todo lo que importa. Es una sensación extraña, casi como relajación pero con un aumento de tensión alrededor de mis hombros mientras pienso en cómo voy a navegar para rastrear al monstruo de mi pasado mientras evito a mi jefe y al padre de Rocky.

—¿Y bien? —Bobby coloca la bebida frente a mí con una ceja levantada.

—¿Y bien qué? Lo siento, estaba en las nubes.

—¿Por eso? —Bobby señala con el pulgar hacia mi cuello, provocando un rubor de calor vergonzoso en mi cuello.

—No exactamente, no. —Estoy a punto de decirle que se retire cuando recuerdo que me ha preguntado varias veces en las últimas semanas si quiero ver una película; desde el día en que lo hizo antes

de que yo saliera corriendo de aquí para enfrentarme a mi misterioso motero. Nunca dije directamente que no, enfocándome en dejar pistas en lugar de un rechazo directo. Nunca te metes con las personas que tienen acceso a tu comida, ¿verdad?

Pero los mordiscos de amor en mi cuello son un indicador bastante claro.

—Escucha, Bobby—

—No te preocupes. —Bobby sonríe brillantemente. —La bebida corre por mi cuenta. Considéralo una disculpa por mis intentos de animarte cuando ya tenías a alguien.

La culpa se abre paso en mi pecho y sonrío tristemente. Mejor dejarlo así.

A pesar de que Bobby dice que es por su cuenta, lleno el frasco de propinas con unos cuantos dólares y me voy al trabajo. Me siento menos culpable cuando me pongo la máscara que he perfeccionado frente a todos mis colegas que fueron testigos de mi expulsión pública del caso de Belle. La mayoría ha seguido adelante, pero todavía hay algunas miradas lanzadas hacia mí.

La policía loca de Montana persiguiendo fantasmas.

Poco saben ellos.

Me entierro en casos fríos y disputas civiles durante la mayor parte de la mañana hasta que una ronda de donuts a media mañana me saca de mi oficina y me obliga a socializar con el resto de la comisaría. Es el cumpleaños de alguien, así que firmo la tarjeta que me ponen en las manos y dejo un mensaje vago de celebración. Equilibro dos donuts y un café terrible, con la intención de volver a mi oficina, cuando algo llama mi atención.

—¿Intento de secuestro?

—Sí, afortunadamente logró escapar. Honestamente, nunca había visto algo así.

—Vamos, es Nueva York. Estas cosas pasan todo el tiempo.

—Sí, pero no así. Todo el asunto es bastante sospechoso, ¿no crees, especialmente después de lo de Kara…

La conversación termina cuando los dos detectives que la están discutiendo salen de la sala de descanso y se pierden en la comisaría. No importa. Mi curiosidad está despierta y vuelvo apresuradamente a mi oficina, apenas manteniendo todo el azúcar en mi donut. Los dejo, me limpio los dedos y busco rápidamente en la base de datos el caso del secuestro.

Intento de secuestro de una niña pequeña. ¿Podría ser…?

Ahí está. Clic en el archivo y mi corazón da un vuelco hasta mi garganta.

Mierda.

Víctima de intento de secuestro—Mary Del Prete.

31

SARAH

Del Prete.

No hay manera de que esté relacionada con la familia multimillonaria detrás de la Cervecería Del Prete, la que resulta ser la asesora de Matteo Barati.

Tiene que ser una coincidencia, seguro.

Solo hay una manera de averiguarlo. Dado que el intento de secuestro se ha archivado en conexión con el asesinato de Kara, no puedo tener nada que ver con el caso, pero nada me impide visitar el interrogatorio. Si hay una conexión real aquí y el secuestro de Mary está vinculado a Kara, entonces ¿quién sabe qué pistas puede tener?

Con la mayor parte del departamento ocupado todavía con los donuts, no hay nadie que me impida bajar al interrogatorio, donde los dos detectives que escuché antes están registrados en una habitación al fondo. Esquivando el escritorio de registro, me deslizo por el pasillo y entro sigilosamente en la sala de grabación adyacente a la entrevista y pulso el botón que activa el audio.

Una joven está sentada a un lado de la mesa con una taza de café humeante entre sus manos temblorosas. La tierra cubre sus nudillos magullados, un gran moratón cubre su mejilla izquierda, su labio inferior está completamente abierto y cubierto de sangre seca, y las lágrimas brotan de sus ojos manchados de rímel.

¿Por qué está aquí y no en el hospital?

—Señorita Del Prete —uno de los detectives, William, se inclina hacia adelante y apoya sus manos en la mesa—. Entiendo que la recogió un conductor que la encontró tambaleándose en medio de la carretera. Le dijo al conductor que la habían secuestrado. ¿Puede explicar?

Apenas consigo evitar rodar los ojos. William habla con incredulidad y un poco de acusación en su tono, como si no le creyera.

Mary solloza y se frota un ojo con el dorso de la mano, ensuciándose más el maquillaje, pero parece no darse cuenta o no importarle. —Me secuestraron.

El temblor en su voz causa un dolor intenso en mi corazón. Conozco ese tono. El miedo real, profundo, *guttural*, deja una cicatriz en la voz. Lo he escuchado en muchas víctimas a lo largo de los años, incluyéndome a mí misma.

—Bueno, empecemos por el principio —el segundo detective, Carter, se sacude un poco de azúcar de las manos golpeándolas juntas, lo que hace que Mary se estremezca—. ¿Desde dónde la secuestraron?

Mary mira fijamente su taza y traga con fuerza. —Estaba caminando a casa anoche y… —tose de repente y levanta la taza, bebiendo rápidamente—. Se suponía que iba a encontrarme con mi amiga en el club, pero llegaba tarde, así que tomé un atajo y lo siguiente que recuerdo es que me golpearon por detrás y todo se oscureció.

—Continúe —insta William.

—Me desperté atada en el asiento trasero de un coche y podía escuchar voces. El hombre que me secuestró estaba discutiendo con alguien, y cuando miré por la ventana, había otro coche. Creo que tuvieron algún tipo de colisión o algo, no lo sé. Pero estaban discutiendo y yo… simplemente abrí la puerta de una patada y corrí.

Escapó. No tiene idea de lo afortunada que es.

—¿Y luego qué pasó?

Mary de repente gime y se lleva una mano a la boca. —Corrí —las lágrimas brotan de sus ojos y caen cada vez más rápido, luego se encoge sobre sí misma. Los dos detectives se miran.

—Señorita Del Prete, necesito que nos cuente más sobre la discusión. ¿Qué aspecto tenían, cómo era el otro coche? Estos detalles son importantes porque pueden ayudarnos a atrapar al hombre que la secuestró.

—No lo sé —llora Mary, su voz ronca—. Estaba corriendo y se escuchó un disparo, y me caí, y entonces…

La puerta del interrogatorio se abre de golpe y Rocky entra con paso firme, su rostro oscuro como una tormenta. Verlo hace que mi corazón se quede en la garganta y un calor recorre mi nuca.

Rocky.

—¿Acabo de entrar justo cuando la están interrogando sin su abogado presente? —les grita Rocky a los dos detectives, que saltan de sus sillas.

—Ella no pidió uno —balbucea William.

—¿Por lo menos le preguntaron si quería uno? —Rocky da un paso al frente, y los otros dos retroceden, luego entra un hombre alto vestido con un traje oscuro.

Su pelo plateado está peinado hacia atrás y una corta barba plateada rodea su mandíbula fuerte. Con ojos oscuros, piel dorada y

las marcadas arrugas de la edad alrededor de los ojos, corta una figura bastante intimidante, pero cuando habla, su voz es muy suave.

—Mary, cariño. Vámonos.

—¡Papá! —Mary se levanta de su asiento, tirándolo al suelo en su prisa, y se abraza al hombre mayor. Él la envuelve bajo su abrigo y la sostiene cerca, luego la acompaña rápidamente fuera de la habitación.

Papá.

Así que ese es Domenico Del Prete, ¿eh?

—En realidad… —Carter da un paso adelante—. No hemos terminado aquí.

—Sí, hemos terminado —hay un peligroso tono en la voz de Rocky, y cuando Carter avanza, Rocky levanta la mano y le da un toque en el pecho—. Dije que hemos *terminado*.

—Señor, no puede simplemente… —William tiene la misma idea que Carter, y recuperar a Mary parece ser su principal prioridad. El único problema es que ninguno de los dos parece reconocer a Rocky por quien es.

—Retrocedan. —La voz de Rocky se endurece con una nota de ira, y puedo ver cómo la situación se va al trasto demasiado rápido.

Abandonando mi escondite, me apresuro a salir de la habitación y me acerco a la puerta. —¿Hay algún problema?

Rocky se endereza al instante y se gira hacia mí, sus ojos delatan brevemente un destello de ternura cuando se encuentran con los míos. —No —responde con sequedad—. Ya nos íbamos.

Domenico está al otro extremo del pasillo con el brazo alrededor de su hija, observándonos atentamente. Rocky apenas me dirige una

mirada antes de salir de la sala de interrogatorios y avanzar por el pasillo para reunirse con Domenico.

—¡Tenemos que terminar de interrogarla! —William sale corriendo de la puerta, pero extiendo una mano y lo detengo para que no avance más.

—¿No sabes quién es ese? —digo—. Es Rocky Barati. Lo que significa que no volverás a hablar con ella nunca más.

Me siento impotente al ver cómo mi oportunidad de lograr un avance se marcha de la comisaría.



La cena hierve en la olla, Iris descansa sobre la mesa con su cola esponjosa en el centro de mi plato vacío, y mi mente da vueltas a los acontecimientos del día. La presencia de Rocky anoche ha dejado una extraña sensación de inquietud en mi pecho. Verlo de nuevo en la comisaría ha reavivado mi deseo por él, pero con lo que le ha pasado a Mary, no estoy segura de cuándo o si lo volveré a ver.

Los detalles de su intento de secuestro son tan vagos que no hay manera de saber si existe alguna conexión con Kara o Belle. En esta ciudad, alguien intenta arrebatar a alguien más de las calles casi todos los días, así que es más bien un deseo por mi parte.

Un deseo extremo.

Mientras llevo la sopa a ebullición y reduzco el fuego, el teléfono se ilumina con una llamada entrante. Desde que el asesino me llama, el tono de llamada me da náuseas, así que mantengo el teléfono en silencio. Pero ver la pantalla iluminarse sigue provocándome la misma sensación de náusea que me retuerce el estómago. Tragando saliva, cojo el teléfono y pulso responder bajo el número oculto.

—¿Hola?

—¡Sarah! —El tono cálido de Rocky llena mi oído y una oleada de calor recorre mi pecho.

—Rocky.

—Siento llamar tan tarde. Quería contactarte y explicarte lo que pasó antes.

—Mary, ¿está bien?

—Ni un poco —la voz de Rocky es tensa y sus palabras apresuradas —. Aquí es un poco un infierno en este momento, pero he hablado con Mary y estoy bastante seguro de que el tipo que intentó llevársela es el que estamos buscando.

Apago la cocina, abandonando por completo la sopa, y me dejo caer en la silla pegada a la mesa. Iris maúlla y se da la vuelta para encontrarse conmigo, exponiendo su barriga a mi mano que acaricia.

—¿Estás seguro?

—Tan seguro como puedo estar. No tengo tiempo para contarte todo, así que voy a pasar a buscarte para que podamos hablar bien. Pero no podía quedarme callado con esto.

—¿Con qué?

—Mary lo vio, Sarah. Lo miró directamente a los ojos.

Mi corazón se detiene brevemente en el pecho, seguido por un destello de tensión y escalofríos que recorren mi espalda. —¿Lo *vio*?

—Sí. Lo vio muy bien—mierda. Tengo que irme. Espérame, iré a buscarte.

—Vale.

La línea se queda en silencio y me quedo sentada mirando a Iris pero sin verla realmente.

Mary lo vio.

Vio a su atacante y si realmente es El Pintor, entonces por fin tendremos un objetivo. La emoción brota dentro de mí como un globo que se infla. Acariciando el pelaje de Iris, le doy un beso firme en la cabeza y corro al estudio donde tengo expuestos todos los detalles que he recopilado.

Pronto, tendré una imagen y atraparé a ese bastardo por última vez.

Pero… espera.

¿Y si no lo reconozco? ¿Y si Mary proporciona una descripción detallada y aún no es suficiente para desbloquear mis recuerdos enterrados? ¿Seguiré atrapada en la oscuridad, incapaz de recordar el rostro que me atormentó durante seis días?

Pero entonces, ¿y si sí lo recuerdo? ¿Y si ver su rostro desbloquea más de lo que puedo manejar y termino ahogándome bajo recuerdos que no sabía que había reprimido?

El vaivén en mi mente es suficiente para marearme, así que camino por la habitación, repasando cada detalle de lo que escuché de Mary. Él intentó secuestrarla pero tuvo un accidente y ella escapó. Es la más afortunada de todas nosotras.

¿Debería llamar a Brant? Esto podría ser enorme. Podría finalmente restregarle todo este caso en la cara y demostrar que tenía razón desde el principio, que todo esto estaba conectado con El Pintor y él será recordado para siempre como el capitán de policía demasiado tonto como para escuchar a sus detectives.

Por otro lado… eso empeoraría las cosas. Tan pronto como se enterara de que aún estaba investigando todo, me acusaría de comprometer pruebas e influir en testigos. No puedo decírselo. Todavía no.

Ha estado en mi contra desde el principio y, frustrantemente, tenía razón en su razonamiento. Muchas de las pruebas son dudosas en el mejor de los casos, y las llamadas del asesino me pintan más como cómplice que como víctima. No puedo tener contacto con Mary si su

descripción lleva a un arresto. Después de todo, aún hay una posibilidad de que no haya conexión y esté creando un vínculo de la nada.

El hambre me abandona y paso las siguientes horas revisando cada detalle del caso mientras espero que Rocky llame. No lo hace, pero justo cuando empiezo a sentirme demasiado ansiosa por Mary y lo que vio, un rugido familiar llena el aire. Es un rugido que podría reconocer entre cualquier multitud, ya que esa moto, y su dueño, me han salvado más veces de las que me gustaría contar.

Con el teléfono en mano, corro a la ventana del frente y miro hacia abajo mientras Rocky se detiene junto a la acera y apaga las luces. Mira hacia arriba y la luz de la farola reflejándose en su visor hace que el ribete rojo de su casco parezca rosado.

Me ve y me saluda, haciendo que mi corazón dé un vuelco.

Esto podría ser. Lo que Mary vio podría finalmente poner fin a mi tormento. Le devuelvo el saludo y cojo mi chaqueta.

El Pintor ya no puede esconderse.

32

ROCKY

—¡Mi hija!—

Domenico arrasa con las manos el escritorio de Matteo y arroja todo, desde el ordenador hasta el caro decantador de cristal, al suelo. —¡Mi jodida *hija*, Matteo! He aguantado mucha mierda tuya a lo largo de los años. Te he defendido en cada paso, incluso cuando pensaba que estabas cometiendo un error. Me he asegurado de que nadie hable mal de ti, te he dado los mejores años de mi vida, ¿y qué recibo a cambio?— Levanta las manos en el aire y se aparta bruscamente del escritorio, y yo me aparto rápidamente para evitar su furia.

—Domenico…—

—¡No te atrevas, joder!— Se gira hacia mi padre y le señala furiosamente. —¡Mírame a los ojos y dime que Rocky está equivocado, te lo reto, joder!—

Por primera vez en mi vida, mi padre parece inseguro. Su mirada oscura va de Domenico a mí, y luego de vuelta a él, y aprieta los labios hasta formar una línea fina. —No puedo.—

—¡Exacto!— Domenico se gira y golpea la mesa de café marrón y elegante con el pie, volcándola con estruendo mientras varios adornos y ceniceros caen al suelo.

—No del todo, al menos.— Matteo se inclina hacia adelante y apoya los codos en el escritorio vacío. —Puede que no sea el mismo hombre.—

—¿Estás bromeando, verdad?— Incapaz de callarme por más tiempo, me acerco al escritorio. —Te hablé de este cabrón. Es un jodido asesino en serie, lo que significa que busca el mismo tipo de persona, y la pobre Mary encaja en ese perfil. Incluso con cómo intentó raptarla. ¿Cómo no ves que esto está relacionado con Belle? —

—Porque la gente es secuestrada todo el tiempo y no todo está relacionado como tú crees— replica Matteo. —¡Esa estúpida mujer se metió en tu cabeza y ahora ves conexiones en todas partes!—

—No te atrevas.— La ira arde en mis palabras. —Sarah puede ser policía, pero es la única que realmente estaba *haciendo* algo mientras tú estabas sentado aquí detrás de ese jodido escritorio actuando como si fuéramos intocables. ¡Y ahora, solo contemplas hacer algo porque es la hija de Domenico la afectada!— Echo un vistazo por encima del hombro a Domenico, que pasea furioso por la oficina. —Sin ofender.—

—No me ofendo— gruñe entre dientes apretados.

—Si hubieras apoyado mi trabajo con Sarah desde el principio, este cabrón estaría entre rejas o bajo tierra y no tendríamos a una chica traumatizada arriba— le grito a mi padre.

—¿Cómo sabemos que esto no es otra cosa como Noah, eh?— Mi padre se levanta de su asiento pero mantiene una mano en el escritorio. —Primero Belle, y ahora Mary?—

—Porque hay otra víctima, Kara. Y está relacionada con los irlandeses. Encaja en el mismo perfil, aunque el club del que

secuestraron a Mary no está lejos de donde Belle fue vista por última vez o donde se supo que Kara estuvo. Ese jodido tiene una zona de caza. ¡No *todo* va de nosotros!—

—A la mierda los irlandeses— gruñe mi padre. —¿Crees que lo tienes todo resuelto? Todo lo que veo son tus acciones imprudentes trayéndonos más desastres, Rocky. ¡Eres incapaz de entender algo más que tu siguiente emoción!—

—¡Basta!— ruge Domenico, deteniendo nuestra discusión. Se para en medio de la habitación con los hombros subiendo y bajando como un toro enfadado. —Basta de tus gilipolleces, Matteo. Eres un jodido cobarde escondiéndote en esta oficina desde que Noah arrasó la ciudad. Una situación que deberías haber manejado para suavizar las cosas con los irlandeses, pero no, fue Rocky quien dio un paso adelante cuando quedó claro que Noah mató a Brenden. La única razón por la que puedes esconderte en este jodido agujero es por tu hijo. ¡Él ve más claro que tú nunca has visto! ¡Mírate! Incluso ahora, con mi hija llorando arriba, jodidamente traumatizada, te niegas a verlo. ¡Hay un maníaco ahí fuera que está apuntando a mujeres jóvenes y deberías haberlo eliminado en cuanto hizo daño a Belle! No importa que Gio sea de una familia más pequeña. Ellos son los jodidos cimientos de este negocio y aún así, tú te escondes. Ese tipo de desconexión derriba imperios. ¡No tienes idea de la suerte que tienes de que tu hijo tenga el valor para reconocer cuándo esta familia necesita ayuda!—

Un silencio inquietante cae tras los gritos de Domenico, tan silencioso que puedo escuchar el distante tic-tac del reloj de pie en el vestíbulo. Nadie había hablado por mí así antes. En todos mis años discutiendo con mi padre, pensé que las cosas por las que luchaba pasaban desapercibidas para todos aquí, pero parece que Domenico ha estado observando. Lo ha visto todo.

Los labios de mi padre se abren varias veces, pero no salen palabras. Es como un pez dorado buscando un argumento que pueda enfrentarse a la diatriba de Domenico, pero no hay nada.

—Despierta de una maldita vez —gruñe Domenico—. Esta familia necesita un líder activo como Rocky, el tipo de líder que está ahí fuera construyendo alianzas y amistades, ayudando a la gente y mostrando fuerza entre los nuestros, de modo que cuando ocurren mierdas como esta, solo necesitemos hacer una llamada para encontrar al cabrón. En cambio, por tu culpa, este cabrón ha estado campando a sus anchas durante meses y te juro por Dios que si Mary no se recupera de esto, te mataré, Matteo.

Palabras furiosas dichas en el calor del momento por un padre preocupado no deben tomarse a la ligera, pero sigue siendo una amenaza directa contra mi padre, el Don. La jerarquía dicta que debería intervenir y reprender a Domenico, pero algo me detiene. Tiene razón. Y quizás esta sea la llamada de atención que mi padre necesita. La furia de su mejor amigo poniéndolo en el punto de mira.

—Domenico —dice Matteo finalmente—. Sabes que nunca pondría intencionalmente a tu familia en peligro.

—Pues lo hiciste —gruñe él—. Porque eres demasiado cabezón para escuchar a tu hijo. —Domenico se pasa una mano por el pelo plateado, luego agita la otra como si estuviera apartando algo—. A la mierda. Necesito cuidar de Mary. —Domenico sale de la habitación furioso, cerrando la puerta de un portazo al salir.

Me quedo de pie frente a mi padre con la pierna saltando de un lado a otro. La energía nerviosa fluye por mí como una carga eléctrica y mi mente se convierte en un revoltijo abrumador.

¿Me disculpo? ¿Le hablo? ¿Le echo la culpa? ¿Debería defenderlo y ser un buen hijo? ¿Debería irme? ¿Qué digo? ¿Qué hago? ¿Cuál es la opción más segura aquí?

—Nunca le haría daño intencionalmente a Mary —dice Matteo después de un momento—. Espero que lo sepa.

Por primera vez en su vida, mi padre parece pequeño. Sin todo el desorden elegante en su escritorio ni un guardia a su lado, es solo

un hombre frente a una ventana sin manera de defender sus acciones. Sus ojos se alzan hacia los míos y parece que espera que lo consuele.

En el pasado, lo habría hecho. El miedo me habría llevado a calmarlo y asegurarme de no ser el destinatario de su ira.

Pero esta vez no.

—Tu inacción causó esto —digo en voz baja—. Le pedí a Mary que hiciera un bosquejo del hombre que la secuestró. Cuando termine, se lo llevaré a Sarah para ver si puede encontrar una coincidencia en su base de datos. —En realidad, espero que la imagen active sus recuerdos enterrados y todo lo que ha olvidado vuelva a ella. Entonces finalmente atraparemos a este tipo.

—Está bien —dice Matteo y se deja caer pesadamente en su silla de cuero—. Está bien.

Encuentro a Domenico arriba con los brazos apretados alrededor de su hija. Ella se aferra a él y solloza contra su hombro, sollozos que se calman cuando las tablas del suelo crujen bajo mis pies.

—Lo siento —digo cuando se separan, aunque Domenico mantiene su mano en el hombro de su hija—. ¿Cómo estás?

Mary me mira con grandes ojos de cierva y mete rápidamente la nariz en un pañuelo. —No… no dejo de reprenderme por ir al club —murmura con voz entrecortada a través de sus lágrimas, y cuando estas vuelven a brotar, Domenico la abraza con fuerza.

—No lo hagas —dice, con voz gruesa—. Esto no es tu culpa. Nada de esto es tu culpa.

—Odio sacarlo a colación —digo con cautela, retorciéndome las manos mientras mi ritmo cardíaco se acelera. No quiero ser el destinatario de la ira de Domenico, pero han pasado unas horas desde que llamé a Sarah y no puedo mantenerla esperando para siempre—. ¿Puedes contarme qué pasó? ¿Qué pasó exactamente?

Domenico entrecierra los ojos, pero Mary se aparta de él y asiente. —Papá dijo que vas a pedirle ayuda a tu amigo detective, ¿verdad?

—Así es.

Ella se suena la nariz y se sienta en una silla cercana, cogiendo una hoja de papel. —Iba tarde y tomé un atajo —dice con voz ronca—. Y me golpearon en la cabeza y luego desperté en el maletero de un coche. Estaba en el suelo, así que me subí al asiento trasero. Me había atado las muñecas, pero no estaba muy apretado. Fue fácil soltarme, y podía oír voces. —Mientras habla, su voz se vuelve distante, como si reviviera los hechos en tiempo real—. Estaban discutiendo. Un tipo decía que no era culpa suya, que el coche había derrapado y que el otro era un gilipollas por conducir sin luces. Empezaron a pelearse, y yo salí del coche y eché a correr. Y entonces oí un disparo y grité, y él—

Las lágrimas caen por sus mejillas, y se esconde la cara entre sus pañuelos arrugados. Domenico se sienta a su lado y la abraza con fuerza.

—Me tiró al suelo y caímos, y entonces empecé a luchar. Patéé, arañé y mordí, hice todo lo que se me ocurrió, y luego estábamos cara a cara, así que intenté sacarle los ojos, y entonces apareció el otro conductor. Sangraba por el cuello y apartó al gilipollas de encima mío y me dijo que corriera. Así que lo hice. Corrí. Y no paré hasta llegar a un restaurante y llamaron a la policía.

Mierda.

Mi corazón se parte al escuchar el miedo y la angustia en sus palabras mientras se desarrolla esta historia horrible, y eso aumenta el impulso dentro de mí de asegurarnos de atrapar al cabrón. Por ella. Por Sarah. Por todos.

—¿Y lo dibujaste? —pregunto suavemente.

—L–Lo mejor que pude. —Se suena la nariz y me tiembla al entregarme un dibujo. Es un boceto a lápiz decente de un hombre

con barba espesa y ojos estrechos. Incluso dibujó los arañazos que le dejó en el lado izquierdo de la cara.

—¿Este es él?

Asiente rápidamente. —¿Es suficiente?

—No tienes idea de lo increíble que es esto. —Sonrío cálidamente y miro a Domenico—. Necesito llevárselo a Sarah.

—Déjame ir —dice Domenico con tensión—. Quiero hablar con ella personalmente.

—Iba a traerla aquí.

—Pero las pruebas están en su piso, ¿no? Quiero verlas.

Asiento y echo un vistazo rápido a Mary. —¿Estás seguro? Puedo traer las pruebas conmigo.

Domenico niega con la cabeza y besa la frente de Mary. —Vuelvo pronto, cariño. Te lo prometo. —Ella asiente repetidamente y murmura algo que no alcanzo a oír. Domenico le da otro beso en la cabeza y se levanta—. Vámonos.

En el pasillo, suelta un suspiro tan fuerte que parece haberlo estado conteniendo todo el tiempo.

—¿Estás bien?

Me mira con los ojos entrecerrados mientras bajamos las escaleras. —¿Qué clase de pregunta es esa?

—No te pregunto cómo te sientes. Necesito asegurarme de que no vas a entrar como un tornado en el piso de Sarah y asustarla. Ella pasó por lo mismo que Mary, solo que ese cabrón la tuvo seis putos días. No necesito que la asustes, ¿entiendes?

Domenico arquea las cejas brevemente, luego asiente. —No la asustaré.

—Más te vale —murmuro—, o tendremos un problema.

—Enfrentado con los dos Barati —murmura Domenico—. Qué sorpresa.

—Al menos estamos del mismo lado —digo mientras entramos en el garaje—. Esta foto podría ser justo lo que necesitamos—

Me detengo en seco y Domenico choca contra mi espalda. —¿Qué demonios?

Mi corazón se hunde en el estómago. —¿Dónde coño está mi moto?

33

ROCKY

—¡Sarah! —Golpeo su puerta, la madera se astilla y cruje hasta que finalmente cede bajo mi pie—. ¿Sarah, estás aquí?

En cuanto vi que mi moto había desaparecido, llamé a Sarah. Pero no contestó. Tampoco lo hizo en los treinta minutos que tardamos Domenico y yo en llegar aquí. No respondió mientras subía las escaleras hacia su apartamento, y sigue sin hacerlo ahora que he entrado corriendo.

Mi corazón late como un tambor en mi cráneo, mis manos tiemblan y mi ansiedad se dispara demasiado alto. Es como si estuviera a punto de desmoronarme por las articulaciones. Apenas puedo respirar mientras corro de habitación en habitación, abriendo puertas de golpe y tirando de cualquier armario lo suficientemente grande como para esconder a una persona.

No hay rastro de ella.

Sin aliento, llego a su estudio, donde Domenico está de pie frente a la pared de investigación de Sarah, con el rostro sombrío.

—¿Alguna señal? —pregunto jadeando, esperando que Domenico haya encontrado algo que yo me haya perdido.

—No —responde con sequedad—. ¿Estás seguro de que estaría aquí?

—Sí. Sí, la llamé y le dije que vendría a buscarla. No es una coincidencia que mi maldita moto haya desaparecido y que ella no esté por ninguna parte. —Mis dedos temblorosos fallan repetidamente al buscar el botón de redial hasta que aprieto los dientes y miro con furia mi teléfono. Pulsó el botón y la llamada comienza, solo para terminar nuevamente en el buzón de voz tras cinco tonos.

Nada.

El mundo se desvanece y, durante unos segundos, existo en un vacío helado. Sarah ha desaparecido. ¿Ese cabrón se ha hecho con mi moto? ¿Pero cómo es posible? ¿Es alguien que conozco? No. No reconozco el boceto. Pero hay demasiadas piezas aquí que sugieren que debe haber alguna conexión. No hay manera de que Sarah se desconecte sin avisarme.

No después de lo que pasó entre nosotros—

—Rocky. —La mano de Domenico aterriza en mi hombro y me devuelve a la realidad—. Háblame.

—¿No crees que…? —Levanto la vista hacia él y, cuando nuestras miradas se encuentran, veo el mismo pensamiento en sus ojos que no puedo vocalizar. Decirlo en voz alta lo hace demasiado real, y no lo soporto. Si él la tiene, si de alguna manera ha conseguido poner sus manos sobre ella de nuevo, nunca me perdonaré.

—Primero los hechos —dice Domenico con calma—. Explícame todo.

—La llamé. Le dije que vendría a recogerla. Eso fue hace horas. Mi moto ha desaparecido y ella no está aquí. ¿Es descabellado pensar que ese bastardo se ha hecho con mi moto?

—Dadas las circunstancias, creo que un salto es lo que necesitamos ahora mismo —responde Domenico—. Esta pared es una locura. —

Se aleja de mí hacia la pared de evidencias de Sarah y mueve la cabeza de un lado a otro mientras lo examina todo—. ¿Estas son sus víctimas?

—Mhm. Sarah incluida. Ha estado callado durante cinco, casi seis años, hasta ahora. Es como si finalmente hubiera localizado a Sarah y quisiera recordarle que fue él quien escapó.

—Muy bien, antes de que entres en pánico, tenemos que descartar todo.

—¿Como qué? —espeto con más brusquedad de la que Domenico merece.

—Tienes que asegurarte de que no esté con amigos o familiares.

—Su familia está en Montana.

—Puedo hacer una llamada. Llevará algo de tiempo —dice Domenico —. ¿Algo más?

—No tiene amigos excepto los del trabajo—¡podría estar en el trabajo! —Es un tiro al aire y algo en el fondo me dice que es inútil, pero Domenico tiene razón. Tengo que agotar todas las posibilidades antes de saltar al peor escenario. Aunque ese escenario suene como una sirena en mi mente.

Dejamos el apartamento de Sarah tras buscar a su gata, pero no encuentro a Iris por ningún lado. Espero que eso no sea una señal.

El trayecto a la comisaría es dolorosamente lento y casi le arranco la cabeza al sargento de guardia cuando actúa como si mi presencia fuera un gran estorbo para todo el departamento de policía. Afortunadamente, Domenico puede mover algunos hilos y hablar con policías que conoce personalmente, y sus respuestas me confirman lo que ya sé.

Sarah no está aquí.

Nadie la ha visto desde que terminó su turno hace horas.

Joder.

¡Joder!

Afuera, el aire de la noche se siente ligero y, por más profundamente que respire, no parece suficiente para satisfacer lo que necesito. Mi cabeza da vueltas mientras demasiados pensamientos chocan entre sí, y a pesar de los intentos de Domenico por calmarme, no son suficientes.

Hemos registrado su casa y su trabajo. No responde a las llamadas.

Al pie de las escaleras donde Sarah alguna vez me abordó por acosar a su testigo, me quedo de espaldas a la comisaría con el corazón latiendo salvajemente en mi pecho. Él la tiene. De algún modo. No sé cómo, pero sé que es un hecho. Domenico se aparta para recibir una llamada y, cuando regresa, la expresión en su rostro dice más que mil palabras.

Su contacto en Montana hizo una revisión con los familiares lejanos de Sarah. Nadie ha sabido de ella.

—¿Qué hago? —Escudriño el rostro de Domenico en busca de respuestas, pero no encuentro ninguna.

—Haces lo que se te da bien —responde, con voz suave—: La encuentras.

Encontrarla no es algo que pueda hacer solo, y la perspectiva de enfrentarme a mi padre y luchar por ayuda me revuelve el estómago. Así que llamo a la única persona que se me ocurre que podría ayudarme.

Cormac Gifford.

Accede a encontrarse conmigo en el Black Ox en media hora, apenas necesita escuchar detalles sobre por qué necesito verlo tan tarde en la noche.

Afortunadamente, ya está allí cuando atravieso la puerta y casi derribo a Hazel de un empujón.

—¡Oye! —grita cuando mi hombro roza el suyo. La agarro por la cintura y esquivo la bandeja que vuela en sus manos levantadas, girándola hacia Domenico mientras paso.

—¡Lo siento!

Dejo que Domenico se disculpe como es debido y me dirijo directamente a la mesa de Cormac. Me saluda con una sonrisa tensa y desliza un vaso de whisky hacia mí mientras me siento. Me lo tomo de un trago, lo que le hace arquear una ceja.

—Vaya, estás teniendo una mala noche, ¿eh?

—No tienes ni idea —jadeo mientras el ardor del alcohol recorre mi garganta—. No tengo derecho a pedírtelo, pero Cormac, joder, necesito tu ayuda.

Sus cejas se fruncen de preocupación. —Háblame.

—Es Sarah. Yo… sé que esto suena loco, pero ese maldito asesino en serie la tiene. ¡Sé que la tiene!

Los ojos de Cormac se oscurecen mientras frunce el ceño. —Cuéntame todo.

Y así lo hago.

Vuelco cada detalle de la historia de Sarah con ese cabrón y rezo porque no me odie por revelar su secreto. Detallo los meses que pasó trabajando en su caso y siguiéndolo hasta que se convirtió en una de sus víctimas. Soy ligero en los detalles de su tortura, pero dejo claro que murió por sus manos y fue revivida por algún extraño golpe de suerte médica que la convirtió en la que escapó. Domenico se une a nosotros mientras explico la conexión entre lo que le pasó a Mary y la repentina desaparición de Sarah, incluyendo mi moto perdida. Cuando termino, estoy sin aliento y mi rodilla rebota con tanta fuerza que el muslo me duele.

—Mierda —susurra Cormac—. ¿Qué estás pensando? ¿Que robó tu moto?

—Tal vez —paso la mano una y otra vez por mi cabello—. Ella conocía mi moto, tío. Me conocía a mí y si él aparecía así, no tengo duda de que pensaría que soy yo y se subiría. Es la única manera en que puedo pensar que fue con él porque no había señales de lucha en su apartamento. Y ella es cuidadosa, es jodidamente cuidadosa, pero…

—No contigo —termina Cormac.

Asiento con gesto tenso. —¿Es culpa mía? La hice bajar la guardia, la hice sentir segura, y podría haber vuelto directamente a sus brazos.

—No —responde Cormac con seriedad—. Por todo lo que me has contado, este tipo es calculador. Sabe lo que quiere y claramente la ha estado vigilando si es lo suficientemente audaz como para llamarla. No estamos tratando con un gánster aquí.

—Y tiene lo que quiere —dice Domenico en voz baja, con el ceño fruncido—. Lo que significa que estará escondido.

—¡Por favor! —me inclino sobre la mesa y apenas evito agarrar la mano de Cormac—. Necesito tu ayuda. Si le pasa algo, nunca me perdonaré. Ya la he decepcionado y esto es… Por favor, necesito tu ayuda. Tengo que encontrarla porque yo—

La amo.

El pensamiento susurra suavemente en mi mente, y una tensión insoportable se aprieta en mi pecho.

—Por supuesto —Cormac se inclina hacia adelante y toma mi muñeca—. Rocky, me salvaste la vida. Lo que necesites, estoy aquí para ayudarte.

—Gracias —jadeo, y por primera vez siento el ardor de las lágrimas detrás de mis ojos—. *Gracias*.

La amo.

Y la estoy perdiendo.

Si él le hace daño, nunca podré perdonarme.

—Entonces —dice Cormac con firmeza—. ¿Por dónde empezamos?

34

SARAH

D*ónde estás, Sarah?*

¿Dónde estás?

¿Lo sabes?

Algo cálido y húmedo presiona contra mi garganta, justo encima de mi pulso lento, y se mantiene allí el tiempo suficiente para sacarme de la espesa y brumosa oscuridad en la que me encuentro. Es como arañar a través de algodón intentando despertar, atrapando fragmentos de lucidez en mi mente y luchando contra la oscuridad reconfortante que intenta arrastrarme de vuelta hacia abajo.

Allí es cómodo.

Seguro.

¿Dónde estás?

No lo sé.

Estaba con Rocky y estábamos conduciendo por la ciudad, luego se detuvo porque algo le pasaba a la moto.

Me duele la cabeza.

Él se bajó y me gritó que me bajara. ¿Por qué estaba tan enfadado conmigo? No es como si yo hubiera roto su moto. ¿Tenía que ver con la rueda? ¿O con la dirección? No estoy segura. No lo recuerdo. Pero me bajé y luego… y luego…

Me duele la cabeza.

La humedad en mi garganta se desplaza hacia mi barbilla y un escalofrío recorre mi espina dorsal. La presión de la humedad aumenta y una advertencia sorda late en mi mente. Tengo que abrir los ojos, pero está tan bien en la oscuridad.

Cómodo.

Seguro.

Me gusta estar aquí.

Pero… Rocky. Me golpeó en la cabeza. Me agarró el cuello. ¿Por qué hizo eso?

Mis párpados palpitan y una luz blanca brillante se filtra a través de mis pestañas, enviando un dolor agudo a mis ojos, así que los cierro de golpe.

Joder. Mi cabeza. Mi espalda. Todo se siente… raro.

¿Dónde estoy?

La segunda vez que abro los ojos, los mantengo abiertos el tiempo suficiente para vislumbrar algo brillante encima de mí, pero las luces brillantes rápidamente me obligan a volver a la oscuridad. Cierro los ojos con fuerza e intento girar la cabeza, pero hay una presión ajustada en mi boca y barbilla que me lo impide.

¿Estoy enredada en las sábanas? Intento levantar un brazo pero no puedo. Algo viejo y áspero presiona contra mi muñeca—no, ambas muñecas. ¿Qué coño?

Rocky me golpeó.

Me golpeó tan fuerte.

¿Qué hice?

Un calor punzante late detrás de mis ojos y los fuerzo a abrirse, decidida a mantenerlos abiertos esta vez. Mientras la luz blanca brillante me desafía desde arriba a cerrarlos de nuevo, me niego.

Estoy mirándome a mí misma. Un reflejo flota sobre mí, así que solo estoy mirando de nuevo a mis propios ojos, con el rímel corrido alrededor de ellos y bajando por mis mejillas hasta lo que parece una tira plana y sucia de cuero marrón cubriendo mi boca y barbilla.

Oh, no.

El pánico me agarra como garras que atraviesan mi cavidad torácica y mi corazón comienza a latir tan fuerte que el dolor en la parte posterior de mi cráneo se amplifica inmediatamente. La correa de cuero se estira y se une a la mesa metálica en la que estoy tumbada, manteniendo mi cabeza en su lugar y apenas dándome una pulgada para girar la cabeza hacia cualquier lado. En el reflejo, el calor contra mi garganta desnuda es un paño húmedo que está limpiando la sangre de mi cuello.

Sangre que ha caído desde mi oreja.

El reflejo se mueve hacia atrás y parpadeo, finalmente obteniendo una vista completa.

Es Rocky. Todavía lleva su casco y, al inclinarse hacia atrás, obtengo una mejor visión de mí misma en el reflejo mientras él se mueve.

Estoy atada a una mesa metálica con esposas de metal en mis muñecas y tobillos. Una tira de cuero similar a la que cubre mi boca se extiende sobre mis caderas, manteniéndome firmemente inmovilizada y atada a la mesa. Más allá del casco, no hay mucho que destacar. Paredes grises lisas, luces brillantes que me ciegan desde soportes de plástico amarillo.

Mi corazón late cada vez más fuerte, y a pesar de que me digo que no lo haga, gruesas lágrimas brotan en mis ojos y desdibujan el mundo a mi alrededor.

¿Qué diablos está pasando? ¿Qué hice?

Tengo miedo. Tanto miedo que, a pesar de la tensión de mis ataduras, comienzo a temblar como si estuviera a punto de desmoronarme. Mi boca está seca como si mi lengua se hubiera convertido en algodón y, cuanto más tiempo permanezco despierta, más consciente soy de los dolores alrededor de mi cuerpo. Mi cabeza, principalmente, y mi codo.

—*¿Qué coño estás haciendo?*— Es lo que quiero gritar, pero todo lo que escapa son sonidos apagados mientras mis palabras chocan contra el cuero que me amordaza.

Rocky inclina la cabeza hacia la izquierda, luego hacia la derecha y, finalmente, una risotada profunda surge desde debajo de la máscara. —Me preguntaba cuándo te despertarías— dice su voz apagada.

Mi corazón late cada vez más rápido hasta que no es más que un desdibujo doloroso en mi pecho. Mantenerme calmada es una causa perdida porque cada prueba sutil de mis restricciones envía mi pánico por las nubes. Todas están firmes y cerradas.

Estoy realmente atrapada.

Parpadeo y las lágrimas escapan de las comisuras de mis ojos y ruedan por mis mejillas para empapar mis orejas y pelo. Intento preguntarle a Rocky qué quiere, ¿qué hice? ¿Es esto algún tipo de prueba? Pero de nuevo, solo son sonidos apagados que hacen que Rocky se ría más.

—No intentes hablar. Habrá mucho tiempo para eso. Pero primero, creo que es hora de que nos volvamos a familiarizar el uno con el otro, ¿no crees?— Rocky inclina la cabeza hacia atrás y respira

profundamente audiblemente. —No tienes idea de cuánto tiempo he esperado esto.

Sus manos se mueven hacia el casco y, tras unos torpes movimientos, Rocky baja la cabeza y se quita el casco. Cuando se endereza, estoy lista para decirle lo que sea por esta locura, pero cuando Rocky se pone de pie y se pasa una mano por su largo cabello, mi corazón se detiene por completo en mi pecho.

No Rocky.

No es el puto Rocky.

—¿Bobby? —escapo con un hilo de voz que apenas es audible.

Una sonrisa fría se dibuja en los labios de Bobby mientras se masajea la barba, presionando los dedos en su mandíbula y arrojando el casco de moto a un lado. Tres arañazos frescos y rojos marcan líneas en su mejilla izquierda. —¿Cómo coño aguanta eso, tener la cabeza aplastada por ese maldito casco? —murmura.

Bobby.

¿Qué *coño*?

Bobby. Bobby, el del café. El dulce, divertido, tranquilo Bobby que se sabe mi pedido de memoria y me regala pasteles, está de pie sobre mí, *riéndose* mientras se queja del casco de Rocky.

Dos cosas me golpean al mismo tiempo.

La primera es que si Bobby tiene la moto y el casco de Rocky, ¿significa que Rocky está muerto? ¿Lo mató y se los robó? No puedo imaginar a Rocky renunciando a eso voluntariamente.

El segundo pensamiento me golpea como una descarga de relámpago o la chispa aguda de electricidad estática de un cárdigan de lana.

Lo reconozco.

En un abrir y cerrar de ojos, estoy de vuelta en aquel sótano húmedo, con el hedor de sangre y tierra obstruyendo mis pulmones agonizantes mientras intento respirar pero no puedo. El plástico sobre mi cara está envuelto tan perfectamente ajustado que no hay espacio para nada más que la muerte, mientras la cara de Bobby flota frente a mí. Me acaricia la mejilla y observa con regocijo cómo muero.

Lo recuerdo.

Lo recuerdo a él.

Joder, ¿cómo es posible que esto esté pasando ahora?

Es difícil reunir pensamientos coherentes entre el torrente de recuerdos y mi creciente pánico. Todo se mezcla y, una vez que empiezan las lágrimas, no paran.

Bobby se inclina hacia adelante y luego, para mi horror, se agacha y arrastra su asquerosa lengua desde el bozal de cuero que me silencia, subiendo por mi mejilla hasta mi ojo. Intento apartarme de él con un sollozo ahogado de asco, pero no tengo adónde ir y estoy atrapada mientras repite lo mismo en el otro lado de mi cara. Lame mis lágrimas con un gemido y la bilis quema la base de mi garganta.

—¿Ya me recuerdas? —pregunta suavemente cuando estamos nariz con nariz. —Lo haces, ¿verdad?

Un terror frío se arrastra desde mi estómago mientras la comprensión llega a mí. Todo este tiempo, estuvo ahí. Mirándome. Haciéndose mi amigo. Regocijándose en el hecho de que no podía reconocerlo. Incluso discutí los detalles del caso con él porque pensé que era un amigo.

—La primera vez que te vi después de escapar, pensé que estaba viendo un fantasma. —Bobby se ríe. —Sobreviviste. Te maté y aún así *viviste*. Y más que eso, no sabías quién era yo. Me miraste directamente a los ojos y seguiste caminando. Entonces supe que

eras especial, Sarah. Que tú y yo teníamos un vínculo inquebrantable.

Presiona sus asquerosos labios contra la correa de cuero que cubre mi boca y luego se levanta. Una hoja brilla en su mano izquierda y mi corazón da un salto doloroso.

—Quería conocerte. Quería entender cómo me veías en tus ojos mientras morías y, sin embargo, seguías aquí, caminando entre nosotros. Como una especie de ángel. —Sonríe con orgullo y me acaricia la mejilla con el bisturí que brilla bajo la luz. —No te preocupes, no cometeré errores esta vez. Pero han pasado algunos años desde la última vez que estuvimos… *íntimos*. No te importa, ¿verdad? —Bobby mueve el bisturí entre sus dedos y se ríe. —Claro que no.

El primer corte del bisturí a través de mi camisa me devuelve directamente a las profundidades de mis recuerdos enterrados y aterrorizados, cuando estaba frente a mí con la misma herramienta en la mano y cortaba mi ropa agresivamente de mi cuerpo mientras despotricaba sobre los fracasos de la policía.

El bisturí roza mis costillas y el dolor me devuelve al presente con un grito ahogado.

—Lo siento. —Se ríe, arrastrando su pulgar áspero sobre el pequeño arañazo. —Me emocioné un poco. Todavía no hemos llegado ahí. Los preliminares son importantes. Y dado todo el tiempo que me diste, Sarah, es justo que devuelva la atención. ¿Te gustaron los regalos que te dejé? Me preocupaba que no recibieras el segundo. Te tomó un poco más de tiempo, ¿eh?

La tela se rasga como mantequilla bajo los hábiles movimientos de su bisturí. Pieza por pieza, corta mi camisa de mi cuerpo y arrastra los restos de debajo de mí. Mis mallas son las siguientes y cada vez que su mano áspera roza mis muslos, la bilis amenaza con subir por mi garganta.

No puedo dejar de llorar. Respirar es apenas posible a través del terror que inunda mi pecho, y cada vez que me aparto de él, solo hace que me sujete con más fuerza. Pero mis movimientos son involuntarios. Mi cuerpo recuerda tanto como mi mente. Cada corte y cada tajo me devuelven a la última vez que estuve bajo su hoja. Estaba más enfadado entonces y mucho más teatral.

Esta vez, va lento.

—Oh, cariño, no llores. —Bobby se inclina sobre mí y me agarra la barbilla con una mano. —Voy a hacerte la mejor, ¿entiendes? Mi obra maestra final. Las otras dos fueron la preparación, y la tercera se suponía que formaría un triángulo, pero la zorra se escapó. —La ira se filtra en su tono y cuando desliza el bisturí por mi sujetador, cortando las pequeñas varillas que mantienen las copas juntas, la hoja corta mi piel.

Esta vez no se disculpa, enfocándose en cortar las tiras hasta que me quita el sujetador. Mi estómago se retuerce de horror cuando agarra un puñado de mi pecho desnudo y sonríe. —Sigues tan hermosa como siempre.

Me atraganto entre lágrimas e intento apartarme, pero en vano.

Su hoja se desliza más abajo, hacia mi ropa interior.

—Pero no necesito la tercera. Cuando termine contigo, vas a ser una obra maestra, Sarah. Te voy a partir en dos y te exhibiré en el puente colgando de tus propios intestinos para que el mundo te vea. Y luego subiré a un avión y dejaré todo esto atrás. Se está volviendo demasiado estresante.

Si no estuviera ya aterrada, sus palabras me llevarían ahí. No importa lo que planee hacer. Podría decir cualquier cosa y seguiría siendo aterrador. Nadie sabe dónde estoy. Nadie lo sabrá nunca.

Mi ropa interior es cortada y Bobby respira profundamente, gimiendo suavemente mientras sus ojos recorren mi cuerpo desnudo.

—¿Estás lista? —pregunta alegremente, acariciando mi cara con una mano. —Voy a hacerte famosa.

El bisturí se hunde en la carne suave de mi abdomen y un grito de agonía sale de mi garganta mientras la risa de Bobby se vuelve maníaca.

Voy a morir aquí.

35

ROCKY

La desesperación me envuelve como una nube. Hay una maldita ciudad entera ahí fuera y Sarah podría estar en cualquier parte, si es que sigue viva.

No sé casi nada sobre este asesino de mierda y todo el poder que tengo como heredero de la Mafia no me sirve de nada. La ciudad se extiende a mis pies mientras estoy en la azotea del edificio de Sarah. Cada luz que parpadea me provoca con la posibilidad de que ella esté ahí, o perdida en la oscuridad que hay entre ellas.

Al otro lado de la calle, una pareja de ancianos bailan abrazados en su balcón al son de una música que llega fugazmente con una ráfaga de viento. La manera en que se miran profundamente a los ojos mientras se mueven de un lado a otro me parte el corazón, pero no puedo apartar la vista.

—¿Por qué no hice algo antes? ¿Por qué no insistí más en protegerla? ¿Por qué no me enfrenté antes a mi padre?

Tantas preguntas inundan mi mente con un ruido que no puedo controlar. Cada respiración es tensa contra la presión en mi pecho que amenaza con asfixiarme. Mi estómago no deja de revolverse y hay un temblor en mi pierna que no desaparece. Mi cuerpo intenta

liberar la energía nerviosa, pero no es suficiente. Nunca volveré a conocer la paz.

Un suave gorjeo surge de la pared donde Iris está sentada, con su cola gigantesca y esponjosa envuelta alrededor de sus patas. La encontré aquí arriba cuando repasar el piso de Sarah en busca de pistas se volvió demasiado abrumador y necesitaba aire desesperadamente. Mis intentos de atraparla y llevarla de vuelta al interior para protegerla fracasaron espectacularmente, pero se acercó a sentarse junto a mí cuando me rendí y no se ha movido desde entonces. Aunque se niega a dejarme tocarla.

Unos pasos pesados resuenan desde la puerta detrás de mí y Cormac aparece un segundo después con dos cervezas en una mano, sujetas por su plástico conector. —Hola.

—¿Alguna noticia? —No tengo paciencia para formalidades.

Cormac niega con la cabeza. —Después de encontrar tu moto quemada a pocas millas de aquí, mandé a mi gente a revisar las cámaras de tráfico de la ciudad, pero el resultado es el que te puedes imaginar.

—La llevó allí y luego le hizo daño, ¿verdad? —Las palabras saben a ácido.

Cormac asiente, deteniéndose a mi lado. Abre una de las cervezas y me la ofrece. —Evelyn ha estado estudiando la nota, pero es jodidamente genérica.

Un único trozo de papel blanco y nítido estaba pegado a los restos quemados de mi moto con cinco sencillas palabras.

Sarah está donde pertenece.

—No se merece puntos por creatividad —murmuro. La pareja al otro lado de la calle se balancea y baila hacia el interior de su apartamento, y cuando ya no puedo verlos, acepto la cerveza de Cormac. No es que me la vaya a beber. Solo juego con la anilla y

miro fijamente la ciudad. —Domenico está pasando su foto por todas las bases de datos a las que tenemos acceso. ¿Qué posibilidades hay de que tengamos un resultado?

—Bastante altas —dice Cormac con un gruñido mientras se sienta a mi lado. —Tenemos muchos ojos en muchos lugares.

—¿Pero de qué sirve eso? —Le miro de reojo. —No fui capaz de conseguir información decente sobre él. No fui capaz de ayudarla a ella, ni a Belle. Ni a ninguna de las personas a las que hizo daño. Y ahora la tiene y yo estoy aquí sentado en una maldita azotea esperando que algún ordenador en algún lugar reconozca su cara ¡porque no tengo ni idea de dónde buscar! —Mi voz sube con cada palabra. —¿Cómo es posible que seamos las personas más poderosas de esta maldita ciudad y un solo gilipollas de Montana pueda entrar aquí y llevarse a mi…

Mi chica.

Mía.

La palabra se atasca en mi garganta como un hipo y una oleada de emoción surge en mi pecho. Es como si estuviera a punto de romperme y todo mi dolor se derramará e inundará las calles de abajo.

—Lo creas o no, sé cómo te sientes —Cormac abre su cerveza con una mano. —Hubo un momento en que Evelyn fue arrebatada de mí y sentí como si alguien me hubiera arrancado una parte esencial de mí que no sabía que estaba ahí hasta que desapareció.

—¿Qué hiciste?

Cormac gruñe mientras bebe, luego se lame los labios. —Hice lo que estás haciendo. Porque es lo que hombres como nosotros hacemos.

La anilla se engancha en mi uña y un destello de dolor recorre mi dedo. —Esto es culpa mía —las palabras salen de mí, apenas un

susurro. —Nunca debería haberla dejado volver aquí después de esa nota. Debería haber hecho más por quedarme con ella.

—Rocky —Cormac se inclina hacia adelante y apoya los codos sobre las rodillas con la lata de cerveza colgando floja de una mano—. Hacer esto no la va a ayudar. Machacarte tampoco la va a ayudar.

—¿Y qué coño se supone que haga entonces? —espeto, levantándome de mi asiento mientras una oleada de energía ansiosa me recorre—. ¡No puedo quedarme aquí sentado de culos!

—Pues vete —Cormac mueve la cabeza hacia la ciudad—. Sal ahí fuera y búscala. Joder, quién sabe por dónde empezar o cómo, pero claro. Ve llamando puerta por puerta y mira qué pasa.

—Tiene que ser mejor que quedarme aquí sentado y—

Un timbrazo sale de mi móvil. Casi se me cae la cerveza de las manos en mi desesperación por cogerlo. Un mensaje aparece en la pantalla de Domenico.

—¡Tenemos algo!



—¿Este es su lugar? —Cormac cruza el umbral detrás de mí—. Huele a mierda.

Gracias a Domenico, el boceto proporcionado por Mary coincidió en una base de datos de seguros con un contrato de alquiler de un piso no lejos del de Sarah, con un nombre adjunto: Bobby. Nunca he oído a Sarah mencionar a un Bobby, ni me lo he cruzado en ninguna de nuestras interacciones. Por lo que se sabe, este tipo es un desconocido y, sin embargo, de alguna manera, es el cabrón más importante de mi vida en este momento.

—¿Qué estamos buscando, siquiera? —Cormac se detiene cerca de una mesa de madera junto a la puerta y coge un puñado de sobres

—. El tío necesita pagar sus facturas.

—No lo sé —me paso la mano por el pelo por enésima vez mientras me apresuro hacia el salón—. Una dirección de algún tipo, tal vez un trastero o un coche. Algo que posea este cabrón para que tengamos alguna forma de encontrarlo.

Cormac se encarga de la cocina y la sala de estar mientras yo destripo el salón. Los cojines son arrancados de los sofás, los cajones vaciados, las mesas volteadas, los armados saqueados, y cada revista y trozo de papel son rasgados en busca de algo que tenga una dirección. No hay nada.

Absolutamente nada de utilidad hasta que Cormac vuelve a entrar en la habitación con un gran archivador en la mano junto con un delantal de trabajo. —Rocky.

—¿Qué?

—Vas a querer ver esto.

—¿Qué es? —tropiezo ligeramente bajo el peso del archivador y un escalofrío recorre mi espalda—. Espera, conozco ese sitio. Ese delantal es de la cafetería a unas calles de aquí.

—¿Lo conoces?

—Sí, joder, lo conozco —arrebato el delantal con la otra mano—. Sarah va allí. Cuando estaba vigilándola porque mi padre intentaba matarla, allí era donde la veía.

—Estoy en ello —Cormac saca su móvil y señala el archivador mientras se aleja—. Mira ahí dentro.

Hojear el archivador es como un viaje frío y terrorífico por el camino de la memoria. Página tras página está llena de fotos de Sarah. Ella saliendo de la estación. Ella en la estación. En el parque. Delante de su edificio. Y más de las que podría contar de ella en esa maldita cafetería. Página tras página tras página.

Las que no eran de Sarah eran de Belle y Kara. Verlas a todas juntas me golpea como un puñetazo en el pecho. Ambas son rubias.

Incluso Mary es rubia.

¿Es por eso que las eligió? ¿Estaba preparando algo con Sarah y quería que esas tres pobres chicas fueran una especie de preludio del evento principal? Solo Mary escapó. No puedo soportar pensar en lo que eso significa para Sarah.

Sigo pasando páginas hasta que mis dedos se entumecen por el plástico asquerosamente suave que cubre cada foto, y una picazón incómoda crece sobre mi piel ardiente. Este psicópata la estaba acechando todo este maldito tiempo. ¿Por qué no lo vi? ¿Por qué dejé que se acercara tanto?

—Rocky —Cormac reaparece en el rabillo de mi ojo—. Tenemos algo.

Levanto la cabeza como una bala. —¿Qué?

—Aquí —lanza el móvil sobre el archivador y lo atrapo con dos dedos mientras una dirección parpadea en la pantalla.

—Envié su nombre y la foto del contrato de alquiler a todos los que conocemos, y Anastasia respondió bastante rápido con una coincidencia —explica Cormac—. Bobby está registrado en sus libros como vigilante nocturno en uno de sus lugares de construcción. Seguridad marcó una alerta de movimiento hace cuatro horas, pero él la llamó como un perro callejero.

Apenas Cormac termina de hablar cuando salgo volando del piso como si los sabuesos del infierno me mordieran los talones.

Voy a matar a ese cabrón con mis propias manos.

36

SARAH

—¿No lo sientes así esta vez? Que todo por lo que he trabajado finalmente se va a mostrar en esta obra maestra absolutamente magnífica. Si tenemos suerte, te darán una página entera y podré ver mi trabajo difundido por todo el mundo. Ya sabes cómo está el interés hoy en día. Una sola foto es para siempre. Voy a ser recordado en la historia.

Dios, ¿alguna vez callará?

No sé cuándo, pero en algún momento, una parte de mí se desconectó por completo de todo lo que Bobby estaba diciendo. Tal vez fue cuando su cuchillo pasó de mi abdomen a mis muslos, o cuando discutía lo terrible que sería si olvidara firmar su propia obra. En algún momento, me desconecté de todo.

Casi siento como si estuviera por encima de mi cuerpo, viendo todo suceder en lugar de experimentarlo yo misma. El dolor es familiar, como el dolor de una vieja lesión en el tobillo años después. Su habilidad con el cuchillo parece haber mejorado desde la última vez.

Qué pensamiento tan extraño.

Como si esto requiriera alguna habilidad.

Cada incisión es superficial y precisa en mi abdomen mientras él divaga sobre tomarse su tiempo y asegurarse de que ambos disfrutemos el momento. Las incisiones largas y delgadas en mis muslos duelen menos que las más pequeñas en mi cuerpo. Se unen y forman un solo dolor palpitante que arde cada vez que respiro profundamente.

Aún así, observo desde arriba. Mis lágrimas constantes no se registran. Incluso los gemidos, sollozos ahogados y gritos no parecen salir de mi propia voz.

—¡Joder! —La ira de Bobby me devuelve a mi cuerpo, tan desconectada que no me había dado cuenta de que se había detenido hasta ahora. Mira su teléfono con el ceño fruncido, luego murmura para sí—. Un sistema de seguridad de mierda. Lo siento, cariño —sus ojos se posan en los míos—. Parece que tendremos que acelerar las cosas.

La ira nubla sus ojos mientras se vuelve hacia la bandeja junto a mi mesa y comienza a mover y golpear sus herramientas con agresividad. Encuentra lo que busca en un par de minutos y de repente está sobre mí con un lápiz labial rojo brillante en la mano—. Sabes qué es esto, ¿verdad?

Oh, no.

¡Por favor, no!

Tan pronto como me quitan la horrible correa de cuero de la boca, los sollozos brotan de mí, pero por mucho que lo intente, no logro formar palabras. Todo lo que quiero decir se traga en sollozos y mi mandíbula tiembla cuando aprieto los labios.

¡Haz algo, Sarah! ¡Haz algo, joder!

Pero no puedo. Estoy demasiado asustada.

Él sostiene mi mandíbula firmemente con una mano y unta el lápiz labial rojo sobre mis labios hinchados y húmedos. Cada toque me

hace retroceder violentamente, pero sin ningún lugar adonde ir, estoy atrapada mientras él trabaja. Cambia el lápiz labial rojo por una base espesa que unta desordenadamente sobre mis mejillas, luego manchas de color vibrante se extienden sobre mis ojos húmedos.

Está apurado.

Esta aplicación de maquillaje carece de la finura de lo que me sucedió antes. En aquel entonces, se tomaba su tiempo usando pinceles y aplicadores para poner todo perfectamente. Incluso Belle y Kara parecían pintadas profesionalmente. ¿Por qué está apurado ahora?

¿Qué había en su teléfono?

—Qué hermosa te ves —Bobby me sonríe con esa sonrisa familiar que veía todos los días en la cafetería, solo que esta vez me produce un profundo horror en lugar de la comodidad de la repetición cada vez que comenzaba mi día.

Intento decir algo, incluso intento escupirle en la cara, pero tiemblo tanto que lo único que logro hacer es gemir con miedo. Cada parpadeo me lleva del presente al trauma de todos esos años atrás cuando estaba en la misma situación.

Incontables veces juré que esto nunca volvería a suceder. Incontables veces juré que mejoraría y me aseguraría de que nadie me pusiera en esta posición nunca más.

Cómo me mentí a mí misma.

—No te preocupes —dice Bobby con un suspiro perezoso—. No voy a terminar las cosas todavía. Solo quiero un adelanto —se levanta sobre mí y se sube a la mesa, suspendiéndose sobre mí. Estoy clavada en sus ojos, mirándolo con terror mientras un chirrido frío y familiar de plástico llega a mis oídos.

Film transparente.

Lo extiende con sus manos y luego lo sostiene a la luz, estirándolo. El mundo entero se difumina a través del plástico delgado mientras lo baja y lo presiona sobre mi cara.

No hay drogas que me mantengan en su lugar esta vez, así que al primer toque del plástico, sacudo la cabeza hacia un lado, luego hacia el otro cuando él me sigue. Cada vez que intenta presionarlo cuidadosamente sobre mi rostro, el pánico me hace sacudirme de lado a lado, incluso hacia arriba y hacia abajo.

—¡Para! —grita Bobby—. ¡Lo estás arruinando! ¡Tienes que ser perfecta!

En la siguiente sacudida de mi cabeza, Bobby levanta la mano y me da una poderosa bofetada en la cara, haciendo que mi cabeza se voltee hacia el lado opuesto y golpeándome tan fuerte que me deja en silencio.

Sin lágrimas. Sin gemidos.

Nada más que una extraña aturdimiento.

Agarra mi barbilla y me obliga a mirarlo, luego coloca el plástico sobre mi cara como una máscara perfecta y lo sostiene.

No puedo respirar. Mi mundo se vuelve borroso mientras el plástico me cubre, y Bobby lo alisa con cuidado. Intento inhalar aire, pero eso hace que el plástico se adhiera con más fuerza a mi rostro y entonces no hay nada. Nada de espacio. Nada de aire. Solo la cruel sonrisa de Bobby flotando frente a mis ojos llenos de lágrimas. Luego se inclina y presiona sus labios contra los míos a través del plástico.

Voy a morir.

Esto es todo.

Esto es jodidamente todo.

Voy a morir y es todo culpa m—

El plástico es arrancado de repente y el aire entra en mis pulmones tan rápido cuando jadeo que me mareo. Entre mis desesperados toses y resoplidos, Bobby sostiene el plástico a la luz y luego se regaña a sí mismo.

—No, no está bien —dice, y su atención vuelve a su teléfono cuando vibra en la mesa junto a sus llaves—. Joder. Bobby deja el film transparente, coge su teléfono y se aleja murmurando sobre rusos baratos y alarmas de perímetro de mierda.

El silencio cae, roto solo por el ensordecedor latido de mi corazón.

¿Se ha… ido?

¿Por qué se ha marchado?

Mientras el pánico recorre mi cuerpo, todo el dolor desaparece de mi mente mientras un nuevo terror me agarra. ¿Y si va a buscar algo peor para hacerme daño? ¿Y si pasa algo y no vuelve?

—Mu–Muévete, Sarah —me susurro temblorosamente, como si el sonido de mi voz pudiera darme fuerzas—. *¡Muévete!*

Funciona por un momento. Empiezo a sacudir mi cuerpo de un lado a otro, tirando y desgarrando mis ataduras. El dolor no existe. El agotamiento no existe.

Solo el terror.

La mesa cruje y gime bajo mis movimientos frenéticos y desesperados. Mi corazón late tan salvaje que no puedo oír si está volviendo. Quiero arrancarme la piel pero no puedo. Estoy atrapada.

¡Estoy jodidamente atrapada!

De repente, un dolor sordo recorre mi pulgar hasta el antebrazo izquierdo cuando mi pulgar se disloca y mi mano se libera rápidamente de la restricción.

Me quedo paralizada, mirando mi mano y apenas capaz de entender lo que acaba de pasar.

Pero es una oportunidad.

Al golpear mi mano contra la mesa, mi pulgar vuelve a su lugar, luego cojo las llaves de Bobby y lucho con dedos temblorosos para encontrar la pequeña llave que abre la esposa que tiene atrapada mi otra mano. La misma llave, afortunadamente, abre el candado del cuero que atraviesa mis caderas y el metal que sujeta mis tobillos a la madera. Luego me lanzo de la mesa y caigo inmediatamente al suelo.

El miedo y el trauma debilitan mi cuerpo y, durante unos momentos aterradores, yazgo en el suelo de piedra sin poder moverme. Apenas siento mis manos y pies, y mucho menos mis piernas.

—Levántate —susurro—. Levántate, Sarah. ¡Levántate!

La energía surge desde lo más profundo de mi alma y me levanto de un salto y salgo corriendo de la habitación con piernas inseguras. La habitación lleva a un pasillo de piedra vacío que se extiende en dos direcciones similares, una luminosa y otra oscura.

Los pasos resuenan y entonces la forma intimidante de Bobby aparece en la esquina de la luz y nos miramos fijamente. La sorpresa en su rostro se derrite en furia.

—¡Sarah!

Me doy la vuelta y corro hacia el extremo oscuro del pasillo, rezando porque lleve a algún lugar, rezando porque lleve a cualquier parte. Mis pies descalzos golpean el suelo frío de piedra mientras corro más rápido que nunca. Por el pasillo, alrededor de la esquina, subiendo unos escalones de piedra sin barandilla, bajando otro pasillo. Corro y corro con mi corazón a punto de salirse del pecho y las botas de Bobby pisándome los talones.

No me detengo. Apenas recuerdo respirar.

Cada segundo que estoy lejos de él es un segundo más cerca de la libertad. De la seguridad.

Corro por habitaciones vacías llenas de hormigoneras y componentes eléctricos, por pasillos con solo media pared, subiendo y bajando escaleras que no son más que ladrillos. Este lugar es algún tipo de edificio en construcción, lo que significa que tiene que haber una salida cerca.

Corro.

Corro hasta que tropiezo en un pasillo que termina en un callejón sin salida y un abismo entre dos mitades de un edificio se abre ante mí. Abajo hay varios vehículos de construcción aparcados para la noche. Hay escaleras a mi izquierda junto a un hueco de ascensor a medio construir y una habitación a medio terminar a mi derecha que no ofrece seguridad ni protección.

—¡Mierda!

—¡Sarah!

—¡Déjame en paz!

—¡Sarah, soy yo! ¡Mira hacia arriba! ¡Mira hacia arriba!

Siguiendo el sonido de la voz, una oleada de doloroso alivio explota en mí cuando mis ojos se encuentran con los de Rocky un piso más arriba al otro lado del edificio. La expresión de horror y alivio en su rostro me dice que debo parecer terrible, pero verle parece un sueño.

—¿Rocky?

—¡Sarah! Joder, quédate justo ahí, ¿vale? Voy hacia ti. Quédate justo ahí y yo—¡agáchate! —Rocky grita esa última palabra y el instinto toma el control. Me tiro al suelo y Rocky levanta su pistola y dispara varias veces. Un grito de dolor sigue y un golpe cuando justo detrás de mí, Bobby cae al suelo agarrando su hombro.

Está justo ahí, a menos de un pie de distancia.

Bobby se levanta con un grito de dolor y nuestros ojos se encuentran. Por un instante, parece que va a embestirme de todos modos. En lugar de eso, Bobby da un paso atrás.

Está huyendo.

No.

No puedo dejar que se escape. No esta vez. Toda la culpa sobre Belle y Kara surge como una ola, arañando el interior de mi garganta. Mi corazón se ralentiza y, a través de mis lágrimas, Bobby se vuelve cristalino. Durante tanto tiempo, ha tenido tanto poder sobre mí. Durante tanto tiempo, ha perseguido mis pesadillas y me ha obligado a vivir una vida de culpa y dolor.

No puedo hacer eso otra vez.

Bobby se da la vuelta para correr y yo me levanto con un grito, luego me lanzo sobre su espalda como un mono araña. Grita asustado y escucho distante a Rocky gritar horrorizado. Pero todo es ruido de fondo. No tengo un plan.

Aprieto mis piernas alrededor de él y le araño la cara, golpeo su hombro herido con el codo, le tiro del pelo y trato de usar mi peso para derribarlo hacia atrás. Él grita y tambalea hacia atrás, girando a izquierda y derecha para desprenderse de mí, pero la rabia y el dolor me dan más fuerza de la que sabía que tenía.

—¡Que te jodan! —grito, finalmente encontrando mi voz—. ¡Que te jodan, que te jodan, que te jodan!

Entonces, estamos flotando.

Cayendo con el aire pasando junto a mí como los fuertes vientos que bailan a mi alrededor en la azotea.

Entonces el mundo se vuelve negro.

37

ROCKY

Dos días.

Dos días velando junto a la cama de Sarah, esperando a que abriera los ojos. Dos días repitiendo una y otra vez aquellos momentos finales en mi mente. Verla salir corriendo hacia ese pasillo con el miedo brillando en sus ojos como faros y la sangre brotando de demasiadas heridas para contarlas en su cuerpo desnudo, me hizo sentir como si hubiera entrado en el infierno. Como si fuera demasiado tarde para salvarla y alguna aparición hubiera aparecido para burlarse de mí.

Pero entonces me escuchó.

Y traté de salvarla. Traté de matar a ese cabrón y fallé.

Luego ella cayó.

Se repite en un bucle en mi mente mientras miro el rostro inconsciente de Sarah hasta que mis ojos se nublan. Su grito de furia cuando saltó sobre su espalda, su lucha de un lado a otro y luego el paso fatal de Bobby hacia atrás hacia el hueco del ascensor. Cayeron fuera de la vista, y una parte de mí murió con ellos.

Solo que, por algún golpe de locura de la suerte, ambos sobrevivieron. Ambos.

Hubiera dejado que Bobby se pudriera al fondo de ese hueco y lo hubiera enterrado bajo todo el maldito edificio, pero Cormac señaló que no era mi decisión. El destino de Bobby está en manos de Sarah. Si es que alguna vez despierta.

Apretando su mano flácida, mi cabeza cae hacia adelante hasta que mi frente descansa suavemente sobre sus nudillos vendados. Aunque sus heridas fueron numerosas, parece que Bobby se tomó su tiempo mientras la mutilaba. No puedo decidir si eso es algo bueno o no. No lo sabré, supongo, hasta que Sarah despierte y me lo diga.

Mi corazón late al ritmo del pitido repetitivo que proviene de las máquinas a las que está conectada Sarah, y cierro los ojos.

Debería haber sido más rápido.

Debería haber sido mejor.

Tampoco debería haber hecho falta este maldito acontecimiento infernal para darme cuenta de que lo que siento por ella es amor. Estaba luchando contra ello sin darme cuenta porque, tan a menudo, el afecto y el amor me son negados o utilizados como alguna especie de herramienta sobre mí. Por mi padre, especialmente. ¿Pero Sarah?

Dios. Si despierta, seré mejor para ella.

Seré lo que ella quiera que sea, lo que necesite.

Nunca la defraudaré de nuevo.

—¿Rocky?

Su voz resuena en mi mente como una campana, y mi pecho se aprieta como si una mano hubiera penetrado y agarrado mi corazón con su puño. Escuchar su voz de nuevo en la realidad sería más de

lo que puedo soportar, pero pagaré a cualquier médico y rezaré a cualquier deidad para que la traigan de vuelta a mí.

—¿Rocky?

Espera—

Mi cabeza se levanta como una bala, y los ojos nublados pero hermosos de Sarah parpadean lentamente. —¡Sarah!— Me inclino sobre ella, manteniendo su mano entre las mías mientras la otra acaricia suavemente su rostro magullado. —¿Sarah?

—Rocky.— Parpadea y, a medida que la nubosidad desaparece de sus ojos, una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios. —¿Tú… tú estás realmente aquí? ¿De verdad?

—¡Oh, Dios mío, estás despierta!— Las lágrimas inundan mis ojos más rápido de lo que puedo controlarlas, y me esfuerzo por no besarla. Dadas las circunstancias que ha pasado, ya estoy tentando la suerte al tocarla. —Lo siento, Sarah. Lo siento muchísimo. Debería haber estado allí para ti, nunca debería haberte dejado sola. ¡Lo siento muchísimo!

—Estoy…— Sus ojos se cierran brevemente y frunce el ceño al abrirlos de nuevo. —¿Estoy bien?

—¡Sí! Estás a salvo, Sarah. Estás a salvo. Estamos en el hospital y yo estoy aquí. Estás a salvo. Estás a salvo, te lo juro.

Sus ojos brillan con lágrimas y un sollozo débil escapa de sus labios, luego ambos brazos me rodean el cuello y me acerca lo más que puede desde este ángulo. Dado que ella me busca, me dejo llevar y la abrazo tan fuerte como me atrevo. Tal vez un poco más fuerte.

—Estás a salvo.— Lo repito una y otra vez mientras Sarah se desmorona y solloza sin control en mis brazos. Se niega a soltarme, agarrando mi camisa y aferrándose a mí con todas sus fuerzas, así que me subo a la cama y la estrecho entre mis brazos lo más cerca que puedo entre todos los cables y tubos que la conectan a las

máquinas de su habitación. Una y otra vez, le aseguro que está a salvo. Llora fuerte y desgarradoramente, gimiendo contra mi hombro y temblando como si fuera a deshacerse en pedazos frente a mí. Así que la abrazo más fuerte.

Llora hasta que se le acaban las lágrimas, aún negándose a soltarme, y poco a poco se va calmando. Su frente descansa contra mi cuello, con la cabeza apoyada en mi hombro. Se aferra lo más cerca que puede, y yo la acuno contra mí, luego le doy un suave beso en la coronilla.

—Lo siento —dice Sarah con voz ronca, haciendo que me gire bruscamente hacia ella.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Es solo que… ni siquiera lo verifiqué. Antes de subirme a la moto. Debía haberlo sabido.

—No —respondo con firmeza, acariciando su rostro con mi mano y levantando su cabeza para que me mire a los ojos—. Ese cabrón sabía lo que hacía. Había estado haciéndose amigo de uno de nuestros guardias de seguridad durante semanas. Cuando pedían café, él lo entregaba y se colaba, robó mi moto. Lo planeó todo, Sarah. Sabía exactamente cómo llegarte y, aparentemente, sabía que éramos cercanos.

—¿Cómo es que no lo sabía? Lo veía casi todos los días. Hablé con él, me hice su amiga, y nunca sospeché nada. Y ahora… —Sus ojos se cierran y mueve la cabeza mientras las lágrimas caen por sus mejillas.

—No, no vamos a hacer eso. No te culpes. Tu mente enterró cosas para protegerte y él se aprovechó de eso. No es tu culpa. ¿Me oyes?

Ella asiente, pero le doy un leve toque en la mejilla hasta que abre los ojos.

—Dilo.

—No es mi culpa —susurra.

—Otra vez.

—No es mi culpa.

—Esa es mi chica. Sé que no lo va a interiorizar, no del todo. Solo el tiempo puede curar esa herida. Pero se lo recordaré cada día por el resto de su vida. —Estás viva. Y estás a salvo, Sarah. Nadie te hará daño nunca más.

—¿Por qué… por qué no siento nada?

—Te tienen con unos analgésicos bastante fuertes —respondo suavemente—. Tus heridas no son profundas pero son numerosas, y cuando caíste, recibiste un golpe fuerte en la parte trasera de la cabeza. Pero vas a estar bien. Lo decisivo era si despertabas o no y yo… yo estaba tan aterrado de que no lo hicieras.

—¿Cuánto tiempo?

—Un par de días.

—Mierda.

—Pero no te preocupes. Me he ocupado de todo. Domenico se está ocupando de Iris. He estado aquí. Vas a estar bien, aunque probablemente debería llamar a un médico ahora que estás despierta. —Aunque la idea de dejarla incluso por un segundo es casi insoportable.

—Espera… —Sarah mueve su mano hacia mi cuello y me acerca, dándome un beso fugaz en los labios.

Mi corazón duele por querer más, por besarla por todas partes y eliminar para siempre el tacto de ese cabrón de su cuerpo.

—¿Está muerto? —Sus ojos se clavan en los míos.

Niego con la cabeza. —Sobrevivió a la caída. Te llevaré a él cuando estés lista.

—Que le den por culo —dice con una fuerza sorprendente—. He esperado demasiado tiempo para ese cabrón. Necesito terminar con esto.

——

La determinación de Sarah por salir del hospital y acabar con Bobby se ve frenada por los médicos. Su estado aún necesita ser monitoreado, especialmente después de su caída y del golpe en la parte trasera de la cabeza, por lo que permanece en cama unos días más. Por mucho que yo quiera que se vengue, me alivia que siga los consejos del médico y permanezca en el hospital. Cada prueba la acerca más y más a la libertad, pero los efectos del ataque de Bobby son tan evidentes como el día.

Se estremece cada vez que los médicos la tocan. Sus ojos se dirigen repetidamente hacia la puerta al menor ruido. Corta la pulsera médica de su muñeca y se niega a mantener el tubo de oxígeno cerca de su nariz porque está demasiado cerca de su boca. A menudo toma mi mano, pero no paso por alto los pequeños sobresaltos que la recorren cada vez que me muevo o hago un sonido inesperado.

Pero estoy aprendiendo rápido. Seré tan suave como ella necesite que sea, y estaré con ella en cada paso de su recuperación.

Cuando el doctor finalmente da a Sarah el visto bueno para salir del hospital, con promesas de volver para cambios regulares de los vendajes en su estómago y muslos, ella se desliza de la cama y me mira directamente a los ojos.

—Llévame con él.

Obedezco porque soy incapaz de decirle que no y esto es lo que ella necesita. Bobby es su demonio y ella es la que merece lidiar con él.

—¿Ha estado aquí desde la caída? —pregunta Sarah mientras caminamos por un garaje no muy lejos de mi propiedad, apoyándose en mi brazo.

—Sí. Lo trajimos aquí después de que Cormac me convenciera de no matarlo en el acto. —Aún estoy molesto por eso, pero a la larga fue la mejor decisión—. No ha recibido tratamiento, aparte de asegurarnos de que siga vivo.

—¿Ha dicho algo?

Niego con la cabeza. —No ha tenido realmente la oportunidad.

—¿Por qué? —Sarah inclina la cabeza mientras me mira.

—Lo verás. —Al final del garaje hay una puerta roja que cruje cuando la abro.

Dentro, Bobby cuelga desnudo de sus muñecas con una cuerda. Su cuerpo está cubierto de una serie de heridas abiertas y magulladuras. Una pierna está gravemente fracturada por su caída por el hueco del ascensor y varias costillas rotas sobresalen de su pecho. Su cabello está pegado al cráneo con sangre y restos de gasolina, pero a pesar de su terrible apariencia, logra esbozar una sonrisa cuando levanta la cabeza y ve a Sarah.

—Bueno, la perra finalmente despertó, ¿eh? —dice con voz ronca.

El agarre de Sarah a mi mano se vuelve doloroso y su respiración se corta audiblemente en su garganta. Lo mira con ojos muy abiertos, así que doy un paso hacia adelante y me coloco entre él y ella.

—¿Qué quieres hacer?

—¿C–Cómo dices? —Me mira con los ojos muy abiertos.

—¿Quieres arrestarlo? Llevártelo, hacerlo todo según el libro, como dijiste?

Sus ojos se desplazan más allá de mí hacia Bobby, mientras él jadea y respira con dificultad. Esto era lo que ella quería, después de todo. Quería arrestar al cabrón y encerrarlo entre rejas, hacer que sufriera el resto de su vida, y Bobby, desde luego, se lo merece.

Mientras el miedo arde en sus ojos, también hay algo más allí. Determinación.

—No —dice Sarah tras un momento—. Eso no me hará sentir mejor. Alguien como él no merece estar seguro tras las rejas.

—Mírate —bromeo suavemente—. Pequeña transgresora de reglas.

—¿Vas a arrestarme? —balbucea Bobby con voz alta—. Vamos, perra. Llévame ante tu capitán y verás qué pasa. ¿Crees que todo esto se sostendrá en el tribunal? ¡Estaré fuera en una semana! Tengo amigos, ¿sabes? No eras el único policía que iba a beber allí. Hice amigos. Así que allá donde vayas, estaré yo. Porque formo parte de tu vida, Sarah. Siempre lo estaré.

Lucho contra el abrumador impulso de pulverizar su rostro ya golpeado solo para que se calle y tengo que morderme la lengua para no ceder ante ese deseo.

—No —dice Sarah suavemente—. Ya no te tengo miedo.

—Tonterías —escupé Bobby—. Puedo verte temblar desde aquí.

—Claro, mi cuerpo recuerda cosas. Claro, tendré pesadillas con las cosas retorcidas por las que me hiciste pasar. Tal vez me cueste lidiar con el tacto de alguien que me importa, o con ruidos fuertes, o con cosas alrededor de mi cara. Pero ¿sabes qué? Las superaré. Me escucharé a mí misma y aprenderé porque sé que no te tengo miedo. Eres solo un triste y patético excusa de hombre y ahora que te veo, que realmente te veo, me doy cuenta de que solo una cosa va a pasar.

—¿Y qué es eso?

—Nadie te recordará. Nadie te echará de menos. Nadie siquiera pensará en ti porque, por si te lo perdiste, mi novio está en la Mafia y ellos son expertos en hacer que la gente desaparezca.

¿Novio?

Es difícil no distraerse con semejante palabra y mi atención se desvía de Bobby a Sarah. Está temblando, pero mantiene la cabeza alta incluso mientras juega con el vendaje alrededor de su pulgar lesionado.

—Así que hiciste todo esto, ¿y para qué? Yo estoy aquí y tú estás allí. Yo gano.

—No —gruñe Bobby—. Me recordarás. ¡Nunca me olvidarás!

Respira profundamente, levantando los hombros, y luego niega con la cabeza. —Ya he empezado. —Sarah se vuelve hacia mí—. Debería morir, pero no sé si debería ser yo. ¿Qué tal Gio?

Sonrío fríamente. —¿Quién crees que lo golpeó tanto?

La ceja de Sarah se levanta. —Oh.

—Sí. Gio ya tuvo su venganza. Así que es todo tuyo, cariño.

Sus mejillas se sonrojan ligeramente y asiente mientras extiende su mano. —¿Me das tu arma?

Se la paso sin decir una palabra. Sarah se vuelve hacia Bobby y se acerca. —Pensé en hacerte sufrir. En ponerte en todo lo que me hiciste pasar, y era tan tentador.

—Adelante, entonces —provoca Bobby—. Hazlo ya, joder.

—No —dice con firmeza—. No mereces más de mi tiempo.

Mientras Bobby abre los labios para una réplica, Sarah levanta el arma y le dispara directamente entre los ojos. El silencio posterior es espeluznante, pero me niego a moverme o hablar hasta que Sarah lo haga. Ella está callada e inmóvil, claramente procesando lo sucedido.

Cuando se vuelve hacia mí y me devuelve el arma, sus ojos brillan con lágrimas contenidas. —Se acabó.

—Sí —digo suavemente, guardando mi arma—. Lo está. Lo conseguiste.

—Ojalá lo hubiera conseguido antes.

—Oye. —Tomándole la mano, entrelazo suavemente nuestros dedos —. Ojalá *yo* lo hubiera conseguido antes. Pero ya no está. Nunca podrá hacer daño a nadie más.

—Nunca te di las gracias.

—¿Por qué?

—Por venir a buscarme —susurra Sarah—. Estabas allí. Viniste por mí y me encontraste.

—Siempre iré a buscarte —juro suavemente—. Te lo prometo. Eso es lo que hace un *novio*, ¿no?

—De verdad te creo. Sabes, cualquiera diría que estás colado por mí. —Una sonrisa débil finalmente se extiende por sus labios—. Me gusta.

—Entonces, ¿esto significa que puedo decirte «te lo dije»? —pregunto, guiándola fuera de la habitación y dejando que Bobby se pudra.

—¿Sobre qué?

—Mi forma claramente ganó. —Es difícil mantener la sonrisa juguetona al mínimo—. Tu forma eran reglas y pruebas, un juicio y un jurado. Mi forma es… bueno, exactamente eso.

Sarah estalla en suaves risitas y me empuja ligeramente con el hombro. —Vete a la mierda.

—Pero gano, ¿no? —Aprieto su mano y llevo sus nudillos a mis labios —. Gano totalmente.

—Eres un imbécil.

—Gano totalmente.

—Lo que sea. Entonces… —Sarah duda mientras salimos del garaje y el cálido sol de la tarde nos golpea—. ¿Qué hacemos ahora?

Miro hacia abajo a su hermoso rostro y aprieto su mano. —Lo que diablos queramos hacer.

38

SARAH

La recuperación es lenta.

Matar a Bobby no me trae el cierre mágico que esperaba. El día que llego a casa tras la muerte de Bobby, me aislo del mundo, incluso de Rocky. Me digo que necesito hacer esto sola porque la última vez lo hice sola. Me arrastré por ese infierno una vez y puedo hacerlo de nuevo. Todo lo que necesito es Iris.

Pero esta vez es diferente. De alguna manera, todo es mucho peor.

Cada ruido en mi apartamento me sobresalta, incluso el familiar gemido de la caldera y el golpeteo de las tuberías veinte minutos después de una ducha. Hago lo posible por actuar como si todo estuviera bien cuando el trabajo me llama para decirme que todos mis días de vacaciones acumulados están en uso y esperan verme de vuelta pronto. Actúo como si estuviera genial cuando Rocky me envía mensajes rogándome que hable con él. A pesar de lo cuidadosamente que redacto mis mensajes, él no está convencido y se sienta fuera de mi apartamento en su coche cada noche.

Me irrita porque quiero hacer esto sola. Debería ser capaz de superar esto sola.

No puedo.

Rocky irrumpe en mi apartamento tres días después, cuando los gritos de mis pesadillas son tan fuertes que los oye desde la calle. Me despierta y recibe cada golpe y patada de mi pánico hasta que me deshago en lágrimas en sus brazos y sollozo como si me estuviera desmoronando. Quiero que se vaya y se lo digo, pero Rocky se niega a irse. Me abraza como si nunca quisiera soltarme, y ese contacto es a partes iguales desencadenante y reconfortante.

Quiero que se vaya porque no quiero que me vea así.

Sin asearme. Constantemente llorosa y temblorosa. Sobresaltándome con cada sonido. No me siento humana, y mucho menos como alguien capaz de recibir afecto de alguien como Rocky.

Pero él se queda. Se queda a mi lado cuando las lágrimas cesan y me aparto de él cuando el contacto es demasiado. Se queda cuando llegan los policías porque alguien dos pisos más abajo pensó que me estaban asesinando. Se queda incluso cuando le grito que se vaya.

Y cuando cierra la puerta y se instala en el salón e Iris se acurruca en su regazo por primera vez, me alegro.

Rocky se convierte en mi roca. Cada vez que duermo, tengo pesadillas de Bobby cortándome o sosteniendo el plástico sobre mi cara mientras me asfixio. Rocky me saca de ellas de manera mucho más suave que la primera vez. Me convence para que me duche y se asegura de que el agua no esté hirviendo, cocina para mí y se asegura de que Iris esté alimentada y cuidada. Me ayuda a cuidar mis lesiones y se mantiene al tanto de mi medicación. Se aparta y me deja descargar mi ira en la pared de evidencias, y lo que alguna vez fue una red detallada y cuidadosamente tejida de cada movimiento de Bobby se convierte en un desastre desgarrado en el suelo que él limpia después de que yo llore en medio de todo.

Se lleva la peor parte de mi repentino aumento de ira por la cosa más mínima, se sienta al otro lado de la puerta y me habla sobre

cosas en la televisión cuando me encierro en el baño para llorar, pide mi comida para llevar favorita y pone mis películas preferidas cada vez que me animo a salir de la cama.

Y no se queja. Ni una sola vez.

Incluso en el peor momento de mi ansiedad, cuando discutir por una cuchara en el lugar equivocado es la única forma que tengo de expresar algo, lo toma todo con calma. No me juzga. Se queda ahí y simplemente me escucha y luego me abraza después, cuando el dolor es demasiado y lloro tan fuerte que no puedo respirar. Y nunca se ofende por lo rápido que mi deseo de consuelo puede convertirse en un anhelo desesperado de no ser tocada nunca más.

Poco a poco, mejora.

Pasan las semanas y las pesadillas son cada vez menos. Soy capaz de despertarme de algunas de ellas, aunque Rocky sigue ahí para ayudarme con lo que necesite. Vuelvo a cocinar y después de un mes más o menos, puedo tener a Iris en mi regazo sin mucho estrés. Rocky me ayuda a buscar apartamentos nuevos ya que todo en este lugar me recuerda a lo sucedido. Quiero alejarme del edificio, de toda la zona donde están mi apartamento, el de Bobby y ese maldito café.

Lo más triste de mudarme es no volver a ver a la pareja mayor bailar en su balcón al otro lado de la calle, pero mi nuevo lugar está en una parte más tranquila de la ciudad, más cerca de la finca de Rocky. Es más pequeño que mi antiguo apartamento, pero aún tiene acceso al tejado, que Iris descubre cómo escabullirse en dos días desde que nos mudamos. Compro muebles nuevos, un armario nuevo, todo nuevo para poner la mayor distancia posible entre yo y lo que pasó.

Y Rocky se queda.

No entiendo por qué.

Pero no pregunto.

Una noche, cuando estamos en el tejado mirando una ciudad que parece a la vez igual y diferente, Rocky me da una copa de vino y me dice que me veo tranquila. Las ganas de discutir surgen como el vómito, pero después de un momento de reflexión, me doy cuenta de que tiene razón. No sé si es el nuevo apartamento o la dedicación de Rocky a estar a mi lado, pero su comentario me hace darme cuenta de que las cosas van mejor.

Me siento mejor.

Las primeras noches en mi nuevo apartamento son aterradoras y Rocky duerme en el suelo junto a mi cama para ayudarme a superar cada sonido y ruido desconocido que me sobresalta del sueño.

Para la cuarta noche, duermo unas horas seguidas y Rocky sigue en el suelo otra semana entera hasta que lo dejo entrar en la cama. Se niega a apartarse de mi lado y no puedo mantenerlo en el suelo como a un perro.

Con almohadas entre nosotros para mantenerme cómoda, tener a Rocky en la cama es la primera vez que duermo toda la noche desde el ataque. Sucede la noche siguiente, y la otra. Se convierte en nuestra rutina y pronto, las almohadas ya no son necesarias.

Dos meses después de que Bobby intentara matarme, Rocky tiene que marcharse para asistir a una reunión con su padre. Me invita a acompañarlo, pero no estoy preparada para ver a tanta gente que sabe lo que me ocurrió. Parte de la razón por la que huí de Montana fue para evitar la mirada que la gente me dirige, una morbosa mezcla de compasión y curiosidad. La ausencia de Rocky deja un vacío enorme en mi pecho y camino de un lado a otro por mi apartamento de manera incómoda hasta que aparece una picazón en mi pecho. Una picazón por hacer *algo*. No tengo ni idea de qué.

Acabo yendo al tejado y conozco a mi vecino, un hombre mayor que sube al tejado a escondidas para fumar lejos de su esposa. Es agradable y explica que su vicio es un pequeño secreto porque sabe que cuando sube aquí a fumar, su esposa puede poner la música

que a él no le gusta. Cuando se va, me doy cuenta de que no ha dado ni una calada a su cigarrillo. Simplemente lo dejó consumirse hasta convertirse en nada.

Qué dulce.

Rocky regresa y el alivio me hace iniciar un abrazo por primera vez. Un abrazo real, libre de lágrimas y pánico, aunque cuando nos separamos, Rocky parece un poco emocionado. Me explica que las cosas están tensas en casa desde lo de Bobby, porque hay un aumento de interés en que Matteo dimita para que Rocky pueda tomar el relevo. Le dejo hablar sobre sus sentimientos al respecto, ansiosa por escuchar, ya que ha sido un pilar de apoyo inquebrantable para mí. Habla sobre sus sentimientos complicados hacia su padre, el trauma de su infancia e incluso sobre haberse roto el brazo. No hay amor perdido allí, pero no se siente preparado para liderar a toda la familia.

Todavía no.

Crece el temor de que se niegue por mí, pero Rocky rápidamente deja claro que su posición en la familia es mucho más relajada que tomar el título de Don. Es mucha responsabilidad y reconoce que su padre todavía tiene mucho que ofrecer. Solo espera que puedan trabajar juntos.

Rocky sigue a mi lado y los días se hacen más fáciles. Paseamos por la manzana para explorar mi nuevo vecindario e incluso encontramos un pequeño y encantador café regentado por una familia sonriente. Aunque no estoy segura de estar preparada para volver a tomar café. Caminamos por el parque y Rocky explica con gran detalle y entusiasmo la creación de su nueva moto. Me parte un poco el corazón que su antigua moto fuera destruida, pero Rocky descarta todas mis disculpas. Puede que amara esa moto, pero amará aún más la nueva.

Entonces llega Halloween. Las calles están inundadas de niños y sus padres disfrazados pidiendo dulces, o de adolescentes y adultos

yendo de fiesta. Me quedo en casa con la televisión puesta, viendo películas de terror a las que apenas presto atención. Iris se acomoda en la silla del otro lado de la habitación, que ha reclamado como su propio trono. Hay algo terapéutico en las películas de slasher. Tal vez sea el consuelo de saber que el asesino es atrapado, o la fuerza de la última chica. En cualquier caso, es entretenido hasta que la película *Halloween* aparece en la pantalla y Rocky inmediatamente la pausa.

—¿Qué estás haciendo? —Lo miro desde debajo de mi manta, relajada pero confundida.

—Es *Halloween* —dice desde el otro extremo del sofá con el mando a distancia colgando de su mano—. El asesino nunca muere en estas películas. No estaba seguro de si...

Ah. Buen punto.

—Sí, no, gracias.

Rocky cambia de canal y aparece *Gremlins*, ya a la mitad. Cumple su propósito, sin embargo, y Rocky se acomoda para verla. De vez en cuando, se mete un par de palomitas en la boca y las mastica lentamente, como si estuviera viendo algo tan importante que el crujido de un aperitivo podría hacerle perder detalles cruciales.

—¿Rocky?

—Mmm —Sus ojos se dirigen a mí inmediatamente.

—¿Por qué estás aquí?

La expresión relajada en su cara desaparece y se detiene a mitad de masticar. —¿Qué quieres decir?

—Quiero decir... —Apoyándome en el sofá, me incorporo—. ¿Por qué estás realmente aquí? ¿Por qué no te has ido todavía?

—¿Quieres que me vaya?

—No es eso lo que pregunto.

—¿No es obvio? —Rocky sonríe suavemente, casi con un poco de tristeza.

—No.

—Porque te quiero, Sarah. Pensé que era *evidentemente* obvio.

Mi corazón se detiene ligeramente en mi pecho. —No me quieres.

—Te quiero.

—¿Cómo puedes? —Mi voz se quiebra y trago con fuerza—. No lo entiendo.

—Muy fácilmente —responde Rocky, y deja el bol a un lado—. ¿Qué es lo que no entiendes?

—Todo. Todo lo que te hice pasar, todo lo que hice. Los gritos y las peleas y el... todo de estas últimas semanas. ¿Cómo puedes querer eso?

—Sarah, eso es el amor. Lo que pasaste y lo que estás pasando ahora no cambia cómo me siento contigo. Porque cómo me siento contigo es lo que me hace cuidarte. Cuando las personas que amas están sufriendo, las cuidas de cualquier manera que puedas, y Sarah, tú pasaste por algo horrible. Dos veces. Y yo... —Fruncia ligeramente el ceño—. No puedo quitarte eso, y nunca podré entenderlo tanto como quiera. Así que estoy aquí para ayudarte y apoyarte de cualquier manera que pueda. Y no voy a culparte por cómo reaccionas a las cosas porque no puedo imaginar lo doloroso que es incluso procesar por lo que pasaste. Así que... para mí, es muy fácil. Te quiero, y estoy aquí. Durante todo el tiempo que me quieras. Y eso es todo lo que me importa.

Quiero decirle que está equivocado. Que no tengo nada bueno que ofrecerle. Mis sentimientos por Rocky están mezclados y perdidos bajo la pura fatiga de simplemente mantenerme entera. Pero habla con tanta suavidad y dulzura que quiero llorar. Quiero alejarlo tanto como quiero acercarlo. Casi le digo que se vaya y encuentre a

alguien mucho más digno de ser amado, pero la determinación que arde en sus ojos me detiene. Se frota una mano sobre su muslo y suelta una risa suave.

—Y... tal vez parte de ello es porque soy egoísta.

—¿Cómo? —pregunto con voz ronca.

—Cuando estoy contigo, cuando estoy cerca de ti, todo aquí arriba está tranquilo —golpea ligeramente su sien—. Por lo general, siento que estoy corriendo un millón de millas por segundo, pero cuando estoy contigo, siento que puedo respirar. Como si pudiera pensar pensamientos reales y realmente escucharme a mí mismo. Algo en ti, Sarah, simplemente me calma de maneras que nunca antes había experimentado. Así que sé que eres especial. Para mí. Y entonces todo lo demás es fácil. Porque te quiero. Me haces sonreír. Me haces sentir a gusto. Tu compasión es admirable. Tu convicción en tus principios y hacer lo correcto. Y me haces sentir tan tranquilo.

Vale, definitivamente voy a llorar ahora.

Empujando la manta a un lado, me levanto lentamente y estiro el leve dolor en mis piernas por haber estado sentada demasiado tiempo. Extiendo mi mano, le quito el mando a distancia a Rocky y cambio de canal a uno que pone música y luego extiendo mi mano de nuevo.

—Baila conmigo.

Las cejas de Rocky se elevan ligeramente. —¿Eh?

¿Qué mejor manera de averiguar si de verdad es para mí? —Baila conmigo.

Rocky coge mi mano y se levanta lentamente, luego se acerca a mí y coloca una mano con mucha cautela en mi cintura. Yo pongo mi otra mano sobre su hombro y lo miro fijamente, estudiando la profundidad del alma visible en sus ojos, y luego sonrío.

La música suena, y empezamos a mecernos juntos de un lado a otro. Es una idea espontánea, y no estoy del todo segura de lo que espero que esto me revele. Quizá el destino intervenga y arruine esto como una especie de señal de que no estamos destinados a estar juntos.

Pero nada de eso ocurre. Seguimos cogidos del brazo, meciéndonos al ritmo de la música, y se hace casi demasiado fácil recostarme en Rocky y seguir su liderazgo. No dice ni una palabra cuando me acerco más y finalmente apoyo mi cabeza en su hombro, o cuando nos alineamos tanto que nos balanceamos como uno solo. Bailamos varias canciones antes de que yo hable.

—No he bailado en años —digo suavemente—. No como es debido. No así. Pero solía encantarme. Ya sabes, antes.

—¿Antes de la primera vez? —pregunta Rocky en voz baja.

Asiento. —Después, me pareció imposible. Intenté obligarme un par de veces, como en el club con amigos, pero no era lo que disfrutaba. Y no era lo mismo. Pero lo echaba de menos. Solo el silencio, la música y la cercanía de alguien más, ¿sabes?

—Me gusta bailar —responde Rocky—. Aunque cualquier cosa más allá de esto podría resaltar mi incapacidad absoluta para hacer movimientos decentes.

—No voy a juzgar —murmuro—. Solo… estoy feliz de que podamos hacerlo.

Nos balanceamos de un lado a otro durante otras dos canciones y luego regresamos al sofá, solo que esta vez me siento mucho más cerca que antes. La descripción de Rocky sobre por qué me quiere resuena una y otra vez en mi mente, luchando contra mi propio razonamiento interno sobre por qué no debería hacerlo. No puedo llamarlo mentiroso, ya que sus palabras sonaron tan sinceramente honestas.

Lo dice en serio.

Pero, ¿cómo me siento yo?

Rocky coge el mando y cambia de nuevo a Los Gremlins. Disfrutamos de la última media hora de la vieja escuela de carnicería hasta que una escena hace reír a Rocky y su mano cae sin pensar en mi abdomen debido a cómo estoy recostada.

Siento que se queda paralizado al instante, y una sacudida de alarma me recorre como si me hubieran quemado, pero la habitual necesidad de retroceder no me invade esta vez. En su lugar, el cálido peso de su mano me trae una profunda sensación de comodidad.

Nuestras miradas se encuentran, con el pánico brillando en la de Rocky, y veo que se está disculpando incluso antes de que diga las palabras. Cuando intenta retirar su mano, yo atrapo su muñeca. No tengo un plan. Simplemente sigo lo que siento bien, y tocar a Rocky, estar cerca de él y su calor, se siente bien.

Nuestras miradas se encuentran de nuevo, y sus labios se separan hasta que me levo y lo silencio con un dulce y breve beso.

—Sarah —murmura Rocky, con voz ronca—. Tú…

—Lo sé —susurro de vuelta.

—¿Estás… bien?

Asiento rápidamente mientras me muerdo el labio inferior, persiguiendo la fugaz presión de la boca de Rocky. —Yo… Se sintió bien, ¿sabes?

Él también asiente y sus ojos se dirigen a mis labios, luego de nuevo a mis ojos. —¿Algo más… se siente bien?

Qué pregunta tan abierta. Mi mente está tranquila. Quizá sea por la agradable noche que hemos tenido, quizá sean los efectos del baile. Quizá sean las películas.

Sobre todo, es Rocky.

Lo beso de nuevo, lentamente. Cada cálido y suave contacto de sus labios tiene una nota de hesitación donde me deja llevar, y aunque lo aprecio, echo de menos la fuerza que suele existir en su afecto. La firmeza de sus manos, el hambre en su beso y la necesidad en sus gemidos. Cuanto más tiempo lo beso, más lo anhelo, así que presiono hacia el contacto. Rocky emite un sonido de sorpresa en su garganta, luego su mano acaricia mi rostro y me besa un poco más fuerte.

Ahí está.

Eso es lo que quiero.

Mis manos se dirigen a su camisa y lo atraigo más cerca. Lo que comienza como besos tiernos rápidamente se convierte en besos frenéticos que se calientan más y más cada segundo. Rocky intenta constantemente contenerse, por lo que su entusiasmo viene en olas. Besos suaves pero toque firme, caricias gentiles y dientes que mordisquean.

No existe ni un solo pensamiento en mi mente hasta que la atención de Rocky se dirige hacia el sur y mi ropa es despojada, dejándome al descubierto para su toque y atención. Las frescas cicatrices rosas que atraviesan mi cuerpo y abdomen hacen que Rocky se detenga y se arrodille frente a mí, entre mis piernas abiertas, y me mire con una incertidumbre tan abierta y honesta.

—Estoy bien —digo suavemente—. Lo prometo.

Y lo estoy.

No hay picazón en mi piel por su toque, ni ganas de retroceder cuando sus labios presionan mis nuevas cicatrices. No hay pánico en mi corazón ni un calor punzante en mi columna que me impulse a escapar.

Solo hay Rocky.

Sus manos cálidas y acariciadoras. Sus labios suaves. Su atención constante. Mi mente permanece en silencio hasta que está entre mis piernas y enterrado contra mi coño, comiéndome como si fuera su primera comida. Allí, su toque se vuelve más firme mientras agarra mis muslos para apoyarse y presiona su rostro firmemente contra mi coño. Sus labios y su lengua hacen magia sobre mi clítoris, sobre mis labios, y dentro de mí donde introduce su lengua tan profundo como puede llegar.

El ruido crece en mi mente.

La canción del placer.

Una ráfaga de necesidad que enciende el calor en mi piel y acelera mi corazón mientras las primeras oleadas de placer calientan mi interior y recorren mis venas. La atención de Rocky se vuelve más firme e insistente, interpretando cada uno de mis temblores, gemidos y movimientos como si fuera fluido en el lenguaje de mi cuerpo.

—¡Rocky! —gimo su nombre y arqueo la espalda desde el sofá, cerrando mis muslos alrededor de su cabeza mientras el placer aumenta y cada nervio dentro de mí chisporrotea como el encendido de una cerilla.

Me vengo tan fuerte que mi mundo se vuelve blanco por un momento y una abrumadora oleada de calor recorre mi interior. Es abrumadoramente intenso, pero a través de todo, me siento segura. Protegida. Rocky está ahí y me sostiene y lame lentamente a través de cada estremecimiento de placer.

Y con ese éxtasis viene un solo pensamiento.

Voy a estar bien.

39

ROCKY

Las cosas cambian después de eso.

Con un solo toque, de repente Sarah no puede mantener las manos quietas, aunque no me quejo. Está ansiosa por todo: una sesión de besos en el ascensor, follar en la azotea bajo las estrellas, chupármela en la ducha, follar en la cocina, el dormitorio, el lavadero. En resumen, inauguramos cada habitación de su nuevo apartamento, y no se detiene ahí. Me despierta en medio de la noche emocionada por explorar esta nueva oleada de sentimientos y me deja comerla en cada oportunidad disponible hasta que su olor y sabor son más que suficientes para ponerme bien duro.

Una tarde la siento para hablar del tema, por si acaso esta repentina hipersexualidad es otro síntoma de su trauma, pero después de una larga conversación, me aseguro de que esto es ella retomando el control de su cuerpo, y no me interpondré en su camino. Estoy más que feliz de ayudarla.

Entre el sexo desenfrenado, Sarah vuelve al trabajo. Domenico tuvo una charla muy severa y agresiva con su jefe y aseguró su puesto en cualquier departamento que ella quisiera. Sarah aprovechó esto para dejar Homicidios y establecerse en Personas Desaparecidas. Rastrear

a Bobby por la ciudad despertó un interés en unir pistas, y decide seguir ese interés para hacer lo que pueda para encontrar personas.

Hay la ventaja adicional de encontrar personas vivas, lo que lo hace aún mejor. Ayuda que estar conmigo significa que Sarah tiene todo el poder de la Mafia Italiana a su disposición sin tener que abandonar sus principios. La participación de Cormac en su rescate, así como la ayuda de Anastasia para reconocer a Bobby, le dan una nueva perspectiva sobre lo que la Mafia hace por esta ciudad, aunque deja claro que no nos dará ningún trato especial. Sarah llega a un entendimiento inestable con todos los involucrados. Sin trato especial significa exactamente eso, pero no está en contra de que nos ayudemos unos a otros. Especialmente cuando alguien que merece castigo se escapa de la red legal por un tecnicismo.

Mientras se sumerge en su nuevo papel, llego a un acuerdo similar con mi padre. No estoy listo para tomar el mando y él no está listo para retirarse, pero las llamadas a un cambio de liderazgo no cesan. Así que doy un paso al frente y tomo el control de una gran parte de nuestros casinos y una presencia más destacada en las reuniones importantes. Es suficiente para mantener los rumores a raya y me da la oportunidad de aprender todo lo que puedo de mi padre antes de que se retire, sea cuando sea. Aunque no siento ningún cariño por el hombre, no puedo negar todo lo que ha hecho por el crecimiento de nuestra organización y vale la pena aprender de él.

Incluso si nuestros métodos difieren.

El apartamento de Sarah se convierte en mi hogar. No estoy seguro de cuándo sucede, pero de repente tengo un cepillo de dientes, mi propia taza de café y ella vacía cajones para mí. Paso de quedarme en su casa para mantenerla segura a vivir allí y casi pierdo los huevos cuando hago una broma diciendo que solo me quiere aquí por el sexo.

Está recuperando su fuego y es hermoso de ver.

Cuando septiembre llega a su fin, Sarah envía un mensaje críptico con una dirección y una solicitud de encontrarnos después del trabajo. Estaría preocupado si no fuera por el hecho de que envía varios mensajes más sobre la cena y el deseo de ir a bailar de nuevo. Trato de no atribuirme el mérito de su recuperación porque, en última instancia, es todo su arduo trabajo, pero me gusta pensar que estoy ayudando.

Superar la reunión de mi padre es un poco tedioso y revisar los informes de gastos y ganancias de los casinos es igual de aburrido, pero nos estamos preparando para Navidad, lo que significa que estamos a punto de ganar una cantidad increíble de dinero. Mi padre parece contento con el progreso y Domenico me lanza una de sus sonrisas de *estoy orgulloso de ti* cuando vuelvo a mi asiento.

Unas horas después, llego a la dirección que Sarah envió y la encuentro apoyada contra una pared con una sonrisa traviesa en su rostro.

—¿Quieres hacerte un tatuaje? —pregunto, saliendo de mi coche y mirando el letrero—. No pensé que te gustaran los tatuajes.

—Ha estado en mi mente —dice mientras camina hacia adelante y toma mi mano—. ¿Quieres hacerte uno conmigo?

—¿Un tatuaje de pareja?

Sarah pone los ojos en blanco. —Si quieres llamarlo así, vale.

Un tatuaje. Algo así es permanente, especialmente hacérselo con alguien más. Sarah me mira con tal esperanza brillando detrás de sus gafas que no hay forma de que pueda decir que no. Ni siquiera quiero hacerlo. Estoy tan comprometido que me tatuaría todo el cuerpo si ella quisiera.

Dentro, nos recibe una mujer llena de tatuajes que revisa nuestra identificación y nos hace lavarnos antes de llevarnos tras una cortina, donde una mujer se relaja en una silla con una sonrisa que le cruza los labios pintados de negro.

—¿Sarah, supongo? —dice—. Hola, soy Charlie.

—Llamé antes —le dice Sarah a mí, y luego avanza—. Encantada de conocerte, Charlie.

—¿Y este es? —Charlie me mira.

—Rocky.

—Espera, ¿te conozco? —Charlie se inclina hacia delante, apoyando un codo delgado en su rodilla—. Espera, sí te conozco. Tú eres eh… —Chasquea los dedos un par de veces—. El chico de Domenico.

—No *exactamente* —me río y hago una pausa—. Espera, ¿cómo conoces a Domenico?

—¿Quién crees que le hace todos sus tatuajes? —Se da una palmada en el pecho.

—¡Ni siquiera sabía que tuviera!

Charlie se ríe entre dientes. —Tío. No tienes ni idea.

—¿Hay algún lugar en el que no estéis metidos? —musita Sarah con una sonrisa burlona.

—Vale, chica, ¿qué puedo hacer por ti? —Charlie dirige su atención a Sarah mientras esta se sienta en la silla de tatuajes y respira hondo.

—Tengo algunas cicatrices que quiero tapar. Pero no porque me avergüencen. Simplemente… quiero poder mirarme al espejo y no recordar al instante lo que las causó.

—Es complicado con las cicatrices —dice Charlie—. No puedo tatuar directamente sobre ellas, pero puedo incorporarlas al diseño, ¿crees que eso funcionaría?

Sarah asiente. —Pero también… —Me mira y sus mejillas se sonrojan como si de repente le diera vergüenza.

—Yo también quiero uno —digo—. Que combine.

—¿También tienes cicatrices? —pregunta Charlie, mirándome.

—Sí, tengo unas cuantas.

—Sin duda —se ríe—. Vale, déjame echar un vistazo y veré qué puedo hacer.

Hay un silencio incómodo cuando Sarah se quita la camisa y Charlie se acerca para examinar las cicatrices en su abdomen. Su tacto parece gentil, pero despierta mi instinto protector y toda mi atención se centra en Sarah, esperando el más mínimo cambio en su estado de ánimo que me haga poner fin a esto.

Aguanta hasta que Charlie se echa hacia atrás y me mira. —¿Y las tuyas?

Me levanto la camisa y le muestro a Charlie las cicatrices que me quedaron de la gala rusa. Emite un sonido de comprensión en la garganta, luego se aleja en su taburete y comienza a dibujar. Sarah y yo pasamos el tiempo hojeando libros de bocetos y fotos de los tatuajes de otras personas y los intrincados diseños que Charlie ha creado en el pasado.

Veinte minutos más tarde, Charlie regresa con su bloc de dibujo y lo levanta para que lo veamos. —Ahora, estoy pensando que para ti, Sarah, podemos hacer un ramo de flores aquí, algunas rosas en el centro, e integrar tus cicatrices como las espinas del tallo justo aquí. Parece grande, pero dada la longitud de algunas de tus cicatrices, esta aquí funcionaría bien en el tallo. Y los pétalos se extenderán por tus costillas. Ahora, estas cicatrices más bajas cerca de tu ombligo, quiero convertirlas en plumas y luego para ti, Rocky. Tendrás un pájaro con plumas que combinan y una rosa en sus patas. El mismo diseño, ¿ves? Solo que desde perspectivas diferentes. ¿Qué os parece?

Esbozado, se ve increíble, pero Sarah tiene la última palabra aquí. Es su idea y este diseño es importante para ella. Los ojos de Sarah

brillan y parpadea un par de veces, luego asiente rápidamente. —Me encanta —dice suavemente—. Yo… gracias.

—Por supuesto —sonríe Charlie—. Entonces, ¿quién quiere ser el primero?

Sarah duda, así que me inclino hacia delante. —Yo iré primero. Así puedes ver y saber qué va a pasar. —No debe ser fácil enfrentarse a la perspectiva de las agujas contra su piel después de lo que causó sus cicatrices. Sarah asiente agradecida y cambiamos de lugar, quedándome yo en la silla de tatuajes. Charlie la ajusta para que quede plana, de modo que puedo tumbarme boca abajo, luego me da una palmadita en la espalda.

—¿Listo, campeón?

—Una cosa. ¿Puedes decirme cuántos tatuajes tiene Domenico?

Charlie se ríe suavemente. —Joder, quién sabe, ¿dieciocho, creo?

—Mierda. Vale, estoy listo.

Sarah toma mi mano cuando la aguja comienza a zumbar y nuestras miradas se encuentran.

—Te quiero —dice suavemente en el momento en que la aguja toca mi piel. Pero el dolor no me afecta.

Lo dijo.

Realmente lo dijo.

Charlie y el estudio de tatuajes desaparecen.

Ella me quiere. Sarah me quiere.

No me di cuenta de lo desesperado que estaba por escuchar esas dos palabras hasta este momento. Constantemente me decía a mí mismo que no importaba si ella no sentía lo mismo, que estaría bien si nunca la escuchaba decirlo.

Sin saber cuánto ansiaba escucharlo.

—Yo también te quiero —digo, apretando su mano—. Muchísimo. No tienes ni idea.

—Oh, creo que sí —murmura Sarah suavemente y se inclina, besándome con delicadeza—. Definitivamente lo sé.

EPÍLOGO

SARAH

—Sarah? —La voz de Rocky flota por el apartamento, seguida de un grito y un siseo, luego un ruido de garras. —¡Iris! ¡Me has dado un susto de muerte!

Es difícil contener la risa mientras me aplico la última capa de máscara de pestañas, y cuando me aparto del espejo, Rocky está en la puerta con una expresión algo alterada.

—¿Estás bien?

—Iris decidió esconderse bajo el sofá y atacó mi tobillo al pasar —se queja Rocky, apoyándose en el marco de la puerta sobre una pierna mientras se masajea el tobillo—. Nunca debería haberle enseñado eso.

—Es culpa tuya por pasar tantas horas enseñándole a jugar al escondite, así que solo te tienes a ti mismo a quien culpar. Un último toque de pintalabios y estoy lista.

Me doy la vuelta cuando Rocky entra cojeando en la habitación y sus ojos recorren mi cuerpo mientras una sonrisa se dibuja en sus labios. —Estás preciosa de azul.

—Gracias. —Cuando está lo suficientemente cerca, le doy unas palmaditas en los hombros y deslizo mis manos por las solapas de su chaqueta. —Será mejor que esto valga la pena.

—¿No confías en mí?

—Confío. Lo que no confío es en que estamos a mediados de marzo y estoy bastante segura de que vi lluvia en el pronóstico.

—Nah —murmura Rocky, acercándose para rozar su nariz con la mía —. He ahuyentado el mal tiempo.

—¿Ah, sí?

—Mmhmm. —Sus labios se posan levemente sobre los míos, luego la presión aumenta durante unos breves segundos mientras su brazo rodea mi cintura. —Tu pintalabios no sabe bien.

—¡No está hecho para eso! —Nos separamos riendo y atrapo la cara de Rocky antes de que se aparte. —Aunque el rojo te queda bien.

—¿En serio? —Levanta una ceja mientras deslizo mi pulgar por su labio inferior y quito el rastro del pintalabios.

—Sí, casi tengo competencia.

—Nunca. —Rocky da un paso atrás y toma mi mano. —Vamos.

Mientras salimos del apartamento y subimos las escaleras hacia la azotea, le cuento a Rocky sobre el éxito más reciente de mi nuevo grupo de trabajo. Después de cerrar doce casos de personas desaparecidas en los últimos seis meses—con la ayuda de algunos amigos al margen de la ley—, mi ascenso me dio mi propio equipo para dirigir como me plazca. Cerrar nuestro primer caso con la persona desaparecida viva y sana nos da un buen comienzo. No todos los resultados en este trabajo son felices, pero es mucho mejor que Homicidios. No puedo soportar eso, ya no.

—Estoy orgulloso de ti —dice Rocky mientras sostiene la puerta de la azotea con una mano—. Te has estado lanzando de nuevo a las

cosas y admito que estaba un poco preocupado por cómo iría.

—No tener a un asesino en serie respirándome en la nuca marca la diferencia —bronteo un poco—. Además, después de esa cena terriblemente incómoda con tu padre, siento que puedo con todo el mundo.

—Sí, lo siento. Le daría crédito por hacer un esfuerzo, pero honestamente, eso sería demasiado generoso.

—Bueno… —Al pasar junto a Rocky, me quedo sin palabras de la impresión y mi corazón de repente se acelera.

Hay una mesa y dos sillas dispuestas en la azotea, con platos cubiertos, una botella de champán en hielo y una nevera cerca. Cientos de luces multicolores cuelgan desde la antena del techo hasta la puerta y regresan, luego se elevan hacia un poste instalado temporalmente. Desde allí, las luces se extienden en todas direcciones y se conectan a varios puntos en la azotea, creando una carpa de colores.

—Rocky, ¿qué es esto?

—¿Qué quieres decir? —pregunta, caminando a mi lado con una sonrisa pícara en su rostro.

—Pensé que subíamos aquí para ver la superluna o algo así, pero esto es…

—Esto es la cena —dice Rocky, señalando la mesa—. Y ambiente. —Señala hacia arriba—. Y… música. —Extiende una mano hacia mí y mueve las cejas—. ¿Me concedes este baile?

Mis mejillas se encienden mientras mi mente corre a toda velocidad.

¿Me he perdido algo? ¿Un cumpleaños? ¿Un aniversario? ¿Es una ocasión especial que olvidé? Nada viene a mi mente mientras tomo la mano de Rocky y él me atrae hacia su cuerpo. Con un chasquido de sus dedos, una música suave surge de debajo de la mesa y no puedo evitar soltar una risita.

—¿Cuándo has tenido tiempo de hacer todo esto?

—Tengo mis métodos —responde Rocky, sosteniendo una de mis manos mientras la otra rodea mi cintura. Nos balanceamos al ritmo de la música, y justo cuando toco su hombro, me hace girar y luego me vuelve a acercar.

—¿Cuándo aprendiste eso?

—Eso sería revelar demasiado —dice Rocky con una sonrisa—. Pero quería consentirte. Mostrarte cuánto te aprecio.

—Nunca lo he dudado —digo, mirándolo con cariño a los ojos—. Ni una sola vez.

—Lo sé, pero eso no significa que no deba mostrar mi aprecio. Quiero que sepas siempre cuán profundamente siento por ti.

—Rocky Barati emocionándose —bromeo—. ¿Quién eres tú?

Rocky pone los ojos en blanco mientras se inclina ligeramente hacia adelante y me lleva hacia atrás. Me sostiene allí durante unos segundos y desliza sus labios por la curva de mi cuello, luego me devuelve a la posición inicial con una sonrisa. —Soy un hombre enamorado.

—Los milagros nunca cesan.

El amor ni siquiera parece una palabra lo suficientemente fuerte para describir lo bien que me hace sentir Rocky. Es guapo, claro, pero también escucha. Me ha salvado la vida más veces de las que puedo contar. Es tan bueno con Iris, da los mejores masajes, me hace reír, e incluso cuando tengo alguna pesadilla ocasional, está ahí para calmarme.

Es mucho más que la persona arrogante que muestra a los demás y me siento honrada de poder verlo tal como es en realidad.

—¿Estás seguro de que no me estoy perdiendo algo? —pregunto suavemente—. ¿No es tu cumpleaños, verdad?

—El mes que viene —responde Rocky sonriendo—. No necesito una razón para consentirte.

Con los ojos en blanco, giramos lentamente por la azotea y nos detenemos justo debajo del grupo de luces en el centro.

—Bueno —dice Rocky en voz baja—, hay una cosa.

—¡Lo sabía!

—Aunque es algo bueno.

—¡Dilo ya! —exijo riendo—. Me vas a poner nerviosa sin razón.

—Cásate conmigo.

—¿Qué?

—Cásate conmigo, Sarah. Podría enumerar innumerables razones por las que estoy enamorado de ti, y créeme, lo haré más tarde cuando estemos en la cama. Pero me salvaste más de lo que jamás podrías saber. Me has hecho un hombre mejor porque quiero impresionarte y cuidarte. Sé que no lo necesitas, pero quiero hacerlo de todos modos. Eres lo más importante de mi día. Recibir un mensaje tuyo hace que mi corazón salte de alegría. Te he mostrado partes de mí que nadie más verá y siento que has hecho lo mismo por mí. Te amo con todo lo que tengo para dar y quiero seguir haciéndolo. Y quiero que seas mía. Te quiero, Sarah. De todas las formas que pueda tenerte.

Me quedo sin palabras.

El matrimonio no es algo en lo que haya pensado seriamente fuera de alguna fantasía leve mientras me bañaba o veía a Rocky cocinar la cena. Pero sus palabras son suaves y honestas, brotando de él como una cascada, y no tengo una respuesta inmediata.

Estoy completamente asombrada.

—No tienes que darme una respuesta ahora —dice Rocky con sinceridad—. Soy un hombre paciente...

—Sí.

—¿Qué?

—¡Sí, me casaré contigo!

Él me ama. Yo lo amo. Mi pasado atormentado está muerto y enterrado y, de alguna manera, he encontrado a alguien que me adora, con todo mi trauma incluido. Nunca me ha pedido que renuncie a mí misma, nunca ha hecho otra cosa que estar ahí, de la manera más irritante pero maravillosa. Sin él, no estaría aquí.

No tengo ninguna duda de que estamos destinados a estar juntos.

—Me casaré contigo —repito mientras Rocky me mira atónito. Un segundo después, una gota de algo golpea mi frente. Luego otra. Y luego un aguacero cae sobre nosotros en gruesas cortinas de lluvia, seguido de un trueno.

Entonces me levanta en sus brazos y me hace girar mientras ríe, sus ojos brillando y reflejando los hermosos colores sobre nosotros. Es imposible no reír junto a él y, en cuestión de segundos, estamos empapados hasta los huesos.

Pero no importa.

Vamos a casarnos.

Amo a Rocky Barati con todo mi corazón. Casi tanto como amo bailar.

TAMBIÉN POR AVA GRAY

Capos de la Mafia Serie

Suyo para Reclamar || Suyo para Ganar || Suyo para Poseer || Suyo para Siempre

Un Imperio Criminal de Nueva York Serie

La Redención Irlandesa || La Retribución Rusa || El Ajuste de Cuentas Italiano

Escandalosamente Tuyo Serie

Pecado en Bata Blanca

Los votos navideños de la Bratva Serie

El secreto navideño de la Bratva || Atados por los votos de Navidad

El Bratva Valkov Serie

Robada por la Bratva || Cautiva por la Bratva || Capturada por la Bratva || Cautivada por la Bratva || Atrapada por la Bratva

Los Millonarios Machos Alfa Serie

Un Bebé Secreto con el Mejor Amigo de Mi Hermano || Simplemente Fingiendo || Amando al hombre que debería odiar || El Millonario y la Barista || Regresando a Casa || Doctor Papi || Bebé Sorpresa || Amo Odiarte || Otra Oportunidad || Una Falsa Novia para Navidad || Curiosamente Complicada || Una Mala Elección || Una Buena Elección || Una proposición de San Valentín || SELLada por un beso || Una Sorpresa Inesperada para el Jefe || Gemelos para el Playboy || Cuando nos volvamos a ver... || Las Reglas que Violamos || Un Bebé en Secreto con el Hermano de mi Jefe || Comienzos Helados || Un Multimillonario Zorro Plateado || Cautivada por el Mayor || El secreto del jefe: un bebé || El Escándalo del Bebé del CEO || El Obsequio Inesperado de Papi || Off Limits (SPANISH Edition) || Susurros Escandalosos

La Mafia Multimillonaria Serie

Embarazada de un Mafioso || Robada por la Mafia || Reclamada por la Mafia || Organizado por la Mafia || Encantada por la Mafia

Amor en Vacaciones Serie

Un Milagro Navideño en Silver Hills || Feliz, Alegre y Oh Tan Pícara || El Regalo de Nochebuena || San Valentín con el Zorro Plateado || Su bebé prohibido de San Valentín

Relaciones Festivas de Medianoche Serie

Un Regalo Prohibido por Navidad || Una Ganga Navideña || Un bebé escandaloso para el multimillonario

Corazones de Harén Serie

3 Papás SEAL por Navidad || Chispas de Amor en Pueblo Pequeño || Los Papás que la Protegen

---